
MANOS ABIERTAS
Entregarle a Dios lo que no controlas,
hacer lo que te corresponde
y volver a casa transformado
MARIO GARZA LIVAS

MANOS ABIERTAS

MARIO GARZA LIVAS

MANOS ABIERTAS

Entregarle a Dios lo que no controlas, hacer lo que te corresponde y volver a casa transformado

EL ATELIER MX
HISTORIAS QUE IMPORTAN

MANOS ABIERTAS · PRIMERA EDICIÓN
El Atelier MX · Mario Garza Livas · 2026

TABLA DE CONTENIDOS

PRELIMINARES

Epígrafe 8
Cómo leer este libro 9
Obertura. Dos manos en el huerto 14

PARTE I — *El puño cerrado* 21
La parábola del caminante. Primera estación: La partida 22
CAPÍTULO 1. Lo que creemos que es entregarse (y no es) 24
CAPÍTULO 2. El Dios que actúa primero 34
CAPÍTULO 3. La trampa del contrato 43
CAPÍTULO 4. Las tres manos y la línea 53
Lo que este camino no es: fatalismo 65

PARTE II — *Lo que cargamos* 67
La parábola del caminante. Segunda estación: El peso de la mochila 68
CAPÍTULO 5. Amar sin poseer: qué es un apego desordenado 70
CAPÍTULO 6. El apego al control 83
CAPÍTULO 7. El apego al reconocimiento y a la propia imagen 93
CAPÍTULO 8. Los apegos a las personas, al pasado y al futuro 103
Lo que este camino no es: desprecio de la creación 113

PARTE III — *Vaciarse sin desaparecer* 115
La parábola del caminante. Tercera estación: Lo que dejó en el camino 116
CAPÍTULO 9. Kénosis: el vaciamiento de Cristo y el nuestro 118
CAPÍTULO 10. El recipiente que elige 127
CAPÍTULO 11. La fricción interior 136
CAPÍTULO 12. Cuando el vaciamiento se vuelve obsesión 153
Lo que este camino no es: una transacción 162

PARTE IV — *Lo que solo Dios hace* 164
La parábola del caminante. Cuarta estación: El agua que no sacó del pozo 165
CAPÍTULO 13. Preparar no es producir 167
CAPÍTULO 14. Hechos para participar en la vida de Dios 176

CAPÍTULO 15. Lo que haces y desde dónde lo haces 184
CAPÍTULO 16. La santidad no es una versión mejorada de ti 193
Lo que este camino no es: quietismo 202

PARTE V — *Caminar sin mapa* 204
La parábola del caminante. Quinta estación: Las señales del camino 205
CAPÍTULO 17. La Providencia no es el universo conspirando a tu favor 207
CAPÍTULO 18. Trabajar por el resultado sin pretender garantizarlo 224
CAPÍTULO 19. Discernir sin convertir las circunstancias en oráculo 233
CAPÍTULO 20. El miedo, la paz y las emociones 243
Lo que este camino no es: inventar explicaciones 251

PARTE VI — *Cuando todo se rompe* 253
La parábola del caminante. Sexta estación: La noche en el desierto 254
CAPÍTULO 21. ¿Quién soy cuando pierdo lo que creía indispensable? 256
CAPÍTULO 22. Permitir no es causar 266
CAPÍTULO 23. Primero, ponerse a salvo 276
CAPÍTULO 24. Del fénix a la Pascua 289
Lo que este camino no es: una teología del dolor necesario 308

PARTE VII — *Volver a casa distinto* 310
La parábola del caminante. Séptima estación: La misma puerta 311
CAPÍTULO 25. El mismo lugar, otra persona 313
CAPÍTULO 26. El tesoro y la vocación 321
CAPÍTULO 27. Las cinco cajas de tu historia 329
CAPÍTULO 28. Reparar, aceptar, redirigir 337
Lo que este camino no es: una regla de retorno 346

PARTE VIII — *Manos que sirven* 348
La parábola del caminante. Octava estación: Lo que hizo con sus manos 349
CAPÍTULO 29. De la comunión nace la misión 351
CAPÍTULO 30. Instrumento, pero no objeto 364
CAPÍTULO 31. Cuando el servicio se vuelve tuyo 373
CAPÍTULO 32. Obediencia con los ojos abiertos 382
CAPÍTULO 33. Hijo antes que instrumento 391
Lo que este camino no es: productivismo religioso 400

PARTE IX — *El camino de cada día* 402

La parábola del caminante. Novena estación: El que aprendió a caminar en casa 403

CAPÍTULO 34. Los ritmos de la mano abierta 405

CAPÍTULO 35. Las seis estaciones en la vida real 414

CAPÍTULO 36. ¿Voy bien? Los frutos y las señales de alarma 423

Lo que este camino no es: un programa de rendimiento espiritual 432

EPÍLOGO — *La historia entera* 434

La parábola del caminante. Última estación: Las manos abiertas 435

Toda la historia, ofrecida 437

La síntesis final 440

Declaración de las manos abiertas 443

APÉNDICES 446

APÉNDICE A. Herramientas para el camino 447

APÉNDICE B. Itinerario de ocho semanas 452

APÉNDICE C. Oraciones del camino 455

APÉNDICE D. Guía para grupos de lectura 465

APÉNDICE E. Glosario 471

APÉNDICE F. Para profundizar 477

Nota final sobre el alcance 483

Epígrafe

Padre, si quieres, aparta de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya.

LUCAS 22,42

Llevamos este tesoro en vasijas de barro, para que se vea que esta fuerza extraordinaria es de Dios y no viene de nosotros.

2 CORINTIOS 4,7

Cómo leer este libro

Para quién está escrito

Este libro no se escribió para quien ya lo tiene resuelto. Se escribió para quien carga algo.

Tal vez sea un plan que no salió: la carrera que se detuvo, el matrimonio que no llegó o que llegó de otra manera, la vocación que se desdibujó en el camino. Tal vez sea una pérdida que todavía no tiene nombre suficiente. Tal vez sea un cansancio difícil de explicar, el de quien lleva años sosteniendo todo con las manos apretadas y empieza a sospechar que esa tensión no es lo mismo que la fidelidad. O tal vez sea algo más sutil: la intuición de que la fe debería sentirse distinta, de que la confianza en Dios que profesa los domingos no alcanza los lunes, cuando hay que decidir, esperar o perder.

Si te reconoces en alguna de estas situaciones, este libro es para ti. No necesitas formación teológica para leerlo. Cada término técnico se explica la primera vez que aparece, y ninguna página supone una lectura previa. Pero tampoco es un libro ligero. Las preguntas que aborda son de las más serias que puede hacerse una persona creyente: qué significa entregarle la vida a Dios, qué parte de mi historia me corresponde y qué parte no, cómo confiar sin caer en la pasividad, cómo sufrir sin mentir sobre el mal, cómo servir sin perderme en lo que hago. Esas preguntas merecen respuestas a su altura. Las páginas que siguen intentan ofrecerlas con rigor, sin simplificaciones consoladoras y sin la frialdad de un tratado.

Lo que este libro sostiene

Toda la obra descansa sobre una convicción que conviene enunciar desde el principio, para que el lector sepa adónde se dirige:

La plenitud de la vida cristiana no llega cuando Dios se ajusta a nuestros planes, sino cuando aprendemos a vivir nuestra historia entera en Él.

Esa frase contiene una crítica y una propuesta. La crítica se dirige a una manera de vivir la fe, muy extendida y casi siempre inconsciente, en la que Dios ocupa el lugar de un garante: alguien a quien se le presentan peticiones, se le ofrecen sacrificios y de quien se esperan resultados. La propuesta es otra relación, más exigente y más libre, en la que la persona reconoce lo que le corresponde, lo hace con fidelidad y encomienda el resto a Dios, sin exigir que el desenlace confirme sus expectativas.

Esa relación tiene un gesto: las manos abiertas. Y tiene dos deformaciones que el libro nombra una y otra vez: el puño cerrado del que pretende controlarlo todo y la mano caída del que, en nombre de la fe, renuncia a actuar. Entre ambos extremos se juega buena parte de la vida espiritual. La mayoría de nosotros no vive en uno solo, sino que oscila entre los dos según la circunstancia, el miedo o el cansancio.

Cómo está construido

El libro tiene la forma de un viaje de ida y vuelta, y no por casualidad. Su arquitectura reproduce el proceso que describe.

La **Parte I** parte de casa: pregunta qué significa realmente entregarse a Dios y desmonta las ideas equivocadas que suelen acompañar esa palabra. La **Parte II** examina el equipaje: los apegos que cargamos sin advertirlo y que gobiernan nuestras decisiones con más fuerza de la que admitimos. La **Parte III** aborda el vaciamiento: cómo soltar lo que desordena el corazón sin destruir lo que somos. La **Parte IV** se detiene en lo que nin-

guna disciplina humana puede producir: la gracia que transforma. La **Parte V** enseña a caminar sin mapa, es decir, a confiar en la Providencia sin convertir cada circunstancia en un oráculo. La **Parte VI** entra en la noche: el sufrimiento, la pérdida y la pregunta por el mal, tratados sin explicaciones fáciles. La **Parte VII** narra el regreso: cómo se integra una historia imperfecta y por qué volver al mismo lugar puede ser el fruto más profundo de una travesía. La **Parte VIII** envía al lector a servir, con una advertencia constante sobre la dignidad de quien sirve. La **Parte IX** le entrega las herramientas para seguir caminando cada día.

Cada Parte comienza con un episodio breve de una historia continua, la parábola del caminante, y termina con un recuadro titulado *Lo que este camino no es*. La parábola ofrece en imagen lo que los capítulos desarrollan en concepto. Los recuadros protegen al libro de sus propias malas lecturas, que en materia espiritual pueden ser dañinas.

Las herramientas que lo atraviesan

Cuatro instrumentos reaparecen a lo largo de toda la obra. Conviene presentarlos ahora para que el lector los reconozca cuando vuelvan.

Las tres manos. El puño cerrado, la mano caída y la mano abierta. Es un diagnóstico rápido, casi físico, que el lector puede aplicarse ante cualquier situación: ¿con qué mano estoy sosteniendo esto?

La línea. Es la distinción entre lo que me corresponde y lo que debo encomendar. A un lado quedan mis decisiones, mis deberes, mi preparación y mis reparaciones. Al otro, los resultados que no puedo garantizar, la libertad de los demás, el pasado irreversible y el sentido completo de mi historia. La línea no separa dos mundos independientes: entregamos a Dios precisamente aquello sobre lo que ejercemos responsabilidad. Pero trazarla con honestidad es, probablemente, el acto más práctico de toda la vida espiritual.

Las seis estaciones de la entrega. Reconocer, discernir, entregar, cooperar, perseverar y revisar los frutos. No son una técnica para producir la gracia, sino una descripción del modo en que una persona coopera con ella. Se presentan en la Parte I y sirven de mapa durante todo el recorrido.

La parábola del caminante. Un hombre o una mujer, sin nombre, deja su casa en busca de algo que cree indispensable. Atraviesa pérdidas, se equivoca de señales, pasa una noche en el desierto y regresa. El lector puede leerla seguida, como un relato breve dentro del libro, o detenerse en cada estación como pórtico de la Parte que introduce.

Además, cada capítulo cierra con cuatro elementos fijos. *Para llevarlo a la vida* propone preguntas y prácticas concretas. *La línea en este capítulo* resume qué corresponde a la persona y qué debe encomendar en el tema tratado. Una oración breve recoge el capítulo en forma de diálogo con Dios. Y una frase final condensa la idea central en una línea que pueda recordarse.

Tres maneras de leerlo

El libro admite tres lecturas, y ninguna es inferior a las otras.

La primera es **de corrido**, de principio a fin, como se lee un ensayo. Es la mejor forma de captar la arquitectura completa y de experimentar el arco del viaje.

La segunda es **como itinerario de ocho semanas**. El Apéndice B propone una secuencia semanal que acompaña la lectura con prácticas concretas. Es la opción indicada para quien atraviesa un momento de decisión o de crisis y necesita algo más que comprensión: necesita un camino.

La tercera es **en grupo**. El Apéndice D ofrece una guía de nueve sesiones, una por Parte, para parroquias, comunidades, matrimonios o grupos de amigos. Muchas de las verdades de este libro se entienden mejor cuando se escuchan en la voz de otro.

Cualquiera que sea la lectura elegida, una recomendación vale para todas: no te apresures. Las ideas de estas páginas no se asimilan por acumulación, sino por maduración. Hay capítulos que conviene leer dos veces y preguntas que conviene dejar abiertas durante días.

Una advertencia necesaria

Este libro es una síntesis de espiritualidad católica, fundada en la Sagrada Escritura y en la enseñanza de la Iglesia sobre la gracia, la libertad, la santificación, la Providencia y la caridad. No pretende proponer una doctrina nueva. Algunas de sus expresiones, como *disposición receptiva y cooperativa*, *la línea* o *las tres manos*, son formulaciones descriptivas que buscan articular con claridad verdades antiguas, y deben leerse dentro de ese marco.

Tampoco sustituye lo que no puede sustituir. Cuando una persona atraviesa una situación de peligro, abuso, enfermedad o sufrimiento psicológico grave, la oración y la lectura espiritual acompañan, pero no reemplazan la ayuda médica, psicológica, jurídica o comunitaria. Este libro lo repetirá cuantas veces haga falta, porque una espiritualidad que olvida esa verdad deja de ser cristiana y se vuelve cruel.

Hecha la advertencia, comencemos donde comienza toda entrega verdadera: en un huerto, de noche, con un hombre que tenía miedo.

OBERTURA

Dos manos en el huerto

Una noche, un deseo, una entrega

Es de noche en un huerto de olivos, al pie de un monte, a las afueras de Jerusalén. Un hombre se aparta unos pasos de sus amigos, se arrodilla y reza. Los amigos se duermen. Él no.

Los evangelios conservan esta escena con una sobriedad que impresiona. No la embellecen ni la resuelven rápido. Dicen que el hombre tenía miedo, que sentía una angustia mortal, que su sudor caía a tierra como gotas espesas. Dicen que pidió tres veces lo mismo. Y conservan sus palabras con una precisión que la tradición cristiana nunca ha querido suavizar: *Padre, si quieres, aparta de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya.*

Conviene detenerse en esa frase antes de leerla como se leen las frases demasiado conocidas, es decir, sin verla. Tiene dos mitades, y ninguna anula a la otra.

La primera mitad es un deseo. Jesús no finge. No dice que le da igual lo que venga, ni que el sufrimiento le resulta indiferente, ni que ya ha superado el miedo por una especie de altura espiritual. Pide, con todas sus fuerzas, que las cosas sean de otro modo. Es una petición concreta, formulada por alguien que sabe exactamente lo que teme.

La segunda mitad es una entrega. Después de pedir, Jesús deja la decisión en manos del Padre. No retira su deseo, no se avergüenza de haberlo expresado, no lo transforma en una exigencia. Simplemente lo coloca en otras manos.

En esas dos mitades está, en germen, todo lo que este libro tiene que decir. La entrega cristiana no consiste en dejar de desear. Consiste en dejar de exigir. Quien se entrega no ha arrancado de su corazón las preferencias, los temores y las esperanzas. Los ha presentado ante Dios sin convertirlos en la condición de su fidelidad.

La diferencia parece pequeña. No lo es. Entre desear y exigir se juega la libertad interior de una persona, la calidad de su oración, su manera de sufrir y, en buena medida, su capacidad de amar.

Lo que Getsemaní no es

Precisamente porque es una escena tan conocida, Getsemaní ha sido leída de maneras que la deforman. Vale la pena nombrar tres, porque las tres reaparecerán, disfrazadas, a lo largo de nuestra vida.

La primera deformación lo convierte en una escena de **resignación**. Jesús, según esta lectura, se habría rendido ante lo inevitable, como quien acepta un destino que no puede cambiar. Pero el texto no describe a un hombre derrotado. Describe a alguien que, después de rezar, se levanta, despierta a sus amigos y sale al encuentro de quienes vienen a buscarlo. No se queda tirado en el huerto. Avanza. La entrega no lo paraliza: lo pone en movimiento.

La segunda deformación lo convierte en una **transacción**. Según esta lectura, Jesús habría aceptado el sufrimiento a cambio de una recompensa garantizada, como quien firma un contrato cuyos términos ya conoce. Pero la escena no tiene la tranquilidad de quien ha cerrado un buen trato. Tiene la desnudez de quien confía sin ver. La Resurrección no aparece en Getsemaní como cláusula pactada, sino como esperanza depositada en el Padre.

La tercera deformación lo convierte en una **exaltación del dolor**. Según esta lectura, el sufrimiento sería bueno en sí mismo, y la grandeza espiritual consistiría en buscarlo o aceptarlo sin resistencia. Pero Jesús no buscó la copa. Pidió que se apartara. El sufrimiento que vino después no

fue bueno por ser sufrimiento, sino porque fue atravesado con amor. El dolor nunca es la meta del Evangelio. El amor sí.

Estas tres deformaciones, resignación, transacción y exaltación del dolor, son las tres trampas mayores de cualquier espiritualidad de la entrega. Este libro las enfrentará una y otra vez, porque son persistentes y porque se presentan casi siempre con apariencia de virtud.

El gesto de las manos

Hay un detalle que los evangelios no consignan, pero que la imaginación cristiana ha completado durante siglos: las manos. En la iconografía, en la pintura, en la memoria de los fieles, el Cristo de Getsemaní suele aparecer con las manos juntas, o abiertas hacia el cielo, o apoyadas en una roca. Nunca con los puños cerrados.

La intuición es correcta. Las manos dicen mucho de nuestra relación con la vida. Las cerramos cuando queremos retener algo, cuando tememos que nos lo quiten, cuando nos preparamos para defendernos. Las dejamos caer cuando nos rendimos, cuando ya no esperamos nada, cuando el cansancio nos vence. Y las abrimos cuando ofrecemos, cuando recibimos, cuando nos disponemos a trabajar o a abrazar.

No es casual que la postura más antigua de la oración cristiana, la del orante de las catacumbas, sea precisamente esa: de pie, con los brazos extendidos y las palmas abiertas. Es una postura que no retiene nada y que, al mismo tiempo, está lista para recibirlo todo. No es la postura del que se rinde. Es la postura del que confía.

Este libro toma ese gesto como su imagen central. No porque las imágenes resuelvan los problemas espirituales, sino porque los hacen visibles. Una persona puede pasar años sin preguntarse si su fe es controladora o pasiva. Pero si alguien le pregunta con qué mano está sosteniendo su matrimonio, su trabajo, su enfermedad o su futuro, probablemente sepa responder de inmediato. El cuerpo entiende antes que el concepto.

Por eso, a lo largo de estas páginas volveremos a hacernos la misma pregunta, aplicada a todos los ámbitos de la vida: **¿con qué mano estás sosteniendo esto?**

Tres maneras de tener las manos

La pregunta admite tres respuestas. Las desarrollaremos con detalle en el capítulo 4, pero conviene presentarlas ahora, porque sin ellas el resto del libro pierde su eje.

El puño cerrado es la mano de quien necesita controlar. Retiene lo que tiene y aprieta lo que teme perder. Planifica cada detalle, intenta garantizar las decisiones ajenas, revisa una y otra vez lo que ya no puede cambiar. En la vida espiritual, el puño cerrado reza mucho, pero reza como quien negocia: ofrece sacrificios esperando resultados, pide orientación pero solo acepta la que coincide con lo que ya había decidido, y vive cada contrariedad como una traición. Su problema no es la falta de fe, sino una fe convertida en instrumento de control. El puño cerrado puede retener muchas cosas, pero no puede recibir ninguna.

La mano caída es la mano de quien ha dejado de intentar. A veces llega ahí por cansancio, después de años de puño cerrado que no dieron resultado. Otras veces llega por una mala comprensión de la fe: si todo depende de Dios, piensa, no hay nada que yo deba hacer. La mano caída se presenta con frecuencia como humildad o como abandono, pero no es ninguna de las dos cosas. Es renuncia a la responsabilidad. No busca soluciones, no repara lo que dañó, no se forma para servir mejor, no pide ayuda. Dice "que sea lo que Dios quiera" en el momento exacto en que Dios le está pidiendo que se levante. La mano caída no retiene nada, pero tampoco trabaja, ni sirve, ni ama con obras.

La mano abierta es la mano de la entrega cristiana. Se distingue de las otras dos en algo esencial: está activa sin ser posesiva. Suelta lo que no le pertenece y trabaja en lo que sí le corresponde. Ofrece a Dios sus deseos

sin convertirlos en condiciones. Se prepara con diligencia y acepta que el resultado no está en su poder. Repara lo que puede reparar y encomienda lo que ya no puede cambiar. Y, sobre todo, recibe: la gracia, la ayuda de otros, la corrección, el descanso. La mano abierta no está vacía por fracaso. Está disponible por libertad.

Casi nadie vive con una sola mano. Una misma persona puede sostener su trabajo con el puño cerrado, su salud con la mano caída y su vida de oración con la mano abierta. Puede cambiar de mano en el curso de una sola semana, según el miedo o el cansancio que la visiten. El objetivo de este libro no es que el lector se clasifique de una vez para siempre, sino que aprenda a reconocer, en cada situación concreta, qué mano está usando, y a abrirla un poco más.

La tesis de este libro en una página

Todo lo que sigue puede resumirse así.

Dios actúa primero. Su gracia precede, acompaña y sostiene cualquier respuesta humana. Nadie tiene que ganarse que Dios lo ame ni que obre en su vida.

Pero la respuesta humana es real. La gracia no anula nuestra libertad: la hace posible. Abandonarse en Dios no significa dejar de pensar, decidir, trabajar o amar. Significa hacer todo eso sin atribuirnos un dominio que no tenemos.

Por eso, la entrega verdadera tiene tres movimientos que se necesitan entre sí: **reconocer** con verdad lo que somos y lo que cargamos, **hacer** con fidelidad lo que nos corresponde y **encomendar** a Dios lo que no podemos controlar.

Esos movimientos no compran nada. La disposición de una persona no obliga a Dios ni garantiza un desenlace. Uno puede entregarse sinceramente y no obtener lo que pedía, porque la fidelidad no depende de que las cosas salgan bien.

En ese camino aparecerá el sufrimiento, y conviene decirlo sin rodeos desde ahora. El mal no se vuelve bueno porque Dios pueda sacar un bien de él. No hace falta atribuir a Dios cada herida para confiar en que puede obrar en medio de ella. Ni hace falta inventar explicaciones para seguir creyendo.

Y el fruto de todo el camino no es necesariamente un destino exterior distinto, sino una persona distinta: alguien que puede amar sin poseer, trabajar sin exigir el éxito, sufrir sin mentir sobre el mal y servir sin medir su valor por su utilidad. Alguien que, a veces, vuelve exactamente al lugar del que salió y descubre que ese lugar ya no es el mismo, porque quien regresa ya no es el mismo.

Una promesa honesta

Todo libro hace promesas. Las de este conviene enunciarlas con precisión, porque en el terreno espiritual abundan las promesas falsas, y una promesa falsa sobre Dios es más dañina que cualquier otra.

Este libro **sí** ofrece una manera más libre de vivir la fe. Ofrece la posibilidad de una paz que no depende de que todo salga bien, porque descansa en otro fundamento. Ofrece herramientas concretas para discernir qué te corresponde hacer y qué debes soltar. Ofrece un lenguaje para nombrar lo que te pasa por dentro cuando tienes miedo, cuando pierdes algo o cuando sientes que Dios no responde. Y ofrece una comprensión más honda del sentido de tu propia historia, incluidas sus partes rotas.

Este libro **no** ofrece garantías. No te promete que, si te entregas lo suficiente, recuperarás lo que perdiste, conseguirás lo que buscas o dejarás de sufrir. No te ofrece una explicación de cada dolor, porque no la tiene, y porque desconfía de quien dice tenerla. No te ofrece una técnica, porque la gracia no se produce con técnicas. Y no te ofrece una vida sin miedo, sin dudas ni sin fragilidad, porque la santidad no es invulnerabilidad.

Si esas renuncias te decepcionan, es comprensible. Pero vale la pena considerar lo contrario: una espiritualidad que promete resultados ter-

mina siempre por culpar a quien no los obtiene. Si la entrega garantizara el éxito, todo fracaso sería prueba de una entrega insuficiente, y todo sufrimiento sería culpa del que sufre. Este libro rechaza esa lógica desde la primera página hasta la última. No por prudencia teológica, aunque también, sino por compasión.

La invitación

Antes de pasar la página, haz algo sencillo. Mírate las manos.

Piensa en aquello que más te preocupa en este momento. Puede ser una decisión pendiente, una relación difícil, una espera que se alarga, una pérdida reciente o un miedo sin forma precisa. Nómbralo, aunque sea en voz baja.

Y pregúntate, con toda la honestidad de la que seas capaz: **¿con qué mano lo estoy sosteniendo?**

No intentes cambiar nada todavía. No te reproches nada. Solo observa. Si la mano está cerrada, mírala cerrada. Si está caída, mírala caída. La entrega no empieza con un esfuerzo heroico, sino con un acto de verdad.

El hombre del huerto también empezó así: diciendo lo que sentía, sin adornos. *Aparta de mí esta copa.* Solo después pudo decir lo demás.

Este libro es una invitación a recorrer ese mismo camino, desde el deseo dicho con verdad hasta la entrega hecha con libertad. Es un camino largo, y a veces vuelve sobre sí mismo. Pero no se recorre solo, y no se recorre en vano.

Comencemos.

I

PARTE I

El puño cerrado

Qué significa entregarle la vida a Dios

La Parte I se ocupa de la pregunta que sostiene todas las demás: qué significa, de verdad, entregarle la vida a Dios. Es una pregunta que casi todos los creyentes creen tener resuelta, y que casi nadie ha examinado a fondo. Sus cuatro capítulos avanzan en un orden deliberado. El capítulo 1 despeja las ideas equivocadas que suelen acompañar la palabra *entrega*. El capítulo 2 establece el fundamento: un Dios que actúa primero. El capítulo 3 desmonta la trampa más extendida de la vida espiritual, la de convertir la entrega en un contrato. Y el capítulo 4 entrega al lector las herramientas que usará durante el resto del libro: las tres manos, la línea y las seis estaciones de la entrega.

La partida

La casa estaba al final de un camino de tierra, donde el pueblo dejaba de ser pueblo y empezaba a ser campo. Tenía una puerta de madera gastada, un patio con un limonero que nadie había plantado a propósito y un taller pequeño donde, desde hacía tres generaciones, alguien de la familia reparaba lo que otros rompían.

El caminante había crecido entre esas paredes. Conocía el ruido de cada tabla del piso, el olor del aceite de las herramientas, la hora exacta en que el sol entraba por la ventana del taller y se detenía sobre el banco de trabajo. Conocía también, de memoria, las frases de los vecinos que llegaban con una silla coja o una cerradura trabada: *ya sé que es poca cosa, pero tú lo arreglas*.

Durante años, aquello le había bastado. Después, sin que pudiera señalar el día, dejó de bastarle.

No fue una crisis. Fue una certeza que creció despacio, como crece la humedad en una pared. La certeza de que la vida verdadera estaba en otra parte. Más allá de las montañas había una ciudad junto al mar, y en esa ciudad, le habían contado, había lugares donde el trabajo de unas manos como las suyas se pagaba con algo más que agradecimiento. Lugares donde uno podía llegar a ser alguien. Lugares donde la gente no decía *poca cosa*.

El caminante no despreciaba su casa. Eso habría sido más sencillo. La quería, y precisamente por eso le dolía la sensación de que se le quedaba pequeña. Rezaba, como le habían enseñado de niño, y en sus oraciones

aparecía siempre la misma petición, formulada de distintas maneras: que se le abriera el camino, que se le diera la oportunidad, que no se le escapara la vida en un taller al final de un camino de tierra.

Una mañana de otoño, decidió partir.

Preparó una mochila con lo que juzgó indispensable: algo de ropa, sus mejores herramientas envueltas en un trapo, el dinero que había ahorrado, una carta de recomendación de un cliente que conocía a alguien en la ciudad. Preparó también, aunque no lo habría dicho así, una lista invisible de condiciones. Llegaría a la ciudad. Encontraría el puesto. Sería reconocido. Y entonces, solo entonces, habría valido la pena.

Antes de salir cerró la puerta con llave. Era una llave antigua, de hierro, demasiado grande para el bolsillo. El caminante la sostuvo un momento en la palma, como quien sostiene una decisión, y luego la apretó con tanta fuerza que, al abrir la mano, le había dejado marcada la forma de los dientes en la piel.

No se dio cuenta. Echó a andar con el puño cerrado alrededor de la llave, mirando las montañas, convencido de que lo que buscaba estaba del otro lado. No sabía cuánto tardaría en llegar. Tampoco sabía, todavía, que el camino que tenía delante no iba a parecerse en nada al que había imaginado.

Lo único que sabía con certeza era esto: no pensaba volver hasta haberlo conseguido.

CAPÍTULO I

Lo que creemos que es entregarse (y no es)

Piensa en una mujer de cuarenta y tantos años que lleva toda su vida en la Iglesia. Reza cada mañana. Ha hecho retiros, ha cantado en el coro, ha preparado a niños para la primera comunión. Si alguien le preguntara si le ha entregado su vida a Dios, respondería que sí sin dudarlo, y no mentiría. Lo cree con sinceridad.

Un día, su hijo mayor le anuncia que deja la carrera que ella le ayudó a elegir y en la que ella había puesto buena parte de sus esperanzas. La conversación es breve. Lo que viene después dura meses: insomnio, discusiones, una tristeza que se convierte en resentimiento y una oración que, sin que ella lo advierta, ha cambiado de tono. Ya no dice *hágase tu voluntad*. Dice, con distintas palabras, *haz que entre en razón*.

No hay en esta mujer ninguna hipocresía. Hay algo más común y más difícil de ver: una entrega real que tenía un límite que ella desconocía. Había entregado a Dios muchas cosas, pero el futuro de su hijo, sin que nunca lo hubiera decidido conscientemente, lo había conservado en su propio puño.

Este capítulo trata de ese límite. No para acusar a nadie de falsedad, sino para comprender mejor qué significa entregarse y por qué la entrega auténtica suele ser más amplia, más honda y más exigente de lo que imaginamos cuando la pronunciamos por primera vez.

1.1 Una declaración no es una entrega

La palabra *entrega* tiene, en el lenguaje religioso, un problema de desgaste. Se pronuncia con tanta frecuencia en cantos, oraciones y testimonios que tiende a confundirse con el acto de pronunciarla. Decir "te entrego mi vida" se vuelve, insensiblemente, equivalente a haberlo hecho.

Pero la entrega cristiana no es, en primer lugar, una declaración. Tampoco es una emoción religiosa, por intensa que sea, ni una decisión puntual tomada en un momento de fervor. Todas esas cosas pueden formar parte de ella, e incluso pueden ser su comienzo. Pero no la agotan.

En su sentido más preciso, la entrega es **una orientación fundamental de la existencia**: el reconocimiento de Dios como principio y fin último de la propia vida, y la disposición a vivir conforme a esa verdad en cada uno de sus ámbitos. No se trata de una zona de la vida reservada a lo religioso, sino de una manera de estar en todas las zonas.

Esta distinción tiene una consecuencia práctica inmediata. Una declaración se hace una vez; una orientación se verifica todos los días. La pregunta relevante no es si alguna vez dije a Dios que mi vida era suya, sino qué ocurre con esa afirmación cuando aparece algo que no quiero perder. Ahí, y no en el momento de la declaración, se descubre el verdadero alcance de la entrega.

La tradición espiritual cristiana conoce bien esta diferencia. Los maestros del discernimiento nunca midieron la profundidad de una entrega por la intensidad del sentimiento que la acompañaba, sino por su capacidad de resistir la prueba de lo concreto. Una entrega que solo se sostiene en la oración y se desvanece en la vida ordinaria no es falsa, pero es incompleta. Está a medio camino entre la intención y la realidad.

Nada de esto debe leerse como una invitación al escrúpulo. Que la entrega sea una orientación y no una declaración no significa que haya que vivir examinando con angustia si uno se ha entregado lo suficiente.

Significa algo más sereno: que la entrega es un camino y no un trámite, y que es normal descubrir, a lo largo de la vida, zonas que todavía no se habían ofrecido. Descubrirlas no es fracasar. Es avanzar.

1.2 Las reservas invisibles

La mayoría de las personas que han hecho una entrega sincera a Dios conservan, sin saberlo, algunas reservas. No son reservas deliberadas, del tipo "todo menos esto" pronunciado con conciencia. Son reservas invisibles, que solo aparecen cuando algo las toca.

Vale la pena describir sus formas más frecuentes, porque reconocerlas es el primer paso para ofrecerlas.

La primera forma consiste en desear la transformación sin aceptar el cambio. La persona pide sinceramente que Dios transforme su vida, pero espera que esa transformación se produzca sin alterar sus seguridades. Quiere crecer en paciencia sin pasar por situaciones que la exijan, quiere más libertad interior sin renunciar a lo que la ata, quiere una fe más honda sin atravesar la oscuridad que suele precederla. Es una petición sincera con una condición tácita: que el cambio sea cómodo.

La segunda forma consiste en pedir orientación y aceptar solo la que coincide. La persona reza para discernir, consulta, escucha. Pero, de modo casi imperceptible, filtra las respuestas. Las que confirman lo que ya deseaba le parecen claras y providenciales; las que lo contradicen le parecen confusas, dudosas o tentaciones. El discernimiento se convierte así en un proceso de confirmación, y la voluntad de Dios termina sospechosamente parecida a la propia.

La tercera forma consiste en querer servir conservando el control. La persona desea ponerse al servicio de Dios y de los demás, pero solo si puede decidir la forma, el momento y el resultado de ese servicio. Está dispuesta a dar, siempre que el don sea el que ella eligió. Cuando se le

pide otra cosa, o cuando su servicio no produce el fruto que esperaba, la disponibilidad se retira.

Estas tres formas tienen algo en común: se presentan como prudencia, sensatez o madurez. Nadie piensa de sí mismo que conserva reservas frente a Dios. Piensa que es razonable no querer sufrir sin necesidad, que es sensato desconfiar de las señales ambiguas, que es prudente servir en aquello para lo que uno está preparado. Y muchas veces lo es. El problema no está en la prudencia, sino en la prudencia que funciona como coartada.

Por eso, la pregunta útil no es "¿tengo reservas?", que casi siempre se responde con un no apresurado. La pregunta útil es otra: **¿qué es lo que no soportaría que Dios me pidiera?** La respuesta, cuando es honesta, señala con bastante precisión dónde está la reserva.

1.3 Desear no es el problema

Llegados a este punto, una lectura apresurada podría concluir que la solución es dejar de desear. Si las reservas nacen de lo que queremos conservar, bastaría con no querer nada para entregarlo todo.

Esa conclusión es falsa, y conviene desmontarla cuanto antes, porque ha producido mucho daño en la historia de la espiritualidad.

Los deseos y las preferencias forman parte de la condición humana. Desear que un hijo sea feliz, que un proyecto prospere, que una enfermedad se cure, que una relación se restablezca: nada de eso es un obstáculo espiritual. Al contrario, muchos de esos deseos son expresión directa del amor, y el amor es precisamente lo que Dios quiere hacer crecer en nosotros. Una espiritualidad que pidiera arrancar todos los deseos no produciría santos, sino personas vacías o, peor, personas que reprimen lo que sienten y lo llaman virtud.

El mismo Jesús de Getsemaní, como vimos en la Obertura, desea con intensidad. Su oración comienza con una petición concreta. La entrega

no aparece porque haya dejado de desear, sino porque ha colocado su deseo en otras manos.

La dificultad, entonces, no está en tener deseos, sino en **la función que esos deseos cumplen**. Un deseo es legítimo mientras sigue siendo un deseo. Se vuelve problemático cuando se transforma en una **condición**: cuando la persona, sin decirlo, establece que solo aceptará la realidad, solo permanecerá en paz o solo seguirá siendo fiel si ese deseo se cumple.

La diferencia puede formularse con dos frases que parecen similares y no lo son:

- "Deseo que mi hijo termine su carrera" expresa un deseo.
- "No podré estar en paz con Dios si mi hijo no termina su carrera" expresa una condición.

La primera frase es compatible con la entrega más profunda. La segunda ha colocado un límite a la confianza. No porque el deseo sea malo, sino porque se le ha dado un poder que no le corresponde: el de decidir si Dios sigue siendo digno de confianza.

Esta distinción entre deseo y condición atraviesa todo el libro. Volverá cuando hablemos de los apegos, de la oración, del sufrimiento y del servicio. Y ofrece desde ahora una pregunta de examen sencilla y eficaz: **¿este deseo sigue siendo un deseo, o se ha convertido en una condición?**

La mujer del ejemplo inicial no tenía por qué dejar de desear lo mejor para su hijo. Ni siquiera tenía por qué dejar de pensar que la decisión de él era un error. Lo que se le pedía era otra cosa, más difícil y más liberadora: seguir deseando, seguir aconsejando si correspondía, y dejar de exigir que el futuro de su hijo se ajustara a su plan como condición para su propia paz.

1.4 Entregarlo todo no es perderlo todo

Hay una segunda confusión, más silenciosa que la anterior, que impide a muchas personas acercarse a la entrega con serenidad. Es el temor de que entregarlo todo signifique perderlo todo.

El temor tiene una lógica comprensible. Si le digo a Dios que mi familia, mi trabajo, mi salud y mi futuro son suyos, ¿no le estoy autorizando a quitármelos? ¿No es la entrega una especie de cheque en blanco que tarde o temprano se cobrará en forma de renuncia? Detrás de muchas resistencias a la vida espiritual no hay incredulidad, sino este miedo concreto: que acercarse a Dios termine costando aquello que más se ama.

La respuesta cristiana a ese miedo no consiste en negarlo con frases tranquilizadoras, sino en corregir su premisa. La entrega no exige destruir una familia, abandonar un trabajo legítimo, descuidar la salud o renunciar a una vocación por el simple hecho de que esas realidades sean fuente de afecto, satisfacción o seguridad. No hay en el Evangelio una sospecha generalizada contra lo que nos hace bien. Lo que hay es una invitación a amar cada cosa **según su verdadero valor**.

La tradición cristiana tiene un nombre antiguo para esta idea: el *orden del amor*. San Agustín lo formuló al describir la virtud como un amor ordenado, es decir, un amor que da a cada realidad el lugar que le corresponde. No se trata de amar menos las cosas buenas, sino de no pedirles lo que no pueden dar. Una familia puede ser fuente de alegría inmensa, pero no puede ser el fundamento último de la existencia. Un trabajo puede dar sentido y dignidad, pero no puede ser la medida definitiva del valor de una persona. La salud es un bien que hay que cuidar, pero no es el bien supremo.

Cuando Jesús dice *busquen primero el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se les dará por añadidura* (Mt 6,33), no está pidiendo que se desprecie "todo lo demás". Está estableciendo un orden. Lo primero ocupa el primer lugar, y lo demás encuentra su lugar propio en relación con lo pri-

mero. Cuando ese orden se invierte, los bienes no desaparecen, pero empiezan a pesar de otra manera: se vuelven fuente de ansiedad, objeto de control y motivo de miedo.

El efecto práctico de este orden puede describirse con cuatro contrastes, que conviene leer despacio:

- Se puede **amar profundamente sin pretender poseer**. El amor ordenado quiere el bien del otro, incluida su libertad, aunque esa libertad lo lleve por caminos que no habríamos elegido.
- Se puede **trabajar con dedicación sin hacer depender del éxito la propia dignidad**. El esfuerzo es nuestro; la dignidad nos precede.
- Se puede **desear una relación sin exigir controlar al otro**. El deseo legítimo se ofrece; no se impone.
- Se puede **planificar el futuro sin atribuirse la capacidad de garantizarlo**. La planificación es un deber de prudencia, no una promesa de omnipotencia.

Ninguno de estos contrastes implica renunciar al bien amado. Todos implican relacionarse con él de otra manera. Por eso la entrega, bien entendida, no es una pérdida sino una liberación: libera los bienes de la carga de tener que salvarnos, y nos libera a nosotros del miedo constante a perderlos.

Esto no significa que la entrega nunca implique renuncias concretas. A veces las implica, y en ocasiones son dolorosas: una relación que debe terminar porque se ha vuelto dañina, una ambición que hay que soltar porque exige sacrificar deberes más altos, una seguridad que hay que arriesgar para ser fiel. Pero incluso entonces, la renuncia no es el objetivo. Es el precio ocasional de un amor más ordenado. Y nunca es una exigencia arbitraria de un Dios que quisiera vernos privados de lo que amamos.

1.5 Lo que cambia primero

Si la entrega no consiste en perder los bienes, ¿qué es lo que cambia cuando una persona se entrega de verdad?

La respuesta puede decepcionar a quien espera transformaciones inmediatas: **lo primero que cambia no son las circunstancias, sino la relación interior con ellas.**

Una persona que entrega a Dios una situación difícil puede seguir, al día siguiente, en la misma situación. El hijo sigue sin terminar la carrera. El diagnóstico sigue siendo el mismo. El trabajo sigue en riesgo. Si la entrega se midiera por el cambio exterior, habría que concluir que no sirvió para nada.

Pero algo distinto ha ocurrido. La persona ya no sostiene esa situación de la misma manera. Puede seguir preocupada, triste o asustada, pero ha dejado de exigir que la realidad se pliegue a su plan como condición para su paz. Ha pasado del puño cerrado a la mano abierta. Y ese cambio, aunque invisible, tiene consecuencias muy visibles.

Cambia, por ejemplo, la manera de hablar. Quien deja de exigir puede conversar sin manipular, aconsejar sin amenazar y escuchar sin estar preparando su réplica. Cambia la manera de decidir. Quien ya no necesita garantizar el resultado puede elegir con más libertad lo que es justo, aunque no sea lo que más le conviene. Cambia la manera de rezar. La oración deja de ser una negociación angustiada y se convierte en una conversación en la que caben el deseo, el miedo y la confianza. Y cambia, sobre todo, la manera de sufrir. El dolor no desaparece, pero deja de estar mezclado con la desesperación de quien siente que todo depende de él.

Esta es una de las verdades más contraintuitivas de la vida espiritual: muchas veces, el cambio interior precede al exterior y, en ocasiones, lo hace posible. La madre que deja de exigir puede, por primera vez en meses, tener una conversación real con su hijo. Tal vez él no vuelva a la

carrera. Tal vez sí. Pero la relación entre ambos, que estaba siendo destruida por la exigencia, tiene ahora una oportunidad.

En otras ocasiones, el cambio exterior no llega nunca. Y aun así, el cambio interior es real y valioso. Una persona puede vivir años con una enfermedad que no se cura, con una pérdida que no se repara o con un deseo que no se cumple, y hacerlo desde una libertad interior que antes no tenía. Ese es, quizá, el testimonio más poderoso de la entrega: no que todo salga bien, sino que se pueda vivir en paz cuando no sale.

El caminante de nuestra parábola salió de casa con la llave apretada en el puño. No sabía que lo hacía. Muchos de nosotros caminamos así durante años, convencidos de que nos hemos entregado a Dios, mientras sostenemos con fuerza algo que nunca le ofrecimos. Descubrirlo no es una humillación. Es el comienzo de una libertad.

PARA LLEVARLO A LA VIDA

1. Escribe una lista breve de las cinco realidades que más te importan en este momento. Junto a cada una, anota cómo la estás sosteniendo: con el puño cerrado, con la mano caída o con la mano abierta.
2. Responde con honestidad a la pregunta de la sección 1.2: ¿qué es lo que no soportarías que Dios te pidiera? No intentes resolverlo. Solo nómbralo.
3. Elige un deseo importante y formúlalo de dos maneras: como deseo (“deseo que…”) y como condición (“no podré estar en paz si no…”). Observa cuál de las dos describe mejor lo que vives.
4. Piensa en una situación que no ha cambiado a pesar de tus oraciones. Pregúntate qué podría cambiar en tu relación interior con ella, aunque la circunstancia siga igual.

LA LÍNEA EN ESTE CAPÍTULO

LO QUE ME CORRESPONDE	LO QUE ENCOMIENDO A DIOS
Reconocer con verdad mis deseos y mis reservas	El momento y la forma en que mis deseos se cumplan, o no
Ordenar mis amores según su verdadero valor	La libertad de las personas que amo
Revisar si un deseo se ha vuelto condición	Los cambios exteriores que no dependen de mí

ORACIÓN

Señor, te he dicho muchas veces que mi vida es tuya, y lo he dicho con sinceridad. Pero hay cosas que sigo sosteniendo con el puño cerrado, y algunas ni siquiera sé cuáles son. No te pido que me las quites. Te pido que me ayudes a verlas, a amarlas como merecen y a ponerlas en tus manos sin miedo. Que mis deseos sigan siendo deseos, y que ninguno se convierta en la condición de mi confianza en ti. Amén.

La entrega no empieza cuando cambian las cosas, sino cuando cambia la mano con que las sostienes.

CAPÍTULO 2

El Dios que actúa primero

Un hombre de treinta y tantos años dejó de rezar hace tiempo. No perdió la fe, o al menos no lo cree así. Dejó de rezar porque se sentía indigno. Había tomado decisiones de las que se avergonzaba, había roto promesas, había vuelto una y otra vez a los mismos errores. Cada vez que intentaba acercarse a Dios, una voz interior le recordaba que todavía no había cambiado lo suficiente. Así que hizo un pacto consigo mismo: cuando pusiera orden en su vida, volvería. Primero se arreglaría; después rezaría.

Pasaron los años y el orden no llegó. La distancia, en cambio, se volvió costumbre.

Este hombre no es un caso extraño. Representa una de las convicciones más extendidas y más equivocadas de la vida religiosa: la idea de que la relación con Dios comienza con nuestro esfuerzo. Primero me vuelvo digno, después Dios me recibe. Primero me desprendo, después Dios actúa. Primero cambio, después me ama.

La fe cristiana afirma exactamente lo contrario. Y esa afirmación no es un detalle doctrinal, sino el fundamento sobre el que descansa todo lo que este libro tiene que decir. Si no se entiende que Dios actúa primero, la entrega se convierte en un trabajo agotador, el desprendimiento en una carrera de méritos y la vida espiritual en una evaluación permanente que nadie aprueba.

2.1 Criaturas, no autores de nosotros mismos

La primera verdad que hay que establecer es la más elemental, y por eso la más fácil de olvidar: **no somos el origen de nuestra propia existencia.**

Nadie decidió nacer. Nadie eligió el siglo, el país, la familia ni el cuerpo con los que llegó al mundo. La vida nos fue dada antes de que pudiéramos pedirla. Y cada día que sigue es, en sentido estricto, un don que no producimos: el latido del corazón, la respiración, la capacidad de pensar y de amar, todo nos precede y nos sostiene sin que lo hayamos fabricado.

La tradición cristiana expresa esta verdad con una palabra que hoy suena modesta, casi incómoda: *criatura*. Ser criatura significa recibir el ser de Otro. San Pablo lo resume en una fórmula de gran densidad: *de Él, por Él y para Él son todas las cosas* (Rm 11,36). Dios es el origen (*de Él*), el sostén (*por Él*) y la meta (*para Él*) de todo lo que existe, también de cada uno de nosotros.

Esta afirmación podría leerse como una humillación, como si reconocerse criatura disminuyera la dignidad humana. Es exactamente al revés. La dignidad de la persona no se funda en su autosuficiencia, que es una ficción, sino en haber sido querida por Dios. No valemos porque nos hayamos hecho a nosotros mismos. Valemos porque fuimos amados antes de poder hacer nada.

La cultura contemporánea propone con insistencia el ideal contrario: el del individuo que se construye, que se diseña, que se elige, que no debe nada a nadie. Es un ideal atractivo y, en parte, legítimo, porque recoge una verdad sobre la responsabilidad y la libertad. Pero llevado al extremo produce una carga insoportable. Si soy el único autor de mi vida, también soy el único responsable de todos sus resultados. Cada fracaso es solo mío. Cada pérdida es una derrota personal. Cada límite es una humillación. La autosuficiencia absoluta, que se presenta como libertad, termina siendo una forma de soledad agotada.

Reconocerse criatura no elimina la responsabilidad, como veremos en el capítulo 4. Pero la coloca en su lugar. Somos responsables de lo que hacemos con lo recibido; no somos responsables de habernos dado el ser. Y esta distinción, que parece abstracta, tiene consecuencias muy concretas en la manera de vivir la culpa, el éxito, la enfermedad o el envejecimiento.

2.2 La libertad que aparece al dejar de ser absoluta

Si Dios es el origen y el fin de la vida, una objeción surge de inmediato: ¿no queda la libertad humana reducida a una apariencia? Si mi vida debe ordenarse a la voluntad de otro, ¿en qué sentido sigo siendo libre?

La objeción es seria y merece una respuesta seria. Descansa sobre una idea de libertad que conviene examinar: la libertad entendida como **ausencia de cualquier referencia exterior**. Según esta idea, soy libre en la medida en que nada ni nadie me dice qué hacer, y cualquier orientación hacia un bien que no elegí yo mismo es una limitación.

El pensamiento cristiano propone otra comprensión, más antigua y, a la larga, más realista. La libertad no es solo la capacidad de elegir entre opciones, sino la capacidad de **elegir el bien**. Un músico no es más libre porque ignore las reglas de la armonía; es más libre cuando las ha interiorizado de tal manera que puede expresar lo que quiere con ellas. Un deportista no es más libre por despreciar el entrenamiento; es más libre cuando su cuerpo responde a lo que se propone. De modo análogo, la persona no es más libre cuando su voluntad no reconoce ninguna verdad, sino cuando está ordenada a la verdad y al bien que la hacen plena. El *Catecismo* lo formula con precisión: cuanto más hace el hombre el bien, más libre se vuelve (CEC 1733).

Vista desde aquí, la entrega a Dios no destruye la libertad, sino que la libera de aquello que la esclaviza. Y lo que esclaviza a la libertad humana no suele ser Dios. Suelen ser el miedo, la necesidad de aprobación, la compulsión de controlar, la dependencia de ciertos bienes, la imagen que

defendemos de nosotros mismos. Todo eso que examinaremos en la Parte II como apegos desordenados.

Por eso la paradoja cristiana es real y no retórica: la persona alcanza una comprensión más plena de su libertad precisamente cuando deja de tratar su propia voluntad como autoridad absoluta. No porque renuncie a querer, sino porque aprende a querer bien. La voluntad propia no desaparece; se ordena. Y una voluntad ordenada es mucho más libre que una voluntad que obedece a cada impulso, a cada miedo y a cada presión.

2.3 La gracia no es un premio ni una energía

Volvamos al hombre que dejó de rezar. Su error no era de falta de fe, sino de comprensión de la gracia. Pensaba que el favor de Dios era una recompensa que se obtiene después de haber cumplido ciertas condiciones. Hasta que no se volviera digno, no tenía derecho a acercarse.

Esta manera de pensar tiene dos versiones muy extendidas, y las dos deforman la realidad de la gracia.

La primera versión trata la gracia como un premio. Según esta idea, Dios concede su ayuda a quienes la merecen: a los que rezan suficiente, a los que se sacrifican suficiente, a los que se desprenden suficiente. La gracia funcionaría como un salario espiritual. Esta versión tiene el atractivo de la justicia aparente, pero es incompatible con el Evangelio. La palabra *gracia* significa precisamente lo contrario de un salario: significa algo dado gratuitamente, sin que se deba. El *Catecismo* la define como un favor, un auxilio gratuito que Dios nos da para responder a su llamada (CEC 1996). Gratuito quiere decir que no se compra, ni con dinero ni con esfuerzo ni con méritos acumulados.

Esto no significa que en la vida cristiana no exista el mérito. La doctrina católica habla de él, pero con una precisión decisiva: incluso el mérito es fruto de la gracia. Cuando una persona responde a Dios y obra el bien, esa misma respuesta ha sido hecha posible por Dios. Nadie puede presentarse ante Él con algo que no haya recibido primero.

La segunda versión trata la gracia como una energía. Es una deformación más reciente, influida por corrientes espirituales que hablan de vibraciones, frecuencias, leyes de atracción o manifestación de deseos. Según esta idea, la gracia sería una especie de fuerza impersonal que se activa con las técnicas adecuadas: la oración correcta, la actitud mental correcta, la cantidad suficiente de fe. Quien domina la técnica obtiene el resultado.

Esta versión es incluso más peligrosa que la anterior, porque convierte a Dios en un mecanismo y a la persona en su operador. Y tiene una consecuencia cruel: si la técnica no funciona, la culpa es de quien la aplicó. Si no te curaste, no tuviste fe suficiente. Si no conseguiste lo que pedías, no lo deseaste con la intensidad adecuada.

Frente a ambas deformaciones, la fe cristiana afirma que la gracia es **la acción libre y personal de un Dios que ama**. No es un premio, porque no se gana. No es una energía, porque no se manipula. Es el amor de Alguien que toma la iniciativa, que llama, que sostiene y que transforma, y que lo hace porque quiere, no porque nosotros hayamos activado algo.

Esta verdad cambia por completo la manera de entender la entrega. Si la gracia fuera un premio, la entrega sería un esfuerzo para merecerla. Si fuera una energía, sería una técnica para activarla. Pero si es amor que precede, la entrega es otra cosa: es una **respuesta**. No me entrego para que Dios empiece a actuar. Me entrego porque Dios ya está actuando.

2.4 Dios llama incluso a quien se resiste

Si la gracia precede a nuestra respuesta, una consecuencia se impone: **Dios no necesita que estemos listos para empezar a actuar.**

La Escritura lo muestra con una constancia que debería resultarnos consoladora. San Pablo afirma que Cristo murió por nosotros *cuando todavía éramos pecadores* (Rm 5,8): no después de que nos hubiéramos arrepentido, sino antes. Jesús mismo dice que nadie puede venir a Él si el

Padre no lo atrae (Jn 6,44). La iniciativa no es nuestra. El movimiento hacia Dios empieza en Dios.

La historia de la conversión de Saulo de Tarso es, quizá, el ejemplo más elocuente. Saulo no estaba buscando a Cristo. Estaba persiguiendo a sus seguidores, convencido de servir a Dios al hacerlo. No había en él ninguna disposición favorable, ningún vaciamiento previo, ningún desprendimiento que lo preparara. Y sin embargo, en el camino de Damasco, fue alcanzado (Hch 9,1-19). La gracia no esperó a que Saulo se volviera digno de ella. Lo encontró en plena resistencia.

La parábola del hijo pródigo añade un matiz de enorme ternura. Cuando el hijo regresa, todavía no ha pronunciado su discurso de arrepentimiento. Lo trae preparado, ensayado incluso, con la idea de pedir que lo traten como a un jornalero. Pero el padre lo ve *cuando todavía estaba lejos*, se conmueve, corre hacia él, lo abraza y lo besa (Lc 15,20). El abrazo llega antes que la confesión. El hijo apenas ha empezado a volver, y el padre ya ha recorrido el resto del camino.

Estas escenas no son excepciones pintorescas. Revelan la estructura misma de la relación entre Dios y el ser humano. Dios puede llamar, iluminar, sostener, corregir, perdonar y transformar a una persona incluso cuando esta todavía no comprende su situación o se está resistiendo a la verdad. Y aquí aparece una de las consecuencias más importantes de todo este capítulo: **la misma capacidad de reconocer un error, desear la conversión o responder a Dios puede ser ya fruto de la gracia.**

San Pablo lo expresa en una frase que conviene memorizar: *Dios es quien obra en ustedes el querer y el obrar* (Flp 2,13). No solo el obrar, que podríamos imaginar como ayuda divina a un esfuerzo que comienza en nosotros, sino también el querer. Incluso el deseo de cambiar es un don.

Esta verdad tiene implicaciones pastorales inmensas. Significa que nadie debe considerar que Dios es incapaz de actuar mientras la persona no haya alcanzado un estado espiritual determinado. Significa que la disposición interior, por importante que sea, no constituye una condición previa del poder divino ni una garantía de su intervención. Significa que

el progreso espiritual no autoriza a atribuirse autosuficiencia, porque lo que se ha logrado también ha sido recibido. Y significa, sobre todo, que el reconocimiento de la propia resistencia no debe conducir a la desesperación, sino a la confianza: si Dios alcanzó a Saulo en el camino de Damasco, puede alcanzarme a mí en el lugar exacto donde estoy.

2.5 **Pedir la gracia de desear**

Queda una última situación, quizá la más honesta y la menos comentada. ¿Qué hacer cuando uno sabe lo que debería desear, pero no lo desea?

La persona sabe que debería perdonar, pero no quiere. Sabe que debería soltar una relación dañina, pero no puede imaginarse sin ella. Sabe que debería confiar, pero el miedo es más fuerte. Sabe que debería entregar a Dios cierto proyecto, pero lo sigue apretando con todas sus fuerzas. Y la conciencia de esta distancia entre lo que sabe y lo que quiere le produce una mezcla de vergüenza y paralización. Siente que no puede rezar con sinceridad, porque no puede decir lo que en verdad no siente.

La tradición cristiana ofrece aquí una salida de gran sabiduría: **se puede pedir la gracia de desear lo que todavía no se desea.**

No hace falta fingir una entrega que no existe. No hace falta decir "te entrego esto" cuando el puño sigue cerrado. Basta con decir la verdad y pedir ayuda desde ella. El Evangelio conserva una oración que es, en su brevedad, una de las más humanas de toda la Escritura. Un padre desesperado, que ha llevado a su hijo enfermo ante Jesús, escucha que todo es posible para el que cree. Y responde: *Creo, pero ayuda mi falta de fe* (Mc 9,24). No dice que cree plenamente. Dice que cree y que no cree, y pide ayuda en la grieta. Jesús no le reprocha la mitad que falta. Responde a la mitad que hay.

San Agustín, que conocía como pocos la distancia entre el querer y el poder, escribió en sus *Confesiones* una oración que resume esta actitud: *Da lo que mandas, y manda lo que quieras.* Es la oración de quien ha com-

prendido que no puede producir por sí mismo ni siquiera el deseo del bien, y que por eso se lo pide a quien puede dárselo.

Esta forma de oración tiene un valor práctico inmenso, porque desbloquea la vida espiritual en el punto exacto donde suele atascarse. Quien solo se permite rezar desde lo que ya siente, queda prisionero de sus sentimientos. Quien aprende a rezar desde lo que todavía no siente, pidiendo que Dios le dé lo que le falta, descubre que la oración no empieza cuando todo está en orden, sino precisamente cuando no lo está.

Volvamos, para cerrar, al hombre que dejó de rezar porque se sentía indigno. Su pacto, primero arreglarse y después rezar, era humanamente comprensible y espiritualmente imposible. Nunca habría llegado a estar suficientemente arreglado. Lo que necesitaba no era más esfuerzo, sino invertir el orden: rezar primero, tal como estaba, y dejar que el arreglo viniera después, como fruto y no como requisito. Podía empezar con una oración tan sencilla como esta: *Señor, no he cambiado lo que debería, y ni siquiera estoy seguro de querer cambiarlo. Pero aquí estoy. Haz Tú lo que yo no sé hacer.*

Esa oración no es una derrota. Es el comienzo de toda entrega verdadera.

PARA LLEVARLO A LA VIDA

1. Identifica un área de tu vida en la que esperas "estar mejor" antes de presentarla a Dios. Preséntasela hoy, tal como está.
2. Revisa si en tu manera de rezar hay rastros de la gracia como premio ("si hago esto, Dios me dará aquello") o como energía ("si lo deseo con suficiente fuerza, ocurrirá"). Nombra lo que encuentres sin juzgarte.

3. Piensa en algo que sabes que deberías desear y no deseas. Formula una oración breve pidiendo la gracia de desearlo, sin fingir que ya lo deseas.

4. Recuerda un momento de tu vida en que Dios te alcanzó antes de que lo buscaras. Escríbelo. Te servirá en los días de resistencia.

LA LÍNEA EN ESTE CAPÍTULO

LO QUE ME CORRESPONDE	LO QUE ENCOMIENDO A DIOS
Presentarme ante Dios tal como estoy, sin esperar a "merecerlo"	La iniciativa de la gracia y el momento de su acción
Decir con verdad lo que deseo y lo que no	Los deseos que todavía no tengo y que necesito recibir
Responder a la llamada cuando la reconozco	La transformación que yo solo no puedo producir

ORACIÓN

Padre, me cuesta creer que me amas antes de que cambie. He querido ganarme tu favor, y me he cansado. He querido entenderte como un premio o como una fuerza, y te he perdido de vista. Hoy vengo como estoy, con lo que quiero y con lo que todavía no sé querer. Da lo que mandas, y manda lo que quieras. Amén.

No te entregas para que Dios empiece a actuar. Te entregas porque Dios ya está actuando.

CAPÍTULO 3

La trampa del contrato

Cuando a su madre le diagnosticaron un cáncer avanzado, un hombre de cincuenta años, que no pisaba una iglesia desde hacía décadas, hizo una promesa. Iría a misa todos los domingos, dejaría de beber y caminaría hasta el santuario de la Virgen si su madre se curaba. Cumplió las dos primeras partes con una disciplina que sorprendió a todos. Durante seis meses no faltó a una sola misa ni probó una gota de alcohol. Rezaba de rodillas cada noche. Tenía preparadas las botas para la peregrinación.

Su madre murió en primavera.

El día del funeral, el hombre le dijo a su hermana algo que ella no olvidó: *Cumplí mi parte. Él no cumplió la suya.* Esa misma noche volvió a beber. No volvió a pisar una iglesia.

Sería fácil juzgar a este hombre, y sería injusto. Su dolor era real, su promesa sincera y su esfuerzo admirable. Pero en el fondo de su relación con Dios había una estructura que, sin que él lo supiera, estaba condenada a romperse: la estructura del contrato. Él había ofrecido algo a cambio de algo. Y cuando la contraparte no entregó lo pactado, el acuerdo quedó anulado.

Este capítulo examina esa estructura, quizá la deformación más extendida de la vida religiosa en todas las épocas y en todas las culturas. No para despreciar a quienes la viven, que somos casi todos en algún momento, sino para comprender por qué termina siempre en decepción y qué relación más verdadera puede ocupar su lugar.

3.1 “Te doy esto, dame aquello”: anatomía de la transacción espiritual

La lógica del contrato es una de las más antiguas de la experiencia humana. Gobierna el comercio, el trabajo, buena parte de las relaciones sociales y, con frecuencia, también la religión. Las religiones antiguas del Mediterráneo la formularon en una fórmula latina de notable franqueza: *do ut des*, “doy para que des”. Se ofrecía un sacrificio a los dioses para obtener una cosecha, una victoria o una curación. Si el resultado llegaba, la relación funcionaba. Si no, se cambiaba de ofrenda o de dios.

El cristianismo heredó el lenguaje del sacrificio, pero transformó radicalmente su sentido. Sin embargo, la lógica del *do ut des* nunca desaparece del todo del corazón humano. Se reintroduce, casi siempre sin hacer ruido, bajo formas que conviene saber reconocer.

La forma explícita es la promesa condicionada. “Si me concedes esto, haré aquello.” En la cultura católica latinoamericana tiene un nombre propio y entrañable: la *manda*. Conviene ser precisos aquí, porque no toda promesa religiosa es un contrato. La Iglesia reconoce el valor de los votos y de las promesas hechas a Dios como expresión de gratitud, de devoción o de compromiso. Una persona puede prometer una peregrinación en acción de gracias, ofrecer un sacrificio como súplica intensa o comprometerse a un cambio de vida como respuesta a un favor recibido. Nada de eso es reprobable. La promesa se vuelve contrato cuando adquiere una cláusula oculta: *si no me lo concedes, nuestra relación se rompe.* La diferencia no está en la promesa, sino en lo que ocurre cuando no se obtiene lo pedido.

La forma implícita es la expectativa contable. Es más sutil y más frecuente que la anterior. La persona no hace promesas formales, pero lleva una contabilidad interior. Ha rezado mucho, ha servido mucho, ha sido fiel durante años, y espera, sin formularlo, que esa fidelidad se traduzca en protección. Cuando llega la desgracia, la pregunta que surge no es

"¿cómo vivo esto con Dios?", sino "¿por qué a mí, si yo he hecho todo bien?". Es una pregunta comprensible y profundamente humana. Pero revela que, en algún lugar, se esperaba un pago.

La forma doctrinal es la teología de la prosperidad. Es la versión sistematizada del contrato, predicada en ciertos ambientes religiosos con enorme éxito comercial. Según esta enseñanza, Dios quiere que sus fieles sean ricos, sanos y exitosos, y la fe, la oración y especialmente la generosidad económica hacia la comunidad religiosa funcionan como semillas que producen cosechas proporcionales. Quien da más recibe más. Quien no prospera es porque no tuvo fe suficiente o no sembró lo necesario. Esta doctrina es incompatible con el Evangelio de un Mesías pobre y crucificado, pero su atractivo es inmenso, precisamente porque promete lo que el corazón transaccional quiere oír.

Las tres formas comparten un mismo esquema: la relación con Dios se organiza en torno a un intercambio, y la fidelidad de la persona queda condicionada al cumplimiento de la parte que se atribuye a Dios. El esquema tiene una ventaja aparente, que explica su persistencia: da una sensación de control. Si sé lo que tengo que dar, puedo influir en lo que voy a recibir. El contrato convierte la incertidumbre de la vida en una ecuación. Y por eso, cuando la ecuación falla, la caída es tan dura.

3.2 Cuando el sacrificio se vuelve control

Hay una forma especialmente engañosa del contrato que conviene examinar con detalle, porque se disfraza de su contrario. Es la renuncia que, en realidad, es una exigencia.

La persona renuncia a algo, se sacrifica, intensifica sus prácticas religiosas. Desde fuera, y a menudo también desde dentro, parece un acto de desprendimiento. Pero en el fondo de esa renuncia hay una expectativa: que Dios responda de la manera esperada. El desprendimiento se ha convertido en un instrumento. La persona parece soltar sus exigencias, pero

en realidad formula una exigencia nueva y más poderosa: *ahora que he renunciado, me debes.*

Esta dinámica tiene un nombre preciso en la vida espiritual: es **control con apariencia de entrega**. El puño no se ha abierto. Simplemente ha cambiado de objeto. Antes apretaba el resultado directamente; ahora aprieta el sacrificio como palanca para obtenerlo.

La Escritura conoce bien esta deformación y la denuncia con dureza. Los profetas de Israel no criticaban los sacrificios del templo por ser sacrificios, sino por haberse convertido en una manera de manejar a Dios mientras el corazón permanecía intacto. Por boca del profeta Oseas, Dios dice: *Quiero misericordia y no sacrificios* (Os 6,6), una frase que Jesús retomará dos veces en el Evangelio de Mateo. El sacrificio que pretende comprar el favor divino no agrada a Dios, porque no le habla a Él: le habla a la propia necesidad de control.

La parábola del fariseo y el publicano (Lc 18,9-14) retrata con precisión al hombre que lleva la cuenta de sus méritos. El fariseo enumera ante Dios lo que hace: ayuna dos veces por semana, paga el diezmo de todo lo que gana. No miente. Todo eso es cierto. Pero su oración es un balance contable, y en ese balance ya no hay espacio para la gracia. El publicano, en cambio, no tiene nada que ofrecer, y por eso se presenta con las manos vacías: *Oh Dios, ten compasión de mí, que soy pecador.* Jesús dice que fue este, y no aquel, quien volvió a casa justificado.

Hay un síntoma que permite detectar esta forma de control con bastante fiabilidad: **el resentimiento**. Cuando un sacrificio era verdaderamente ofrenda, su falta de recompensa puede doler, pero no produce rencor contra Dios. Cuando el sacrificio era inversión, su falta de retorno produce la sensación de haber sido estafado. El hermano mayor de la parábola del hijo pródigo lo dice sin rodeos cuando ve la fiesta organizada para el que regresa: *Hace tantos años que te sirvo, sin desobedecer jamás una orden tuya, y nunca me diste un cabrito para hacer una fiesta con mis amigos* (Lc 15,29). Había servido durante años, pero lo había hecho como

un asalariado que espera su paga. Su fidelidad era real, pero estaba envenenada por la contabilidad.

La respuesta del padre es una de las frases más hermosas del Evangelio y, al mismo tiempo, la más radical crítica del contrato: *Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo.* El hermano mayor no necesitaba ganarse nada. Ya lo tenía todo. Su error no era haber servido, sino haber creído que el servicio era el precio de un amor que, en realidad, había sido suyo desde siempre.

3.3 **Getsemaní, de cerca**

Si el contrato es la forma deformada de la relación con Dios, Getsemaní es su forma verdadera. Volvemos a esa escena, ya presentada en la Obertura, para leerla ahora con más detenimiento, porque contiene una enseñanza precisa sobre la oración de petición que conviene no pasar por alto.

Lo primero que llama la atención es que **Jesús pide**. No se limita a aceptar; formula una petición concreta. Y la repite: los evangelios de Mateo y Marcos señalan que volvió a orar tres veces con las mismas palabras. No hay en Jesús ninguna vergüenza de desear, ni la idea de que pedir sea una falta de confianza. La petición es legítima, incluso cuando se trata de pedir que se aparte el sufrimiento.

Lo segundo es que **Jesús no negocia**. No ofrece nada a cambio. No dice: "si apartas esta copa, haré esto otro". No recuerda al Padre sus méritos ni su obediencia pasada. Su petición es desnuda, sin cláusulas. Pide como pide un hijo, no como negocia un socio.

Lo tercero es que **Jesús coloca su petición dentro de una entrega mayor**. *Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya.* Esta segunda mitad no anula la primera. No es una retractación del deseo, sino su marco. Jesús pide con todas sus fuerzas y, al mismo tiempo, reconoce que la última palabra no le pertenece. La petición queda abierta a una respuesta que puede no coincidir con lo pedido.

La Carta a los Hebreos ofrece un comentario de esta escena que desconcierta a primera vista. Dice que Cristo, en los días de su vida mortal, presentó oraciones y súplicas con fuertes gritos y lágrimas a aquel que podía salvarlo de la muerte, y que *fue escuchado* por su actitud reverente (Hb 5,7). Fue escuchado, y sin embargo bebió la copa. Fue escuchado, y sin embargo murió.

Esa aparente contradicción es una de las claves más profundas de la oración cristiana. Ser escuchado no significa necesariamente obtener lo pedido. Significa que la petición fue recibida por un Padre que respondió de un modo más grande que el contenido literal de la súplica. Jesús no fue librado de la muerte, pero fue librado *a través de* la muerte, en la Resurrección. La respuesta del Padre no fue "no". Fue un "sí" que excedía la forma de la pregunta.

Esto no autoriza a decir a nadie que su oración no concedida fue en realidad concedida de otra manera, como si fuera un truco consolador. Sería una manera de inventar explicaciones, y este libro se niega a hacerlo. Lo que Getsemaní enseña es otra cosa, más sobria: que la relación con el Padre no depende de que la petición se cumpla en sus términos, y que la confianza puede sostenerse incluso cuando la respuesta no es la que se esperaba.

3.4 Disposición y resultado: dos órdenes distintos

De todo lo anterior se desprende un principio que constituye, probablemente, la distinción más importante de toda la espiritualidad del abandono. Conviene enunciarlo con la mayor claridad:

La disposición interior de una persona y el resultado exterior de su vida pertenecen a dos órdenes distintos. Están relacionados, pero no son equivalentes.

En el orden de la disposición, la persona tiene una responsabilidad real. Puede examinar sus motivaciones, decidir con rectitud, corregir sus erro-

res, cooperar con la gracia, perseverar en la oración, servir con caridad. Todo eso le corresponde, y de todo eso puede dar cuenta.

En el orden del resultado, la persona no tiene dominio soberano. No controla la Providencia. No controla las decisiones de los demás. No controla las circunstancias históricas, la evolución de una enfermedad, los movimientos de la economía o los frutos concretos de su trabajo. Puede influir en muchas de esas cosas, y debe hacerlo con responsabilidad. Pero no puede garantizarlas.

El contrato nace precisamente de confundir estos dos órdenes. Supone que una buena disposición produce automáticamente un buen resultado, que el que reza recibe, que el que se sacrifica es protegido, que el justo prospera. Y cuando la realidad desmiente esa ecuación, la persona concluye que algo falló: o su entrega fue insuficiente, o Dios no cumplió.

Separar los dos órdenes tiene consecuencias que conviene enumerar, porque cada una de ellas libera de una carga distinta:

- **El desprendimiento no compra favores divinos.** Soltar algo no obliga a Dios a darme otra cosa.
- **La oración no es un mecanismo de control.** Rezar no es pulsar un botón que produce un efecto.
- **La ausencia de resultados visibles no demuestra que la entrega haya sido falsa.** Una persona puede haberse entregado de verdad y seguir sin obtener lo que pedía.
- **La aparición de dificultades no demuestra que exista una resistencia espiritual oculta.** No todo obstáculo es castigo ni señal de un pecado que hay que descubrir.
- **La fidelidad debe poder sostenerse cuando el resultado no coincide con lo esperado.** Si solo soy fiel cuando las cosas salen bien, mi fidelidad tiene precio.

San Pablo vivió esta distinción en carne propia. Habla en su segunda carta a los Corintios de una espina clavada en su carne, una dificultad

que nunca identifica con precisión. Tres veces pidió al Señor que se la quitara. La respuesta que recibió no fue la que esperaba: *Te basta mi gracia, porque mi fuerza se realiza en la debilidad* (2 Co 12,9). La espina no desapareció. Lo que cambió fue la manera de Pablo de vivir con ella. Su disposición se transformó; el resultado exterior permaneció. Y Pablo pudo escribir, con una libertad asombrosa, que se gloriaba en sus debilidades.

3.5 Lo que una oración no concedida demuestra, y lo que no

Volvamos al hombre del comienzo, el que cumplió su manda y perdió a su madre. Su conclusión fue que Dios no había cumplido su parte. Es una conclusión comprensible, pero conviene examinar con cuidado qué demuestra realmente una oración no concedida y qué no.

No demuestra que la entrega fuera falsa. El hombre había rezado con sinceridad y se había sacrificado de verdad. Su madre no murió porque él hubiera rezado poco ni porque su fe fuera débil. Atribuir el desenlace a un defecto de la oración es añadir culpa al duelo, y esa culpa no tiene fundamento.

No demuestra que Dios esté ausente. La experiencia de la oración no escuchada es una de las más antiguas de la Escritura. Los salmos están llenos de ella: *¿Hasta cuándo, Señor, me olvidarás?* (Sal 13,2). Job la vivió durante capítulos enteros. El mismo Jesús, en la cruz, rezó con las palabras de un salmo de abandono: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?* (Mc 15,34). La sensación de ausencia no es prueba de ausencia. Es, con frecuencia, una forma oscura de presencia.

No demuestra que pedir haya sido un error. Algunos, después de una decepción, concluyen que no deben volver a pedir nada concreto, que lo maduro es limitarse a decir "hágase tu voluntad". Pero la oración de petición es legítima y el Evangelio la recomienda con insistencia. Jesús cuenta la parábola de una viuda que no deja de importunar a un juez injusto precisamente para enseñar que hay que orar siempre sin desani-

marse (Lc 18,1-8). Lo que se corrige no es la petición, sino el contrato que a veces la acompaña.

Lo que una oración no concedida sí puede hacer, si se la atraviesa con honestidad, es abrir otra profundidad de la relación con Dios. Puede enseñar a orar con la queja, que la Escritura no solo permite sino que modela en los salmos de lamentación. Puede revelar que la confianza tenía una condición oculta. Puede invitar a una fe menos contable y más filial, la del hijo que pide sin dejar de saberse hijo cuando no recibe lo pedido.

Nada de esto se le puede exigir a alguien en pleno duelo. El hombre que perdió a su madre no tenía por qué hacer ninguna de estas reflexiones el día del funeral. El dolor tiene sus tiempos, y la Parte VI de este libro se ocupará de ellos con el cuidado que merecen. Pero si algún día ese hombre vuelve a acercarse a Dios, lo ideal sería que no lo hiciera para renegociar el contrato, sino para descubrir una relación que nunca fue un contrato.

PARA LLEVARLO A LA VIDA

1. Recuerda alguna promesa o sacrificio que hayas ofrecido a Dios esperando un resultado. Pregúntate qué habría pasado en tu relación con Él si ese resultado no hubiera llegado, o qué pasó cuando no llegó.
2. Revisa si llevas una "contabilidad" interior de tu fidelidad. Un indicio: la frase "después de todo lo que he hecho" aparece en tus pensamientos cuando algo sale mal.
3. Busca en ti algún resentimiento contra Dios, aunque sea leve. Nómbralo en la oración sin justificarlo ni reprimirlo.
4. Elige una petición importante y reza por ella esta semana a la manera de Getsemaní: pide con claridad, sin ofrecer nada a cambio, y termina dejando la última palabra al Padre.

LA LÍNEA EN ESTE CAPÍTULO

LO QUE ME CORRESPONDE	LO QUE ENCOMIENDO A DIOS
Pedir con claridad y perseverancia	La forma, el momento y el contenido de la respuesta
Cuidar mi disposición: rectitud, fidelidad, caridad	Los resultados que esa disposición no puede garantizar
Examinar si mis ofrendas esconden una exigencia	La gratuidad de un amor que no se compra

ORACIÓN

Padre, te he pedido muchas cosas, y a veces te he ofrecido mis sacrificios como quien paga por adelantado. Perdona que haya querido comprar lo que siempre me has dado gratis. Quiero seguir pidiéndote, con la confianza de un hijo, sin cláusulas ni contabilidades. Y cuando no reciba lo que pido, enséñame a seguir siendo tuyo. Amén.

Dios no queda en deuda con nuestros sacrificios.

CAPÍTULO 4

Las tres manos y la línea

Una mujer de treinta y ocho años se entera un lunes de que su padre tiene principios de demencia. El martes se pasa el día investigando: tratamientos, especialistas, residencias, estudios clínicos. Llena una libreta de notas, hace once llamadas y se acuesta a las dos de la mañana convencida de que, si se organiza lo suficiente, podrá detener lo que está pasando. El miércoles se pelea con sus dos hermanos porque no reaccionan con la misma urgencia. El jueves, agotada, deja de contestar el teléfono. El viernes le dice a una amiga que ya no puede hacer nada, que lo que tenga que pasar pasará, y que Dios sabrá por qué. El sábado no va a ver a su padre.

El domingo, en misa, escucha una frase del Evangelio que la detiene, y por primera vez en toda la semana llora. Esa tarde visita a su padre. No lleva la libreta. Se sienta junto a él, le toma la mano y le pregunta por su infancia. Él le cuenta, con una claridad que la sorprende, la historia de un perro que tuvo a los nueve años. El lunes siguiente ella llama a sus hermanos y les propone repartir las visitas y las gestiones. Pide una cita con un solo especialista. Y empieza a aprender a vivir con una enfermedad que no va a poder detener.

En una sola semana, esta mujer ha usado las tres manos. Primero el puño cerrado, que intentaba controlar lo incontrolable. Después la mano caída, que se rendía en nombre de la fe. Finalmente, la mano abierta, que hace lo que le corresponde y suelta lo que no.

Este capítulo presenta de manera sistemática las tres herramientas que acompañarán al lector durante el resto del libro: las tres manos, la línea y las seis estaciones de la entrega. Son herramientas sencillas, casi elementales. Pero detrás de su sencillez hay una doctrina precisa sobre la relación entre la gracia y la libertad, y es esa doctrina la que les da su fuerza.

4.1 Puño cerrado, mano caída, mano abierta

La imagen de las tres manos fue introducida en la Obertura. Ahora conviene desarrollarla con más detalle, porque su utilidad depende de saber reconocer cada mano en situaciones concretas y, sobre todo, de entender que no son tipos de personas, sino **posturas ante una realidad determinada**.

Cada una de las tres manos tiene una lógica interna, un miedo que la sostiene y una manera característica de manifestarse.

El puño cerrado responde a la lógica del control. Su miedo fundamental es la pérdida: perder lo que se tiene, perder el resultado esperado, perder la imagen que se ha construido. Se manifiesta en la planificación excesiva, la revisión compulsiva, la dificultad para delegar, la tendencia a manipular las decisiones de otros y una oración que se parece más a una negociación que a una conversación. El puño cerrado suele tener mucha energía, y por eso con frecuencia logra resultados a corto plazo. Su costo aparece después, en forma de agotamiento, ansiedad y relaciones dañadas.

La mano caída responde a la lógica de la renuncia. Su miedo fundamental es el fracaso: si no lo intento, no puedo fracasar. Con frecuencia es el resultado de un puño cerrado que se agotó. Se manifiesta en la pasividad, la evasión, el fatalismo, la postergación indefinida de decisiones y una religiosidad que usa expresiones piadosas para justificar la inacción: *Dios sabrá*, *lo que tenga que ser será*, *no está en mis manos*. Lo más engañoso de la

mano caída es que puede parecer humildad o abandono. Pero el abandono cristiano nunca exime de lo que corresponde hacer.

La mano abierta responde a la lógica de la confianza activa. No está libre de miedo, pero el miedo no la gobierna. Se manifiesta en la capacidad de actuar con diligencia sin exigir garantías, de pedir con claridad sin imponer condiciones, de reparar lo que puede repararse y aceptar lo que no, de recibir ayuda sin sentirse humillada y de servir sin necesitar el centro. La mano abierta está activa y disponible al mismo tiempo. No es la mano del que no hace nada, ni la del que lo hace todo. Es la del que hace lo suyo y deja a Dios lo de Dios.

La siguiente tabla muestra cómo se ven las tres manos en tres ámbitos de la vida:

ÁMBITO	PUÑO CERRADO	MANO CAÍDA	MANO ABIERTA
Trabajo	Revisa todo, no delega, vive cada error como amenaza a su identidad	Deja de esforzarse porque "nada depende de mí"	Trabaja con dedicación y acepta que el resultado depende también de otros
Familia	Intenta controlar las decisiones de los hijos o la pareja	Se desentiende de conflictos que le corresponde atender	Aconseja, pone límites y respeta la libertad del otro
Fe	Reza como quien negocia y se resiente cuando no obtiene lo pedido	Usa la fe para justificar la pasividad	Pide con confianza, actúa con responsabilidad y encomienda el resultado

Dos advertencias son necesarias para usar bien esta herramienta.

La primera: **nadie vive con una sola mano.** La mujer del ejemplo pasó por las tres en una semana. Una misma persona puede vivir su trabajo con el puño cerrado y su salud con la mano caída. Por eso la pregunta no es "¿qué mano soy?", sino **"¿con qué mano estoy sosteniendo esto, ahora?"**.

La segunda: **la herramienta es para examinarse, no para juzgar a otros.** Es fácil ver el puño cerrado en el cónyuge o la mano caída en el

hermano. Pero la utilidad de las tres manos es la de un espejo, no la de una lupa.

4.2 La cooperación real

Detrás de la imagen de la mano abierta hay una doctrina que conviene enunciar con precisión, porque de ella depende todo lo demás. Es la doctrina de la **cooperación entre la gracia y la libertad**.

En el capítulo 2 afirmamos que Dios actúa primero: su gracia precede, acompaña y sostiene toda respuesta humana. Esa afirmación podría hacer pensar que el ser humano no tiene nada que hacer, que basta con dejar que Dios actúe. Pero la fe católica sostiene simultáneamente otra verdad: **la respuesta humana es real**. El *Catecismo* enseña que la preparación del hombre para acoger la gracia es ya obra de la gracia, y que la libre iniciativa de Dios reclama la respuesta libre del hombre (CEC 2001; 2002).

Las dos verdades parecen competir, como si cuanto más hiciera Dios menos hiciera el hombre, y viceversa. Esa es la intuición espontánea, y es equivocada. **Dios y el ser humano no son dos agentes del mismo nivel que se reparten una tarea.** No es que Dios haga el setenta por ciento y nosotros el treinta. Dios es la causa primera que hace posible, sostiene y eleva nuestra acción, que sigue siendo plenamente nuestra.

Una imagen puede ayudar, siempre que se reconozcan sus límites. Pensemos en un velero. El marinero no produce el viento; no puede fabricarlo ni ordenarle que sople. Pero sin su trabajo, el barco no avanza: tiene que izar las velas, orientarlas, leer el agua, corregir el rumbo. El viento no hace inútil al marinero. Lo hace posible. Y el marinero no compite con el viento. Lo aprovecha. La imagen tiene un límite evidente: el viento es una fuerza impersonal, mientras que la gracia es la acción de Alguien que ama y que actúa también dentro del marinero, en su querer y en su obrar. Pero ilustra bien la idea central: la acción divina no reemplaza la acción humana, sino que la funda.

San Pablo lo dice en una sola frase que contiene ambas verdades: *Trabajen con temor y temblor por su salvación, porque Dios es quien obra en ustedes el querer y el obrar* (Flp 2,12-13). Pablo no dice "no hagan nada, porque Dios lo hace todo". Tampoco dice "háganlo todo, porque depende de ustedes". Dice: *trabajen, porque Dios trabaja en ustedes*. La acción de Dios no es una razón para la pasividad; es el fundamento de la acción.

En la práctica, esta cooperación se traduce en una capacidad de respuesta concreta. La persona puede consentir, arrepentirse, obedecer, perseverar, pedir ayuda, realizar actos de caridad. Y también puede resistirse, aplazar una decisión necesaria o aferrarse deliberadamente a lo que reconoce como desordenado. Esa capacidad de responder, en un sentido o en otro, es el fundamento de la responsabilidad espiritual.

4.3 Dos errores simétricos

La historia del cristianismo ha conocido, una y otra vez, dos maneras de romper el equilibrio entre la gracia y la libertad. Tienen nombres técnicos antiguos, pero sus versiones contemporáneas siguen vivas en el corazón de casi todos los creyentes.

El primer error consiste en pensar que todo depende de mí. Es la tentación del esfuerzo autónomo. La santidad se convierte en una disciplina personal, la vida espiritual en un programa de autoperfeccionamiento y Dios en una especie de supervisor que evalúa el rendimiento. En la historia de la teología, la versión extrema de este error se conoce como pelagianismo, por el monje Pelagio, a quien San Agustín combatió en el siglo V. Pero no hace falta ser teólogo para caer en él. Basta con creer que la relación con Dios mejora en proporción directa al propio esfuerzo, y que los fracasos espirituales se resuelven apretando más. Es el error del puño cerrado. Sus frutos son el orgullo cuando las cosas salen bien y la desesperación cuando salen mal.

El segundo error consiste en pensar que nada depende de mí. Es la tentación de la pasividad espiritual. Puesto que todo es gracia, se razona, no

hace falta arrepentirse, decidir, corregirse ni esforzarse. Basta con esperar. En la historia de la espiritualidad, la versión extrema de este error se conoce como quietismo, una corriente del siglo XVII que la Iglesia corrigió porque, en nombre de un abandono absoluto, terminaba anulando la responsabilidad moral. Pero tampoco aquí hace falta ser teólogo. Basta con usar la fe como excusa para no tomar decisiones difíciles, o con atribuir a la voluntad de Dios lo que en realidad es nuestra propia negligencia. Es el error de la mano caída. Sus frutos son la inercia y, con frecuencia, el daño a otros que dependían de nosotros.

Los dos errores son simétricos, y por eso es fácil pasar de uno al otro. La persona que durante años vivió en el puño cerrado del esfuerzo autónomo puede, al agotarse, caer en la mano caída del fatalismo. Y viceversa. La mujer del ejemplo inicial lo hizo en apenas cuatro días.

La visión católica no busca un punto medio tibio entre ambos errores, como si la verdad consistiera en esforzarse "un poco". Busca algo distinto: mantener unidas, con toda su fuerza, la primacía de la gracia y la realidad de la respuesta humana. Dios lo hace todo, y yo hago todo lo que me corresponde. No porque mi acción complete una insuficiencia divina, sino porque Dios ha querido que mi respuesta sea auténticamente mía.

4.4 La línea

Si la cooperación entre la gracia y la libertad es real, se sigue una pregunta práctica inevitable: ¿qué me corresponde a mí y qué no? Esta pregunta, formulada con honestidad ante cada situación concreta, es la segunda herramienta de este libro. La llamamos **la línea**.

La línea separa dos ámbitos. A un lado está **lo que me corresponde**: aquello sobre lo que tengo responsabilidad real y capacidad de acción. Al otro lado está **lo que debo encomendar**: aquello que excede mi control y que solo puedo poner en manos de Dios.

Una primera aproximación a la línea puede organizarse así:

LO QUE ME CORRESPONDE	LO QUE ENCOMIENDO A DIOS
Examinar mis motivaciones	El sentido completo de mi historia
Actuar con rectitud	Los resultados que no puedo garantizar
Cumplir mis compromisos	El reconocimiento que otros me concedan o me nieguen
Corregir los errores que he cometido	El pasado que ya no puedo modificar
Buscar soluciones prudentes	La necesidad de controlar cada circunstancia
Pedir perdón cuando corresponde	La respuesta de quien recibe mi petición
Discernir mi vocación	Conocer de antemano todos sus frutos
Pedir ayuda cuando la necesito	La falsa exigencia de resolverlo todo solo

Esta tabla es útil, pero la realidad suele ser más matizada que dos columnas. Entre lo que depende enteramente de mí y lo que no depende de mí en absoluto hay una zona intermedia muy amplia: **lo que puedo influir, pero no controlar.** La salud de mi cuerpo, la educación de mis hijos, el éxito de mi negocio, la calidad de mis relaciones. En todas esas realidades tengo una participación real, a veces decisiva, pero no soberana.

Por eso conviene afinar la herramienta y pensar en seis ámbitos, cada uno con su respuesta propia:

ÁMBITO	RESPUESTA CRISTIANA
Mis decisiones morales	Asumir la responsabilidad y actuar según una conciencia recta
Mis deberes y compromisos	Cumplirlos con diligencia y prudencia
Las consecuencias previsibles de mis actos	Considerarlas y procurar evitar daños injustificados
Las decisiones de otras personas	Respetar su libertad sin renunciar a poner límites legítimos

ÁMBITO	RESPUESTA CRISTIANA
Los resultados que no puedo garantizar	Trabajar con responsabilidad y entregar a Dios lo que excede mi control
El sentido último de lo que no comprendo	Evitar conclusiones precipitadas y perseverar en la fe

Trazar la línea con honestidad exige vencer dos tentaciones opuestas, que corresponden exactamente a los dos errores de la sección anterior. El puño cerrado tiende a colocar demasiadas cosas del lado de "lo que me corresponde": se siente responsable de las emociones de los demás, del éxito de todo proyecto, incluso de que Dios responda. La mano caída tiende a hacer lo contrario: coloca del lado de "lo que encomiendo" cosas que en realidad le corresponden, como una conversación pendiente, una reparación necesaria o una decisión que viene aplazando.

Hay cuatro preguntas que ayudan a trazar la línea con más precisión ante cualquier situación:

1. **¿Qué parte de esto depende realmente de mi decisión?**
2. **¿Qué parte depende de la libertad de otros o de circunstancias que no gobierno?**
3. **¿Estoy evitando hacer algo que me corresponde, con el pretexto de "dejarlo en manos de Dios"?**
4. **¿Estoy intentando controlar algo que no me corresponde, con el pretexto de "ser responsable"?**

Queda una precisión, quizá la más importante. La línea **no separa dos mundos independientes**, uno humano y otro divino. No se trata de que yo me ocupe de mi parte y Dios de la suya, como dos socios que se reparten un negocio. La realidad es más profunda. Le entregamos a Dios precisamente aquello sobre lo que ejercemos responsabilidad: le ofrecemos nuestras decisiones, nuestros esfuerzos, nuestros deberes. Y actuamos con responsabilidad precisamente porque sabemos que nuestra vida

tiene un fundamento y un fin que no controlamos. La línea es un instrumento de discernimiento, no un muro.

4.5 Las seis estaciones de la entrega

La tercera herramienta es un mapa. Describe el movimiento por el que una persona, ante una situación concreta, pasa del puño cerrado o de la mano caída a la mano abierta. Lo llamamos **las seis estaciones de la entrega**, y servirá de hilo conductor durante el resto del libro.

Antes de presentarlas, una advertencia necesaria: **las seis estaciones no son una técnica para producir la gracia.** No es un método que, aplicado correctamente, garantice un resultado. Es una descripción de cómo coopera una persona con la acción de Dios. La gracia puede saltarse estaciones, invertir su orden o actuar en todas a la vez. El mapa no es el territorio.

1. **Reconocer.** Identificar lo que ocupa el corazón: un temor, una expectativa, un deseo, una pérdida, una relación o una necesidad de control. *Pregunta: ¿qué estoy tratando como indispensable para mi seguridad, mi identidad o mi felicidad?*
2. **Discernir.** Distinguir entre un bien legítimo que debe cuidarse y un apego desordenado que debe corregirse. *Pregunta: ¿estoy amando esto de manera ordenada, o le estoy pidiendo que ocupe el lugar de Dios?*
3. **Entregar.** Ofrecer a Dios el deseo, el temor o la circunstancia, sin pretender controlar de antemano su desenlace. *Pregunta: ¿puedo ofrecer esto a Cristo sin convertir el resultado que deseo en condición de mi fidelidad?*
4. **Cooperar.** Adoptar la acción concreta que corresponde: corregir, reparar, perseverar, renunciar, pedir ayuda, poner un límite o esperar con prudencia. *Pregunta: ¿qué respuesta fiel, moralmente recta y proporcionada me corresponde hoy?*

5. **Perseverar.** Seguir actuando con caridad y responsabilidad, sin exigir que las circunstancias confirmen de inmediato el sentido de la entrega. *Pregunta: ¿puedo permanecer fiel sin saber cuándo ni cómo cambiará esta situación?*
6. **Revisar los frutos.** Examinar si el proceso está produciendo más libertad interior, humildad, caridad y fidelidad, sin atribuir cada cambio a una explicación sobrenatural concreta. *Pregunta: ¿qué estoy aprendiendo a amar, soltar, reparar o vivir de manera más conforme con Cristo?*

Conviene advertir desde ahora que la tercera estación de la entrega, entregar, rara vez se cruza sin temblor. Entre discernir y entregar suele haber un umbral que ningún análisis elimina: el momento de soltar el borde y confiar sin ver. **Todo abandono verdadero presupone ese salto de fe**, y a veces exige incluso quemar las naves que nos permitirían volver atrás. El capítulo 11 lo examina con detalle, junto con los criterios que lo distinguen de la temeridad.

La mujer del comienzo de este capítulo recorrió, sin saberlo, estas seis estaciones. El domingo, en misa, **reconoció** lo que estaba ocurriendo en su interior. Esa tarde, junto a su padre, empezó a **discernir** la diferencia entre amarlo y controlar su enfermedad. Al soltar la libreta, **entregó** lo que no podía resolver. El lunes **cooperó**: llamó a sus hermanos, organizó las visitas, eligió un especialista. Los meses siguientes le exigirán **perseverar**. Y con el tiempo podrá **revisar los frutos** de ese proceso y descubrir qué ha aprendido a amar de otra manera.

Las estaciones no se recorren una sola vez. Se recorren muchas veces, ante cada situación nueva, y a veces varias simultáneamente. Una persona puede estar en la estación de la entrega respecto a su trabajo y en la del reconocimiento respecto a una relación. No hay prisa ni hay calificación. Hay camino.

El resto del libro recorre estas estaciones con más detalle. La Parte II se ocupa del reconocimiento y del discernimiento de los apegos. La Parte III,

de la entrega como vaciamiento. Las Partes IV y V, de la cooperación con la gracia y con la Providencia. La Parte VI, de la perseverancia en la noche. Y las Partes VII a IX, de la revisión de los frutos y de la vida que nace de ellos.

PARA LLEVARLO A LA VIDA

1. Piensa en la última semana. Identifica una situación en la que usaste el puño cerrado, otra en la que usaste la mano caída y otra, si la hay, en la que usaste la mano abierta.
2. Elige la situación que más te preocupa hoy y traza su línea por escrito: dos columnas, lo que te corresponde y lo que encomiendas. Responde después las cuatro preguntas de la sección 4.4.
3. Revisa si tiendes más al error de "todo depende de mí" o al de "nada depende de mí". Pregúntate en qué ámbitos aparece cada uno.
4. Ubica en qué estación de la entrega te encuentras respecto a tu preocupación principal. No intentes avanzar a la siguiente. Solo nombra dónde estás.

LA LÍNEA EN ESTE CAPÍTULO

LO QUE ME CORRESPONDE	LO QUE ENCOMIENDO A DIOS
Reconocer qué mano estoy usando en cada situación	El cambio de las circunstancias que no gobierno
Trazar la línea con honestidad, sin evadir ni absorber de más	Lo que excede mi capacidad de control
Cooperar con la gracia en lo concreto	La gracia misma, que no puedo producir

ORACIÓN

Señor, a veces aprieto todo con el puño, como si todo dependiera de mí. Otras veces dejo caer las manos y te culpo de mi propia pereza. Enséñame a abrirlas. Dame claridad para ver lo que me toca y valor para

hacerlo. Dame humildad para soltar lo que no me toca y paz para dejarlo en tus manos. Y cuando no sepa dónde está la línea, ayúdame a buscarla contigo. Amén.

Dios lo hace todo, y yo hago todo lo que me corresponde.

Fatalismo

Al terminar la Parte I conviene cerrar la puerta a la mala lectura más probable de todo lo dicho hasta aquí. Si la entrega consiste en soltar lo que no controlamos, alguien podría concluir que lo maduro es dejar de intentar, aceptar cualquier cosa que venga y llamar a esa resignación "voluntad de Dios". Esa conclusión tiene un nombre: **fatalismo**. Y es exactamente lo contrario de la entrega cristiana.

El fatalismo sostiene que lo que va a pasar pasará, hagamos lo que hagamos, y que por lo tanto la acción humana es inútil. La fe cristiana sostiene otra cosa: que Dios gobierna la historia **y** que la libertad humana es real, de modo que nuestras decisiones importan. Aceptar que no controlamos el resultado no significa renunciar a buscar soluciones legítimas. Significa buscarlas sin la angustia de quien cree que todo depende de él.

Por eso, una persona puede abandonarse en Dios y, al mismo tiempo:

- buscar empleo con tenacidad cuando lo ha perdido;
- someterse a un tratamiento médico, pedir una segunda opinión y cuidar su salud;
- proteger a su familia frente a un peligro;
- denunciar una injusticia y reclamar sus derechos;
- pedir consejo profesional, legal o psicológico;
- trabajar con esfuerzo para reparar un error;

- prepararse a fondo para un examen, una entrevista o una decisión.

Ninguna de estas acciones contradice el abandono. Todas son formas concretas de cooperar con la gracia. La confianza en Dios no sustituye los medios prudentes: los orienta, los serena y los libera de la pretensión de omnipotencia.

Hay una prueba sencilla para distinguir el abandono del fatalismo. Cuando alguien dice "lo dejo en manos de Dios", conviene preguntarse qué viene después. Si lo que sigue es la acción responsable que le corresponde, hecha con más paz y menos ansiedad, se trata de abandono. Si lo que sigue es la inacción, la evasión de un deber o la renuncia a algo que estaba en sus manos, se trata de fatalismo con lenguaje piadoso.

Jesús en Getsemaní no se quedó tirado en el huerto. Se levantó, despertó a sus amigos y salió al encuentro de lo que venía. La mano abierta no es una mano inmóvil. Es una mano que trabaja sin apretar.

Abandonarse en Dios no es dejar de actuar. Es dejar de actuar como si todo dependiera de ti.

II

PARTE II

Lo que cargamos

Anatomía de los apegos

La Parte I estableció qué significa entregarse a Dios y presentó las herramientas del camino. La Parte II se ocupa de lo que impide esa entrega. No de los grandes pecados, que suelen ser visibles, sino de algo más silencioso y más extendido: los **apegos desordenados**, esas relaciones con bienes legítimos que, sin que lo advirtamos, han empezado a gobernar nuestra libertad. El capítulo 5 define qué es un apego desordenado y cómo examinarlo sin caer en la culpa. Los capítulos 6, 7 y 8 recorren los apegos más frecuentes y más profundos: al control, al reconocimiento y a la propia imagen, a las personas, al pasado y al futuro. Es la Parte en que el lector abre la mochila y mira lo que lleva dentro.

El peso de la mochila

Los primeros días el camino fue amable. Había sol, había agua en los arroyos, y el caminante avanzaba con el entusiasmo de quien por fin ha tomado una decisión. Dormía en graneros, compraba pan en los pueblos y por las noches, antes de cerrar los ojos, imaginaba la ciudad junto al mar con un detalle cada vez mayor.

Al cuarto día empezó a subir la montaña, y la mochila comenzó a pesar.

No era una mochila grande. Lo había preparado todo con cuidado, eligiendo solo lo indispensable. Pero en la cuesta, cada cosa parecía duplicar su peso. Las herramientas, envueltas en su trapo, se le clavaban en la espalda. La bolsa del dinero, que revisaba cada pocas horas para asegurarse de que seguía completa, le pesaba más de lo que valía. Y la carta de recomendación, que había leído tantas veces que ya la sabía de memoria, ocupaba en su pensamiento un espacio mucho mayor que en la mochila.

En una posada, a mitad de la subida, compartió mesa con una mujer mayor que bajaba en sentido contrario. Llevaba un bastón y un morral pequeño, casi vacío. Lo observó mientras él contaba, una vez más, las monedas.

—¿Qué llevas ahí que pesa tanto? —le preguntó.

El caminante, un poco a la defensiva, le enumeró sus cosas. Las herramientas eran su oficio. El dinero era su seguridad. La carta era su oportunidad. Todo era necesario.

—No te pregunté qué llevas —dijo la mujer—. Te pregunté qué es lo que pesa.

Él no supo responder. Ella no insistió. Terminó su sopa, se levantó y antes de irse señaló su mano derecha, que seguía cerrada sobre la mesa.

—Y eso, ¿desde cuándo lo llevas así?

El caminante abrió la mano. Ahí estaba la llave de la casa, con los dientes de hierro marcados en la palma. Llevaba días sin soltarla, y no lo había notado. Ni siquiera recordaba por qué la había traído.

A la mañana siguiente tuvo que cruzar un río crecido. El agua le llegaba a la cintura y la corriente empujaba con fuerza. Un pastor que cruzaba a su lado le gritó que soltara la mochila, que la llevara por encima de la cabeza o la dejara en la orilla y volviera por ella. El caminante no soltó nada. Avanzó encorvado, con la mochila a la espalda y el puño cerrado, y a mitad del cruce resbaló. Por un instante, el agua lo cubrió entero.

Salió a la otra orilla empapado, temblando y con todas sus cosas. No había perdido nada. Y, sin embargo, mientras se secaba al sol, por primera vez desde que había salido de casa, sintió miedo. No de la montaña ni del río, sino de algo que todavía no sabía nombrar: la sospecha de que no era él quien llevaba sus cosas, sino sus cosas las que lo llevaban a él.

CAPÍTULO 5

Amar sin poseer: qué es un apego desordenado

Un hombre de cuarenta y cinco años ha trabajado durante dos décadas para reunir un ahorro sólido. No es rico, pero tiene lo suficiente para dormir tranquilo: un fondo para emergencias, la educación de sus hijos asegurada y algo para la vejez. Lo consiguió con disciplina, renunciando a vacaciones, a coches nuevos y a muchos caprichos. Se siente, con razón, orgulloso de ello.

Una noche lo llama su hermano menor. Ha tenido un accidente, no tiene seguro y necesita una cantidad considerable para una cirugía. El hombre escucha, promete pensarlo y cuelga. Durante tres días construye argumentos impecables: su hermano siempre ha sido irresponsable, si le ayuda ahora nunca aprenderá, ese dinero tiene otro destino, hay que ser prudente. Al cuarto día le dice que no puede. Le sugiere un préstamo bancario.

No ha cometido ningún delito. Sus argumentos tienen parte de verdad. Pero desde esa noche no duerme bien, y aunque no sabría explicarlo, intuye que algo en su decisión no fue libre. Que no decidió él, sino su miedo a ver disminuido lo que con tanto esfuerzo había reunido.

Este capítulo trata de esa intuición. Su tema es el **apego desordenado**, una expresión clásica de la espiritualidad cristiana que conviene recuperar con precisión, porque describe con exactitud algo que todos vivimos y que pocas veces sabemos nombrar.

5.1 El bien no es el problema

Lo primero que hay que entender sobre un apego desordenado es que **casi siempre se forma alrededor de un bien**. No nos apegamos desordenadamente al mal, que suele reconocerse como tal, sino a cosas buenas: el dinero que da seguridad, la relación que da afecto, el trabajo que da sentido, la reputación que da dignidad, la salud que permite vivir.

El ahorro de nuestro ejemplo es un bien. Haberlo reunido es una virtud. Nadie razonable le reprocharía a ese hombre haber sido previsor. El problema no está en el ahorro, sino en **la relación que el hombre ha establecido con él**. Sin advertirlo, el ahorro ha dejado de ser un instrumento al servicio de su vida y de las personas que ama, y se ha convertido en algo que debe protegerse incluso a costa de ellas.

La tradición espiritual cristiana ha descrito esta realidad con distintos lenguajes. San Ignacio de Loyola, en sus *Ejercicios espirituales*, habla de **afecciones desordenadas**: inclinaciones del corazón que nos llevan a decidir no por lo que es mejor, sino por aquello a lo que estamos atados. El objetivo de los Ejercicios, dice Ignacio, es precisamente ordenar la vida sin que ninguna afección desordenada determine las decisiones. San Juan de la Cruz, en *Subida del Monte Carmelo*, ofrece una imagen inolvidable: un pájaro atado a una rama no puede volar, y da igual que lo ate un hilo delgado o una cuerda gruesa. Mientras no se rompa, el pájaro no es libre. Lo decisivo no es el tamaño del apego, sino el hecho de que ata.

De ahí se sigue una consecuencia práctica importante: **el examen de los apegos no consiste en sospechar de los bienes, sino en examinar nuestra relación con ellos.** Una misma realidad puede vivirse de manera ordenada o desordenada. Una relación de pareja puede ser fuente de amor libre o de dependencia posesiva. Una aspiración profesional puede ser vocación legítima o medida absoluta del propio valor. La prudencia económica puede ser responsabilidad o necesidad compulsiva de acumu-

lar seguridad. El objeto es el mismo. Lo que cambia es el lugar que ocupa en el corazón.

5.2 Cuatro señales de que un apego gobierna

Si el problema no está en el bien, sino en la relación con él, necesitamos criterios para distinguir un amor ordenado de un apego desordenado. La sola intensidad del afecto no sirve: se puede amar intensamente de manera ordenada y débilmente de manera desordenada. Hacen falta otras señales.

La tradición moral cristiana permite identificar al menos cuatro. Basta con que una de ellas esté presente para que el apego merezca examen.

Primera señal: el apego domina la libertad. La persona ya no elige con libertad en todo lo que toca a ese bien. Ante cualquier decisión que lo involucre, la respuesta está predeterminada. No puede siquiera considerar ciertas opciones, porque el solo hecho de pensarlas le produce angustia. El hombre del ejemplo no consideró de verdad la posibilidad de ayudar a su hermano. Buscó argumentos para una decisión que su miedo ya había tomado.

Segunda señal: el apego desplaza deberes superiores. Todo bien tiene un lugar en una jerarquía. Cuando un bien inferior empieza a desplazar a uno superior, el orden se ha roto. El ahorro es un bien, pero la vida de un hermano es un bien mayor. El trabajo es un bien, pero el cuidado de los hijos pequeños es, en la mayoría de los casos, un deber más alto. Cuando una realidad empieza a ocupar el espacio de otra más importante, conviene preguntarse por qué.

Tercera señal: el apego empuja a obrar contra la conciencia. Es la señal más grave. La persona hace algo que, en el fondo, sabe que no está bien, para conservar aquello a lo que está apegada. Miente para proteger su reputación. Calla una injusticia para no perder su puesto. Tolera un maltrato para no perder una relación. Cuando un apego tiene el poder de

mover la voluntad contra lo que la conciencia reconoce como recto, ha dejado de ser un afecto y se ha convertido en un amo.

Cuarta señal: el apego se vuelve condición de la paz. La persona no puede imaginarse en paz sin ese bien. Su tranquilidad interior depende por completo de conservarlo. La simple posibilidad de perderlo le resulta intolerable. Esta señal conecta directamente con lo que vimos en el capítulo 1: el deseo que se ha convertido en condición.

Estas cuatro señales no son una lista de verificación mecánica. Son indicadores que ayudan a ver lo que el apego suele ocultar. Porque esa es, precisamente, la característica más notable de los apegos desordenados: **casi nunca se ven a sí mismos como apegos.** Se ven como prudencia, como amor, como responsabilidad, como sentido común.

5.3 Lo que un apego te hace justificar

Un apego desordenado tiene una capacidad sorprendente para producir razones. No se presenta nunca como lo que es. Se presenta con argumentos.

El hombre del ejemplo no se dijo a sí mismo: "tengo miedo de que mi ahorro disminuya". Se dijo: "mi hermano debe aprender a ser responsable", "ese dinero tiene otro destino", "hay que ser prudente". Todas esas frases contenían algo de verdad, y precisamente por eso eran tan eficaces. El apego rara vez miente del todo. Selecciona las verdades que le convienen y silencia las demás.

Esta dinámica puede observarse en muchos ámbitos. Quien está apegado a una relación puede justificar conductas que en otra persona juzgaría inaceptables: "en el fondo me quiere", "está pasando por un mal momento", "todas las parejas discuten". Quien está apegado a su reputación puede ocultar un error con argumentos sobre la prudencia, la discreción o el bien de la institución. Quien está apegado a un proyecto puede insistir en él mucho después de que todas las señales indiquen que debería abandonarlo, con argumentos sobre la perseverancia y la fe.

Quien está apegado a su posición puede callar ante una injusticia diciendo que no es el momento oportuno, que no le corresponde o que hablar no serviría de nada.

En todos estos casos, el apego no es simplemente un sentimiento. **Ha comenzado a gobernar la voluntad**, y lo hace a través de la inteligencia, poniéndola a su servicio para fabricar justificaciones.

Por eso, el examen espiritual de los apegos debe ir más allá de la pregunta "¿qué deseo?". Debe preguntar también:

- ¿Qué estoy dispuesto a sacrificar para conservar este bien?
- ¿Qué decisiones tomo bajo su influencia?
- ¿Qué argumentos me repito con más frecuencia para justificar esas decisiones?
- ¿Me alejan esos argumentos de la verdad, de la justicia o de la caridad?

Hay un indicio especialmente útil: **la desproporción entre la fuerza de los argumentos y la incomodidad interior.** Cuando una persona necesita repetirse muchas veces las razones de una decisión, cuando se pone a la defensiva si alguien la cuestiona, cuando su conciencia sigue inquieta a pesar de argumentos aparentemente sólidos, es probable que un apego esté hablando con la voz de la razón. El insomnio del hombre del ejemplo era una forma de esa incomodidad. Sus argumentos convencían a su mente, pero no a su conciencia.

5.4 Contra la sospecha permanente

Todo lo anterior podría producir un efecto secundario indeseable, y conviene prevenirlo con la misma energía con que se ha descrito el problema. Una persona que acaba de descubrir la existencia de los apegos desordenados puede empezar a verlos en todas partes. Cada afecto le parece sospechoso. Cada alegría, un posible apego. Cada deseo, una ame-

naza a su libertad interior. Y termina viviendo en un estado de vigilancia permanente que no la acerca a Dios, sino que la agota.

Esta deriva es tan contraria al Evangelio como el apego mismo. Es preciso decirlo con toda claridad: **amar, desear, disfrutar y aspirar a una vida mejor no son, por sí mismos, obstáculos espirituales.**

El relato de la creación termina con una afirmación que conviene recordar a menudo: Dios vio todo lo que había hecho, *y era muy bueno* (Gn 1,31). La creación no es una trampa puesta para probar nuestra capacidad de renuncia. Es un don. La Primera Carta a Timoteo lo dice sin ambigüedad: todo lo que Dios ha creado es bueno, y nada debe rechazarse si se recibe con acción de gracias (1 Tm 4,4). Jesús mismo comenzó su vida pública en una boda, convirtiendo agua en vino para que la fiesta no se arruinara (Jn 2,1-11). No hay en el Evangelio desprecio alguno por la alegría de vivir.

Dios no puso al ser humano en un desierto de prohibiciones, sino en un jardín lleno de dones, y le dijo: *De todos los árboles del jardín puedes comer* (Gn 2,16). Las alegrías de la creación están ahí para ser disfrutadas, con recato, prudencia, sensatez y moderación. Como veremos en el capítulo 29, la virtud que hace posible ese disfrute libre tiene un nombre: templanza.

La sospecha permanente hacia los propios afectos tiene, además, una raíz que conviene desenmascarar: con frecuencia es una nueva forma de control. La persona que vigila compulsivamente cada uno de sus deseos para asegurarse de que no se ha apegado a nada está intentando, en el fondo, garantizar su propia pureza espiritual por sus propias fuerzas. Es el puño cerrado aplicado a la vida interior. Y produce los mismos frutos que en cualquier otro ámbito: ansiedad, rigidez, escrúpulo y una incapacidad creciente para disfrutar de los dones de Dios.

La pregunta correcta, por tanto, no es si existe algún deseo o afecto, porque siempre existirán. La pregunta es si esos bienes **permanecen ordenados** o si han empezado a ocupar un lugar absoluto. Y esa pregunta no se responde vigilando cada emoción, sino examinando, con serenidad

y de vez en cuando, las situaciones concretas en que un bien ha empezado a gobernar nuestras decisiones. El examen de los apegos es un acto de verdad, no un régimen de sospecha.

Un criterio práctico ayuda a mantener el equilibrio: **si el examen espiritual empieza a producir vigilancia obsesiva, culpa desproporcionada o incapacidad para tomar decisiones ordinarias, ha dejado de servir.** En ese caso conviene simplificar la práctica, examinar menos cosas y con menos frecuencia, y buscar orientación de alguien prudente. Volveremos sobre este riesgo con más detalle en el capítulo 12.

5.5 Inventario sin juicio

Con estas precauciones, podemos proponer un método concreto para examinar un apego. Lo llamamos **inventario sin juicio**, porque su objetivo no es condenarse, sino comprender lo suficiente para actuar con más libertad.

El método tiene tres reglas.

Primera regla: trabajar sobre situaciones concretas, no sobre generalidades. No sirve preguntarse en abstracto "¿a qué estoy apegado?". La respuesta suele ser vaga o excesiva. Sirve mucho más tomar una situación precisa que haya producido inquietud, resistencia o una decisión dudosa, y examinarla con detalle.

Segunda regla: examinar un asunto a la vez. Es preferible comprender bien un apego y actuar sobre él que elaborar una lista interminable de defectos sin traducirla en ninguna decisión.

Tercera regla: no apresurarse. Las preguntas que siguen no deben responderse de corrido, como un formulario. Conviene dejar que cada una trabaje un tiempo, en la oración o en la reflexión tranquila.

Con estas reglas, el inventario se organiza en ocho preguntas:

1. **¿Qué bien, persona, resultado o circunstancia temo perder?** Nombrarlo con precisión.

2. **¿Qué significado le atribuyo?** No solo qué es, sino qué representa para mí: seguridad, valor, amor, sentido, identidad.
3. **¿Qué temo que esa pérdida diga sobre mí?** Muchas veces el miedo no es a perder el bien, sino a lo que su pérdida revelaría: que soy un fracaso, que no soy amado, que no estoy a salvo.
4. **¿Qué intento controlar para evitarla?** Las conductas, a veces sutiles, con las que procuro asegurar que no la perderé.
5. **¿Qué decisiones tomo bajo la influencia de ese temor?** Las que habría tomado de otra manera si no tuviera miedo.
6. **¿Existe una responsabilidad legítima que debo conservar?** No todo cuidado es apego. Es importante distinguir lo que debo seguir cuidando.
7. **¿Qué parte de mi reacción procede de un amor ordenado, y qué parte puede proceder de la posesividad, el orgullo o el miedo?** Las motivaciones casi siempre son mixtas, y eso es normal.
8. **¿Qué acción concreta podría expresar una mayor libertad interior?** El inventario termina en una decisión, aunque sea pequeña.

Apliquemos el método, para terminar, al hombre del comienzo. Lo que teme perder es su ahorro. Le atribuye el significado de seguridad, y también de valor personal: es la prueba de que ha sido responsable. Teme que su disminución signifique volver a la vulnerabilidad de su juventud. Para evitarlo, controla cada gasto y construye argumentos contra cualquier salida de dinero. Bajo esa influencia, negó ayuda a su hermano. Hay, sin duda, una responsabilidad legítima que conservar: la educación de sus hijos y su propia vejez. Hay también amor ordenado en su prudencia. Pero hay miedo, y el miedo decidió.

¿Qué acción concreta podría expresar más libertad? Tal vez llamar a su hermano y ofrecerle ayudar con una parte, sin poner en riesgo lo esencial. Tal vez ofrecerle el préstamo él mismo, sin intereses. Tal vez simplemente reconocer ante Dios que su decisión no fue libre y pedir luz para la pró-

xima vez. El inventario no impone una respuesta única. Lo que hace es devolverle la libertad de elegir, que el apego le había quitado.

Amar sin poseer no significa dar todo lo que se tiene. Significa poder decidir qué hacer con lo que se tiene sin que el miedo decida por nosotros.

5.6 Nada es tuyo: la lógica de la custodia

Todo lo que este capítulo ha dicho sobre los apegos descansa, en el fondo, sobre una verdad que conviene enunciar de manera explícita, porque cambia por completo la relación con los bienes: **nada de lo que tenemos es realmente nuestro.**

El salmista lo proclama sin matices: *Del Señor es la tierra y cuanto la llena, el mundo y todos sus habitantes* (Sal 24,1). Y el rey David, en una de las oraciones más hermosas del Antiguo Testamento, después de reunir con su pueblo enormes riquezas para construir el templo, reconoce: *¿Quién soy yo y quién es mi pueblo para que podamos ofrecerte estas cosas? Todo viene de ti, y te damos lo que de tu mano hemos recibido* (1 Cr 29,14). David no se presenta como un donante generoso. Se presenta como alguien que devuelve lo que nunca fue suyo.

Esta verdad tiene un nombre en la tradición cristiana: **custodia**, o también **administración**. Lo que Dios nos da, no nos lo regala para que dispongamos de ello como dueños absolutos. Nos lo **confía**, para que lo cuidemos, lo hagamos fructificar y lo empleemos para su mayor gloria. La Primera Carta de Pedro lo formula así: *Cada uno ponga al servicio de los demás el don que ha recibido, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios* (1 P 4,10). Somos administradores, no propietarios. Y eso vale para el dinero y los bienes materiales, pero también para el tiempo, la salud, los talentos, las relaciones e incluso la propia vida.

El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó

Ninguna figura bíblica encarna esta verdad con tanta fuerza como Job. En un solo día pierde sus rebaños, sus siervos y sus diez hijos. La reacción de

Job no es la indiferencia. El texto dice que se levanta, rasga su manto, se rapa la cabeza y cae al suelo. Es el gesto del duelo más hondo. Y entonces, postrado, pronuncia unas palabras que han atravesado los siglos: *Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré a él. El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó: bendito sea el nombre del Señor* (Jb 1,21).

Poco después, cuando la enfermedad lo alcanza y su propia esposa lo invita a maldecir a Dios, Job responde: *Si aceptamos de Dios los bienes, ¿no vamos a aceptar también los males?* (Jb 2,10).

Conviene recordar lo que estaba en juego en esta escena. Al comienzo del libro, el acusador plantea ante Dios una pregunta decisiva: *¿Acaso teme Job a Dios de balde?* (Jb 1,9). Es decir: ¿no amará Job a Dios solo porque Dios lo ha colmado de bienes? ¿No será su fe, en el fondo, un contrato? Toda la historia de Job es la respuesta a esa pregunta. Y la respuesta es que **un amor verdadero a Dios no es condicional.** No depende de lo que Dios da. Se sostiene también cuando Dios quita.

Es exactamente lo contrario de la lógica del contrato que examinamos en el capítulo 3. El hombre que perdió a su madre y dijo *yo cumplí mi parte y Él no cumplió la suya* vivía una fe condicionada a los resultados. Job vive otra cosa: una fe que reconoce que todo lo recibido era don, y que por eso puede bendecir a Dios tanto cuando da como cuando quita.

Gratitud en la abundancia y en la escasez

De la lógica de la custodia se desprende una forma particular de gratitud, que no depende de las circunstancias. San Pablo, escribiendo desde la cárcel, lo expresa con una libertad admirable: *He aprendido a contentarme con lo que tengo. Sé vivir en la pobreza y sé vivir en la abundancia. Estoy acostumbrado a todo: a la saciedad y al hambre, a la abundancia y a la privación. Todo lo puedo en Aquel que me fortalece* (Flp 4,11-13). Y en otra carta exhorta: *Den gracias en toda ocasión* (1 Ts 5,18).

Obsérvese la precisión de esta última frase. Pablo no dice "den gracias *por* todo", como si hubiera que agradecer el mal. Dice "den gracias *en* toda ocasión": en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la

enfermedad, en la ganancia y en la pérdida. La gratitud no exige llamar bueno a lo que no lo es, como insiste la Parte VI de este libro. Exige no dejar de reconocer, en cualquier circunstancia, que Dios sigue siendo bueno y que todo lo que hemos tenido fue don.

Dos precisiones evitan que esta verdad se convierta en una exigencia cruel.

La primera: **Job lloró antes de bendecir, y siguió lamentándose después.** El mismo libro que contiene *el Señor me lo dio, el Señor me lo quitó* contiene también decenas de capítulos de queja y debate apasionados. La gratitud en la adversidad no prohíbe el duelo. Lo atraviesa. Nadie debe sentirse obligado a pronunciar la frase de Job en el primer momento de una pérdida. A veces se llega a ella después de mucho tiempo.

La segunda: **la custodia no autoriza el descuido.** Que los bienes no sean nuestros no significa que no debamos cuidarlos. Al contrario: quien administra lo que pertenece a otro tiene una responsabilidad mayor que quien dispone de lo propio. El capítulo 29 desarrollará cómo esta lógica transforma la manera de usar los bienes materiales en la misión.

Lo que cambia cuando se vive como custodio

La lógica de la custodia transforma tres cosas a la vez.

Transforma **la manera de perder**. Lo que se pierde no es arrebatado a su dueño, sino devuelto a quien lo dio. El dolor no desaparece, pero deja de estar mezclado con la sensación de robo.

Transforma **la manera de conservar**. Lo que se tiene se cuida con más responsabilidad, porque se tendrá que rendir cuentas de ello, como los siervos de la parábola de los talentos.

Y transforma **la manera de usar**. La pregunta deja de ser *¿cómo protejo lo mío?* y se convierte en *¿qué quiere el Dueño que haga con esto que me ha confiado?*

Volvamos al hombre del ahorro, el que negó ayuda a su hermano. Su ahorro era bueno, y cuidarlo era un deber. Pero lo había vivido como algo exclusivamente suyo, que debía defender incluso frente a la necesidad de

su hermano. Si lo hubiera vivido como custodio, la pregunta habría sido otra. No *¿cómo evito que disminuya lo que he ganado?*, sino *¿qué haría con este dinero Aquel que me lo confió, viendo a mi hermano herido?* Quizá la respuesta habría sido la misma prudencia, con una ayuda parcial. Pero la habría decidido la caridad, no el miedo.

PARA LLEVARLO A LA VIDA

1. Piensa en una decisión reciente que te haya dejado inquieto, aunque tuvieras buenos argumentos para tomarla. Pregúntate si alguna de las cuatro señales de la sección 5.2 estuvo presente.
2. Identifica el argumento que más te repites para justificar algo que, en el fondo, no te deja en paz. Escríbelo. Luego escribe la verdad que ese argumento podría estar silenciando.
3. Elige un solo apego y aplícale el inventario de ocho preguntas a lo largo de esta semana, una o dos preguntas por día.
4. Haz una lista de tres bienes de tu vida que disfrutas con libertad y gratitud. Agradécelos a Dios. También eso es parte del orden del amor.

Ejercicio complementario: haz una lista de cinco bienes que consideras "tuyos": un objeto, una cantidad de dinero, un talento, una relación, tu tiempo. Junto a cada uno, escribe la pregunta del custodio: *¿qué quiere el Dueño que haga con esto?* Y termina con las palabras de Job, si puedes decirlas con verdad: *el Señor me lo dio; bendito sea su nombre.*

LA LÍNEA EN ESTE CAPÍTULO

LO QUE ME CORRESPONDE	LO QUE ENCOMIENDO A DIOS
Examinar con serenidad mi relación con los bienes que amo	La seguridad absoluta que ningún bien creado puede darme
Cuidar las responsabilidades legítimas ligadas a esos bienes	El miedo a perder lo que no puedo garantizar
Tomar una decisión concreta que exprese más libertad	La purificación de motivaciones que yo solo no puedo ordenar
Cuidar como custodio lo que se me ha confiado y dar gracias en toda ocasión	Lo que Él da y lo que Él quita, porque nunca fue mío

ORACIÓN

Señor, todo lo que tengo me lo has dado tú, y es bueno. No quiero despreciarlo ni vivir con miedo a perderlo. Enséñame a amar cada cosa en su lugar, a cuidar lo que me confías sin dejar que me gobierne y a reconocer cuándo el miedo está decidiendo por mí. Que pueda abrir la mano sobre lo que amo, no para soltarlo, sino para que respire. Amén.

El problema nunca fue lo que amabas, sino el lugar que le diste.

CAPÍTULO 6

El apego al control

Cuando su hija cumplió diecisiete años y empezó a salir por las noches, un padre instaló en el teléfono de ella una aplicación de localización. Lo hizo con su consentimiento y por razones que cualquiera entendería: la ciudad no es segura, los jóvenes no siempre miden el riesgo, más vale prevenir. Al principio la consultaba solo cuando ella tardaba. Después, cada vez que salía. Después, cada veinte minutos. Si el punto en el mapa se detenía en un lugar que no conocía, la llamaba. Si no contestaba, llamaba a sus amigas. Una noche, al ver que el punto llevaba una hora en una calle que no le gustaba, se subió al coche y fue a buscarla.

La encontró en casa de una compañera, haciendo un trabajo escolar. Ella lo miró desde la puerta con una mezcla de vergüenza y furia que él no olvidaría. Esa misma noche desinstaló la aplicación. Y durante meses dejó de contarle adónde iba.

Este padre no es un tirano. Es un hombre que ama a su hija y tiene miedo. Pero su miedo, convertido en necesidad de control, produjo exactamente lo contrario de lo que buscaba: menos información, menos confianza, más riesgo. Es la paradoja característica del apego al control, el primero de los apegos que examinaremos en detalle y, probablemente, el más extendido de nuestra época.

6.1 Planificar no es exigir certeza

Conviene empezar por lo que no está en cuestión. **La planificación es un deber de prudencia.** El ser humano necesita anticipar riesgos, prever consecuencias, preparar sus decisiones y actuar con responsabilidad. Jesús mismo lo da por supuesto cuando pregunta quién, queriendo construir una torre, no se sienta primero a calcular los gastos para ver si tiene con qué terminarla (Lc 14,28). La imprevisión no es una virtud cristiana. Quien no planifica, con frecuencia termina dañando a otros o dejándolos cargar con lo que él no previó.

Pero el mismo Jesús dice también: *No se preocupen por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su propia preocupación* (Mt 6,34). ¿Cómo se concilian ambas enseñanzas? La respuesta está en distinguir dos actitudes que desde fuera pueden parecer idénticas.

La planificación prudente es un medio para actuar bien. Analiza la información disponible, considera los riesgos razonables, prepara respuestas posibles y luego actúa. Acepta que existen factores imprevisibles y no pretende eliminarlos. Su objetivo es hacer lo que corresponde con la mayor responsabilidad posible.

La exigencia de certeza es un intento de dominar la realidad. No se conforma con prepararse para lo previsible: necesita eliminar lo imprevisible. Anticipa cada posible dificultad, intenta garantizar las decisiones ajenas y vive cualquier desenlace no previsto como un fracaso personal. Su objetivo no es actuar bien, sino no ser sorprendido nunca.

La diferencia no está en la cantidad de planificación, sino en su función. La primera planifica para actuar. La segunda planifica para no tener que confiar. Y por eso nunca termina: siempre queda un riesgo más que prever, una variable más que controlar, una posibilidad más que descartar.

Hay algunos síntomas que indican que la planificación se ha convertido en exigencia de certeza:

- La preparación ya no tiene un final razonable. Siempre falta algo.
- La persona no puede actuar hasta haber eliminado toda incertidumbre, lo cual, en la práctica, significa no actuar nunca o actuar con angustia.
- Los imprevistos no se viven como parte normal de la vida, sino como amenazas o injusticias.
- La persona necesita saber, todo el tiempo, qué está pasando, incluso cuando ese conocimiento no le permite hacer nada útil.

El padre del ejemplo había cruzado esa frontera. La aplicación de localización, al principio, era un instrumento razonable de prudencia. Con el tiempo se convirtió en un intento de eliminar la incertidumbre de que su hija estuviera fuera de su vista. Y esa incertidumbre, que forma parte inevitable de criar a un hijo que crece, no se podía eliminar.

6.2 **Responsables, no soberanos**

El apego al control descansa sobre una confusión que conviene deshacer con precisión: la confusión entre **responsabilidad** y **soberanía**.

La tradición moral cristiana enseña que la persona es responsable de sus actos libres y de las consecuencias previsibles de esos actos. Si actúo con negligencia y alguien sale dañado, soy responsable de ese daño. Si tomo una decisión sin considerar sus efectos razonablemente previsibles, he faltado a la prudencia. Esta responsabilidad es real y no debe minimizarse.

Pero la responsabilidad tiene límites. **No soy responsable de las decisiones libres de otras personas**, aunque pueda influir en ellas. No soy responsable de las circunstancias que no dependen de mí: el clima, la economía, la salud de mi cuerpo más allá de lo que puedo cuidar, los

accidentes imprevisibles. No soy responsable, en suma, de todo lo que ocurre, sino de lo que hago con lo que me corresponde.

El apego al control borra esa frontera. La persona controladora se siente responsable de todo: de que sus hijos tomen buenas decisiones, de que su equipo de trabajo rinda, de que su pareja sea feliz, de que el proyecto salga bien, de que nadie sufra. Y como se siente responsable de todo, se siente obligada a controlarlo todo. Es una carga imposible, y su peso explica gran parte del agotamiento que caracteriza a este tipo de apego.

La distinción que propone el abandono cristiano es, en este punto, profundamente liberadora: **somos responsables de nuestras decisiones, pero no somos soberanos sobre todos sus resultados.** Podemos preparar una tarea cuidadosamente, cumplir nuestros compromisos, pedir consejo y corregir errores. Después, debemos aceptar que existen factores que no dependen exclusivamente de nosotros.

Esta distinción no es una invitación a la irresponsabilidad. Es exactamente lo contrario. Quien sabe dónde termina su responsabilidad puede asumirla con más seriedad, porque no está dispersando sus fuerzas en intentar controlar lo que no puede. El padre del ejemplo era responsable de educar a su hija en la prudencia, de establecer normas razonables, de conocer a sus amigos, de mantener un diálogo abierto con ella. No era responsable de garantizar que nunca le pasara nada, porque eso no estaba en su poder. Al intentar lo segundo, descuidó lo primero.

6.3 Cuando una buena decisión sale mal

Hay una consecuencia de esta distinción que merece atención especial, porque toca uno de los mecanismos más dañinos del apego al control: **la tendencia a juzgar las decisiones por sus resultados.**

El razonamiento espontáneo es el siguiente: si algo salió bien, la decisión fue buena; si salió mal, la decisión fue mala. Es una forma de pensar intuitiva y muy extendida, pero equivocada. Una decisión puede ser

excelente y producir un mal resultado, porque intervinieron factores que nadie podía prever. Y una decisión puede ser imprudente y producir un buen resultado, por pura suerte.

La calidad de una decisión no se mide por su desenlace, sino por la manera en que fue tomada. ¿Se consideró la información disponible? ¿Se ponderaron los riesgos razonables? ¿Se respetaron los deberes morales? ¿Se buscó consejo cuando era necesario? ¿Se actuó con rectitud? Si la respuesta a estas preguntas es afirmativa, la decisión fue buena, aunque el resultado haya sido doloroso.

Esta distinción es especialmente importante para la persona apegada al control, porque ella tiende a castigarse por todo resultado negativo. Si la inversión perdió valor, se reprocha no haberlo previsto. Si el hijo tomó un mal camino, se pregunta qué hizo mal. Si el tratamiento médico no funcionó, piensa que debió elegir otro médico. Detrás de cada uno de estos reproches está la convicción implícita de que, si hubiera controlado lo suficiente, el resultado habría sido distinto.

A veces es así, y entonces conviene reconocer el error y aprender de él. Pero muchas veces no lo es. Muchas veces la persona hizo lo que razonablemente podía hacer, y el resultado dependió de factores que estaban fuera de su alcance. Reconocerlo no es una excusa: es un acto de verdad.

Esta lógica tiene, además, una dimensión espiritual que conviene señalar. Quien juzga sus decisiones por los resultados tiende también a interpretar los resultados como veredictos de Dios. Si algo salió bien, Dios aprobó la decisión. Si salió mal, Dios la desaprobó. La Parte V de este libro examinará en detalle por qué esta manera de leer la Providencia es peligrosa. Por ahora basta con dejar establecido el principio: **un mal resultado no invalida una decisión bien tomada, ni es por sí mismo una señal de desaprobación divina.**

6.4 La revisión compulsiva

El apego al control tiene una manifestación cotidiana que merece un análisis aparte, porque consume una cantidad sorprendente de energía vital y casi nunca se reconoce como lo que es. Es la **revisión compulsiva**: volver una y otra vez sobre una situación, una decisión o una preocupación, sin que haya nada nuevo que saber ni nada útil que hacer.

Sus formas son muy variadas. Revisar el correo cada pocos minutos esperando una respuesta. Releer un mensaje enviado para comprobar si se dijo algo inadecuado. Repasar mentalmente una conversación buscando lo que el otro quiso decir. Consultar los resultados de un análisis médico en internet por enésima vez. Volver a calcular un presupuesto que ya estaba bien calculado. Mirar el punto en el mapa del teléfono de un hijo. En todos los casos, la acción produce un alivio momentáneo, seguido de una nueva oleada de inquietud que exige una nueva revisión.

La revisión compulsiva es una manera de intentar controlar lo que no se puede controlar. Como no puedo garantizar el resultado, al menos me aseguro de estar vigilándolo. La vigilancia ocupa el lugar de la confianza.

Para distinguir la revisión compulsiva del seguimiento legítimo, que también existe y es necesario, basta con dos preguntas sencillas:

1. **¿Hay información nueva que justifique volver sobre esto?**
2. **¿Hay una acción útil que pueda realizar ahora?**

Si la respuesta a alguna de las dos es afirmativa, se trata de un seguimiento legítimo, y conviene hacerlo con diligencia. Si la respuesta a ambas es negativa, se trata de revisión compulsiva, y lo que conviene es otra cosa: reconocer el impulso, nombrarlo y entregarlo.

En la práctica, esto puede traducirse en algunos hábitos concretos:

- **Fijar momentos de revisión.** En lugar de consultar algo cada vez que surge la inquietud, establecer de antemano cuándo se revisará: una vez al día, al final de la jornada, después de un plazo razonable.

- **Rezar la preocupación una sola vez, completa.** Cuando la inquietud aparece, presentarla a Dios con todo su contenido, en lugar de rumiarla en fragmentos durante horas. Y cuando vuelva, recordar que ya fue entregada.
- **Sustituir la vigilancia por una acción de confianza.** El padre del ejemplo podía cambiar la consulta del mapa por un mensaje breve a su hija, o por una oración por ella, o simplemente por la decisión de esperar a que volviera.

Una advertencia es necesaria. En algunas personas, la revisión compulsiva tiene una intensidad que excede lo que puede abordarse con prácticas espirituales: se vuelve incontrolable, interfiere seriamente con la vida diaria o produce un sufrimiento desproporcionado. En esos casos puede estar asociada a un trastorno de ansiedad que requiere atención profesional. Buscar esa ayuda no es falta de fe. Es, como veremos a lo largo del libro, una forma legítima de cooperar con la gracia.

6.5 Caso: la entrevista de trabajo

Para ver cómo se aplica todo lo anterior a una situación concreta, tomemos un caso que casi todos hemos vivido de alguna forma: una entrevista para un puesto de trabajo que se desea mucho.

Antes de la entrevista, la persona tiene una responsabilidad real, y la mano abierta no la exime de ella. Debe informarse sobre la empresa, preparar sus respuestas, revisar su currículum, pensar en las preguntas difíciles, elegir con cuidado su presentación y descansar la noche anterior. El abandono en Dios no reemplaza nada de esto. Quien no se prepara y luego dice “que sea lo que Dios quiera” no está practicando el abandono, sino la mano caída.

El puño cerrado, en cambio, convierte la preparación en algo interminable. Ensaya cada respuesta veinte veces. Investiga a cada miembro del comité de selección. Imagina todos los escenarios posibles y prepara una

respuesta para cada uno. No duerme. Llega agotado y tenso, y esa tensión se nota.

Durante la entrevista, la mano abierta procura estar presente. Responde con honestidad, sin fingir lo que no es ni ocultar lo que es. Escucha. Se permite no saber algo. No intenta adivinar en cada gesto del entrevistador si va bien o mal. El puño cerrado, en cambio, pasa la entrevista vigilándose, calculando el efecto de cada palabra e intentando controlar la impresión que causa. Paradójicamente, esa vigilancia suele empeorar el resultado.

Después de la entrevista llega el momento más difícil y más revelador. La persona ya hizo lo que le correspondía. La decisión ya no depende de ella. Aquí aparece la tentación de la revisión compulsiva: repasar cada respuesta, interpretar el silencio de la empresa, revisar el correo cada cinco minutos, buscar señales en todo. La mano abierta hace otra cosa. Revisa una vez si actuó con la diligencia que correspondía. Si procede, envía un mensaje de agradecimiento, que es seguimiento legítimo. Y luego entrega el resultado: *Señor, hice lo que pude. Lo que venga ahora está en tus manos.*

Y si la respuesta es negativa, la persona debe resistir dos interpretaciones igualmente equivocadas. La primera es pensar que hizo algo mal, cuando quizá no fue así: la decisión pudo depender de factores que no conocía ni podía controlar. La segunda es pensar que Dios le está cerrando una puerta con un mensaje preciso. Tal vez sí, tal vez no. Un rechazo no es un oráculo. Es un hecho que hay que integrar con serenidad y que puede requerir otra preparación, otra búsqueda o simplemente paciencia.

El abandono no exige que la persona deje de prepararse. Exige que no confunda una preparación diligente con la capacidad de garantizar el desenlace.

Volvamos, para terminar, al padre de la aplicación. ¿Cómo sería la mano abierta en su caso? Probablemente algo así: hablar con su hija sobre los riesgos reales, acordar con ella normas razonables y el modo de

avisar si algo sale mal, conocer a sus amigos, mantener un diálogo en el que ella se sienta en confianza para contarle las cosas, y rezar por ella. Y, después, aceptar la parte de incertidumbre que conlleva tener una hija que crece y que tiene, cada vez más, su propia vida. Esa incertidumbre no es un fracaso del padre. Es el precio de la libertad de la hija, y del amor que la respeta.

PARA LLEVARLO A LA VIDA

1. Identifica un área de tu vida en la que tu planificación se ha convertido en exigencia de certeza. ¿Cuál de los síntomas de la sección 6.1 reconoces?
2. Haz una lista de las personas o situaciones de las que te sientes responsable. Junto a cada una, distingue lo que de verdad te corresponde de lo que intentas controlar sin que te corresponda.
3. Recuerda una decisión que tomaste bien y que salió mal. Reconoce que la decisión fue buena. Si te sigues culpando, pregúntate por qué.
4. Elige una revisión compulsiva que repites con frecuencia. Durante una semana, aplícale las dos preguntas de la sección 6.4 cada vez que aparezca, y sustitúyela por una acción de confianza.

LA LÍNEA EN ESTE CAPÍTULO

LO QUE ME CORRESPONDE	LO QUE ENCOMIENDO A DIOS
Planificar con prudencia y prepararme con diligencia	La eliminación de toda incertidumbre
Responder por mis actos y sus consecuencias previsibles	Las decisiones libres de los demás y los factores imprevisibles
Dar seguimiento cuando hay información nueva o algo útil que hacer	El resultado mientras espero, sin vigilarlo compulsivamente

ORACIÓN

Señor, me cuesta confiar en lo que no puedo ver. Quiero saber, prever, asegurar. Y cuando no puedo, vigilo. Ayúdame a hacer bien lo que me toca, a prepararme sin angustia y a soltar lo que ya no está en mis manos. Que mi prudencia no se convierta en miedo, ni mi responsabilidad en una carga que no me corresponde. Tú gobiernas lo que yo no puedo gobernar. Amén.

Eres responsable de tus decisiones, no soberano de sus resultados.

CAPÍTULO 7

El apego al reconocimiento y a la propia imagen

Durante quince años, una mujer coordinó la pastoral de su parroquia. Organizaba los retiros, preparaba a los catequistas, atendía a las familias en duelo, conocía a cada feligrés por su nombre. Todos coincidían en que sin ella aquello no funcionaría. Ella también lo creía, aunque nunca lo habría dicho en voz alta.

Un nuevo párroco llegó con otras ideas. Reorganizó los equipos, distribuyó responsabilidades y le pidió, con amabilidad y gratitud explícita, que dejara la coordinación general en manos de un matrimonio joven y se concentrara en el acompañamiento de las familias en duelo, donde su experiencia era insustituible.

Ella aceptó con una sonrisa. Esa noche no pudo dormir. Las semanas siguientes faltó a varias reuniones, criticó en privado al matrimonio joven y empezó a sentir que la parroquia ya no era su casa. Le costó meses entender lo que le había pasado. No había perdido un cargo. Había perdido la imagen que tenía de sí misma: la de *la indispensable*. Y esa pérdida le dolió mucho más que cualquier tarea.

Este capítulo examina dos apegos estrechamente relacionados, quizá los más profundos y los más difíciles de detectar: el apego al reconocimiento de los demás y el apego a la imagen que tenemos de nosotros mismos. Son profundos porque tocan la identidad. Y son difíciles de

detectar porque con frecuencia se esconden dentro de las mejores cosas que hacemos.

7.1 Necesitar ser visto

El deseo de ser reconocido no es en sí mismo un defecto. Los seres humanos necesitamos, para desarrollarnos, que alguien nos mire con aprecio. Un niño que nunca recibe reconocimiento crece con heridas profundas. Un trabajador cuyo esfuerzo nunca es valorado termina desmotivado, y con razón. Recibir una evaluación justa, ser agradecido por lo que se hace, ver reconocida la propia contribución: todo esto forma parte de una vida humana sana.

El problema surge cuando el reconocimiento deja de ser un bien que se agradece y se convierte en **una necesidad sin la cual lo que se hace pierde su valor**. La persona ya no hace las cosas porque son buenas, sino, en una medida que ella misma desconoce, para ser vista haciéndolas. Y cuando nadie mira, o cuando nadie agradece, algo se apaga.

Jesús conocía bien esta dinámica y la abordó con una claridad que todavía resulta incómoda. En el Sermón de la Montaña advierte contra practicar la justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos. Cuando des limosna, dice, que tu mano izquierda no sepa lo que hace la derecha. Cuando reces, entra en tu cuarto y cierra la puerta. Y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará (Mt 6,1-6). No condena la limosna ni la oración. Señala el veneno que puede contaminarlas: la búsqueda de público.

Hay algunas pruebas sencillas para examinar la presencia de este apego:

- **La prueba del secreto.** ¿Realizo esta acción buena con la misma disposición cuando nadie la ve? ¿O mi entusiasmo disminuye cuando sé que no habrá testigos?

- **La prueba de la ingratitud.** ¿Cómo reacciono cuando alguien no agradece lo que hice por él? Un leve malestar es normal. Un resentimiento duradero indica que esperaba algo a cambio.
- **La prueba del mérito ajeno.** ¿Puedo alegrarme sinceramente cuando otra persona recibe el reconocimiento por algo en lo que yo también participé? ¿O me siento despojado?
- **La prueba del relato.** ¿Con qué frecuencia cuento a otros lo que hago bien? ¿Necesito que se sepa?

Conviene distinguir con cuidado entre dos cosas que se parecen: **la necesidad legítima de una evaluación justa** y **el deseo de admiración constante**. La primera es razonable: quien trabaja tiene derecho a que su trabajo sea valorado con justicia, y reclamarlo cuando no ocurre no es orgullo, sino justicia. La segunda es un apego: la persona necesita, no ser evaluada con justicia, sino ser admirada, y lo necesita de manera continua. La primera se satisface con la verdad. La segunda nunca se satisface del todo.

7.2 La identidad construida

Detrás del apego al reconocimiento suele haber un apego más profundo: el apego a una **imagen de uno mismo**. Con el paso de los años, todos construimos una idea de quiénes somos. Esa idea se forma a partir de nuestras capacidades, de lo que otros nos han dicho, de nuestros logros, de nuestras heridas y de los papeles que hemos desempeñado. En sí misma, no tiene nada de malo. Necesitamos cierta imagen de nosotros mismos para orientarnos en la vida.

El problema aparece cuando esa imagen se vuelve **rígida y absoluta**: cuando la persona no solo se ve de cierta manera, sino que necesita verse así, y vive cualquier hecho que contradiga esa imagen como una amenaza a su existencia.

Hay algunas imágenes que se repiten con especial frecuencia, y que conviene saber reconocer:

- **La persona competente**, que no puede permitirse no saber algo, equivocarse o pedir ayuda, porque su valor depende de su eficacia.
- **La persona indispensable**, que necesita que las cosas dependan de ella y que vive como una pérdida cualquier situación en la que otros pueden reemplazarla.
- **La persona generosa**, que necesita dar siempre y no sabe recibir, porque recibir la colocaría en una posición de necesidad que su imagen no tolera.
- **La persona fuerte**, que no puede mostrar debilidad, tristeza ni miedo, porque su identidad está construida sobre la resistencia.
- **La persona independiente**, que vive cualquier dependencia como una humillación.
- **La persona espiritualmente avanzada**, quizá la más sutil de todas, que necesita verse a sí misma como alguien entregado, desprendido, maduro en la fe, y que por eso no puede reconocer sus propios apegos sin sentir que su identidad se derrumba.

Esta última imagen merece una atención especial en un libro como este, porque es una tentación que la propia lectura puede alimentar. Quien avanza en la vida espiritual corre el riesgo de construir una nueva identidad alrededor de ese avance. El desprendimiento se convierte en un logro del que enorgullecerse, y la persona termina apegada a la imagen de ser alguien que no está apegado. Es una trampa antigua, que los maestros espirituales describieron con frecuencia, y que solo se desactiva con humildad y con humor.

Casi todas estas imágenes tienen un origen comprensible. Muchas nacieron como respuesta a una herida: el niño que no fue valorado aprende a ser competente para ganarse un lugar; el que vivió inseguridad aprende a ser fuerte; el que se sintió abandonado aprende a ser indispen-

sable para que nadie vuelva a irse. Reconocer ese origen no es una excusa, pero sí una invitación a la compasión con uno mismo. La imagen rígida fue, en su momento, una forma de protección. El problema es que la protección se ha convertido en prisión.

7.3 Cuando la realidad contradice la imagen

La prueba decisiva de un apego a la propia imagen llega cuando la realidad la contradice. La persona competente comete un error importante. La indispensable es reemplazada. La fuerte se derrumba. La independiente necesita ayuda. La espiritualmente avanzada descubre que su entrega tenía límites que no conocía.

En esos momentos, la reacción suele ser **desproporcionada**. No se experimenta solo la pérdida de un bien concreto, sino algo mucho más grave: parece amenazada la propia identidad. Por eso un error menor puede producir una angustia enorme, una crítica leve puede vivirse como una humillación devastadora y un cambio de responsabilidades puede sentirse como una expulsión.

Las reacciones más frecuentes ante esta amenaza son cuatro, y conviene conocerlas porque casi siempre se presentan disfrazadas:

1. **La negación.** La persona no acepta lo que ha ocurrido. Reinterpreta los hechos para que encajen con su imagen: el error no fue suyo, la crítica fue injusta, el cambio fue un error de los demás.
2. **La vergüenza.** La persona acepta lo ocurrido, pero lo vive como una revelación de su verdadero valor, que sería nulo. Se esconde, se aísla, se castiga.
3. **La ira.** La persona dirige contra otros la amenaza que siente: contra quien la corrigió, contra quien la reemplazó, contra quien presenció su debilidad.
4. **La desesperación.** La persona concluye que, si no es lo que creía ser, no es nada. Su vida pierde sentido.

La mujer de la parroquia pasó por varias de estas reacciones. La ira apareció en sus críticas al matrimonio joven. La vergüenza, en su ausencia de las reuniones. Y una cierta forma de desesperación, en la sensación de que la parroquia ya no era su casa.

El Evangelio ofrece un ejemplo inolvidable de esta dinámica en la figura de Pedro. Esa noche, después de la última cena, cuando Jesús anuncia que todos lo abandonarán, Pedro protesta con vehemencia: *Aunque todos te abandonen, yo no te abandonaré* (Mt 26,33). Es la voz de una imagen construida: Pedro, el fiel, el valiente, el primero. Unas horas después, en el patio del sumo sacerdote, niega tres veces conocer a Jesús. Y cuando el gallo canta, sale fuera y llora amargamente.

Ese llanto no es solo arrepentimiento por un pecado. Es también el derrumbe de una imagen. Pedro descubre que no es quien creía ser. Y lo extraordinario del Evangelio es que esa caída no es el final de Pedro, sino el comienzo de su verdadera vocación. Después de la Resurrección, junto al lago, Jesús le pregunta tres veces si lo ama (Jn 21,15-17). No le pide que vuelva a ser el Pedro valiente de antes. Le pregunta por el amor. Y sobre ese Pedro humillado, que ya no puede presumir de nada, Jesús edifica su Iglesia.

La contradicción entre la realidad y la imagen puede ser, por tanto, uno de los momentos de gracia más fecundos de la vida. No porque sea agradable, sino porque abre la posibilidad de ser amado por lo que se es, y no por la imagen que se defiende.

7.4 Dones, no fundamentos

Si la imagen rígida de uno mismo es una prisión, ¿cuál es la alternativa? No es destruir toda imagen ni negar las propias capacidades. Una persona competente sigue siéndolo después de reconocer que no lo es en todo. Una persona generosa no deja de serlo por aprender a recibir. La alternativa no es la anulación de la identidad, sino su **reubicación**.

San Pablo formula la pregunta que abre esa reubicación: *¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?* (1 Co 4,7). Las capacidades, los talentos, las virtudes, incluso la fe: todo es don. Esto no las disminuye. Las coloca en su lugar verdadero.

Un don tiene dos características que lo distinguen de un fundamento. La primera es que **se recibe**: no lo producimos, no lo merecemos, no nos pertenece en sentido absoluto. La segunda es que **genera responsabilidad**: quien recibe un don está llamado a cultivarlo y ponerlo al servicio de los demás. La parábola de los talentos lo dice con claridad (Mt 25,14-30). Pero precisamente porque es don, el talento no puede ser la base del valor de quien lo recibe. El valor de la persona es anterior a sus dones.

¿Dónde está, entonces, el fundamento de la dignidad? La fe cristiana responde sin ambigüedad: en haber sido creado a imagen de Dios y llamado a ser hijo suyo. *Miren qué amor tan grande nos ha tenido el Padre, que nos llamamos hijos de Dios, y lo somos* (1 Jn 3,1). Esa filiación no depende de ninguna capacidad, de ningún logro ni de ninguna imagen. No la gana el competente ni la pierde el que se equivoca. Es el único fundamento que no puede ser contradicho por la realidad, porque no se apoya en nada que la realidad pueda quitar.

Desde este fundamento, las capacidades pueden ser vividas con una libertad nueva. La persona puede reconocer un fracaso sin concluir que toda su vida carece de sentido. Puede admitir una limitación sin negar sus capacidades. Puede ser reemplazada en una tarea sin sentir que ha sido borrada. Puede pedir ayuda sin humillarse.

Santa Teresa de Jesús definió la humildad con una fórmula breve y de una profundidad inagotable: la humildad es *andar en verdad*. No es despreciarse, ni negar los propios dones, ni hablar mal de uno mismo. Es verse como uno es: con lo que se ha recibido y con lo que falta, con las capacidades y con los límites, sin exagerar ni lo uno ni lo otro. Y esa verdad es liberadora, porque ya no hay nada que defender. **La libertad inte-**

rior aumenta cuando ya no es necesario sostener una imagen idealizada de uno mismo.

7.5 Recibir una corrección sin perderse

Hay una situación concreta que pone a prueba como ninguna otra el apego a la propia imagen: **recibir una corrección**. Una crítica, una observación, un señalamiento de un error. Para quien vive apegado a su imagen, cada corrección es una amenaza existencial. Por eso reacciona con defensas que le impiden aprender: justificarse, contraatacar, desacreditar a quien corrige o hundirse en la vergüenza.

El libro de los Proverbios tiene una frase de una franqueza notable: *Quien ama la corrección ama el saber; quien odia la reprensión es un necio* (Pr 12,1). La sabiduría bíblica considera la capacidad de recibir corrección como un signo de madurez, y su ausencia como una forma de necedad.

Para recibir una corrección sin perderse, conviene separar dos cosas que el apego mezcla: **el contenido de la corrección** y **el valor de la persona**. La corrección se refiere a un acto, una conducta o un resultado. No se refiere, salvo en casos de crueldad, al valor de quien la recibe. Cuando se separan ambas cosas, la corrección deja de ser una amenaza y se convierte en una información.

Tres preguntas ayudan a hacer esta separación en el momento en que llega una crítica:

1. **¿Qué parte de esto es verdad?** Casi toda crítica contiene algo de verdad, aunque venga mezclada con exageraciones o mala intención. Conviene buscar esa parte y quedarse con ella.
2. **¿Qué parte de esto no lo es?** No toda crítica es justa. Reconocer lo que es falso no es soberbia; es también andar en verdad. Una persona humilde puede aceptar lo verdadero de una crítica y rechazar con serenidad lo que no lo es.
3. **¿Qué puedo hacer con lo que es verdad?** La corrección útil termina en una acción: un cambio, una reparación, un aprendizaje.

Si aplicamos estas preguntas a la mujer de la parroquia, el panorama cambia. El nuevo párroco no la estaba criticando. Le estaba proponiendo un cambio de función, con gratitud explícita y reconociendo su valor en el acompañamiento de las familias en duelo. Lo que ella vivió como una humillación era, en realidad, un reconocimiento de su don más precioso. Pero su imagen de *indispensable* le impidió verlo. Solo cuando pudo soltar esa imagen, pudo descubrir que en el acompañamiento de los que sufren había encontrado algo que la coordinación nunca le había dado: el lugar donde su don era más fecundo y donde ella era, por primera vez en años, verdaderamente libre.

PARA LLEVARLO A LA VIDA

1. Aplica esta semana las cuatro pruebas de la sección 7.1: el secreto, la ingratitud, el mérito ajeno y el relato. Anota lo que descubras.
2. Revisa la lista de imágenes de la sección 7.2. ¿Cuál de ellas reconoces en ti? Intenta recordar de dónde vino y qué te protegió en su momento.
3. Piensa en la última vez que la realidad contradijo tu imagen de ti mismo. ¿Cuál de las cuatro reacciones de la sección 7.3 tuviste?
4. La próxima vez que recibas una crítica, antes de responder, aplica las tres preguntas de la sección 7.5. Si puedes, escríbelas.

LA LÍNEA EN ESTE CAPÍTULO

LO QUE ME CORRESPONDE	LO QUE ENCOMIENDO A DIOS
Cultivar mis dones y ponerlos al servicio de los demás	El reconocimiento que otros me den o me nieguen
Andar en verdad sobre mis capacidades y mis límites	Mi dignidad, que no depende de mi desempeño
Recibir la corrección y actuar sobre lo que es verdad	La imagen de mí mismo que necesito soltar

ORACIÓN

Señor, me he esforzado mucho por ser alguien ante los demás y ante mí mismo. He defendido una imagen que me protegía y que ahora me pesa. Enséñame a andar en verdad: a reconocer lo que me has dado sin apropiármelo y a aceptar lo que me falta sin hundirme. Recuérdame que soy tu hijo antes que cualquier otra cosa, y que eso nadie me lo puede quitar. Amén.

Tu dignidad no está en juego cada vez que te equivocas.

CAPÍTULO 8

Los apegos a las personas, al pasado y al futuro

Hace tres años que un hombre de cincuenta y dos años se divorció. La decisión fue de ella. Él no la quería, no la entendió del todo y todavía hoy no la acepta. En apariencia ha rehecho su vida: trabaja, ve a sus hijos los fines de semana, ha vuelto a hacer deporte. Pero en su interior las cosas son distintas.

Cada noche revisa las redes sociales de su exesposa. Sabe con quién sale, adónde viaja, qué publica. Repasa mentalmente, una y otra vez, el último año de matrimonio, buscando el momento exacto en que todo empezó a fallar, la frase que debió decir, la decisión que debió tomar. Y organiza su futuro en torno a una expectativa que no confiesa a nadie: que algún día ella volverá. No ha vendido la casa. No ha cambiado los muebles. No ha permitido que nadie ocupe el lado de la cama que ella dejó.

Este hombre vive atado en tres direcciones a la vez. A una persona, cuya libertad no acepta. A un pasado, que intenta modificar mentalmente cada noche. Y a un futuro imaginado, que le impide vivir el presente. Son tres apegos distintos, pero se alimentan mutuamente, y por eso este capítulo los examina juntos. Al final añadiremos otros cuatro, más sutiles, que completan el inventario de lo que cargamos.

8.1 Amar sin poseer a otro

Amar a otra persona no es incompatible con el abandono en Dios. Al contrario: el amor humano, en todas sus formas, es uno de los lugares privilegiados donde Dios se hace presente. Una espiritualidad que mirara con sospecha el amor entre esposos, entre padres e hijos o entre amigos sería profundamente anticristiana.

El problema no es el amor. Es la **confusión del amor con la posesión**. Esa confusión es tan antigua como la humanidad y tan sutil que con frecuencia se presenta como intensidad del afecto. Quien posee cree amar más, porque necesita más. Pero la necesidad no es la medida del amor.

El amor verdadero quiere el bien del otro, y el bien del otro incluye su libertad. Por eso amar a alguien implica aceptar que esa persona puede tomar decisiones que no compartimos, seguir caminos que no habríamos elegido para ella e incluso alejarse de nosotros. Esta aceptación no es indiferencia. Se puede sufrir mucho por la decisión de otro y, al mismo tiempo, respetarla. Lo que no se puede, sin dañar el amor, es intentar controlarla.

El apego posesivo a una persona tiene manifestaciones reconocibles:

- Intentar controlar sus sentimientos o sus decisiones mediante la presión, la culpa o la manipulación.
- Vigilar sus movimientos, sus relaciones o su vida privada.
- Considerar esa relación como la única fuente posible de sentido, de modo que su pérdida equivaldría a la pérdida de todo.
- Tolerar conductas dañinas, propias o ajenas, para no perder la relación.
- Renunciar a la propia dignidad para conservarla.

Estas dos últimas manifestaciones exigen una advertencia especial, porque en ellas el lenguaje espiritual puede volverse peligroso. **Entregar una relación a Dios no significa tolerar indefinidamente una conducta dañina.** El abandono cristiano nunca pide a nadie que permanezca expuesto al mal-

trato, a la manipulación o al abuso en nombre de la paciencia, el sacrificio o la fidelidad. Cuando una relación se ha vuelto destructiva, amar de manera ordenada puede significar poner límites firmes, tomar distancia o buscar protección. Y cuando existe abuso, buscar ayuda no es falta de fe. Es un deber.

Para quien ama a alguien que se ha alejado, como el hombre del ejemplo, el desprendimiento significa algo preciso: **dejar de tratar el resultado como algo que se puede imponer.** Entregar una relación a Dios no significa exigir que termine ni garantizar que continúe. Significa reconocer que la otra persona es libre, discernir con honestidad qué conducta me corresponde adoptar y dejar en manos de Dios lo que depende de la libertad del otro.

8.2 Cuatro palabras que no son sinónimos

En las relaciones heridas suelen confundirse cuatro realidades distintas, y esa confusión produce mucho sufrimiento innecesario. Muchas personas creen que no han perdonado porque no han vuelto a confiar, o que perdonar las obliga a reanudar una relación, o que una reconciliación significa que todo vuelve a ser como antes. Distinguir estas cuatro palabras es uno de los servicios más útiles que la espiritualidad cristiana puede ofrecer a quien ha sido herido.

REALIDAD	QUÉ ES	QUÉ NO EXIGE
Perdón	La decisión interior de renunciar a la venganza y de no desear el mal al que nos dañó, entregando a Dios el juicio sobre él	No exige olvidar, ni negar el daño, ni renunciar a la justicia, ni reanudar la relación
Reconciliación	El restablecimiento de la paz entre dos personas, que requiere la participación de ambas	No depende solo de mí: si el otro no quiere o no reconoce el daño, puede no ser posible
Confianza	La disposición a exponerse de nuevo a otra persona, basada en su conducta comprobada	No es obligatoria: se reconstruye con hechos y con tiempo, y puede no volver nunca
Restablecimiento de la relación	La vuelta a una forma de vínculo similar a la anterior	No siempre es posible ni conveniente, aunque haya perdón y reconciliación

El perdón depende solo de quien perdona, con la ayuda de la gracia. Por eso es siempre posible, aunque a veces cueste años. La reconciliación depende de ambos. La confianza depende, sobre todo, de la conducta del que dañó. Y el restablecimiento depende de muchas circunstancias, entre ellas la prudencia.

Esta distinción libera. Una mujer que ha sido traicionada puede perdonar a quien la traicionó sin volver a confiar en él. Un hijo que sufrió el maltrato de su padre puede perdonarlo sin restablecer una convivencia que lo pondría en riesgo. Un hombre como el de nuestro ejemplo puede llegar a perdonar a su exesposa, e incluso a reconciliarse con ella en el sentido de vivir en paz como padres de sus hijos, sin que eso signifique que el matrimonio vuelva a ser lo que fue.

El perdón cristiano es una exigencia del Evangelio y no se negocia. Pero el Evangelio nunca exige que el perdón se confunda con la ingenuidad, ni que la víctima vuelva a exponerse al daño para demostrar que ha perdonado.

8.3 Arrepentimiento frente a rumiación

El segundo apego de este capítulo es el apego al pasado. Se manifiesta en una actividad interior que todos conocemos y que puede ocupar años de vida: **volver mentalmente, una y otra vez, sobre lo que ya ocurrió**, intentando modificarlo.

El hombre del ejemplo lo hace cada noche. Repasa el último año de su matrimonio buscando el momento exacto del error, como si encontrarlo pudiera cambiar algo. Otros lo hacen con una decisión profesional equivocada, con una palabra dicha en un momento de ira, con un pecado del que se avergüenzan, con una oportunidad que dejaron pasar. La mente vuelve al pasado como quien vuelve a una herida para tocarla.

La fe cristiana tiene un lugar muy importante para el pasado. Se llama **arrepentimiento**, y es uno de los dones más grandes de la vida espiritual. Pero el arrepentimiento y la rumiación, aunque se parezcan, son cosas radicalmente distintas.

San Pablo hace una distinción que ilumina esta diferencia. Habla de una *tristeza según Dios*, que produce un arrepentimiento que lleva a la salvación y del que no hay que lamentarse, y de una *tristeza del mundo*, que produce la muerte (2 Co 7,10). Ambas son tristezas por el pasado. Pero conducen a lugares opuestos.

El arrepentimiento, la tristeza según Dios, tiene tres movimientos. Primero, reconoce con verdad lo ocurrido, sin exagerarlo ni minimizarlo. Segundo, busca reparar el daño cuando es posible: pide perdón, devuelve lo que tomó, corrige lo que se puede corregir. Tercero, orienta la conducta futura: aprende, cambia, toma decisiones distintas. Y después, descansa en la misericordia de Dios. El arrepentimiento mira el pasado para salir de él.

La rumiación, la tristeza del mundo, no tiene salida. Repite la historia sin producir una respuesta nueva. No repara nada, porque no se dirige a la acción, sino a la autoacusación o a la fantasía de que las cosas hubieran sido distintas. No aprende, porque siempre vuelve al mismo punto. Y no des-

cansa nunca, porque no acepta el perdón. La rumiación mira el pasado para quedarse en él.

Hay una prueba sencilla para distinguirlos: **¿esta vuelta al pasado produce algo nuevo?** Una reparación, un aprendizaje, una decisión, una oración de entrega. Si la respuesta es sí, se trata de arrepentimiento o de memoria sana. Si la respuesta es no, si cada vuelta deja a la persona en el mismo lugar o peor, se trata de rumiación.

Entregar el pasado a Dios no significa declararlo irrelevante. Significa **dejar de exigir que la realidad histórica sea diferente** para poder empezar a vivir responsablemente en el presente. Lo ocurrido ocurrió. Puede ser lamentado, reparado en la medida de lo posible y aprendido. Pero no puede ser revocado, y la exigencia de que lo sea es una forma de apego que impide la paz.

8.4 El futuro como prisión

Si el pasado puede convertirse en una lucha interminable, el futuro puede convertirse en una prisión semejante. El tercer apego de este capítulo es el apego a **un futuro imaginado**: una forma específica que la vida debería adoptar y sin la cual cualquier otra posibilidad se vive como fracaso.

Todos tenemos proyectos, y es bueno tenerlos. Una vocación, un matrimonio, una carrera, una meta económica, una determinada forma de servir. Planificar el futuro no solo es legítimo, sino un deber de prudencia, como vimos en el capítulo 6. El problema aparece cuando la posibilidad de un futuro diferente se vuelve **intolerable**. Cuando la persona ha construido su vida en torno a un desenlace concreto, de modo que cualquier alternativa le parece una derrota.

El hombre del ejemplo vive así. Su futuro tiene una sola forma aceptable: que su exesposa vuelva. No ha vendido la casa porque venderla sería admitir que ese futuro no llegará. No ha cambiado los muebles por la misma razón. Su vida presente está suspendida, en espera de un futuro que no depende de él y que quizá nunca llegue. Mientras tanto, otras posibilidades, también

buenas, permanecen sin explorar: una relación más serena con sus hijos, nuevas amistades, quizá con el tiempo un nuevo amor, una forma de servicio que su propia herida podría hacer fecunda.

El apego al futuro imaginado tiene una consecuencia paradójica: **impide vivir el presente, que es el único lugar donde se puede construir algún futuro.** Quien vive esperando un desenlace concreto no está disponible para lo que de hecho ocurre.

El abandono en Dios no exige renunciar a los proyectos, sino sostenerlos de otra manera. En la práctica, esto puede traducirse en varios pasos concretos:

1. **Formular el objetivo con claridad.** Muchas veces el futuro imaginado es una mezcla confusa de deseos. Nombrarlo con precisión ayuda a examinarlo.
2. **Examinar si es moralmente legítimo.** Hay futuros deseados que no lo son, y otros que lo son plenamente.
3. **Identificar qué depende de la propia acción y qué no.** Es decir, trazar la línea.
4. **Establecer pasos prudentes y criterios de revisión.** Qué haré, durante cuánto tiempo, y qué señales me indicarán que conviene revisar el rumbo.
5. **Reconocer alternativas sin vivirlas automáticamente como fracaso.** Un camino distinto puede ser simplemente eso: distinto.
6. **Presentar a Dios el objetivo y la posibilidad de que el camino deba cambiar.** No solo el deseo, sino también la apertura.
7. **Evitar la conclusión de que cada dificultad significa que Dios está cerrando una puerta.** No todo obstáculo es una señal, como veremos en la Parte V.

La disposición que este libro llama *receptiva y cooperativa* incluye precisamente esta doble capacidad: **perseverar cuando corresponde y modificar**

el rumbo cuando la verdad, la prudencia o las responsabilidades lo exigen. Ni la obstinación que se aferra a un futuro imposible ni la volubilidad que abandona cualquier proyecto ante la primera dificultad.

8.5 Los apegos más sutiles

Para completar el inventario de lo que cargamos, conviene nombrar otros cuatro apegos que no siempre se reconocen como tales. Son más sutiles que los anteriores, y precisamente por eso más difíciles de soltar.

El apego a la seguridad material. El dinero y los bienes son necesarios, y la prudencia en su administración es una virtud. Pero pueden convertirse en el fundamento último de la paz interior. Jesús contó la parábola de un hombre rico que, tras una cosecha abundante, decidió construir graneros más grandes y decirse a sí mismo: *Alma mía, tienes muchos bienes almacenados para muchos años; descansa, come, bebe y diviértete.* Y Dios le respondió: *Necio, esta misma noche te pedirán el alma* (Lc 12,16-21). El error del hombre no fue ser previsor. Fue creer que su seguridad estaba en los graneros. Ningún bien material puede garantizar lo que solo Dios garantiza.

El apego a una idea rígida de la propia vocación. Una persona puede haber discernido sinceramente una vocación, un llamado a servir de cierta manera, y luego aferrarse a la forma concreta que ese llamado tuvo al principio. Pero las vocaciones evolucionan. El sacerdote que imaginó una vida de misión en tierras lejanas puede ser llamado a servir en una parroquia pequeña. La madre que imaginó una familia numerosa puede recibir un solo hijo, o ninguno. El profesional que creyó estar llamado a transformar su sector puede descubrir que su servicio está en lo pequeño. La fidelidad a una vocación no consiste en mantener rígida su forma inicial, sino en seguir respondiendo a la llamada a medida que esta se revela.

El apego a la necesidad de comprender a Dios. Es un apego característico de personas reflexivas y creyentes serias. Necesitan entender por qué ocurren las cosas, qué sentido tiene cada acontecimiento, qué quiere Dios exac-

tamente en cada situación. Y cuando no lo entienden, su fe se tambalea. Pero el profeta Isaías recuerda que los pensamientos de Dios no son nuestros pensamientos ni sus caminos son nuestros caminos (Is 55,8-9). La fe no es la ausencia de preguntas, sino la confianza que se sostiene cuando las preguntas no tienen respuesta. Volveremos sobre esto en las Partes V y VI.

El apego a la imagen de persona entregada. Lo mencionamos en el capítulo anterior, pero merece repetirse al cerrar esta Parte, porque es la tentación propia de quien ha llegado hasta aquí. Después de examinar sus apegos, la persona puede empezar a verse como alguien desprendido, maduro, libre. Y esa nueva imagen puede convertirse en el más refinado de los apegos. El remedio es sencillo y antiguo: no tomarse demasiado en serio, recordar que todo lo que se ha soltado se soltó por gracia y estar dispuesto a descubrir, mañana, un apego nuevo.

Volvamos al hombre del divorcio. ¿Qué significaría para él abrir la mano? Probablemente no un gesto espectacular, sino una serie de pasos pequeños. Dejar de revisar las redes sociales de su exesposa, que es revisión compulsiva sin información útil. Sustituir la rumiación nocturna por una oración breve en la que entregue a Dios ese último año, con sus errores y los de ella. Si lo necesita, buscar acompañamiento para elaborar el duelo. Trabajar en el perdón, distinguiéndolo de la reconciliación y del restablecimiento. Y, con el tiempo, atreverse a tomar alguna decisión que exprese que el futuro está abierto: cambiar un mueble, invitar a sus hijos a un lugar nuevo, aceptar que el lado de la cama puede volver a ser simplemente un lado de la cama.

Nada de esto borra lo que vivió. Pero le devuelve el presente, que es donde Dios lo está esperando.

PARA LLEVARLO A LA VIDA

1. Piensa en una relación importante de tu vida. ¿Reconoces en ella alguna de las manifestaciones de apego posesivo de la sección 8.1?

2. Si hay alguien a quien te cuesta perdonar, revisa la tabla de la sección 8.2. ¿Estás confundiendo el perdón con alguna de las otras tres realidades?
3. Identifica un episodio del pasado al que vuelves con frecuencia. Aplica la prueba de la sección 8.3: ¿esta vuelta produce algo nuevo?
4. Escribe el futuro que esperas en el ámbito que más te importa. Luego escribe al menos dos alternativas que, aunque no sean tu primera opción, no serían un fracaso.

LA LÍNEA EN ESTE CAPÍTULO

LO QUE ME CORRESPONDE	LO QUE ENCOMIENDO A DIOS
Amar, respetar la libertad del otro y poner límites cuando hace falta	Las decisiones y los sentimientos de las personas que amo
Arrepentirme, reparar lo posible y aprender del pasado	El pasado que ya no puedo modificar
Planificar el futuro con prudencia y revisar el rumbo	La forma concreta que mi vida termine tomando

ORACIÓN

Señor, te entrego a las personas que amo, con su libertad y con sus decisiones, aunque no las entienda. Te entrego mi pasado, con lo que hice y lo que no hice, con lo que me hicieron y lo que perdí. Te entrego mi futuro, el que imagino y el que no imagino. No sé sostener todo esto sin apretarlo. Enséñame a vivir el día de hoy, que es el único que tengo, y a encontrarte en él. Amén.

No puedes vivir el presente mientras exiges que el pasado cambie o que el futuro te obedezca.

Desprecio de la creación

Después de cuatro capítulos dedicados a examinar los apegos, conviene advertir contra la mala lectura que esta Parte podría producir. Alguien podría concluir que la vida espiritual consiste en desconfiar de todo lo que se ama, que lo más santo es no tener nada, no desear nada y no disfrutar de nada. Esa conclusión tiene una larga historia en el pensamiento religioso, y la Iglesia la ha rechazado siempre: es el **desprecio de la creación**.

Los bienes materiales, las relaciones humanas, el trabajo, la salud, el placer legítimo, la belleza, el descanso y las responsabilidades familiares tienen un valor real, porque proceden de un Dios que vio todo lo que había hecho y lo encontró muy bueno. El desprendimiento cristiano no exige destruir esos bienes, ni tratarlos con indiferencia, ni privarse de ellos para demostrar algo. Exige **amarlos y usarlos de manera ordenada**.

Tres precisiones bastan para evitar el error:

- **Renunciar a la posesividad no significa renunciar al amor.** Se puede amar con más intensidad cuando se ama sin poseer, porque el amor libre de miedo es más generoso.
- **Aceptar los límites no significa dejar de cuidar.** El desprendimiento no autoriza a descuidar la salud, el patrimonio familiar o los compromisos. Cuidar bien lo que se ha recibido es parte de amarlo ordenadamente.

- **Entregar una relación a Dios no significa tolerar una conducta dañina.** El desprendimiento nunca es complicidad con el mal. A veces amar de manera ordenada significa precisamente poner límites o tomar distancia.

Hay una manera sencilla de verificar si el desprendimiento está bien orientado: **observar si produce gratitud o desprecio.** El desprendimiento cristiano agradece los bienes que tiene, los disfruta sin culpa y los suelta sin desesperación. El desprecio de la creación, en cambio, mira los bienes con sospecha, los usa con culpa y presume de no necesitarlos. El primero lleva a la alegría. El segundo, a la amargura.

La persona que se ha desprendido de verdad no ama menos el mundo. Lo ama mejor.

Desprenderse no es dejar de amar las cosas, sino dejar de pedirles que nos salven.

III

PARTE III

Vaciarse sin desaparecer

La disposición receptiva y cooperativa

La Parte II abrió la mochila y examinó lo que cargamos. La Parte III aborda la pregunta que sigue: ¿cómo se suelta? La tradición cristiana tiene para esto una palabra antigua y exigente, *vaciamiento*, y un modelo que la ilumina por completo: el vaciamiento de Cristo. Pero esta palabra se presta a malentendidos graves, y buena parte de esta Parte se dedica a evitarlos. El capítulo 9 explica qué significa vaciarse y qué no. El capítulo 10 presenta el concepto central del libro, la **disposición receptiva y cooperativa**. El capítulo 11 examina la fricción que los apegos producen en nuestra respuesta a la gracia, y el salto de fe con que, a veces, hay que romperla. Y el capítulo 12 advierte contra el riesgo de convertir el vaciamiento en una nueva obsesión.

Lo que dejó en el camino

El paso de la montaña estaba más alto de lo que el caminante había calculado. A media tarde empezó a nevar, y antes de que oscureciera la nieve le llegaba a las rodillas. Cuando ya no distinguía el sendero, vio una luz entre las rocas: un refugio de piedra, con humo saliendo por una chimenea torcida.

Adentro había una familia de pastores, atrapados como él por la tormenta. El padre, la madre y una niña de seis o siete años que tosía sin parar, envuelta en todas las mantas que tenían. La puerta del refugio no cerraba bien, la estufa de hierro estaba agrietada y el frío entraba por todas partes. Le hicieron sitio junto al fuego sin preguntarle nada.

El caminante pasó la primera hora mirando la puerta. Después miró la estufa. Después miró a la niña. Y entonces hizo algo que no había hecho desde que salió de casa: abrió la mochila y sacó sus herramientas.

Trabajó toda la noche. Ajustó las bisagras de la puerta, cambió el pestillo, calzó el marco con trozos de madera hasta que dejó de entrar el viento. Con un alambre y una placa que encontró en un rincón remendó la grieta de la estufa. Mientras trabajaba, notó que había soltado la llave de la casa. La había dejado sobre una piedra para tener las dos manos libres. No le importó.

Al amanecer la tormenta había pasado. El refugio estaba caliente. La niña dormía. El padre le preguntó cuánto le debía, y el caminante, sin pensarlo demasiado, le dijo que nada. Después, al ver que la niña seguía

con fiebre, sacó de la bolsa algunas monedas y se las dio para el médico del pueblo, al otro lado del paso.

Cuando fue a recoger sus cosas descubrió que la mochila había quedado junto a la puerta durante la noche, y que la nieve derretida la había empapado. La carta de recomendación estaba deshecha. La tinta se había corrido hasta volverse ilegible. El nombre de la persona que debía abrirle las puertas en la ciudad había desaparecido.

Se quedó un buen rato con el papel mojado entre los dedos. Era lo que más había protegido durante el viaje, más que el dinero, más que la ropa. Sintió un vértigo parecido al del río. Sin esa carta, ¿quién era él en la ciudad? Nadie. Un artesano más.

Y sin embargo, mientras lo pensaba, sus ojos fueron hacia la puerta que había reparado esa noche. Cerraba perfectamente. Sus manos todavía estaban sucias de hollín y de grasa. Había perdido la carta y parte del dinero, pero no había perdido lo que sabía hacer. Ni lo que era.

Dejó el papel en el fuego. Recogió sus herramientas y la llave, que volvió a guardar en el puño por costumbre. Al salir, la niña le dijo adiós desde la manta. El caminante bajó por el otro lado del paso con menos cosas en la mochila y una pregunta nueva, que todavía no sabía formular, en algún lugar del pecho.

CAPÍTULO 9

Kénosis: el vaciamiento de Cristo y el nuestro

A los veintiséis años, después de un retiro espiritual intenso, un joven ingeniero tomó una serie de decisiones en apenas dos semanas. Renunció a su trabajo. Regaló la mayor parte de su ropa, sus libros y su computadora. Terminó una relación de cuatro años con una mujer a la que amaba, porque sintió que ese amor era "un apego". Dejó de ver a sus amigos, a los que juzgaba demasiado mundanos. Quería vaciarse por completo para que Dios lo llenara.

Tres meses después estaba sin dinero, sin trabajo, solo y profundamente deprimido. No sentía a Dios más cerca. Sentía un vacío distinto al que había buscado: el de quien ha destruido su propia vida creyendo que la ofrecía. Le costó dos años de acompañamiento espiritual y de terapia reconstruir lo que había deshecho, y descubrir que lo que había vivido no era un vaciamiento cristiano, sino una caricatura de él.

Este joven no era un ingenuo ni un fanático. Era una persona generosa que había escuchado una verdad espiritual profunda y la había entendido mal. Su caso ilustra por qué la palabra *vaciamiento* debe manejarse con cuidado. Es una de las palabras más altas del vocabulario cristiano, porque nombra el misterio mismo de Cristo. Y, precisamente por eso, es una de las más fáciles de deformar.

9.1 Filipenses 2, despacio

La palabra que la tradición cristiana usa para el vaciamiento es de origen griego: **kénosis**. Procede de un texto concreto, uno de los más antiguos y densos del Nuevo Testamento, que conviene leer con calma. Se encuentra en la Carta de San Pablo a los Filipenses, y muchos estudiosos piensan que Pablo está citando un himno que las primeras comunidades cristianas ya cantaban:

> *Tengan entre ustedes los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús, el cual, siendo de condición divina, no consideró como algo a qué aferrarse el ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo, tomando la condición de esclavo y haciéndose semejante a los hombres. Y presentándose con aspecto humano, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó.* (Flp 2,5-9)

El verbo que se traduce como *se despojó* es, en griego, *ekénosen*: se vació. De ahí viene la palabra *kénosis*. Vale la pena detenerse en cada movimiento del himno, porque cada uno enseña algo.

Primer movimiento: no se aferró. Antes de describir lo que Cristo hizo, el himno describe lo que no hizo. No consideró su igualdad con Dios como algo a qué aferrarse. La palabra griega que usa Pablo, *harpagmós*, evoca algo que se agarra con fuerza, que se retiene como un botín. Es, literalmente, la imagen de un puño cerrado. Y lo primero que dice el himno de Cristo es que su mano no estaba cerrada sobre lo que le pertenecía por derecho. Si Cristo, que tenía todo el derecho a retener, no retuvo, ¿con qué derecho retenemos nosotros lo que solo hemos recibido?

Segundo movimiento: se despojó. El Hijo de Dios no dejó de ser Dios al hacerse hombre. Eso es importante: su vaciamiento no fue una pérdida de identidad. Fue la renuncia a hacer valer los privilegios de su condi-

ción. Asumió la fragilidad humana, el cansancio, el hambre, el límite, la dependencia. Se vació, no de sí mismo, sino de la gloria visible que le correspondía.

Tercer movimiento: tomó la condición de esclavo. El vaciamiento no deja un hueco. Se llena inmediatamente de otra cosa: del servicio. Cristo no se despoja para quedar vacío, sino para poder servir. Toda su vida terrena, desde el pesebre hasta el lavatorio de los pies, es la expresión de esta condición asumida.

Cuarto movimiento: se humilló hasta la muerte. El vaciamiento llega a su extremo en la cruz. Pero el himno lo describe como **obediencia**, es decir, como entrega al Padre. No es un sufrimiento buscado por sí mismo, sino la fidelidad llevada hasta el final.

Quinto movimiento: por eso Dios lo exaltó. El himno no termina en la cruz. Termina en la exaltación. El vaciamiento de Cristo no es el final de la historia, sino el camino hacia una plenitud que el Padre le concede. Y esa plenitud no es fruto de una transacción, como si Cristo hubiera comprado su gloria con su sufrimiento. Es el don del Padre a un Hijo que se entregó por completo.

Pablo introduce el himno con una exhortación: *tengan entre ustedes los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús*. Es decir: este misterio, que es único e irrepetible, es también un modelo. Los cristianos están llamados a vivir algo de este vaciamiento. Pero ¿qué, exactamente?

9.2 Por qué nuestro vaciamiento es solo analógico

Aquí conviene una precisión teológica importante, que evita muchos errores. Cuando aplicamos la palabra *kénosis* a nuestra vida espiritual, lo hacemos **por analogía**. Es decir: hay una semejanza real entre el vaciamiento de Cristo y el nuestro, pero también hay diferencias profundas, y olvidar las diferencias lleva a deformar ambos.

Las diferencias son tres.

La primera: Cristo se vació **desde la plenitud**. No tenía nada desordenado de qué despojarse. Su vaciamiento no fue una purificación, sino una pura donación. Nosotros, en cambio, nos vaciamos desde una situación de desorden: lo que soltamos son, en buena medida, apegos que nos impiden amar bien. Nuestro vaciamiento tiene una dimensión de curación que el suyo no tenía.

La segunda: el vaciamiento de Cristo tiene un **valor redentor** que el nuestro no tiene por sí mismo. Su entrega salva al mundo. La nuestra no salva a nadie por su propia fuerza; a lo sumo, participa por gracia en la suya.

La tercera: el vaciamiento de Cristo es **único**. La Encarnación ocurrió una sola vez. Nadie puede repetirla ni imitarla en sentido estricto. Nuestro desprendimiento no es una pequeña encarnación ni una réplica de la cruz.

Las semejanzas, sin embargo, son reales y fecundas.

La primera es la **renuncia a aferrarse**. Así como Cristo no consideró su condición como un botín que retener, nosotros estamos llamados a no tratar como botín lo que hemos recibido: nuestras capacidades, nuestros bienes, nuestra imagen, nuestros proyectos. El puño que se abre es la imitación más directa del himno de Filipenses.

La segunda es la **orientación al servicio**. El vaciamiento de Cristo se llena de servicio. El nuestro también debe llenarse de algo, como veremos enseguida, y ese algo es la caridad.

La tercera es la **obediencia filial**. El vaciamiento de Cristo es entrega al Padre. El nuestro también es, en el fondo, una manera de decir *hágase tu voluntad*.

Esta comprensión analógica protege contra dos errores opuestos. El primero sería tomarse demasiado en serio el propio desprendimiento, como si renunciar a algo nos asemejara al Crucificado o nos diera algún mérito redentor. El segundo sería considerar el himno de Filipenses como algo tan lejano que no tiene nada que decirnos. Ninguna de las dos

cosas es verdad. El vaciamiento de Cristo es único, pero su espíritu, el de la mano que no retiene, es una invitación para todos.

9.3 Vaciarse de lo desordenado, no de uno mismo

El joven ingeniero del comienzo cometió un error preciso: confundió vaciarse de lo desordenado con vaciarse de sí mismo. Pensó que todo lo que amaba era un obstáculo, y que la entrega a Dios exigía renunciar a todo: trabajo, bienes, relaciones, amistades. Al hacerlo, no se vació de sus apegos. Se vació de su vida.

El vaciamiento cristiano, en su sentido preciso, **no consiste en destruir la personalidad, anular la voluntad, renunciar a todo deseo ni considerar que la persona carece de valor.** Consiste en dejar de tratar como absolutos aquellos deseos, seguridades y construcciones personales que impiden una respuesta más libre a Dios.

Conviene enumerar con claridad aquello de lo que **no** hay que vaciarse, porque es precisamente lo que el vaciamiento mal entendido destruye:

- **La inteligencia.** Dios no pide que dejemos de pensar. La fe busca comprender, y el discernimiento exige razonar.
- **La voluntad.** Dios no pide que dejemos de querer. Pide que aprendamos a querer el bien.
- **Los afectos legítimos.** Dios no pide que dejemos de amar a las personas. Pide que las amemos sin poseerlas.
- **La personalidad.** Dios no pide que nos volvamos otra persona, sino que lleguemos a ser plenamente quien somos. La gracia no borra el temperamento, el carácter ni la historia: los transforma.
- **Las responsabilidades.** Dios no pide que abandonemos nuestros deberes para buscarlo. Con frecuencia, lo encontramos precisamente en ellos.

La tradición ignaciana ofrece aquí un concepto que, bien entendido, aclara mucho: la **indiferencia**. San Ignacio pide al que hace los Ejercicios que se haga indiferente respecto de las cosas creadas, de modo que no quiera más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta, sino que desee y elija solo lo que más conduce al fin para el que fue creado.

La palabra *indiferencia* suena hoy a frialdad, a desinterés, a apatía. Pero en Ignacio significa algo muy distinto: **libertad interior**. El indiferente ignaciano no es alguien a quien le da igual la salud o la enfermedad, sino alguien que no está atado a ninguna de las dos, de modo que puede elegir lo que Dios le muestra sin que el miedo o el apego decidan por él. Ignacio no pide que se deje de preferir la salud, que es natural, sino que esa preferencia no se convierta en una condición. Es exactamente la distinción entre deseo y condición que presentamos en el capítulo 1.

El vaciamiento cristiano se distingue también de otras formas de vacío que proponen distintas tradiciones espirituales o técnicas contemporáneas. Algunas buscan vaciar la mente de pensamientos, alcanzar un estado de serenidad o disolver el yo en una totalidad impersonal. Sin entrar a juzgar esas búsquedas, conviene señalar una diferencia esencial: **el vaciamiento cristiano es relacional**. No se vacía la persona para alcanzar un estado, sino para recibir a Alguien. El vacío cristiano no es la meta, sino el espacio que se abre para un encuentro. Y la persona no se disuelve en ese encuentro: se encuentra a sí misma en él.

9.4 Las dos caras del vaciamiento

Todo lo anterior permite comprender que el vaciamiento cristiano tiene dos caras inseparables. Si se separan, se deforma.

La cara negativa consiste en renunciar. Renunciar a la pretensión de absolutizar los bienes creados, a la necesidad de controlar los resultados, a la defensa rígida de una identidad, a la exigencia de que el pasado sea

distinto o el futuro esté garantizado. Esta cara es real y a veces dolorosa. Sin ella, no hay vaciamiento.

La cara positiva consiste en recuperar. Recuperar libertad para amar, discernir, servir y responder a la gracia. Lo que se suelta no deja un hueco estéril, sino un espacio disponible. Y ese espacio se llena de algo: de caridad, de servicio, de presencia de Dios. Sin esta cara, el vaciamiento se vuelve destructivo.

Jesús contó una parábola breve y algo inquietante que ilustra lo que ocurre cuando solo existe la cara negativa. Un espíritu impuro sale de un hombre y va por lugares áridos buscando reposo, sin encontrarlo. Entonces decide volver a la casa de donde salió. Al llegar, la encuentra *vacía, barrida y en orden*. Va entonces a buscar a otros siete espíritus peores que él, entran todos y se instalan allí. Y el estado final de aquel hombre resulta peor que el primero (Mt 12,43-45).

La enseñanza es clara: **una casa vacía no es una casa protegida.** El vaciamiento que no se llena de Dios deja la puerta abierta a cosas peores. Por eso la vida espiritual no puede reducirse a un programa de renuncias. El joven ingeniero del comienzo había vaciado su casa con un entusiasmo admirable. Pero no la había llenado de nada. Y en el vacío entraron la soledad, la tristeza y la desesperación.

La renuncia, por tanto, no es el fin último. Es una preparación para vivir de una manera más plenamente ordenada a Dios. El vaciamiento cristiano se parece menos a vaciar un recipiente y dejarlo vacío, y más a vaciar un cántaro de agua estancada para poder llenarlo de agua viva. Lo que importa no es el vacío, sino lo que viene a ocuparlo.

El caminante de nuestra parábola vivió algo de esto en el refugio de la montaña. Perdió la carta de recomendación y parte de su dinero. Fue doloroso, y lo sintió como un vértigo. Pero no perdió sus manos ni su oficio. Y lo que llenó el espacio de lo perdido fue precisamente un acto de servicio: una noche de trabajo para que una niña enferma no pasara frío.

No se había vaciado de sí mismo. Se había vaciado de una seguridad, y en su lugar había encontrado, sin buscarlo, un sentido.

El joven ingeniero, años después, contaba su historia con humor y sin amargura. Había vuelto a trabajar, se había casado, tenía amigos de toda la vida y una fe más honda que nunca. Decía que lo que había aprendido podía resumirse en una frase: *Dios no me pedía que tirara mi vida. Me pedía que se la diera.* La diferencia entre ambas cosas es la diferencia entre la caricatura del vaciamiento y su verdad.

PARA LLEVARLO A LA VIDA

1. Lee despacio el himno de Filipenses (Flp 2,5-11) y detente en la frase "no consideró como algo a qué aferrarse". Pregúntate qué consideras tú como algo a qué aferrarte.
2. Revisa si alguna vez has entendido el desprendimiento como renuncia a lo que eres. Identifica qué de la lista de la sección 9.3 has sentido que debías sacrificar sin que Dios te lo pidiera.
3. Piensa en una renuncia que hayas hecho o que estés considerando. Pregúntate: ¿con qué se va a llenar el espacio que deja?
4. Formula para ti la indiferencia ignaciana en una situación concreta: "No quiero más esto que aquello, sino lo que más me ayude a amar a Dios y a los demás".

LA LÍNEA EN ESTE CAPÍTULO

LO QUE ME CORRESPONDE	LO QUE ENCOMIENDO A DIOS
Soltar lo que se ha vuelto absoluto en mi corazón	Lo que va a llenar el espacio que se abre
Cuidar mi inteligencia, mi voluntad, mis afectos y mis deberes	La transformación de mi personalidad, que solo Él puede obrar
Orientar lo que suelto hacia el servicio	La fecundidad de ese servicio

ORACIÓN

Señor Jesús, tú no consideraste tu gloria como algo a qué aferrarte, y te vaciaste para servirnos. Yo me aferro a cosas mucho más pequeñas. Enséñame a abrir la mano como tú, sin perderme a mí mismo. Vacíame de lo que me ata, no de lo que soy. Y lo que suelte, llénalo tú de amor. Amén.

No te vacías para desaparecer, sino para tener sitio.

CAPÍTULO 10

El recipiente que elige

En un taller de alfarería, una mañana cualquiera, un artesano trabaja en el torno. Toma una porción de barro húmedo, la centra con las palmas, la abre con los pulgares y, mientras la rueda gira, levanta poco a poco las paredes de una vasija. A veces el barro cede como él quiere. A veces se resiste: tiene una burbuja de aire, una piedra pequeña, una zona más seca que el resto. Entonces el alfarero detiene la rueda, aplasta la pieza y vuelve a empezar.

Esta escena es antigua. El profeta Jeremías la contempló hace más de dos mil quinientos años y escuchó en ella una palabra de Dios: *Como el barro en las manos del alfarero, así son ustedes en mis manos* (Jr 18,6). Desde entonces, la imagen del recipiente, de la vasija modelada por Dios, ha recorrido toda la tradición bíblica y espiritual. San Pablo habla de llevar un tesoro en *vasijas de barro* (2 Co 4,7). Los místicos hablan del alma como un vaso que Dios llena.

La imagen es poderosa y verdadera. Pero, como todas las imágenes, tiene un límite. Y ese límite es tan importante como la imagen misma. Este capítulo desarrolla ambos, porque de su equilibrio depende el concepto central de este libro: la **disposición receptiva y cooperativa**.

10.1 La metáfora del recipiente y su límite

La imagen del recipiente expresa una verdad fundamental: **la persona no produce por sí misma lo que recibe.** Una vasija no fabrica el agua que contiene. Puede contenerla, conservarla, ofrecerla, pero no crearla. De

modo análogo, la persona no produce la gracia, no fabrica su santidad, no genera la vida divina que Dios quiere comunicarle. La recibe.

Esta verdad tiene consecuencias liberadoras. Quien se sabe recipiente no tiene que producir lo que no puede producir. No tiene que generar su propia paz, su propia fuerza o su propia santidad a fuerza de voluntad. Puede recibirlas. La imagen del recipiente es, en este sentido, un antídoto contra el puño cerrado y su pretensión de autosuficiencia.

Pero la imagen tiene un límite evidente. **Una vasija no consiente.** El barro no decide si se deja modelar. No colabora con el alfarero ni se le opone por decisión propia; simplemente tiene las propiedades físicas que tiene. Si lleváramos la metáfora hasta el final, la persona sería un objeto pasivo en manos de Dios, sin inteligencia, sin voluntad, sin responsabilidad.

Y eso es falso. La persona humana no es un objeto inerte. Tiene inteligencia para comprender, voluntad para elegir y capacidad de respuesta. Dios no la trata como barro, sino como alguien libre. Por eso la metáfora del recipiente debe completarse necesariamente con otra noción: la de **cooperación libre**. La persona es un recipiente, sí, pero un recipiente que elige.

Hay en la Escritura una figura que encarna este equilibrio de manera perfecta: **María de Nazaret**. Cuando el ángel le anuncia que concebirá al Hijo de Dios, María no responde como un recipiente pasivo. Primero escucha. Después pregunta, con inteligencia y franqueza: *¿Cómo será esto?* (Lc 1,34). Recibe la explicación. Y entonces consiente, libremente: *He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra* (Lc 1,38). Y después actúa: se pone en camino a toda prisa para visitar a su prima Isabel.

En esa breve escena están todos los elementos de la disposición que buscamos. María **recibe**: no produce al Hijo de Dios, lo acoge. Pero también **coopera**: escucha, pregunta, consiente y actúa. Su receptividad no es pasividad. Es la forma más alta de libertad: la de quien se abre a la acción de Dios con todo su ser, sin renunciar a ser quien es. La tradición cristiana ha visto siempre en María el modelo del recipiente que elige.

10.2 Qué es la disposición receptiva y cooperativa

Podemos ahora formular con precisión el concepto central de este libro:

> *La disposición receptiva y cooperativa es la actitud libre mediante la cual la persona, sostenida por la gracia, se abre a recibir la acción de Dios y procura secundarla con su respuesta, sin pretender producirla ni controlar sus frutos.*

Cada término de esta definición tiene un sentido preciso, y conviene examinarlos uno por uno.

Disposición. No se trata de un estado que se alcanza de una vez y para siempre, ni de un logro que se posee. Es una actitud habitual, que se cultiva, que puede crecer o debilitarse, y que debe renovarse constantemente. Se parece más a una postura que a una posesión: a la postura de las manos abiertas.

Receptiva. La persona se abre a recibir lo que no puede producir. Reconoce su dependencia de Dios, no como humillación, sino como verdad. Está dispuesta a ser transformada, corregida, sorprendida.

Cooperativa. La persona no se limita a recibir. Responde. Pone en juego su inteligencia, su voluntad, sus capacidades y sus decisiones. Secunda la acción de Dios con actos concretos. La receptividad sin cooperación sería pasividad. La cooperación sin receptividad sería autosuficiencia.

Libre. Esta disposición no es impuesta. Es una elección de la persona, aunque sea una elección que la gracia hace posible. Nadie puede ser dispuesto a la fuerza.

Sostenida por la gracia. La propia disposición es ya un don. La persona no se dispone por sus propias fuerzas, sino porque Dios la mueve a disponerse. Esto es coherente con lo que vimos en el capítulo 2: Dios obra en nosotros el querer y el obrar.

Sin pretender producirla ni controlar sus frutos. Este es el límite que protege el concepto contra sus deformaciones. La disposición no fabrica la gracia ni determina lo que Dios hará. Es una apertura, no una palanca.

La expresión puede parecer larga, y lo es. Pero cada una de sus dos palabras protege contra un error. *Receptiva* protege contra el error de pensar que todo depende de nosotros. *Cooperativa* protege contra el error de pensar que nada depende de nosotros. Juntas, describen la mano abierta: la que recibe y la que trabaja.

10.3 Ocho rasgos de esta disposición

Una definición, por precisa que sea, no basta para reconocer una actitud en la vida concreta. Por eso conviene describir los rasgos en que esta disposición se manifiesta. Son ocho, y ninguno de ellos es extraordinario. Son, más bien, las formas ordinarias que adopta la mano abierta.

1. Apertura a la verdad, incluso cuando cuestiona las propias preferencias. La persona dispuesta quiere conocer la verdad sobre sí misma, sobre su situación y sobre lo que Dios le pide, aunque esa verdad no le guste. No filtra la realidad para que confirme lo que ya pensaba.

2. Disponibilidad para corregir decisiones y conductas. La persona dispuesta puede cambiar de opinión cuando descubre que se equivocó. No defiende sus decisiones por orgullo, sino que las revisa cuando hay razones para hacerlo.

3. Reconocimiento de los propios límites. La persona dispuesta sabe que no puede todo, que no sabe todo, que necesita ayuda. Y no lo vive como humillación, sino como verdad.

4. Renuncia a controlar los resultados que no dependen de uno mismo. Es la línea aplicada a la vida diaria. La persona dispuesta hace su parte y deja el resto.

5. Voluntad de cumplir las responsabilidades legítimas. La receptividad no exime del deber. Al contrario: la persona dispuesta cumple sus obligaciones con más fidelidad, porque ya no las vive como una carga que debe garantizar todos los resultados.

6. Docilidad a la gracia y al discernimiento de la Iglesia. La persona dispuesta no se encierra en su propio juicio. Escucha a Dios en la oración, en la Escritura, en los sacramentos, en el consejo de personas prudentes y en la enseñanza de la Iglesia. Docilidad no es sumisión ciega, sino capacidad de dejarse enseñar.

7. Disposición a servir sin exigir reconocimiento. La persona dispuesta sirve porque el servicio es bueno, no porque le reporte admiración. Puede trabajar en lo escondido sin sentirse despojada.

8. Perseverancia en la caridad, incluso cuando la misión resulta costosa. La persona dispuesta no abandona el bien cuando deja de ser cómodo. Persevera, no por terquedad, sino por fidelidad.

Estos ocho rasgos no son una lista de requisitos que haya que cumplir para que Dios actúe. Son una descripción de cómo se ve, en la práctica, una persona cuya mano está abierta. Nadie los tiene todos de manera plena. Todos pueden crecer en ellos.

10.4 Lo que la disposición no es

Un concepto tan central como este corre el riesgo de ser malinterpretado de maneras que contradirían todo lo que este libro ha dicho hasta ahora. Por eso conviene delimitarlo con la misma precisión con que se ha definido. Hay cuatro cosas que la disposición receptiva y cooperativa **no es**.

No es una condición del poder de Dios. Dios no necesita que estemos dispuestos para poder actuar. Como vimos en el capítulo 2, puede llamar a quien se resiste, alcanzar a quien no lo busca y transformar a quien todavía no ha consentido. La disposición no hace a Dios capaz de nada. Él ya es capaz de todo. Si la disposición fuera una condición de su poder, Saulo nunca habría sido alcanzado en el camino de Damasco.

No es una garantía de resultados. Una persona puede estar profundamente dispuesta y no recibir lo que pide. Puede abrir las manos y seguir enferma, seguir sola o seguir sin entender. La disposición pertenece al orden de la respuesta humana, no al orden del resultado, y ya vimos en el capítulo 3 que esos dos órdenes no se confunden. Quien convierte la disposición en garantía la convierte en un nuevo contrato: *ya estoy dispuesto, ahora Dios debe actuar como espero.*

No es un mérito que se acumula. La disposición no es una cuenta de ahorros espirituales en la que se van depositando renuncias hasta alcanzar una suma suficiente. No hay un nivel de disposición a partir del cual uno se vuelve merecedor de la gracia. La gracia es siempre gratuita, y la propia disposición es ya fruto de ella.

No es un estado que se alcanza de una vez. Nadie llega a estar "plenamente dispuesto" y se queda ahí. La disposición es dinámica: crece, se debilita, se renueva. Una persona puede estar muy abierta en un ámbito de su vida y cerrada en otro. Puede estar dispuesta hoy y resistente mañana. Por eso la disposición se parece más a una práctica que a una conquista.

Estas cuatro precisiones no disminuyen la importancia de la disposición. La protegen. Una disposición entendida como condición, garantía, mérito o estado se convertiría en otra forma del puño cerrado: el intento de controlar a Dios a través de la propia apertura. Paradójicamente, la disposición verdadera se reconoce precisamente en que no pretende controlar nada.

10.5 Lo que la disposición sí es

Si la disposición no es nada de lo anterior, ¿qué es, entonces? ¿Para qué sirve, si no obliga a Dios ni garantiza resultados?

La respuesta es sencilla y profunda a la vez: **la disposición es la respuesta libre de la criatura a la iniciativa del Creador.** Es la forma que adopta, en la vida concreta de una persona, el *sí* a Dios.

Esa respuesta importa. Importa porque Dios ha querido que la relación con Él sea una relación entre personas libres, no entre un alfarero y un objeto. Dios no fuerza. Invita. Y la invitación reclama una respuesta que puede darse o negarse. Cuando la persona responde con una disposición abierta, la relación con Dios se vuelve más plena, más libre, más fecunda. No porque Dios haga más, sino porque la persona recibe más de lo que Dios siempre estuvo dando.

Una imagen puede ayudar a comprenderlo. La luz del sol entra igual por todas las ventanas de una casa. Pero una ventana con las persianas cerradas deja pasar menos luz que una con las persianas abiertas. Abrir las persianas no produce la luz ni la hace más intensa. Simplemente permite que entre la que ya estaba ahí. La disposición se parece a eso: no aumenta la gracia de Dios, pero permite que la persona la reciba con menos obstáculos.

Esta imagen tiene, como todas, su límite. Dios no es una luz impersonal que brilla igual para todos sin conocerlos. Es Alguien que conoce a cada persona por su nombre y que puede entrar incluso por las persianas cerradas. Pero ilustra lo esencial: la disposición no cambia a Dios. Cambia a la persona, y la hace más capaz de recibirlo.

Volvamos, para terminar, al taller del alfarero. Hay un detalle en el relato de Jeremías que suele pasarse por alto. Cuando la vasija que el alfarero estaba haciendo se estropeó en sus manos, *él la volvió a hacer, tal como le pareció bien* (Jr 18,4). No tiró el barro. No lo descartó por imperfecto. Lo volvió a trabajar.

Esa es, quizá, la noticia más consoladora de este capítulo. Nuestra disposición es imperfecta, intermitente, frágil. Tenemos burbujas de aire, piedras escondidas, zonas secas que resisten. Pero Dios no descarta el barro. Lo vuelve a trabajar, una y otra vez. Y nos invita, no a ser un barro perfecto, sino a ser un barro que elige dejarse modelar. Como María. Como el caminante en el refugio, cuando abrió la mochila y soltó la llave para tener las manos libres.

PARA LLEVARLO A LA VIDA

1. Lee la escena de la Anunciación (Lc 1,26-38) y detente en los cuatro momentos de María: escucha, pregunta, consiente y actúa. ¿En cuál de los cuatro te cuesta más estar?
2. Revisa los ocho rasgos de la sección 10.3. Elige el que te resulta más natural y agradécelo. Elige el que te resulta más difícil y pide la gracia de crecer en él.
3. Pregúntate si alguna vez has vivido tu apertura a Dios como una condición, una garantía, un mérito o un estado alcanzado. ¿Cuál de las cuatro deformaciones reconoces?
4. Identifica una "persiana cerrada" en tu vida: un ámbito en el que no dejas entrar la luz. No intentes abrirla de golpe. Solo nómbrala ante Dios.

LA LÍNEA EN ESTE CAPÍTULO

LO QUE ME CORRESPONDE	LO QUE ENCOMIENDO A DIOS
Escuchar, preguntar, consentir y actuar	La iniciativa y la forma de su acción
Cultivar los rasgos de una disposición abierta	La gracia que no puedo producir
Renovar mi apertura cuando se debilita	Volver a trabajar el barro cuando se estropea

ORACIÓN

Señor, soy barro en tus manos, pero tú me has hecho libre. No quiero ser un barro que se resiste ni un barro que se deja caer. Quiero ser como María: escuchar tu palabra, preguntarte lo que no entiendo, decirte que sí y ponerme en camino. Cuando me estropee en tus manos, no me deseches. Vuelve a trabajarme. Hágase en mí según tu palabra. Amén.

Abrir las persianas no produce la luz. Solo la deja entrar.

CAPÍTULO II

La fricción interior

El dueño de una empresa mediana humilló en público a uno de sus empleados durante una reunión. Fue un arrebato de ira por un error menor, y él mismo se arrepintió casi de inmediato. Semanas después lo confesó, y el sacerdote le sugirió algo sencillo: pedir perdón al empleado, en privado, sin justificaciones.

El empresario salió del confesionario convencido de que lo haría. Le pareció justo y necesario. Esa semana no encontró el momento. La siguiente, el empleado estaba de viaje. La otra, pensó que ya había pasado demasiado tiempo y que sacar el tema sería incómodo para ambos. Después se dijo que el empleado seguramente lo había olvidado. Pasaron tres meses. Cada vez que rezaba, la petición de perdón pendiente aparecía en su mente como una piedra en el zapato. Sabía lo que tenía que hacer. Quería hacerlo. Y no lo hacía.

Este hombre no carecía de gracia. La gracia le había dado el arrepentimiento, la confesión y la claridad sobre lo que correspondía hacer. Tampoco carecía de buena voluntad: quería sinceramente pedir perdón. Lo que había entre su voluntad y su acción era otra cosa, algo que este capítulo llamará, con una imagen tomada de la física, **fricción interior**.

II.1 Cómo frenan los apegos

La experiencia de saber lo que se debe hacer, quererlo y no hacerlo es tan antigua como la humanidad. San Pablo la describió con una franqueza que todavía conmueve: *No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero*

(Rm 7,19). No es la confesión de un hombre sin fe ni de alguien que desprecia el bien. Es la confesión de alguien que ama el bien y experimenta en sí mismo una resistencia a realizarlo.

Esa resistencia tiene muchas causas: la fragilidad de la naturaleza humana, la fuerza de los hábitos, las heridas del pasado, la influencia del entorno. Pero una de sus causas más frecuentes son los apegos desordenados que examinamos en la Parte II. Los apegos producen fricción en nuestra respuesta a la gracia, y lo hacen a través de tres mecanismos que conviene distinguir.

El primer mecanismo actúa sobre la percepción. Un apego filtra la realidad. La persona apegada a su imagen no ve con claridad sus errores, porque verlos amenaza esa imagen. La persona apegada al control no ve las alternativas, porque toda alternativa le parece riesgo. El empresario del ejemplo empezó a ver razones para no pedir perdón que no habría visto si no le pesara tanto reconocer su falta ante un subordinado: que había pasado mucho tiempo, que sería incómodo, que el empleado lo habría olvidado. Su apego a la propia autoridad le hacía percibir la situación de una manera conveniente.

El segundo mecanismo actúa sobre la voluntad. Un apego divide la voluntad. La persona quiere el bien, pero también quiere conservar aquello a lo que está apegada, y cuando ambas cosas entran en conflicto, la voluntad queda dividida. El resultado es la postergación, la indecisión, el "mañana lo hago" que nunca llega. El empresario quería pedir perdón, pero también quería conservar intacta su posición de jefe que no se equivoca. Las dos voluntades se neutralizaban.

El tercer mecanismo actúa sobre la emoción. Un apego genera miedo, y el miedo paraliza. La persona teme perder lo que ama, teme la humillación, teme la incertidumbre. Ese miedo no siempre es consciente, pero actúa con fuerza. Detrás de las excusas del empresario había un temor que nunca nombró: el de perder autoridad ante su empleado al reconocer su error.

Estos tres mecanismos, percepción filtrada, voluntad dividida y miedo paralizante, explican por qué la gracia, que siempre está actuando, no siempre se traduce en conductas. No es que la gracia sea débil. Es que encuentra en nosotros una resistencia.

11.2 Desprenderse no aumenta el poder de Dios

Aquí es necesaria una precisión que este libro ha hecho varias veces, pero que en este punto resulta decisiva. Si los apegos producen resistencia a la gracia, podría pensarse que desprenderse de ellos hace a Dios más poderoso en nuestra vida, como si nuestra disposición le diera más fuerza.

Esto es falso. **El poder de Dios no aumenta ni disminuye según nuestra disposición.** Dios es omnipotente, y su acción no depende de nuestra cooperación para existir. Lo que cambia con el desprendimiento no es la fuerza de Dios, sino nuestra capacidad de responder.

La metáfora de la fricción, tomada de la mecánica, ayuda a entender esta distinción. Un motor tiene una determinada potencia. La fricción entre sus piezas no reduce esa potencia, pero hace que una parte de ella se pierda en forma de calor y desgaste, en lugar de traducirse en movimiento. Reducir la fricción no aumenta la potencia del motor. Permite que esa potencia se transforme con más eficacia en movimiento.

De manera análoga, la gracia de Dios es plenamente eficaz en sí misma. Pero nuestros apegos hacen que nuestra respuesta sea más lenta, más vacilante, más dividida. Al desprendernos de ellos, con la ayuda de la misma gracia, **no hacemos a Dios más poderoso: hacemos nuestra respuesta menos resistente y más libre.**

El Evangelio de Marcos contiene un pasaje que ilumina esta realidad y que a menudo desconcierta. Cuando Jesús visita Nazaret, su pueblo, sus paisanos lo reciben con desconfianza. Y Marcos dice algo sorprendente: *no pudo hacer allí ningún milagro, salvo curar a unos pocos enfermos imponiéndoles las manos; y se extrañaba de su falta de fe* (Mc 6,5-6). El texto no dice que Jesús perdiera su poder en Nazaret. Dice que la falta de fe de sus

paisanos limitó lo que ellos pudieron recibir. El poder estaba intacto. Lo que faltaba era la apertura para acogerlo.

Este pasaje debe leerse con cuidado, porque podría convertirse fácilmente en una teología de la culpa: si no recibí lo que pedía, es porque no tuve suficiente fe. Este libro ya ha rechazado esa lógica en el capítulo 3 y la volverá a rechazar en la Parte VI. La falta de un resultado no prueba falta de fe. Lo que el pasaje enseña es otra cosa, más modesta: que nuestra disposición importa, que la relación con Dios es una relación entre libertades, y que una persona cerrada recibe menos de lo que una persona abierta podría recibir.

11.3 Los límites de la metáfora

Toda metáfora ilumina y oscurece al mismo tiempo. La de la fricción es útil, pero tiene límites precisos. Si se olvidan, produce errores graves de discernimiento. Hay dos especialmente peligrosos.

Primer error: pensar que toda dificultad es una resistencia espiritual. Si los apegos producen fricción, alguien podría concluir que toda dificultad en su vida revela un apego oculto que hay que descubrir. Cada obstáculo se convierte entonces en un síntoma, cada fracaso en una acusación, cada sufrimiento en una prueba de que algo falla en su disposición.

Esto es falso. Muchas dificultades no tienen nada que ver con nuestros apegos. Son simplemente parte de la condición humana, de un mundo herido, de la libertad de los demás o de circunstancias que nadie controla. Pablo tuvo una espina en la carne que nunca se le quitó, y no fue por falta de desprendimiento. Jesús encontró la cruz, y no fue por ninguna resistencia interior. Interpretar cada dificultad como síntoma de un apego es una forma de escrúpulo que agota y que, además, culpabiliza a quien sufre.

Segundo error: pensar que toda facilidad confirma que una decisión es correcta. Si la fricción indica resistencia, alguien podría concluir que la

ausencia de fricción indica que se está en la voluntad de Dios. Si las cosas fluyen, si las puertas se abren, si todo encaja, entonces Dios lo aprueba.

También esto es falso, y la Escritura ofrece un ejemplo casi humorístico de ello. Cuando Dios le pide al profeta Jonás que vaya a predicar a Nínive, Jonás decide huir en dirección contraria. Baja al puerto de Jafa y *encuentra un barco que partía hacia Tarsis* (Jon 1,3). Todo fluye: el barco está ahí, a punto de salir, y hay sitio. Si Jonás hubiera interpretado la facilidad como señal, habría concluido que Dios aprobaba su huida. La facilidad, en su caso, no confirmaba nada. Solo facilitaba su desobediencia.

En sentido inverso, el libro de los Hechos cuenta que Pablo y sus compañeros intentaron predicar en la provincia de Asia y luego en Bitinia, y en ambos casos *el Espíritu se lo impidió* (Hch 16,6-7). La dificultad no indicaba en ese caso ninguna resistencia de Pablo, sino una orientación hacia otro lugar: Macedonia, donde comenzaría la evangelización de Europa.

La conclusión es clara: **la ausencia de obstáculos no demuestra la rectitud de una decisión, y la presencia de obstáculos tampoco demuestra que sea incorrecta.** El discernimiento debe considerar la verdad moral, la caridad, las circunstancias, los deberes propios y el consejo prudente. La fricción es una metáfora útil para examinar la propia respuesta a la gracia. No es un instrumento para leer la voluntad de Dios en los acontecimientos. Volveremos sobre esto con detalle en la Parte V.

11.4 Vaciarse no garantiza ser llenado como esperamos

Hay una lectura de la metáfora del recipiente que conviene desmontar explícitamente, porque es muy natural y muy equivocada. Es la lectura **mecánica**: primero me vacío, y después Dios debe llenarme. Primero suelto mis apegos, y después recibiré paz, alegría, claridad, consuelo, las virtudes que deseo o los resultados que pido.

Esta lectura convierte el vaciamiento en una secuencia de causa y efecto, y por eso reintroduce, por la puerta de atrás, la lógica del contrato que el capítulo 3 había expulsado. *Ya me vacié. Ahora te toca a ti.*

La gracia no funciona de ese modo. **El desprendimiento puede favorecer nuestra apertura, pero no establece un derecho a recibir un resultado específico.** Dios conserva su libertad, y la transformación espiritual puede desarrollarse de maneras que no habíamos anticipado. A veces Dios llena el espacio liberado con algo muy distinto de lo que esperábamos. A veces tarda en llenarlo. Y a veces lo llena de una manera que, durante un tiempo, se experimenta como vacío.

Esta última posibilidad merece atención, porque la tradición espiritual la ha descrito con gran profundidad. San Juan de la Cruz habla de la **noche oscura**: un período en el que la persona que ha avanzado en la vida espiritual deja de sentir los consuelos que antes recibía en la oración. Dios parece ausente. La oración se vuelve árida. La fe parece debilitarse. La persona, que se había desprendido de muchas cosas por amor a Dios, siente que Dios la ha dejado en un vacío.

Lo que San Juan de la Cruz enseña es que, en muchos casos, ese vacío no es abandono, sino una forma más profunda de presencia. Dios retira los consuelos sensibles para que la persona aprenda a amarlo por sí mismo y no por lo que siente. El llenado ocurre, pero de una manera que no se percibe con los sentidos habituales. Es como si Dios llenara el recipiente con una luz tan intensa que, al principio, parece oscuridad.

Esta enseñanza debe manejarse con prudencia. No toda aridez espiritual es una noche oscura en sentido místico, y no toda tristeza es una purificación. A veces la aridez tiene causas humanas, como el cansancio, el estrés o una depresión que requiere atención médica, y conviene no espiritualizar lo que necesita otro tipo de cuidado. Pero la enseñanza general es valiosa: **el vaciamiento no garantiza una plenitud inmediata y sensible.** Quien se desprende esperando sentirse mejor de inmediato puede decepcionarse. Quien se desprende por amor, sin exigir sentir nada a cambio, está mejor preparado para lo que Dios quiera darle.

11.5 Una relación, no una cronología

La metáfora del recipiente sugiere también una secuencia temporal rígida: primero se vacía, luego se llena. Primero desprendimiento, después transformación. Pero la vida espiritual no funciona en etapas perfectamente separadas.

En realidad, **la gracia actúa en todos los momentos del proceso a la vez.** Suscita el deseo de desprenderse, antes de que la persona haya soltado nada. Sostiene el proceso de soltar, que la persona no podría realizar por sí sola. Y produce frutos mientras la persona sigue aprendiendo, sin esperar a que el vaciamiento esté completo. No hay que terminar de vaciarse para empezar a recibir. Se recibe mientras se suelta, y se suelta porque se ha recibido.

Jesús ofrece una imagen que corrige la rigidez de la secuencia: la de la vid y los sarmientos. *Yo soy la vid, ustedes los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ese da mucho fruto, porque sin mí no pueden hacer nada* (Jn 15,5). En esta imagen no hay una etapa de vaciamiento seguida de una etapa de llenado. Hay una **permanencia**: una relación continua en la que la savia de la vid circula constantemente por el sarmiento. El sarmiento no se vacía primero y se llena después. Vive de la vid en cada momento. Y en la misma imagen aparece la poda: el labrador poda los sarmientos que dan fruto para que den más fruto (Jn 15,2). La poda no precede a la vida, sino que ocurre dentro de ella.

Por eso, la secuencia entre vaciamiento y transformación debe entenderse como **una relación espiritual y lógica, no como una fórmula cronológica obligatoria.** Lógicamente, el desprendimiento prepara la recepción. Pero en la vida real, ambos movimientos se entrelazan, se superponen y se alimentan mutuamente, dentro de una relación viva con Dios.

Volvamos al empresario del comienzo. Tres meses después de su confesión, durante una misa entre semana, escuchó la lectura de la parábola del siervo que, perdonado por su señor de una deuda enorme, no fue

capaz de perdonar a su compañero una deuda pequeña. Algo se movió en él. No fue una revelación espectacular. Fue la conciencia súbita de que estaba exigiendo a Dios un perdón que él no estaba dispuesto a pedir a un hombre.

Al día siguiente llamó al empleado a su oficina. Le dijo, sin preámbulos, que lo que había hecho en aquella reunión estaba mal, que no tenía justificación y que le pedía perdón. El empleado, sorprendido, tardó en responder. Luego le dijo que lo había pasado muy mal esos meses, que había pensado en renunciar, y que le agradecía la disculpa.

El empresario salió de esa conversación más ligero de lo que había estado en mucho tiempo. No había perdido su autoridad. La había ganado. Y descubrió algo que no esperaba: que la fricción que lo había frenado durante tres meses no protegía nada valioso. Solo protegía un miedo. La gracia había estado ahí todo el tiempo. Lo que le había faltado era soltar.

11.6 **El salto de fe: quemar las naves**

Lo que al empresario le faltó durante tres meses no fue información, ni gracia, ni buena voluntad. Sabía lo que debía hacer, quería hacerlo y la gracia lo empujaba. Le faltaba algo que la tradición cristiana conoce desde siempre y que el lenguaje común ha bautizado con una expresión exacta: **el salto de fe**.

Conviene decirlo sin rodeos, porque las páginas anteriores, con su insistencia en el discernimiento, la prudencia y los límites, podrían dejar una impresión equivocada: la de que la entrega a Dios se alcanza a fuerza de análisis. No es así. **Todo abandono verdadero presupone un salto de fe.** Es su condición previa, no su adorno. Llega siempre un momento en que el discernimiento ya está hecho, el consejo ya se pidió, la oración ya se rezó, y lo único que queda es soltar el borde y confiar sin ver. Ese momento casi nunca se vive con serenidad. Casi siempre se siente como **saltar al vacío**.

Por qué se siente como un vacío

La Carta a los Hebreos define la fe como *garantía de lo que se espera y prueba de lo que no se ve* (Hb 11,1), y añade que *sin fe es imposible agradar a Dios* (Hb 11,6). San Pablo lo resume en una línea: *caminamos en la fe, no en la visión* (2 Co 5,7). La fe se mueve, por definición, en lo que todavía no se ve. Si viéramos el desenlace, no haría falta confiar. Por eso la fe conserva siempre algo de oscuridad. El *Catecismo* lo reconoce con precisión: la fe es cierta, más cierta que cualquier conocimiento humano, porque se apoya en la palabra de Dios, y sin embargo todavía la vivimos en la oscuridad (CEC 157 y 164). San Juan de la Cruz lo dijo en un verso que resume toda esta paradoja: *a oscuras y segura*. A oscuras, porque no se ve el camino. Segura, porque se sabe quién guía.

Se cuenta una historia que ilumina esta experiencia mejor que cualquier definición. Una noche se incendia una casa. La familia logra salir, pero el hijo más pequeño queda atrapado en la ventana del segundo piso, rodeado de humo. Abajo, entre la gente, su padre abre los brazos y le grita que salte. El niño, llorando, responde que no puede, que no lo ve, que abajo solo hay oscuridad. Y el padre le grita: *Tú no me ves, pero yo sí te veo a ti. ¡Salta!* El niño salta. Y cae en los brazos de su padre.

Eso es el salto de fe. Desde la ventana, el niño solo ve humo y negrura. Desde abajo, el padre ve a su hijo con toda claridad. Lo que para uno es vacío, para el otro son sus propios brazos. Es la misma lógica de la medicina del Padre que veremos en el capítulo 17: el hijo no ve lo que el Padre ve. **Parece vacío, pero son las manos del Padre.**

Una confianza ciega, ¿en qué sentido?

Esta es la confianza que Dios espera de sus hijos, y no hay que tener miedo de llamarla por su nombre: es una **confianza ciega**. Pero conviene precisar en qué sentido lo es, porque de esa precisión depende que sea cristiana.

Es ciega **respecto del camino y del desenlace**. No ve adónde lleva el salto, ni cómo será la caída, ni cuánto tardará en llegar el suelo. Pero no es ciega **respecto de Aquel en quien confía**. San Pablo, encadenado y cerca del final, lo escribió con una firmeza conmovedora: *Sé de quién me he fiado* (2 Tm 1,12). No sabía qué le esperaba. Sabía de quién se fiaba. Por eso la fe cristiana, aunque supera la razón, no la contradice: es un acto razonable, porque se funda en la fidelidad de Alguien que ha demostrado ser digno de confianza (CEC 156-159). El Catecismo, de hecho, advierte que el asentimiento de la fe no es «en modo alguno un movimiento ciego del espíritu» (CEC 156): si aquí hablamos de una confianza ciega, es solo respecto del camino, nunca respecto de Aquel en quien se confía.

Y por eso, también, esta confianza no debe confundirse con algo que este libro rechaza con toda firmeza en el capítulo 32: la obediencia ciega a un ser humano que pretende hablar en nombre de Dios. **La confianza ciega se le debe a Dios. Nunca a un hombre.**

Pedro sobre el agua

El Evangelio contiene la imagen más viva del salto de fe. Es de noche, el viento sopla en contra, y los discípulos reman en medio del lago. De pronto ven a Jesús caminando sobre el agua. Pedro le dice: *Señor, si eres tú, mándame ir hacia ti sobre el agua.* Jesús le responde con una sola palabra: *Ven.* Y Pedro baja de la barca (Mt 14,22-33).

Vale la pena mirar despacio esa escena, porque contiene casi todo lo que hay que saber sobre el salto.

Pedro **no salta por impulso**. Primero pide una palabra: *mándame*. El salto responde a una llamada; no la sustituye.

Pedro **tiene que soltar la barca**. Mientras tenga una mano en la borda, no puede caminar sobre el agua. La barca era su seguridad: madera firme en medio del lago. Para ir hacia Jesús, tiene que dejarla.

Pedro **camina mientras mira a Jesús**. El texto dice que se hundió cuando *vio la fuerza del viento* y tuvo miedo. El viento no había cambiado. Había cambiado la dirección de su mirada.

Y Pedro, **aun hundiéndose, no se pierde**. Grita *¡Señor, sálvame!*, y Jesús extiende la mano y lo sostiene. *Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?* No es una condena. Es la pregunta de quien lo había tenido sostenido desde el principio.

Quemar las naves

A veces el salto exige algo más que soltar la barca. Exige hundirla. El lenguaje popular lo llama **quemar las naves**: una expresión que la tradición vincula con Hernán Cortés, que en 1519, en las costas de Veracruz, mandó inutilizar sus barcos para que nadie pudiera volver atrás. Al margen de lo que se piense de aquella empresa, la expresión ha quedado como imagen de una decisión sin retorno: **tumbar los puentes que antes nos daban seguridad y que, al mismo tiempo, nos mantenían atados.**

La Escritura conoce este gesto mucho antes. Cuando el profeta Elías llama a Eliseo, lo encuentra arando con doce yuntas de bueyes. Le echa encima su manto, signo de la llamada. Eliseo pide solo despedirse de sus padres. Y después hace algo que lo dice todo: toma la yunta de bueyes, los sacrifica, usa la madera del arado para asar la carne, la reparte entre la gente y se va detrás de Elías (1 R 19,19-21). Eliseo no guardó el arado por si acaso. Lo quemó. Ya no había campo al que volver.

Los primeros discípulos vivieron lo mismo. Pedro y Andrés, *dejando al instante las redes, lo siguieron* (Mt 4,20). Mateo *se levantó* de la mesa de los impuestos y dejó atrás su oficio (Mt 9,9). Y Jesús formuló la exigencia con una imagen tomada del campo: *Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el Reino de Dios* (Lc 9,62). A quienes querían seguirlo sin soltar del todo, les recordaba a la mujer de Lot, que quedó convertida en estatua de sal por volverse a mirar lo que dejaba (Gn 19,26; Lc 17,32).

El Evangelio conserva también el ejemplo contrario. Un joven rico se acerca a Jesús. Ha cumplido los mandamientos desde su juventud, y Jesús lo mira con amor y le pide un último paso: que venda lo que tiene, lo dé a los pobres y lo siga. El joven no pudo saltar. *Se marchó triste, porque tenía*

muchos bienes (Mc 10,17-22). No era un mal hombre. Simplemente no quiso quemar sus naves. Y se quedó en la orilla.

Por qué sin el salto no se rompen las cadenas

Aquí está, quizá, la razón más profunda de todo lo anterior. **Mientras queda una puerta trasera abierta, el apego no se rompe del todo.**

La fricción que este capítulo ha descrito encuentra en la puerta trasera su mejor aliada. La persona suelta, pero *por si acaso* conserva un camino de regreso. Deja de beber, pero guarda una botella en el armario. Termina una relación que la daña, pero no borra el número. Rompe con una práctica corrupta en su trabajo, pero mantiene el contacto que la facilitaba. Siente el llamado a una vocación, pero decide probarla sin dejar del todo lo anterior. Perdona, pero conserva la lista de agravios. Cada uno de esos *por si acaso* es un eslabón. Y mientras exista, la cadena sigue ahí.

Quemar las naves es eliminar el *por si acaso*. Es la única manera de que el corazón deje de dividir su atención entre el camino nuevo y el regreso posible. Por eso, cuando el apego es fuerte, la libertad no llega soltando poco a poco con una mano mientras la otra sigue agarrada. Llega con un gesto decidido que hace imposible volver: borrar el número, vaciar la botella, renunciar al puesto, presentar la carta, cruzar por fin la puerta que se venía posponiendo. **Solo así se rompen las cadenas.**

El empresario del comienzo lo vivió a pequeña escala. El puente que tuvo que tumbar no era un barco ni un arado. Era la imagen del jefe que nunca se equivoca. Mientras la conservara intacta, la petición de perdón quedaba siempre para mañana. Cuando por fin la dejó caer, al llamar al empleado a su oficina, la cadena se rompió en una sola conversación.

Lo que se quema y lo que no

El salto de fe exige valentía. Pero la valentía cristiana no es temeridad, y las páginas de este libro sobre el discernimiento, los límites y el sufrimiento siguen vigentes aquí. Seis precisiones permiten que el salto sea verdaderamente cristiano.

Primera: se salta después de discernir, no en lugar de discernir. Pedro pidió una palabra antes de bajar de la barca. El salto es la culminación del discernimiento que describe el capítulo 19, no su sustituto. Por eso no contradice el principio de no decidir lo irreversible en plena tormenta, que el capítulo 19 desarrollará con detalle: el salto verdadero no nace del pánico ni de la euforia, sino de una claridad que ha resistido el paso del tiempo y la calma. Se discierne en la serenidad. Se salta con decisión.

Segunda: se queman las naves del apego, no los deberes. Eliseo se despidió de sus padres antes de quemar el arado. Lo que se tumba son los puentes hacia las propias seguridades, vanidades, dependencias y vicios, no las obligaciones con los demás. Nadie está llamado a saltar abandonando a sus hijos, dejando a su familia sin sustento o poniendo en riesgo a quien depende de él. El joven ingeniero del capítulo 9 quemó las naves equivocadas: rompió con bienes legítimos, su novia, sus amigos, su trabajo, sin llamada ni consejo, y dejó intacto el apego más hondo, la necesidad de verse a sí mismo como alguien radicalmente entregado.

Tercera: se salta hacia Alguien, no hacia el vacío. El salto cristiano no es un deporte extremo del espíritu ni una prueba de valor ante uno mismo. Tampoco es la destrucción deliberada de la propia vida para forzar una experiencia espiritual, que el capítulo 21 desaconseja. Pedro no se arrojó al lago. Caminó hacia Jesús.

Cuarta: se salta con miedo. El niño de la ventana lloraba. Pedro tuvo miedo en cuanto miró el viento. Como veremos en el capítulo 20, la valentía no es la ausencia de temblor. Esperar a no tener miedo para saltar es la manera más segura de no saltar nunca.

Quinta: el costo lo asume quien salta. Un salto legítimo compromete, sobre todo, las propias seguridades. Cuando afecta de manera importante a otros, a un cónyuge, a los hijos, a quienes dependen de uno, se discierne con ellos, no a sus espaldas.

Sexta: se salta con prudencia, no con temeridad. El salto de fe no tiene nada que ver con la temeridad, la imprudencia o la bravuconería de quien se arriesga por arriesgarse. Somos custodios de nuestro propio cuerpo, de nuestra salud y de nuestro bienestar, como de todo lo que Dios nos ha confiado (capítulo 5). San Pablo lo recuerda: *¿No saben que su cuerpo es templo del Espíritu Santo? Glorifiquen, pues, a Dios con su cuerpo* (1 Co 6,19-20). El *Catecismo* enseña que la vida y la salud física son bienes preciosos confiados por Dios, que debemos cuidar razonablemente, y advierte contra quienes, por imprudencia, ponen en peligro su propia seguridad y la de los demás (CEC 2288-2290).

El Evangelio contiene, de hecho, la imagen exacta del falso salto de fe. En el desierto, el tentador lleva a Jesús al alero del templo y le propone: *Si eres Hijo de Dios, tírate de aquí abajo, porque está escrito: Dará órdenes a sus ángeles para que te cuiden.* Y Jesús responde: *También está dicho: No tentarás al Señor tu Dios* (Lc 4,9-12). Arrojarse al vacío para obligar a Dios a intervenir no es confianza. Es tentar a Dios. El salto de Pedro respondía a una palabra de Jesús. El que proponía el tentador respondía a la vanidad.

Hay, ciertamente, situaciones de heroísmo extremo en las que la caridad puede pedir que se arriesgue la propia vida. *Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos* (Jn 15,13). Los mártires la entregaron antes que renegar de su fe. San Maximiliano Kolbe se ofreció a morir de hambre en Auschwitz en lugar de un padre de familia. El médico, la enfermera o el bombero que asumen un riesgo grave para salvar a otros viven algo de ese mismo amor. Pero esas situaciones son excepcionales, y se reconocen porque el riesgo se asume por amor a otro, no por gusto del peligro ni para demostrar nada. La inmensa mayoría de las situaciones de la vida piden prudencia, mesura y sensatez. Distinguir unas de otras exige el discernimiento sabio que describe el capítulo 19. **El salto de fe se da con el corazón puesto en Dios y con los pies bien plantados en la prudencia.**

¿Cuándo es hora de saltar?

Si el salto viene después del discernimiento, ¿cómo saber que el discernimiento ha terminado y que ha llegado la hora? Hay algunas señales bastante fiables:

- **La claridad persiste en la calma**, no solo en los momentos de entusiasmo o de angustia.
- **Personas prudentes que te conocen la confirman.**
- **Las razones para esperar ya no son nuevas.** Son las mismas de hace meses, repetidas con otras palabras.
- **La prudencia se ha vuelto coartada.** Ya no protege nada; solo aplaza.
- **Lo que retiene no es un deber, sino un apego**: una seguridad, una imagen, una comodidad, un *por si acaso*.

Cuando estas señales coinciden, el tiempo de deliberar ha terminado. Lo que queda es obedecer. Seguir esperando, en ese punto, no es prudencia: es la fricción de este capítulo disfrazada de sensatez.

San Ignacio de Loyola dejó una oración que es, en sí misma, un salto de fe. La propuso al final de sus *Ejercicios espirituales*, en la contemplación para alcanzar amor, cuando el discernimiento ya estaba hecho y solo quedaba entregarse:

> *Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer. Vos me lo disteis; a Vos, Señor, lo torno. Todo es vuestro: disponed a toda vuestra voluntad. Dadme vuestro amor y gracia, que esta me basta.*

Es la oración de quien quema sus naves. No guarda nada por si acaso. Y descubre, al soltarlo todo, que lo único que necesitaba era lo que pedía al final: el amor y la gracia de Dios.

Hay, además, una forma última del salto de fe hacia la que todos los demás apuntan: la muerte. Allí ya no queda ninguna nave que quemar,

porque todas se quedan en la orilla. El capítulo 24 se ocupa de ella. Cada salto que damos en vida, cada *por si acaso* que eliminamos, es también un ensayo de esa última entrega.

PARA LLEVARLO A LA VIDA

1. Identifica algo que sabes que debes hacer, que quieres hacer, y que sigues postergando. Examínalo con los tres mecanismos de la sección 11.1: ¿cómo está filtrando tu percepción?, ¿qué otra cosa estás queriendo al mismo tiempo?, ¿qué miedo lo sostiene?
2. Revisa si tiendes a interpretar las dificultades de tu vida como síntoma de un apego oculto, o las facilidades como confirmación de que vas por buen camino. Recuerda a Jonás.
3. Si estás atravesando un período de aridez espiritual, pregúntate si estás esperando sentir algo a cambio de lo que has soltado. Considera también si podría haber una causa humana que merezca atención.
4. Lee Jn 15,1-8 y pregúntate qué significa para ti permanecer en la vid hoy, no cuando hayas terminado de vaciarte.

Ejercicio complementario: identifica un apego que llevas tiempo diciendo que vas a soltar "en cuanto puedas". Pregúntate qué barco mantienes anclado en la playa *por si acaso*. Revisa las señales de la sección 11.6. Si el discernimiento ya está hecho, decide cuál es el puente que debes tumbar y ponle fecha. Antes de hacerlo, reza despacio el *Tomad, Señor, y recibid*.

LA LÍNEA EN ESTE CAPÍTULO

LO QUE ME CORRESPONDE	LO QUE ENCOMIENDO A DIOS
Examinar los apegos que frenan mi respuesta	La eficacia de su gracia, que no depende de mí
Dar el paso concreto que vengo postergando	Lo que Él quiera dar en el espacio que suelto
Permanecer en la relación con Él, también en la aridez	El tiempo y la forma en que se sienta su presencia
Dar el salto cuando el discernimiento está hecho, sin dejar puertas traseras abiertas al apego	Lo que hay al otro lado del salto, que todavía no veo

ORACIÓN

Señor, sé lo que tengo que hacer y quiero hacerlo, pero algo en mí se resiste. Hay miedos que no nombro y apegos que me frenan. No te pido que hagas más fuerte tu gracia, porque ya es suficiente. Te pido que me ayudes a soltar lo que la frena en mí. Y cuando suelte, no te exigiré nada a cambio. Me basta con permanecer en ti, como el sarmiento en la vid. Amén.

Nos vaciamos no para obligar a Dios a llenarnos, sino para responder con más libertad a lo que ya nos ofrece.

CAPÍTULO 12

Cuando el vaciamiento se vuelve obsesión

Una mujer de treinta y dos años, madre de un bebé de ocho meses, empezó a leer libros de espiritualidad durante las noches de lactancia. Leyó sobre el desprendimiento, sobre los apegos desordenados, sobre la necesidad de vaciarse de todo lo que no es Dios. Le pareció que había encontrado algo que buscaba desde hacía años.

Empezó una libreta. En ella anotaba cada apego que descubría en sí misma: el gusto por el café de las mañanas, la satisfacción cuando su marido la elogiaba, la ilusión por las vacaciones de verano, el cariño que sentía por su casa. Cada semana la lista crecía. Se confesaba con una frecuencia cada vez mayor, siempre de cosas pequeñas, siempre con angustia. Llegó un momento en que, mientras amamantaba a su hijo y sentía la ternura de ese momento, se preguntaba si ese amor no sería también un apego desordenado que debía examinar.

Su confesor, un sacerdote mayor y sabio, la escuchó con paciencia durante varias semanas. Un día le dijo algo que ella no esperaba: *Durante un mes, no vas a examinar ningún apego. No vas a escribir en la libreta. Vas a tomarte tu café, vas a disfrutar de tu hijo y vas a dar gracias a Dios por las dos cosas. Y vas a confesarte solo si cometes un pecado que sepas con certeza que es pecado.*

La mujer salió del confesionario desconcertada y, al mismo tiempo, aliviada. Un mes después volvió y le dijo que no recordaba la última vez que se había sentido tan cerca de Dios.

Este capítulo trata de lo que le ocurrió a esta mujer. Es el último de la Parte III, y cumple una función necesaria: advertir contra el riesgo de que todo lo dicho en las páginas anteriores se convierta en una nueva forma de esclavitud.

12.1 El perfeccionismo espiritual

Todo lo que este libro ha propuesto hasta ahora podría convertirse en un nuevo proyecto de control. Es una ironía que conviene mirar de frente. La persona que ha descubierto sus apegos puede querer desprenderse de todos de inmediato. Puede proponerse no volver a sentir miedo, eliminar cualquier deseo que parezca egoísta y alcanzar una disponibilidad perfecta antes de considerarse preparada para servir a Dios. Y al hacerlo, termina reproduciendo exactamente aquello que buscaba superar: **la necesidad de dominar el proceso y garantizar el resultado.**

Es el puño cerrado aplicado a la vida interior. La persona ya no aprieta su dinero, su imagen o su futuro. Aprieta su propia santidad. Quiere asegurarse de estar completamente vacía, completamente entregada, completamente libre. Y como ese estado nunca llega, el esfuerzo nunca termina.

La tradición católica conoce bien esta deformación y le ha dado un nombre: **escrúpulo**. El escrupuloso es la persona que vive en una inquietud constante sobre la rectitud de sus actos, que ve pecado donde no lo hay, que necesita confesarse una y otra vez de lo mismo y que nunca está segura de haber sido perdonada. Algunos de los santos más grandes lo sufrieron. San Ignacio de Loyola pasó en Manresa por una crisis de escrúpulos tan intensa que llegó a desear la muerte, y de esa experiencia nacieron las reglas sobre los escrúpulos que dejó en sus *Ejercicios*. San Alfonso María de Ligorio, doctor de la Iglesia y patrono de los moralistas,

padeció escrúpulos durante buena parte de su vida. Santa Teresa del Niño Jesús los sufrió en su infancia y adolescencia.

El hecho de que tantos santos los hayan padecido enseña dos cosas. La primera, que el escrúpulo no es un signo de santidad, sino un obstáculo que incluso los santos tuvieron que atravesar. La segunda, que se puede salir de él. Ninguno de esos santos se curó examinándose más. Se curaron, con la ayuda de la gracia y de buenos guías, aprendiendo a confiar más en la misericordia de Dios que en su propia vigilancia.

Conviene añadir una precisión necesaria. En algunas personas, el escrúpulo tiene una intensidad que corresponde a lo que hoy se reconoce como una forma de trastorno obsesivo-compulsivo de contenido religioso. En esos casos, el acompañamiento espiritual es importante, pero no suficiente: se necesita también la ayuda de un profesional de la salud mental. Buscarla no es falta de fe. Es, de nuevo, cooperación con la gracia.

12.2 Tres señales de alarma

¿Cómo saber cuándo el examen de los apegos ha dejado de ser un camino de libertad y se ha convertido en una obsesión? Hay tres señales que, cuando aparecen, indican que la práctica necesita revisarse.

Primera señal: vigilancia compulsiva de cada deseo. La persona ya no examina situaciones concretas que le han producido inquietud, sino que vigila cada deseo, cada gusto, cada afecto, en busca de un posible apego. Todo se vuelve sospechoso. El café de la mañana, la ternura por un hijo, la alegría de un elogio. La vida interior se convierte en un puesto de control fronterizo donde cada emoción debe presentar su documentación.

Segunda señal: culpa desproporcionada. La persona siente una culpa intensa por cosas que no son pecado o que son faltas mínimas. Experimenta emociones normales, como el miedo, la tristeza o el deseo, como si fueran fallas morales. Y la culpa no se disuelve con la confesión ni con el perdón: regresa siempre.

Tercera señal: parálisis ante decisiones ordinarias. La persona no puede tomar decisiones sencillas por temor a equivocarse espiritualmente. Elegir un regalo, aceptar una invitación o comprar algo se convierte en una cuestión de conciencia que exige discernimiento. Y como el discernimiento nunca termina, la decisión no se toma.

Cuando aparece alguna de estas tres señales, la recomendación es clara: **simplificar la práctica.** Examinar menos cosas, con menos frecuencia y con más misericordia. Y buscar orientación de una persona prudente: un buen confesor, un acompañante espiritual con experiencia y, si es necesario, un profesional de la salud mental.

12.3 Empezar por la verdad, no por cambiarlo todo

Si el perfeccionismo espiritual es una trampa, ¿cuál es el comienzo adecuado del desprendimiento? La respuesta es sencilla: **comenzar por la verdad, no por la exigencia de cambiarlo todo.**

La diferencia se percibe en la pregunta con la que se empieza. El perfeccionismo pregunta: *¿cómo elimino inmediatamente toda resistencia?* Esta pregunta pone el foco en el resultado, en la meta, en lo que todavía falta. Es una pregunta de puño cerrado. La pregunta adecuada es otra: **¿qué necesito reconocer, y qué respuesta fiel puedo ofrecer hoy, con la ayuda de Dios?** Esta pregunta pone el foco en el presente, en lo posible y en la gracia. Es una pregunta de mano abierta.

De esta manera de empezar se siguen algunas recomendaciones concretas:

- **Identificar los apegos que efectivamente influyen en las decisiones**, en lugar de intentar descubrir compulsivamente nuevos defectos. No todos los afectos son apegos, y no todos los apegos tienen el mismo peso.

- **Distinguir entre las debilidades reales y las exigencias de perfección que uno mismo se impone.** Muchas de las "faltas" que el perfeccionista se reprocha no son debilidades, sino expresiones normales de la condición humana.
- **Reconocer que la conversión puede ser gradual.** Dios no tiene prisa. La mayoría de las transformaciones profundas ocurren a lo largo de años, no de semanas.
- **Evitar comparar el propio proceso con el de otros.** Cada persona tiene su historia, sus heridas y su ritmo. La comparación solo produce orgullo o desaliento.
- **Aceptar que la disposición espiritual puede coexistir con dudas, emociones difíciles y limitaciones.** No hace falta estar libre de miedo para estar abierto a Dios.
- **Pedir la gracia necesaria para el siguiente paso concreto**, sin exigir comprender de antemano todo el camino.

Esta última recomendación tiene una raíz evangélica. Jesús enseñó a pedir *el pan de cada día* (Mt 6,11), no la provisión de toda la vida. El desprendimiento se vive de la misma manera: un paso cada vez, con la gracia de cada día.

12.4 Medir por fidelidad, no por sensación de dominio

El perfeccionismo espiritual tiene un criterio implícito para medir el progreso: **la sensación de dominio**. La persona considera que avanza cuando se siente tranquila, fuerte, desprendida, segura de sí misma. Y considera que retrocede cuando siente miedo, deseo, tristeza o apego.

Este criterio es engañoso por dos razones. La primera es que las sensaciones fluctúan por muchas causas que nada tienen que ver con la vida espiritual: el cansancio, la salud, las circunstancias, el temperamento, incluso el clima. La segunda, más profunda, es que la sensación de dominio puede ser en sí misma un signo de orgullo espiritual. Quien se siente

plenamente desprendido corre el riesgo de haberse apegado a esa sensación.

El criterio cristiano para medir el progreso es otro: **la fidelidad**. No la ausencia de dificultades interiores, sino la respuesta que se ofrece a ellas.

Desde este criterio, el progreso puede verse en situaciones que el perfeccionista consideraría fracasos:

- **Reconocer un miedo que antes se negaba.** No es un retroceso; es un avance en la verdad.
- **Pedir perdón por una conducta.** No demuestra que la persona sea mala; demuestra que está creciendo.
- **Dejar de manipular una situación.** Aunque el impulso de manipular siga presente.
- **Aceptar una corrección.** Aunque duela.
- **Actuar correctamente pese a experimentar temor.** Este es, quizá, el signo más claro de progreso. La valentía no es ausencia de miedo, sino fidelidad a pesar de él.

El indicador práctico que propone este libro es sencillo: **observar si, con el tiempo, la persona se vuelve más capaz de actuar con verdad, caridad, responsabilidad y libertad, incluso cuando las emociones o las circunstancias siguen siendo difíciles.** No se trata de sentirse mejor, sino de responder mejor. Y eso se observa en meses y años, no en días.

La mujer del comienzo había confundido ambos criterios. Medía su progreso por la ausencia de apegos que sentía, y como siempre sentía algo, siempre estaba fracasando. Cuando dejó de examinarse y empezó simplemente a vivir con gratitud, descubrió que su fidelidad no había disminuido. Al contrario: había crecido. Seguía cuidando a su hijo, amando a su marido, rezando cada día y sirviendo en su comunidad. Lo único que había cambiado es que ya no se agotaba vigilándose.

12.5 La oración del apego reconocido

Hay una forma de oración que resume todo lo que esta Parte ha querido decir, y que puede servir de puerta de salida tanto para el apego como para la obsesión con el apego. La llamamos **la oración del apego reconocido**.

Su principio es sencillo: cuando una persona descubre en sí misma una resistencia, un miedo o un apego, la respuesta no es concluir que Dios se ha alejado, ni redoblar la vigilancia, ni castigarse. La respuesta es **llevar esa realidad ante Dios**, tal como es.

Esta oración se apoya en una verdad que el capítulo 2 estableció: Dios no comienza a amar a la persona cuando esta consigue desprenderse de sus apegos. La gracia no es un premio reservado a quienes han alcanzado suficiente madurez espiritual. Por eso se puede rezar desde el apego, y no solo después de haberlo superado.

La oración puede tomar muchas formas, pero su núcleo podría expresarse así:

> *Señor, reconozco que todavía me aferro a esto. No quiero ocultártelo ni justificarlo. Ayúdame a comprenderlo, a ordenar lo que deba ordenar y a entregarte aquello que no debo seguir intentando controlar.*

Vale la pena examinar cada movimiento de esta oración.

"Reconozco que todavía me aferro a esto." Es un acto de verdad. No se finge un desprendimiento que no existe. Se nombra el apego con sencillez, sin dramatismo.

"No quiero ocultártelo ni justificarlo." Es la renuncia a las dos defensas habituales del apego: esconderlo o fabricar razones para conservarlo. La persona se presenta ante Dios sin máscaras.

"Ayúdame a comprenderlo." No se pide la eliminación inmediata del apego, sino la luz para entenderlo: de dónde viene, qué protege, qué miedo lo sostiene.

"A ordenar lo que deba ordenar." No se pide destruir el bien al que se está apegado, sino ordenarlo. El objetivo no es la renuncia, sino el orden.

"Y a entregarte aquello que no debo seguir intentando controlar." La oración termina en la línea: hay cosas que ya no me corresponde controlar, y las pongo en tus manos.

Esta oración no elimina automáticamente el apego. Puede ser necesario repetirla muchas veces, durante semanas o meses. Lo que hace es otra cosa, más importante: **expresa la decisión de no convertir el apego en algo que deba permanecer oculto o intocable.** Y esa decisión, sostenida en el tiempo, es la que permite que la gracia trabaje.

Es, en el fondo, la oración del publicano de la parábola, que no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo y solo decía: *Oh Dios, ten compasión de mí, que soy pecador* (Lc 18,13). No tenía nada que ofrecer, ningún progreso que presentar, ningún desprendimiento que exhibir. Solo la verdad de lo que era. Y Jesús dice que fue él quien volvió a casa justificado.

PARA LLEVARLO A LA VIDA

1. Revisa si alguna de las tres señales de la sección 12.2 está presente en tu vida espiritual. Si es así, considera simplificar tu práctica durante un tiempo.
2. Reemplaza esta semana la pregunta "¿cómo elimino toda resistencia?" por la pregunta "¿qué respuesta fiel puedo ofrecer hoy?". Hazla cada mañana.
3. Recuerda un momento reciente en que actuaste bien a pesar del miedo. Reconócelo como un progreso real, aunque no te hayas sentido fuerte.

4. Reza la oración del apego reconocido sobre algo concreto que todavía no puedes soltar. No intentes soltarlo. Solo preséntalo.

LA LÍNEA EN ESTE CAPÍTULO

LO QUE ME CORRESPONDE	LO QUE ENCOMIENDO A DIOS
Reconocer con verdad mis apegos sin vigilarme compulsivamente	La rapidez de mi transformación
Dar el siguiente paso fiel, hoy	La perfección que no puedo alcanzar por mí mismo
Buscar ayuda si el examen se vuelve obsesión	Los apegos que todavía no puedo soltar

ORACIÓN

Señor, he querido ser perfecto y me he cansado de intentarlo. He vigilado cada deseo y he cargado culpas que tú no me pedías. Perdóname por haber querido santificarme sin ti. Hoy no te traigo progresos. Te traigo lo que soy, con lo que todavía me ata. Ten compasión de mí. Dame el pan de hoy, y la gracia del siguiente paso. Amén.

El progreso espiritual no se mide por lo fuerte que te sientes, sino por lo fiel que respondes.

LO QUE ESTE CAMINO NO ES

Una transacción

La Parte III ha hablado de vaciarse, de disponerse, de reducir la fricción interior. Todo ese lenguaje tiene un riesgo: que el lector lo entienda como el precio que hay que pagar para obtener algo de Dios. Que el vaciamiento se convierta en un depósito y la disposición en una cuenta que, cuando alcanza cierto saldo, debe producir intereses. Es la lógica de la **transacción**, que el capítulo 3 denunció en la oración y que puede reaparecer, de manera más sutil, en el desprendimiento.

Conviene, por eso, cerrar esta Parte con una afirmación que no admite matices: **Dios no empieza a amarte cuando terminas de soltar.**

Te ama antes de que sueltes nada. Te ama mientras todavía estás aferrado. Te ama en medio de tus resistencias, tus escrúpulos y tus postergaciones. Su amor no es la recompensa de tu desprendimiento. Es su fundamento. Si te desprendes, no es para ganarte ese amor, sino porque ese amor, cuando lo recibes de verdad, te hace libre para soltar lo que antes necesitabas.

Tres consecuencias se siguen de esta verdad:

- **No existe una cantidad de renuncia que obligue a Dios a concederte algo.** Puedes soltar mucho y no recibir lo que pides. Eso no significa que tu desprendimiento fue inútil ni que Dios no lo vio.
- **No hay que esperar a estar vacío para acercarse a Dios.** Se puede rezar desde el apego, como enseña la oración del apego reconocido. De hecho, es la única manera de empezar.

- **El desprendimiento no es una competencia.** No hay un ranking de almas desprendidas, ni una meta que alcanzar antes que otros. Cada persona camina a su ritmo, y Dios acompaña cada ritmo.

La transacción convierte la vida espiritual en un negocio. La gracia la convierte en una historia de amor. En un negocio, cada parte da para recibir. En una historia de amor, se da porque ya se ha recibido.

No te desprendes para que Dios te ame. Te desprendes porque Dios ya te ama.

IV

PARTE IV

Lo que solo Dios hace

La gracia, la transformación y las obras

Las tres primeras Partes se han ocupado, sobre todo, de lo que corresponde a la persona: reconocer sus apegos, soltarlos, disponerse. La Parte IV cambia de perspectiva y se detiene en lo que no corresponde a la persona, porque solo Dios puede hacerlo: **la transformación por la gracia**. El capítulo 13 distingue con precisión entre preparar la propia disposición y producir la transformación. El capítulo 14 presenta el horizonte último de la vida cristiana, la participación en la vida divina. El capítulo 15 examina la relación entre las obras y la caridad que las anima. Y el capítulo 16 advierte contra la confusión entre santidad y autosuperación. Es la Parte en que el lector descubre que el agua que más necesita no la puede sacar del pozo con sus propias manos.

El agua que no sacó del pozo

Al bajar de la montaña, el paisaje cambió por completo. Los bosques dieron paso a una llanura seca, de tierra rojiza y matorrales bajos, donde el sol caía sin sombra desde la mañana hasta la tarde. El caminante había llenado su cantimplora en el último arroyo, convencido de que encontraría agua más adelante. No la encontró.

Al tercer día de llanura, con la boca agrietada y la cabeza latiendo, vio a lo lejos un brocal de piedra. Era un pozo. Corrió los últimos metros con una energía que no sabía que le quedaba. Pero al asomarse descubrió que la cuerda estaba rota y el cubo había desaparecido. Allá abajo, a una profundidad que no podía calcular, brillaba el agua.

El caminante era un artesano, y los artesanos no se rinden ante un objeto roto. Sacó sus herramientas. Desarmó la correa de la mochila, la anudó a los cordones de sus botas, ató a la punta su cantimplora y la dejó caer. No llegaba. Probó con las tiras de una camisa. Tampoco. Pasó la tarde entera inventando sistemas cada vez más ingeniosos, con las manos heridas y la cabeza cada vez más turbia. Cuando el sol empezó a bajar, se sentó contra el brocal, agotado, y comprendió que no iba a lograrlo.

Fue entonces cuando escuchó un cascabel. Por el camino venía un hombre viejo con un burro cargado de odres. Se detuvo junto al pozo, miró al caminante, miró la cuerda rota y, sin decir palabra, desató uno de los odres y se lo tendió.

El caminante bebió hasta que le dolió el estómago. Luego, por costumbre, buscó su bolsa de dinero.

—¿Cuánto le debo?

El viejo se rio, una risa breve y sin malicia.

—Nada. El agua no es mía.

—Pero usted la cargó hasta aquí.

—La cargo para quien la necesite. Hoy eras tú.

El caminante insistió. Ofreció monedas, ofreció reparar los arreos del burro, ofreció cualquier cosa. No podía aceptar algo sin dar algo a cambio. El viejo lo dejó hablar un rato y luego le puso una mano en el hombro.

—Has pasado la tarde intentando sacar el agua tú solo. Está bien intentarlo. Pero hay agua que no se saca con cuerdas. Se recibe.

Volvió a atar el odre, tiró de la brida del burro y siguió su camino. El caminante lo vio alejarse hasta que fue un punto en el horizonte. Llenó su cantimplora con lo que quedaba en el fondo del odre que el viejo le había dejado. Esa noche, por primera vez desde que salió de casa, durmió sin la llave en el puño. La había dejado junto a la cantimplora, sobre la piedra del brocal. Cuando despertó, la recogió casi con descuido, como quien recoge algo que ya no le pesa tanto.

CAPÍTULO 13

Preparar no es producir

Una mujer de cincuenta años decidió que quería ser más paciente. Su impaciencia le había costado discusiones con su marido, tensiones con sus hijos adultos y una sensación constante de irritación que la avergonzaba. Como era una persona organizada y de fe, diseñó un plan. Misa diaria. Rosario cada tarde. Ayuno los viernes. Lectura espiritual antes de dormir. Un examen de conciencia nocturno centrado en la paciencia. Confesión cada dos semanas.

Cumplió el plan durante un año con una disciplina admirable. Al cabo de ese año seguía siendo impaciente. Quizá un poco menos, pero no tanto como esperaba. Y ahora, además de impaciente, estaba frustrada. Había hecho todo lo que se suponía que había que hacer. ¿Por qué no funcionaba?

El problema de esta mujer no era la falta de esfuerzo, ni la elección de las prácticas, que eran todas buenas. El problema era una premisa oculta: que la paciencia, como virtud cristiana, se podía **producir** aplicando el método correcto con la intensidad suficiente. Había confundido preparar la tierra con hacer crecer la planta.

San Pablo, escribiendo a una comunidad dividida por las rivalidades entre sus predicadores, formuló una distinción que ilumina este capítulo: *Yo planté, Apolo regó, pero fue Dios quien hizo crecer. De modo que ni el que planta ni el que riega son algo, sino Dios, que hace crecer* (1 Co 3,6-7). El que planta y el que riega trabajan de verdad. Su trabajo es necesario. Pero no producen el crecimiento. Lo preparan.

13.1 Lo que está en mis manos y lo que no

La distinción entre preparar y producir es la aplicación de la línea al terreno más íntimo de la vida espiritual: la propia transformación.

En mis manos está examinar mis motivaciones, reconocer mis apegos, corregir mis decisiones, cultivar hábitos de oración, recibir los sacramentos, formarme en la fe, servir a los demás, perseverar cuando no veo resultados, pedir ayuda. Todas estas acciones pertenecen a mi respuesta responsable. Son reales, son necesarias y nadie puede hacerlas por mí.

No está en mis manos fabricar la caridad sobrenatural, garantizar mi propia santidad, determinar el ritmo de mi crecimiento ni convertir una serie de prácticas en una técnica de transformación. La paciencia que la mujer del ejemplo deseaba no es solo un hábito psicológico que se adquiere por repetición. Es, en su dimensión más profunda, una virtud que la gracia hace crecer. Y la gracia no responde a métodos, sino a una relación.

Esta distinción no desvaloriza las prácticas espirituales. Al contrario, les devuelve su verdadero sentido. La oración, los sacramentos, el ayuno, la lectura espiritual y el examen de conciencia no son engranajes de una máquina de producir virtudes. Son **medios de encuentro**: lugares donde la persona se expone a la acción de Dios, se deja trabajar por Él y responde a su gracia. Se parecen menos a herramientas de fabricación y más a las condiciones de un jardín: la tierra removida, el agua, el sol. Son necesarias. Pero la vida de la planta viene de otra parte.

Hay una consecuencia práctica inmediata. Cuando una persona vive sus prácticas como medios de producción, las evalúa por sus resultados, y si no ve resultados se frustra o abandona. Cuando las vive como medios de encuentro, las valora por sí mismas, porque la relación con Dios es ya un bien, aunque la transformación tarde en verse. La mujer del ejemplo rezaba el rosario para volverse paciente. Podría haberlo rezado para estar

con María y con su Hijo. Las cuentas habrían sido las mismas. La experiencia, completamente distinta.

13.2 El primer error: todo depende de mi esfuerzo

En el capítulo 4 presentamos los dos errores simétricos que rompen el equilibrio entre la gracia y la libertad. Conviene ahora examinarlos más a fondo, porque en el terreno de la santificación adquieren formas especialmente sutiles.

El primer error consiste en pensar que **la santidad es el resultado de una disciplina autónoma**. La persona trata su vida espiritual como un proyecto de mejora personal: se fija metas, diseña métodos, mide progresos. Dios aparece, a lo sumo, como un apoyo para un esfuerzo que comienza y termina en ella.

El papa Francisco, en su exhortación *Gaudete et exsultate*, de 2018, sobre la llamada a la santidad en el mundo actual, dedicó un análisis detenido a esta tentación, que llamó **neopelagianismo**. La describió como la actitud de quienes, en el fondo, solo confían en sus propias fuerzas y se sienten superiores a otros por cumplir determinadas normas o por ser fieles a cierto estilo. Señaló también algunas de sus manifestaciones: la obsesión por la ley, el embeleso por las dinámicas de autoayuda y de realización autorreferencial, la ostentación en el cuidado de la liturgia o de la doctrina, la vanagloria ligada a la gestión de asuntos prácticos. Todas comparten una misma raíz: la convicción implícita de que la santidad se conquista.

Este error tiene un atractivo comprensible, sobre todo para personas disciplinadas y responsables. Da una sensación de control: si la santidad depende de mi esfuerzo, sé lo que tengo que hacer para alcanzarla. Pero produce frutos amargos. Cuando el esfuerzo da resultados, produce orgullo: me he hecho santo por mí mismo. Cuando no los da, produce desesperación: no soy capaz. Y en ambos casos, produce dureza hacia los

demás, porque quien cree haberse santificado por su esfuerzo tiende a despreciar a quienes no se esfuerzan como él.

La mujer del ejemplo había caído, sin saberlo, en una versión suave de este error. No era orgullosa ni despreciaba a nadie. Pero había convertido la paciencia en un objetivo de rendimiento. Y cuando el rendimiento no llegó, la frustración ocupó el lugar que debía ocupar la confianza.

13.3 El segundo error: como todo es gracia, no tengo que hacer nada

El error opuesto es igualmente peligroso, aunque se presenta con un rostro más amable. Consiste en pensar que, **puesto que todo es gracia, la persona no necesita actuar**, corregirse, esforzarse ni perseverar. Basta con esperar a que Dios haga su obra.

Este error suele aparecer en personas que han sufrido el primero. Después de años de esfuerzo frustrado, descubren la primacía de la gracia y la viven como una liberación. Y lo es. Pero a veces la liberación se convierte en pasividad. Ya no se esfuerzan en nada, porque "Dios lo hará". No se corrigen, porque "Dios me ama así". No perseveran en la oración cuando se vuelve árida, porque "no hay que forzar las cosas". Usan la gracia como excusa para la inercia.

Jesús contó una parábola que retrata con precisión este error. Un hombre, antes de partir de viaje, confía sus bienes a sus siervos. A uno le da cinco talentos, a otro dos y a otro uno. Los dos primeros los hacen fructificar. El tercero, por miedo, entierra el suyo y lo devuelve intacto a su señor cuando este regresa. El señor no lo felicita por haberlo conservado. Lo reprende con dureza (Mt 25,14-30). El talento era un don, no un mérito del siervo. Pero el don reclamaba una respuesta. Enterrarlo, por miedo o por comodidad, era rechazarlo.

La gracia funciona de manera semejante. Es un don absolutamente gratuito, que no se gana ni se merece. Pero es un don que pide ser recibido activamente, cultivado, puesto a trabajar. La gracia que no transforma la conducta no es una gracia más pura, sino una gracia desperdi-

ciada. Por eso la Carta de Santiago puede decir, sin contradecir a Pablo, que la fe sin obras está muerta, como veremos en el capítulo 15.

La visión católica no elige entre los dos errores ni busca un punto medio tibio. **Mantiene unidas la iniciativa divina y la respuesta humana.** Dios hace crecer, y yo planto y riego. Dios transforma, y yo me dispongo, coopero y persevero. No porque mi esfuerzo complete lo que a Dios le falta, sino porque Dios ha querido que su obra en mí pase por mi libertad.

13.4 La gracia sana, eleva y transforma

Si la persona no produce su propia transformación, ¿cómo actúa Dios en ella? La tradición teológica católica ha respondido a esta pregunta con una fórmula de Santo Tomás de Aquino que se ha vuelto clásica: **la gracia no destruye la naturaleza, sino que la perfecciona.** Dios no anula lo que somos para poner en su lugar algo ajeno. Trabaja con lo que somos, desde dentro, respetando nuestra libertad y nuestra manera de ser.

Esta acción de la gracia puede describirse con tres verbos que conviene distinguir.

La gracia sana. La naturaleza humana está herida. No destruida, pero herida: por el pecado original, por los pecados personales, por las heridas recibidas de otros, por los hábitos que se han ido formando a lo largo de la vida. Esas heridas debilitan la inteligencia, que no ve con claridad el bien, y la voluntad, que no lo quiere con firmeza. La gracia actúa, en primer lugar, como medicina: cura lo que está dañado, fortalece lo que está débil, reordena lo que está desordenado. La impaciencia de la mujer del ejemplo probablemente tenía raíces que la gracia necesitaba sanar antes que cualquier otra cosa: un cansancio acumulado, una exigencia excesiva consigo misma, quizá una herida antigua.

La gracia eleva. Pero la gracia no se limita a restaurar la naturaleza a su estado sano. La lleva más allá de sus propias capacidades. Hace posible lo que la naturaleza humana, por sí sola, nunca podría alcanzar: una cari-

dad que ama como Dios ama, una fe que conoce lo que la razón no puede ver, una esperanza que espera lo que ningún esfuerzo humano puede conseguir. Esta elevación es lo que la teología llama vida sobrenatural, y es el tema del capítulo siguiente.

La gracia transforma. Sanando y elevando, la gracia va configurando a la persona con Cristo. Este proceso no es instantáneo ni uniforme. Ocurre a lo largo de toda la vida, de maneras que la persona muchas veces no percibe. San Pablo lo describe con una imagen luminosa: *Todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados en esa misma imagen, cada vez más gloriosa* (2 Co 3,18).

El *Catecismo* distingue, además, dos formas de la acción de la gracia que ayudan a comprender cómo opera en la vida concreta (CEC 2000). La **gracia santificante o habitual** es una disposición estable que Dios infunde en el alma y que la hace capaz de vivir con Él. Es como el suelo permanente sobre el que se edifica la vida cristiana. Las **gracias actuales** son las intervenciones de Dios en momentos concretos: la luz que ilumina una decisión, la fuerza que sostiene en una tentación, el impulso que mueve a un acto de caridad. Unas y otras son don. Ninguna se produce por esfuerzo propio.

Todo esto permite comprender mejor la paciencia que buscaba la mujer del ejemplo. Existe una paciencia natural, que es un rasgo del temperamento y que puede mejorarse con hábitos y con trabajo psicológico. Pero existe también la paciencia que San Pablo atribuye a la caridad cuando dice que *el amor es paciente* (1 Co 13,4). Esta segunda paciencia no es solo un autocontrol más eficaz. Es una manera de amar que participa de la paciencia de Dios con nosotros. Y esa paciencia no se fabrica. Se recibe y se cultiva.

13.5 Hasta la capacidad de responder es un don

Queda una última verdad, la más profunda de este capítulo y la que más protege contra el orgullo espiritual. Hasta ahora hemos distinguido entre

lo que hace Dios (transformar) y lo que hace la persona (disponerse y cooperar). Pero esta distinción, siendo verdadera, no es completa. Porque **incluso la capacidad de disponerse y cooperar es un don de Dios.**

San Pablo lo expresa en una frase que contiene, en pocas líneas, toda la teología de la gracia y la libertad: *Por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia no ha sido estéril en mí. Al contrario, he trabajado más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo* (1 Co 15,10).

Obsérvese la estructura de la frase. Pablo afirma que ha trabajado más que todos: su esfuerzo es real, intenso, incluso superior al de otros. No hay falsa modestia. Pero inmediatamente añade: *no yo, sino la gracia de Dios conmigo*. El trabajo es suyo, y al mismo tiempo no es solo suyo. La gracia trabajaba en él y con él. Pablo no se atribuye el mérito exclusivo de su esfuerzo, porque sabe que la capacidad misma de esforzarse le fue dada.

Esta verdad tiene una consecuencia que transforma la manera de vivir el progreso espiritual: **el progreso requiere humildad, porque nada de lo que se ha logrado se ha logrado solo.** La persona que ha crecido en paciencia, en caridad o en libertad interior no puede presentarse ante Dios como quien presenta una obra propia. Puede reconocer que ha cooperado, y debe hacerlo, porque su cooperación fue real. Pero sabe que esa cooperación también fue sostenida por la gracia.

Al mismo tiempo, la conciencia de las propias limitaciones no debe conducir al abandono de las responsabilidades, sino a una mayor dependencia de Dios. Quien descubre que no puede santificarse a sí mismo no concluye que no debe hacer nada. Concluye que debe hacer todo lo que le corresponde, apoyado en Dios y no en sí mismo.

Volvamos a la mujer del comienzo. Después de aquel año de frustración, habló con un sacerdote que le hizo una sola pregunta: *¿Para qué rezas el rosario?* Ella respondió, sin pensarlo, que para ser más paciente. Él le sugirió que, durante un tiempo, lo rezara simplemente para estar con Dios, sin pedir nada para sí. Que dejara de medir su paciencia cada noche

y la pusiera en manos de Dios. Y que, cuando perdiera la paciencia, en lugar de reprocharse, pidiera perdón y volviera a empezar.

La mujer siguió esas indicaciones durante otro año. No se volvió de pronto una persona serena. Pero algo cambió. Su marido fue el primero en notarlo: ya no se enfadaba consigo misma cada vez que se enfadaba con los demás. Y esa ausencia de autoacusación, paradójicamente, había reducido también sus enfados. Había dejado de intentar producir la paciencia. Y la paciencia, despacio, había empezado a crecer.

PARA LLEVARLO A LA VIDA

1. Elige una de tus prácticas espirituales habituales y pregúntate: ¿la vivo como medio de producción o como medio de encuentro? Prueba durante una semana a vivirla solo como encuentro.
2. Revisa si hay una virtud que estés intentando "producir" a base de esfuerzo. Pregúntate qué podría necesitar sanar antes de crecer.
3. Identifica en qué error tiendes a caer más: el de "todo depende de mi esfuerzo" o el de "como todo es gracia, no tengo que hacer nada".
4. Lee 1 Co 15,10 y aplícalo a algo bueno que hayas logrado. Reconoce tu esfuerzo y reconoce la gracia que lo hizo posible.

LA LÍNEA EN ESTE CAPÍTULO

LO QUE ME CORRESPONDE	LO QUE ENCOMIENDO A DIOS
Plantar y regar: orar, formarme, recibir los sacramentos, servir	Hacer crecer: la transformación que no puedo producir
Cooperar con la gracia y perseverar sin resultados visibles	Sanar mis heridas y elevar mi naturaleza
Reconocer con humildad lo que he logrado	La capacidad misma de responder, que también es don

ORACIÓN

Señor, he querido hacerme santo con mis propias fuerzas, y me he cansado. Otras veces he dejado de esforzarme, como si tu gracia me eximiera de responder. Enséñame a plantar y regar con fidelidad, y a dejarte a ti el crecimiento. Sana lo que está herido en mí, eleva lo que es pequeño, transfórmame a tu manera y a tu ritmo. Por tu gracia soy lo que soy. Que no sea estéril en mí. Amén.

Tú preparas la tierra; el que hace crecer es Dios.

CAPÍTULO 14

Hechos para participar en la vida de Dios

En la fragua de un herrero, una barra de hierro descansa entre las brasas. Al principio es gris, opaca, fría. A medida que el fuego la penetra, cambia de color: se vuelve rojo oscuro, luego naranja, luego casi blanca. Llega un momento en que el hierro parece fuego. Brilla como el fuego, quema como el fuego, ilumina como el fuego. Si alguien lo tocara, diría que ha tocado fuego. Y sin embargo, sigue siendo hierro. No ha dejado de ser lo que es. Simplemente, está tan penetrado por el fuego que participa de sus propiedades.

Esta imagen, que los Padres de la Iglesia usaron con frecuencia, ilumina una de las verdades más asombrosas de la fe cristiana, quizá la más audaz de todas: que el ser humano está llamado a participar en la vida misma de Dios. No solo a ser perdonado, ni solo a ser mejor persona, ni solo a ir al cielo después de morir. A ser penetrado por Dios de tal manera que, sin dejar de ser criatura, viva de su vida.

Este capítulo presenta ese horizonte. Es el más teológico del libro, y quizá el más importante, porque responde a la pregunta que sostiene todas las demás: **¿para qué todo esto?** ¿Para qué el desprendimiento, el vaciamiento, la disposición, la cooperación? La respuesta no es "para ser más libres", ni "para sufrir menos", ni "para ser mejores". Todo eso puede ocurrir, pero no es el fin. El fin es la comunión con Dios.

14.1 Una palabra antigua: theosis

La Segunda Carta de Pedro contiene una frase que, leída con atención, resulta casi vertiginosa. Dice que Dios nos ha concedido sus preciosas y grandísimas promesas *para que, por medio de ellas, lleguen a ser partícipes de la naturaleza divina* (2 P 1,4).

Partícipes de la naturaleza divina. No es una metáfora piadosa ni una exageración retórica. Es una afirmación que los primeros cristianos tomaron con total seriedad y que desarrollaron a lo largo de siglos. San Ireneo de Lyon, en el siglo II, escribió que el Verbo de Dios se hizo lo que nosotros somos para hacernos lo que Él es. San Atanasio de Alejandría, en el siglo IV, lo formuló con una audacia que todavía sorprende: *el Hijo de Dios se hizo hombre para que nosotros nos hiciéramos Dios*. El *Catecismo de la Iglesia Católica* recoge estas formulaciones (CEC 460) y las presenta como expresión de la fe de la Iglesia.

La tradición cristiana oriental llamó a esta realidad con una palabra griega: **theosis**. En español puede traducirse como **deificación** o **divinización por la gracia**. La tradición occidental, sin usar siempre esta palabra, ha expresado la misma verdad con otros términos: santificación, gracia santificante, vida sobrenatural, filiación divina, inhabitación de la Trinidad en el alma. Son distintas maneras de decir lo mismo: que Dios no quiere solo perdonarnos o mejorarnos, sino comunicarnos su propia vida.

Esta verdad cambia por completo el sentido de todo lo que hemos visto en las Partes anteriores. El desprendimiento no es un fin en sí mismo. La disposición no es una meta. El vaciamiento no busca un vacío. Todo eso está ordenado a algo infinitamente más grande: a que la persona sea llenada de Dios, como el hierro del fuego.

14.2 Lo que no significa

Una verdad tan audaz necesita ser protegida contra sus malas interpretaciones. La palabra *divinización* puede sonar a pretensión desmedida, a orgullo espiritual o a panteísmo. Conviene precisar con cuidado lo que **no** significa.

No significa que el ser humano se convierta en Dios por naturaleza. El hierro en el fuego no se convierte en fuego. Sigue siendo hierro. La persona divinizada sigue siendo criatura, finita, dependiente. Participa de la vida divina, pero no la posee por derecho propio ni la produce. La recibe. La teología lo expresa diciendo que somos dioses *por participación*, no *por naturaleza*.

No significa que desaparezca la distinción entre Creador y criatura. La comunión con Dios no es una disolución en Él. La persona no se pierde en una totalidad impersonal, como una gota de agua en el océano. Al contrario: cuanto más unida está a Dios, más plenamente es ella misma. La unión no anula la identidad, sino que la consuma.

No significa que el ser humano alcance una autonomía divina. Y aquí aparece un contraste que ilumina todo este libro. En el relato del Génesis, la serpiente tienta a la primera pareja con una promesa: *serán como dioses* (Gn 3,5). Es, también, una promesa de divinización. Pero es una divinización por apropiación: arrebatar lo que no se ha dado, alcanzar la condición divina por la propia mano, sin depender de Dios. Es el puño cerrado llevado a su extremo.

La divinización cristiana es exactamente lo contrario. No se arrebata: se recibe. No se alcanza por la propia mano: se acoge con la mano abierta. No consiste en independizarse de Dios, sino en vivir de Él. Y ahora se entiende con toda su fuerza el himno de Filipenses que leímos en el capítulo 9: Cristo, que era Dios, *no consideró como algo a que aferrarse* su igualdad con Dios. Adán quiso aferrarse a una divinidad que no tenía. Cristo

no se aferró a la que tenía. Y es por el camino de Cristo, el de la mano abierta, por donde llega la verdadera divinización.

14.3 No es una recompensa mecánica

Hay otro error que conviene evitar, y que conecta directamente con todo lo dicho en la Parte III. Es pensar que la divinización es **la recompensa automática del desprendimiento**: primero me vacío, después Dios me diviniza.

Ya vimos en el capítulo 11 que la lectura mecánica del vaciamiento es incorrecta. Aquí conviene añadir algo más. La vida divina no es un estado que se alcanza al final de un proceso de purificación, como un premio que se recibe tras haber superado todas las pruebas. **Comienza ya en el bautismo.** El *Catecismo* enseña que el bautismo no solo perdona los pecados, sino que hace del bautizado una nueva criatura, hijo adoptivo de Dios, partícipe de la naturaleza divina (CEC 1265).

Esto significa que la persona no tiene que conquistar la vida divina. Ya la ha recibido. Lo que la vida espiritual hace es permitir que esa vida, recibida como semilla, crezca, se despliegue y transforme cada vez más a la persona. El desprendimiento no compra la divinización. Despeja el camino para que la vida divina, que ya está presente, pueda actuar con menos obstáculos.

Tampoco es un estado que pueda producirse por la mera voluntad humana. Ninguna técnica de meditación, ninguna disciplina ascética y ningún esfuerzo moral pueden hacer que una persona participe en la vida de Dios. Esa participación es pura gracia. La disposición receptiva y cooperativa forma parte de la respuesta de la persona, pero la vida sobrenatural es don de Dios, y solo de Dios.

14.4 La meta no es la vaciedad, sino la comunión

Si la divinización es el horizonte de la vida cristiana, se sigue una conclusión que corrige muchas espiritualidades del desprendimiento: **el obje-**

tivo no es la vaciedad en sí misma. Nadie se desprende para quedarse vacío. Se desprende para ser llenado. Y lo que llena no es una cosa, ni un estado, ni una experiencia. Es Alguien.

San Pablo lo dice con una fórmula que resume toda la vida cristiana: *Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí* (Ga 2,20). No es la anulación de Pablo. Pablo sigue vivo, sigue pensando, sigue escribiendo con su estilo inconfundible, sigue discutiendo con los corintios y emocionándose con los filipenses. Pero su vida está habitada por otra Vida. Como el hierro en el fuego.

Esta comunión tiene, en la fe cristiana, un rostro preciso: es **filiación**. San Pablo enseña que los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios, y que han recibido un espíritu que los hace exclamar *¡Abbá, Padre!* (Rm 8,14-15). La palabra *Abbá* es la forma aramea con que un niño se dirigía a su padre, con confianza e intimidad. La divinización no es una abstracción mística: es la experiencia de saberse hijo, de poder llamar a Dios con la confianza de un niño, de ser *herederos de Dios y coherederos con Cristo* (Rm 8,17).

Jesús añade una dimensión más, quizá la más íntima de todas. En la última cena, dice a sus discípulos: *Si alguien me ama, guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él* (Jn 14,23). La comunión con Dios no es solo una relación con Alguien que está fuera. Es la presencia de Dios dentro de la persona. La teología llama a esto **inhabitación**: la Trinidad que hace su morada en el alma del creyente.

Desde aquí se comprende la intuición de San Agustín al comienzo de sus *Confesiones*, quizá la frase más citada de toda la literatura espiritual: *Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti*. Los apegos desordenados que examinamos en la Parte II son, en el fondo, intentos de calmar esa inquietud con cosas que no pueden calmarla. El control, el reconocimiento, la seguridad, la imagen de uno mismo: todos prometen un descanso que no pueden dar. Solo la comunión con Dios lo da. Por eso el desprendimiento no es una pérdida, sino una reorientación del deseo hacia el único lugar donde puede descansar.

14.5 Un camino de toda la vida

Una última precisión completa este capítulo. La divinización no es un estado que se alcanza y se posee de una vez. Es **un camino de toda la vida**, e incluso, según algunos Padres de la Iglesia, un camino que no termina nunca.

San Gregorio de Nisa, uno de los grandes teólogos del siglo IV, desarrolló esta idea a partir de una frase de San Pablo: *Olvidando lo que queda atrás y lanzándome hacia lo que está delante, corro hacia la meta* (Flp 3,13-14). Para Gregorio, la vida en Dios es un crecimiento perpetuo. Como Dios es infinito, la participación en su vida nunca se agota: siempre hay más que recibir, más que conocer, más que amar. La perfección no es un punto de llegada, sino un movimiento constante hacia lo que está delante. San Pablo lo expresa diciendo que somos transformados *de gloria en gloria* (2 Co 3,18).

Esta visión tiene consecuencias liberadoras para la vida concreta. Nadie tiene que haber llegado. Nadie puede dar por garantizada su santificación ni darla por terminada. Todos estamos en camino, y la medida del camino no es lo lejos que hemos llegado, sino la dirección en la que avanzamos.

Y hay una consecuencia más, que impide que todo esto se convierta en una mística desencarnada. **La unión con Dios se expresa en la caridad hacia el prójimo.** San Juan lo dice con una lógica implacable: *A Dios nadie lo ha visto nunca. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud* (1 Jn 4,12). Y unos versículos después: quien dice que ama a Dios, a quien no ve, y no ama a su hermano, a quien ve, es un mentiroso (1 Jn 4,20). El hierro en el fuego no solo brilla: también calienta. La persona habitada por Dios no se encierra en su intimidad espiritual. Irradia. Ama. Sirve.

De todo lo anterior se desprenden algunas consecuencias prácticas que conviene retener:

- **El objetivo del desprendimiento no es la vaciedad en sí misma**, sino la comunión con Dios.
- **La persona no debe confundir la renuncia con la santidad consumada.** Haber soltado mucho no es lo mismo que estar lleno de Dios.
- **El crecimiento en las virtudes debe entenderse como fruto de la gracia y de la cooperación perseverante**, no como logro autónomo.
- **La unión con Dios debe expresarse en la caridad hacia el prójimo.** Una espiritualidad que no lleva al amor concreto no es cristiana.
- **La santificación es un camino de toda la vida** y no un estado que pueda darse por garantizado.

Volvamos, para terminar, a la fragua. Hay un detalle de la imagen del hierro que conviene no olvidar. Cuando se saca del fuego, el hierro empieza a enfriarse. Pierde poco a poco su brillo y su calor, y vuelve a ser gris y frío. Para seguir ardiendo, necesita permanecer en el fuego.

Así ocurre también con la vida divina en nosotros. No es una posesión que se guarda en un cajón. Es una relación que se mantiene viva permaneciendo cerca del fuego: en la oración, en los sacramentos, en la escucha de la Palabra, en el amor a los demás. El caminante de nuestra parábola descubrió junto al pozo que hay agua que no se saca con cuerdas, sino que se recibe. La vida divina es esa agua. Y también ese fuego.

PARA LLEVARLO A LA VIDA

1. Lee despacio 2 P 1,4 y la frase de San Atanasio de la sección 14.1. Deja que te sorprendan. Pregúntate si alguna vez has pensado que estás llamado a algo tan grande.

2. Compara la promesa de la serpiente ("serán como dioses") con el camino de Cristo ("no consideró como algo a que aferrarse"). ¿En qué ámbitos de tu vida buscas una plenitud por apropiación, y en cuáles la recibes como don?
3. Reza hoy una sola palabra, despacio, durante unos minutos: *Abbá*. Sin pedir nada. Solo sabiéndote hijo.
4. Identifica a una persona concreta a quien te cuesta amar. Recuerda 1 Jn 4,20. Pregúntate qué gesto de caridad podría expresar hoy tu comunión con Dios.

LA LÍNEA EN ESTE CAPÍTULO

LO QUE ME CORRESPONDE	LO QUE ENCOMIENDO A DIOS
Permanecer cerca del fuego: oración, sacramentos, Palabra, caridad	La comunicación de su propia vida
Recibir la filiación con confianza de hijo	La transformación "de gloria en gloria"
Expresar la comunión en el amor concreto al prójimo	La plenitud que todavía no veo

ORACIÓN

Padre, me hiciste para ti, y mi corazón está inquieto hasta que descanse en ti. He buscado el descanso en tantas cosas que no podían dármelo. Hoy quiero recibirlo de ti. No quiero ser como un dios a fuerza de apoderarme de lo que no es mío. Quiero ser tu hijo, y vivir de tu vida. Haz tu morada en mí. Que arda como el hierro en el fuego, y que mi fuego caliente a los que están cerca. Abbá. Amén.

No te vacías para quedarte vacío, sino para ser habitado.

CAPÍTULO 15

Lo que haces y desde dónde lo haces

En un comedor comunitario de una parroquia de barrio trabajan, entre muchos otros voluntarios, dos personas que conviene observar con atención.

La primera es un hombre de sesenta años, jubilado, enérgico y eficiente. Fundó el comedor hace una década, consiguió los donativos, organizó los turnos, negoció con los proveedores. Sin él, probablemente el comedor no existiría. Pero cuando algo no se hace a su manera, se irrita. Corrige a los voluntarios en voz alta. Le molesta que el párroco agradezca a otros en la misa del domingo. Y en las conversaciones con sus amigos, el comedor aparece con frecuencia, siempre como su obra.

La segunda es una mujer de setenta y tantos años que llega cada martes a las nueve de la mañana y se sienta en un rincón de la cocina a pelar papas. No coordina nada. No habla mucho. Pero conoce el nombre de cada persona que viene a comer, sabe quién está enfermo y quién perdió el trabajo, y cuando alguien llega por primera vez, avergonzado, es ella la que se acerca a servirle el plato con una sonrisa.

Sería un error grave concluir que la obra del primero no vale o que la segunda es más santa. El comedor existe gracias al hombre, y cientos de personas comen cada semana gracias a su esfuerzo. Y nadie puede juzgar el corazón de otro. Pero la escena plantea una pregunta que este capítulo

quiere examinar con cuidado: **¿qué relación hay entre lo que hacemos y la transformación interior desde la que lo hacemos?**

15.1 Las obras importan

Conviene empezar por lo que no admite discusión, porque buena parte de lo que sigue podría malinterpretarse si no se deja claro desde el principio. **Las obras importan.** No son un complemento opcional de la fe, ni una consecuencia secundaria de la vida interior. Son parte esencial de la vida cristiana.

La Carta de Santiago lo dice con una contundencia que no deja lugar a equívocos: *¿De qué sirve, hermanos míos, que alguien diga que tiene fe, si no tiene obras? Si un hermano o una hermana están desnudos y carecen del alimento diario, y alguno de ustedes les dice: Vayan en paz, abríguense y coman, pero no les da lo necesario para el cuerpo, ¿de qué sirve? Así también la fe, si no tiene obras, está muerta en sí misma* (St 2,14-17).

Y Jesús, al describir el juicio final, no pregunta por las creencias ni por las prácticas religiosas, sino por las obras: *Tuve hambre y me dieron de comer, tuve sed y me dieron de beber, era forastero y me recibieron, estaba desnudo y me vistieron, enfermo y me visitaron, en la cárcel y vinieron a verme* (Mt 25,35-36). Y añade la frase que funda toda la caridad cristiana: *Cada vez que lo hicieron con uno de estos hermanos míos más pequeños, conmigo lo hicieron* (Mt 25,40).

La tradición católica ha sistematizado esta enseñanza en las **obras de misericordia**, corporales y espirituales (CEC 2447): dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo, acoger al forastero, visitar a los enfermos y a los presos, enterrar a los muertos; enseñar al que no sabe, aconsejar al que lo necesita, corregir al que se equivoca, perdonar las ofensas, consolar al triste, soportar con paciencia los defectos de los demás, rezar por los vivos y los difuntos.

A veces se ha presentado la relación entre fe y obras como una oposición, como si hubiera que elegir entre ser salvado por la fe o por las obras. La doctrina católica no acepta esa alternativa. San Pablo, que tanto insistió

en la primacía de la gracia, habla de *la fe que actúa por medio de la caridad* (Ga 5,6). La fe verdadera se expresa necesariamente en el amor, y el amor verdadero se expresa necesariamente en obras. No son dos caminos alternativos. Son la raíz y el fruto de un mismo árbol.

Por eso, lo que este capítulo va a decir sobre la vida interior no debe entenderse jamás como una relativización de las obras. El hombre que fundó el comedor hizo algo inmensamente valioso. Quien no hace nada por los demás no puede consolarse pensando que su vida interior es más pura.

15.2 Pero la cantidad no mide la santidad

Ahora bien, si las obras importan, se podría concluir que cuantas más obras, más santidad. Y esa conclusión es falsa. **La cantidad de actividad exterior, por sí sola, no constituye una medida suficiente de la santidad.**

Jesús ofrece una escena que ilustra esta verdad de manera inolvidable. Sentado frente al tesoro del templo, observa cómo la gente echa sus ofrendas. Muchos ricos echan mucho. Llega una viuda pobre y echa dos moneditas de muy poco valor. Jesús llama a sus discípulos y les dice: *Esta viuda pobre ha echado más que todos los demás, porque todos han echado de lo que les sobraba, pero ella ha echado de lo que le hacía falta, todo lo que tenía para vivir* (Mc 12,43-44).

Desde el punto de vista de la contabilidad del templo, la ofrenda de los ricos era mucho mayor. Pagaba más reparaciones, más aceite para las lámparas, más sacrificios. Pero Jesús mide de otra manera. No mide la cantidad, sino la entrega. No lo que se dio, sino desde dónde se dio.

Esto no significa que la ofrenda de los ricos no sirviera. Servía, y mucho. Significa que la medida de la santidad no coincide con la medida de la utilidad. Una persona puede hacer obras muy útiles desde una relación desordenada con el reconocimiento, el poder o el control. Y otra puede hacer cosas pequeñísimas con una caridad, una humildad y una fidelidad extraordinarias.

Santa Teresa del Niño Jesús, doctora de la Iglesia, construyó toda una espiritualidad sobre esta intuición. La llamó su *caminito*: hacer las cosas pequeñas de cada día con un amor grande. No fundó obras, no escribió tratados en vida, no salió de su convento. Murió a los veinticuatro años. Y la Iglesia la proclamó patrona de las misiones, junto a San Francisco Javier, que recorrió medio mundo predicando. Ambos son santos. Uno por la grandeza de sus obras. La otra por la grandeza del amor con que hizo obras pequeñas.

15.3 1 Corintios 13 como examen

San Pablo escribió el texto más célebre sobre la caridad en el contexto de una comunidad que medía la santidad por la espectacularidad. En Corinto se valoraban los dones extraordinarios: hablar en lenguas, profetizar, hacer milagros. Pablo no desprecia esos dones, pero los coloca bajo una medida superior:

> *Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo amor, soy como una campana que resuena o un platillo que retiñe. Aunque tuviera el don de profecía y conociera todos los misterios y toda la ciencia, aunque tuviera una fe capaz de mover montañas, si no tengo amor, no soy nada. Aunque repartiera todos mis bienes a los pobres y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, de nada me sirve.* (1 Co 13,1-3)

El último versículo es el más impresionante para el tema de este capítulo. Pablo imagina las obras más radicales que puedan concebirse: dar todos los bienes a los pobres, entregar la propia vida. Y dice que, sin amor, no sirven de nada. No dice que no ayuden a los pobres, que sin duda ayudan. Dice que no *le* sirven de nada *a quien las hace*. Las obras sin caridad pueden alimentar a otros y, al mismo tiempo, dejar intacto, o incluso endurecer, el corazón de quien las realiza.

A continuación, Pablo describe el amor con quince rasgos: *El amor es paciente, es servicial; el amor no es envidioso, no hace alarde, no se envanece, no procede con bajeza, no busca su propio interés, no se irrita, no tiene en cuenta el mal recibido, no se alegra de la injusticia, sino que se alegra con la verdad. Todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta* (1 Co 13,4-7).

Hay un ejercicio antiguo y muy eficaz para usar este texto como examen. Consiste en leerlo sustituyendo la palabra *amor* por el propio nombre: *Juan es paciente, Juan es servicial, Juan no es envidioso, Juan no hace alarde…* Casi nadie llega al final sin detenerse. Y en el lugar donde uno se detiene, donde la frase suena falsa, suele estar el punto exacto en que las propias obras necesitan purificarse.

Si el hombre del comedor hiciera este ejercicio, probablemente se detendría en *no busca su propio interés*, o en *no se irrita*, o en *no hace alarde*. No porque sus obras sean malas, sino porque la caridad que las anima todavía tiene espacio para crecer. Y si lo hiciera con honestidad, podría descubrir algo que lo liberaría: que no necesita ser reconocido como el fundador del comedor para que el comedor valga la pena.

15.4 Siete preguntas para examinar el propio servicio

Para que el examen de las obras no se quede en una intuición general, conviene traducirlo a preguntas concretas. Las siete que siguen no pretenden juzgar el valor de ninguna obra, sino ayudar a quien la realiza a descubrir desde dónde la hace. Pueden aplicarse a cualquier ámbito: el trabajo, la familia, el voluntariado, la vida parroquial, la amistad.

1. ¿Qué estoy haciendo? La primera pregunta parece obvia, pero no lo es. Muchas personas no saben con precisión qué hacen, porque su actividad se ha vuelto una rutina o una inercia. Nombrar con claridad la obra es el primer paso para examinarla.

2. ¿Por qué lo hago? Es la pregunta por la motivación. Rara vez tiene una sola respuesta. Se hace algo por amor, por deber, por costumbre, por nece-

sidad de sentirse útil, por miedo a decir que no, por el gusto de hacerlo bien. Conviene nombrar todas las razones, sin escoger solo las más nobles.

3. ¿A quién sirve mi acción? A veces una obra que se presenta como servicio a otros sirve, sobre todo, a quien la hace: a su imagen, a su necesidad de control, a su deseo de reconocimiento. No siempre es así, pero conviene preguntárselo.

4. ¿Qué relación guarda con la verdad y la caridad? Una obra puede ser eficaz y, al mismo tiempo, hacerse a costa de la verdad (exagerando resultados, ocultando problemas) o de la caridad (tratando mal a los colaboradores, despreciando a quienes se sirve).

5. ¿Estoy dispuesto a servir aunque no reciba reconocimiento? Es la prueba del secreto que vimos en el capítulo 7. Si el reconocimiento desapareciera, ¿seguiría haciéndolo con la misma disposición?

6. ¿Mi servicio me vuelve más humilde y atento a los demás? Es, quizá, la pregunta más reveladora. El servicio animado por la caridad tiende a volver a la persona más humilde, más sensible al dolor ajeno, más paciente. El servicio animado por el ego tiende a volverla más dura, más exigente, más centrada en sí misma.

7. ¿Estoy utilizando una obra buena para evitar una conversión necesaria? Es la pregunta más incómoda. A veces una persona se vuelca en una actividad buena precisamente para no tener que mirar otra área de su vida que necesita cambiar: su matrimonio, su relación con sus hijos, una adicción, un rencor. La obra buena se convierte en un escondite.

Ninguna de estas preguntas exige respuestas perfectas. Su objetivo no es producir culpa, sino luz. Y la luz, cuando se recibe con humildad, purifica.

15.5 Las motivaciones mezcladas

Cuando una persona se hace estas preguntas con honestidad, casi siempre descubre lo mismo: **sus motivaciones son mezcladas.** Sirve por amor y

también por necesidad de reconocimiento. Trabaja por el bien común y también por ambición. Cuida a sus padres por cariño y también por miedo a lo que dirán.

Este descubrimiento puede producir desaliento. Si mis motivaciones no son puras, ¿vale algo lo que hago? ¿No debería dejar de hacerlo hasta purificar mi intención?

La respuesta es un rotundo no. **Una motivación imperfecta no invalida una obra buena.** Las motivaciones humanas son casi siempre complejas, y esperar a tener motivaciones puras para hacer el bien sería condenarse a no hacerlo nunca. El bien que se hace con motivaciones mezcladas sigue siendo bien. El pobre que come gracias a una donación hecha con vanidad sigue comiendo.

San Pablo vivió una situación que ilumina esta verdad de manera sorprendente. Estando preso, supo que algunos predicadores anunciaban a Cristo por envidia y rivalidad hacia él, con la intención de hacerle daño. Su respuesta es de una libertad admirable: *¿Qué importa? Al fin y al cabo, de un modo o de otro, por interés o sinceramente, Cristo es anunciado, y de eso me alegro* (Flp 1,18). Pablo no aprueba la envidia. Pero no la convierte en razón para despreciar el bien que esos predicadores hacían.

Lo que corresponde ante las motivaciones mezcladas no es abandonar la obra, sino **purificar la intención mientras se sigue obrando**. La purificación no ocurre de golpe ni por un acto de voluntad. Ocurre poco a poco, con la gracia, a medida que la persona se examina con honestidad, ofrece a Dios sus motivaciones y permite que el amor vaya ocupando el lugar que antes ocupaban la vanidad o el miedo.

Hay una práctica sencilla que ayuda a esta purificación: **ofrecer la obra antes de hacerla.** Un breve momento, antes de empezar una tarea de servicio, en el que la persona dice interiormente algo así: *Señor, te ofrezco esto. Sabes que mis motivos no son del todo limpios. Purifícalos tú mientras lo hago.* No elimina las motivaciones mezcladas, pero las coloca en manos de Dios.

15.6 **Mirarse a uno mismo, no a los demás**

Una última advertencia es indispensable. Todo lo dicho en este capítulo podría convertirse en un instrumento para juzgar a otros. Es fácil ver la vanidad en el servicio del otro, el afán de control en el que organiza, la búsqueda de reconocimiento en el que dona. Y es fácil, en cambio, no verla en uno mismo.

Jesús advirtió contra esto con una imagen deliberadamente exagerada: *¿Por qué miras la paja en el ojo de tu hermano y no ves la viga que está en el tuyo?* (Mt 7,3). El examen de las obras es para la propia vida. **No permite juzgar el estado interior de otra persona a partir de una impresión exterior.**

Hay dos razones para esta prohibición. La primera es que no conocemos el corazón ajeno. El Señor dijo al profeta Samuel que no se fijara en las apariencias, porque *el hombre mira las apariencias, pero el Señor mira el corazón* (1 S 16,7). Lo que parece vanidad puede ser torpeza. Lo que parece control puede ser responsabilidad mal expresada. Lo que parece frialdad puede ser timidez. Solo Dios ve el fondo.

La segunda razón es que el juicio sobre los demás suele ser una manera de evitar el juicio sobre uno mismo. Quien está muy atento a las motivaciones impuras de los otros rara vez está igualmente atento a las suyas.

Volvamos, para terminar, al comedor comunitario. El que mira desde fuera puede preferir a la mujer que pela papas y desconfiar del hombre que lo organiza todo. Pero ese juicio no le corresponde a nadie. Lo que sí puede hacer cada uno de ellos es mirarse a sí mismo. El hombre podría descubrir que su servicio necesita liberarse de la necesidad de reconocimiento, y que esa liberación lo haría más feliz y más eficaz. La mujer, por su parte, podría descubrir que también tiene sus propias luchas, quizá invisibles para los demás. Y cualquiera que lea esta escena puede preguntarse, no cuál de los dos es más santo, sino desde dónde hace él sus propias obras.

PARA LLEVARLO A LA VIDA

1. Haz el ejercicio de 1 Co 13,4-7 con tu propio nombre. Anota el primer rasgo en que te detuviste.
2. Elige una obra de servicio que realices habitualmente y responde por escrito las siete preguntas de la sección 15.4.
3. Identifica una motivación mezclada en algo bueno que haces. No la abandones: ofrécela a Dios la próxima vez que lo hagas.
4. Piensa en alguien cuyo servicio has juzgado internamente. Renuncia a ese juicio y reza por esa persona.

LA LÍNEA EN ESTE CAPÍTULO

LO QUE ME CORRESPONDE	LO QUE ENCOMIENDO A DIOS
Hacer obras concretas de caridad, justicia y misericordia	La purificación de mis motivaciones
Examinar desde dónde hago lo que hago	El juicio sobre el corazón de los demás
Seguir haciendo el bien aunque mis motivos sean mezclados	Los frutos últimos de mis obras

ORACIÓN

Señor, quiero servirte en mis hermanos, y lo hago, aunque no siempre por las razones más limpias. A veces busco reconocimiento, a veces control, a veces solo sentirme útil. No quiero dejar de hacer el bien por eso, pero sí quiero que tú purifiques mi corazón mientras lo hago. Que mis obras sean pocas o muchas, pero que estén llenas de amor. Y líbrame de juzgar a los demás. Amén.

La caridad no sustituye a las obras: les da su alma.

CAPÍTULO 16

La santidad no es una versión mejorada de ti

Un ejecutivo de cuarenta y dos años se levanta cada día a las cinco de la mañana. Bebe un vaso de agua con limón, se da una ducha fría, medita diez minutos con una aplicación, escribe tres cosas por las que está agradecido, hace ejercicio durante cuarenta y cinco minutos y lee veinte páginas de un libro de desarrollo personal. Hace dos años, tras un retiro que le impresionó, añadió a su rutina quince minutos de oración y la misa del domingo. Registra todo en una hoja de cálculo. Su objetivo, según explica a quien le pregunta, es convertirse en la mejor versión de sí mismo.

No hay nada malo en ninguna de estas prácticas. Varias son excelentes. Pero hay algo en la manera en que este hombre ha integrado la oración en su rutina que merece atención. Para él, rezar es una práctica más de optimización personal, junto con la ducha fría y el diario de gratitud. Dios forma parte de su plan de mejora, como un recurso más, quizá el más poderoso. Y cuando un domingo no puede ir a misa, lo registra en la hoja de cálculo como un incumplimiento, igual que cuando se salta el ejercicio.

Este hombre representa una confusión muy característica de nuestra época: la confusión entre **santificación** y **autosuperación**. Es una confusión comprensible, porque ambas cosas tienen puntos en común. Pero

son, en el fondo, realidades muy distintas, y confundirlas tiene consecuencias.

16.1 Autosuperación frente a santificación

La cultura contemporánea ha desarrollado una enorme industria de la mejora personal. Libros, cursos, aplicaciones, entrenadores y métodos prometen ayudarnos a ser más productivos, más disciplinados, más sanos, más exitosos, más felices. Mucho de lo que esta industria ofrece es útil. Los buenos hábitos existen, la disciplina ayuda, el cuidado del cuerpo es un bien, la gratitud transforma la mirada.

Pero conviene ver con claridad la diferencia entre este proyecto y la santificación cristiana. La siguiente tabla la resume en seis dimensiones:

DIMENSIÓN	AUTOSUPERACIÓN	SANTIFICACIÓN
Centro	El propio yo y su potencial	La relación con Dios
Motor	El esfuerzo y la disciplina personales	La gracia, acogida con la cooperación humana
Medida	Rendimiento, logros, bienestar	Caridad, humildad, fidelidad
Relación con el fracaso	Obstáculo a superar o dato a corregir	Ocasión de humildad y de abandono en Dios
Relación con los límites	Algo a vencer	Algo que puede aceptarse y ofrecerse
Fin	La mejor versión de uno mismo	La comunión con Dios y la configuración con Cristo

La diferencia más profunda está en la primera línea. La autosuperación tiene al yo en el centro, incluso cuando incorpora prácticas religiosas. La santificación tiene a Dios en el centro, incluso cuando incluye esfuerzo personal. Por eso puede ocurrir que una persona mejore mucho en organización, disciplina y salud sin que haya ocurrido en ella una transformación espiritual profunda. Y puede ocurrir, al revés, que una persona

crezca mucho en santidad mientras su vida exterior parece estancada o incluso deteriorada, por la enfermedad, la vejez o las circunstancias.

Hay una expresión muy extendida que conviene examinar: **"la mejor versión de ti mismo"**. Tiene algo de verdad, porque Dios quiere que lleguemos a ser plenamente quienes somos. Pero tiene también una trampa. Supone que el criterio de lo "mejor" lo define el propio sujeto, según sus ideales de eficacia, éxito o bienestar. La santidad cristiana no consiste en llegar a ser la versión de mí que yo considero mejor, sino en llegar a ser la persona que Dios pensó al crearme. Y esa persona puede ser muy distinta de la que yo imaginaba: más pobre, más frágil, más dependiente, y al mismo tiempo infinitamente más libre y más amada.

16.2 El desarrollo humano integrado

Nada de lo anterior implica despreciar el desarrollo humano. Al contrario. La tradición cristiana ha afirmado siempre que la gracia no destruye la naturaleza, sino que la perfecciona, y que el crecimiento humano forma parte de la vocación cristiana.

San Ireneo de Lyon escribió en el siglo II una frase que debería grabarse en la entrada de toda comunidad cristiana: *La gloria de Dios es el hombre viviente.* Dios no se glorifica en personas disminuidas, mediocres o atrofiadas. Se glorifica en personas que viven plenamente. El Concilio Vaticano II, en la constitución *Gaudium et spes*, afirmó que Cristo, al revelar el misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre (GS 22). Es decir: es en Cristo donde descubrimos lo que significa ser plenamente humanos.

Por eso, la inteligencia debe cultivarse, la voluntad debe fortalecerse, las capacidades deben desarrollarse, el cuerpo debe cuidarse. La parábola de los talentos, que vimos en el capítulo 13, condena precisamente al siervo que no desarrolló lo que había recibido. Un cristiano que descuida su formación, su salud o sus talentos en nombre de la humildad no está siendo humilde: está enterrando su talento.

La diferencia no está en desarrollar o no las capacidades humanas, sino en **para qué** se desarrollan y **desde dónde**. En la autosuperación, las capacidades se desarrollan como un proyecto autónomo de perfección. En la santificación, se desarrollan como dones que se ponen al servicio de la verdad, la caridad y la misión recibida. La persona no deja de esforzarse, de formarse ni de cuidarse. Pero lo hace dentro de una vocación más amplia, que la descentra de sí misma.

El ejecutivo del ejemplo no necesita abandonar sus hábitos. Muchos son buenos. Necesita, más bien, cambiar su centro. Que la oración no sea un hábito más dentro de su plan de mejora, sino el lugar desde el que ordena todos los demás. Que su ejercicio, su disciplina y su productividad no estén al servicio de su propia excelencia, sino de su vocación de hijo de Dios y de su servicio a los demás.

16.3 La fragilidad no desaparece

Hay una diferencia más entre autosuperación y santificación, quizá la más liberadora de todas. La autosuperación promete, al menos implícitamente, una progresiva eliminación de las debilidades: más fuerza, más control, más serenidad, menos miedo. La santificación no promete eso. **Se puede crecer en santidad y seguir sintiendo miedo, tristeza o dudas.**

Esta verdad tiene su fundamento en el mismo Cristo. La Carta a los Hebreos dice que no tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que ha sido probado en todo como nosotros, excepto en el pecado (Hb 4,15). Jesús lloró ante la tumba de su amigo Lázaro (Jn 11,35). Sintió angustia en Getsemaní, como vimos en la Obertura. Gritó en la cruz su sensación de abandono. No era menos santo por sentir. Era plenamente humano.

La historia de los santos confirma esta verdad con una abundancia que sorprende a quien conoce sus vidas solo por las estampas. Muchos de ellos vivieron con fragilidades persistentes: enfermedades crónicas, temperamentos difíciles, miedos que nunca los abandonaron, tempora-

das de oscuridad interior. El caso de Santa Teresa de Calcuta es quizá el más conocido. Tras su muerte se publicaron sus cartas personales, y el mundo descubrió con asombro que durante casi cincuenta años, los mismos en que fundó una congregación y sirvió a los más pobres de la tierra, vivió una profunda oscuridad interior en la que no sentía la presencia de Dios. No era una mujer serena y llena de consuelos. Era una mujer fiel en medio de la noche.

Esta verdad tiene consecuencias prácticas muy concretas. Significa que **la presencia de emociones difíciles no es un signo de fracaso espiritual.** Que una persona puede tener miedo y ser valiente, estar triste y tener esperanza, dudar y creer. Que la santidad no consiste en eliminar la fragilidad, sino en vivirla de otra manera: entregándola, ofreciéndola, permitiendo que Dios actúe en ella. San Pablo lo descubrió con la espina que no se le quitó: *Cuando soy débil, entonces soy fuerte* (2 Co 12,10).

La gracia puede transformar la manera de responder a la fragilidad sin eliminar inmediatamente todas sus manifestaciones. Y eso, lejos de ser una decepción, es una buena noticia para todos los que nunca dejaremos del todo de ser frágiles.

16.4 Santos en circunstancias que no cambian

La autosuperación necesita ver progreso. Si las circunstancias no mejoran, si los indicadores no suben, si la vida no se vuelve más plena según los criterios habituales, el proyecto parece haber fracasado. La santificación, en cambio, puede ocurrir en circunstancias que no cambian, e incluso en circunstancias que empeoran.

El Concilio Vaticano II recordó con fuerza que **todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad** (LG 40). No solo los religiosos, ni los sacerdotes, ni los que tienen vidas extraordinarias. Todos. Y eso incluye a quienes viven en situaciones que no pueden cambiar.

La beata Chiara Badano, una joven italiana, recibió a los diecisiete años el diagnóstico de un cáncer de huesos que le causaría dolores muy intensos y la llevaría a la muerte a los dieciocho. Sus circunstancias no mejoraron. Empeoraron cada día. Perdió la capacidad de caminar, perdió el cabello, perdió los proyectos de futuro que cualquier joven tiene. Y sin embargo, quienes la acompañaron en esos meses dieron testimonio de una transformación que los dejó asombrados. Su respuesta a la enfermedad se resumía en una frase que repetía con frecuencia: *Si lo quieres tú, Jesús, lo quiero yo.* La Iglesia la beatificó en 2010. No por haber superado su enfermedad, sino por la manera en que la vivió.

Pero no hace falta buscar ejemplos extraordinarios. Basta mirar alrededor. La madre que cuida durante décadas a un hijo con una discapacidad severa, sin esperanza de que su situación cambie. El hombre que cumple una larga condena en prisión y descubre allí a Dios. La viuda que vive sola en un pequeño departamento, con una pensión mínima y un cuerpo que ya no responde. El trabajador que lleva treinta años en un empleo gris, sin ascensos ni reconocimientos, que cumple fielmente por amor a su familia. Ninguno de ellos aparecería en un libro de autosuperación como modelo de éxito. Muchos de ellos podrían ser santos.

Esto no significa que haya que resignarse a las circunstancias cuando pueden cambiarse. Al cerrar la Parte I insistimos en que el abandono no es fatalismo. Si una situación puede mejorarse, hay que intentarlo. Pero cuando no puede, la vida no queda suspendida. **La santidad no espera a que las circunstancias sean favorables.** Crece en las que hay.

16.5 Fidelidad sin consuelo

Queda una última situación, la más difícil de todas: las temporadas en que la persona no siente progreso alguno, no percibe consuelo en la oración, no ve frutos de su esfuerzo y no tiene claridad sobre el sentido de lo que vive. Son las temporadas en que la autosuperación, si fuera el criterio, declararía el fracaso.

El Evangelio de Juan narra un momento en que muchos discípulos abandonan a Jesús, escandalizados por su enseñanza. Jesús se vuelve hacia los Doce y les pregunta si también ellos quieren irse. Pedro responde con una frase que es, quizá, la expresión más honesta de la fidelidad sin consuelo: *Señor, ¿a quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna* (Jn 6,68). Pedro no dice que entiende. No dice que se siente bien. No dice que ve con claridad. Dice simplemente que no hay otro lugar adonde ir. Y se queda.

Esa es, muchas veces, la forma que adopta la fidelidad en las temporadas oscuras. No el entusiasmo, ni la claridad, ni la sensación de avance. Solo la decisión de quedarse. De seguir rezando aunque la oración parezca vacía. De seguir sirviendo aunque no se vean frutos. De seguir creyendo aunque las preguntas no tengan respuesta.

Para atravesar estas temporadas, la tradición espiritual ofrece algunos consejos prácticos:

- **No tomar decisiones importantes en medio de la oscuridad**, si es posible esperar. San Ignacio lo formuló como una regla de discernimiento: en tiempo de desolación, no hacer mudanza.
- **Simplificar las prácticas sin abandonarlas.** Si la oración larga resulta imposible, una oración breve. Si la meditación no fluye, una oración vocal sencilla. Lo importante es no cortar la relación.
- **No evaluar el propio progreso.** En la oscuridad, toda evaluación sale negativa, y no es fiable. Conviene suspender el juicio sobre uno mismo hasta que vuelva la luz.
- **Buscar compañía.** Un acompañante espiritual, un amigo de fe, una comunidad. La oscuridad se atraviesa mejor acompañado.

- **Distinguir la aridez espiritual de la depresión.** Como se dijo en el capítulo 11, no toda oscuridad es una purificación espiritual. Si la tristeza afecta al sueño, al apetito, a la capacidad de trabajar o de relacionarse, o si aparecen pensamientos de muerte, es necesario buscar ayuda profesional sin demora. Hacerlo no contradice la fe. La protege.

Volvamos al ejecutivo del comienzo. Un año después de que lo conociéramos, sufrió una lesión grave en la espalda que lo obligó a abandonar toda su rutina durante meses. No podía hacer ejercicio, ni levantarse temprano, ni mantener sus registros. Su hoja de cálculo se llenó de incumplimientos. Durante semanas vivió esa situación como un desastre personal: todo lo que había construido se había derrumbado.

Y entonces, en medio del dolor y la inmovilidad, descubrió algo que su rutina nunca le había mostrado. Descubrió que podía rezar sin hacer nada. Que Dios no lo amaba por su disciplina. Que la oración no era un hábito más de su plan de mejora, sino el lugar donde podía descansar cuando todos los planes habían fallado. Cuando se recuperó, volvió a muchos de sus hábitos. Pero ya no los registraba. Y la oración, que antes ocupaba quince minutos entre la ducha fría y el diario de gratitud, se había convertido en el centro desde el cual todo lo demás tomaba su lugar.

PARA LLEVARLO A LA VIDA

1. Revisa la tabla de la sección 16.1. ¿En qué dimensiones tu vida espiritual se parece más a la autosuperación que a la santificación?
2. Pregúntate si alguna práctica religiosa que haces se ha convertido en un indicador más de rendimiento. Prueba a vivirla durante un tiempo sin medirla.
3. Piensa en alguien de tu entorno que viva en una circunstancia que no puede cambiar y que lo haga con fidelidad. ¿Qué te enseña su vida?

4. Si estás atravesando una temporada de oscuridad, aplica los consejos de la sección 16.5. Y si la oscuridad tiene rasgos de depresión, busca ayuda profesional esta semana.

LA LÍNEA EN ESTE CAPÍTULO

LO QUE ME CORRESPONDE	LO QUE ENCOMIENDO A DIOS
Cultivar mis capacidades como dones al servicio de otros	La medida de lo que significa "ser mejor"
Ser fiel en las circunstancias que no puedo cambiar	La transformación que ocurre en ellas
Quedarme, aunque no sienta consuelo ni vea progreso	El momento en que vuelva la luz

ORACIÓN

Señor, he querido ser la mejor versión de mí mismo, y te he incluido en mi plan como un recurso más. Perdóname. No quiero ser lo que yo imagino como mejor, sino lo que tú pensaste al crearme. Si me das fuerza, que la ponga a tu servicio. Si me dejas en la fragilidad, que la viva contigo. Y cuando no sienta nada, que pueda decirte como Pedro: ¿a quién iré? Tú tienes palabras de vida eterna. Amén.

La santidad no es la mejor versión de ti, sino la que Dios pensó al crearte.

Quietismo

La Parte IV ha insistido en una verdad central de la fe cristiana: la transformación de la persona es obra de la gracia. No se produce con técnicas, no se conquista con esfuerzo, no se compra con méritos. Esta verdad es liberadora. Pero, como todas las verdades grandes, tiene una deformación posible, que la historia de la Iglesia conoce bien y que conviene nombrar al cerrar esta Parte: el **quietismo**.

El quietismo fue una corriente espiritual del siglo XVII que, en nombre de un abandono absoluto en Dios, llegó a sostener que el alma perfecta debía permanecer completamente pasiva: sin desear nada, sin esforzarse en nada, sin preocuparse siquiera por su propia salvación o por evitar el pecado, porque todo eso sería interferir con la acción divina. La Iglesia condenó esas tesis, no porque despreciara el abandono, sino porque esa versión del abandono anulaba la libertad y la responsabilidad moral.

Pocas personas hoy se llamarían quietistas. Pero el quietismo práctico es más frecuente de lo que parece. Aparece cada vez que alguien usa la primacía de la gracia como excusa para no actuar:

- **"Dios me ama como soy"**, dicho para no cambiar lo que debe cambiar.
- **"Todo es gracia"**, dicho para no esforzarse en la oración cuando se vuelve difícil.
- **"No hay que forzar las cosas"**, dicho para no reparar un daño que se causó.

- **"Dios proveerá"**, dicho para no buscar trabajo, no cuidar la salud o no cumplir un deber.
- **"Ya me entregué"**, dicho para no examinar las zonas de la vida que siguen cerradas.

Todas estas frases contienen una verdad. Y todas pueden convertirse en una coartada.

La respuesta de la fe católica es clara: **que todo sea gracia no te dispensa de arrepentirte, decidir y amar.** Al contrario. Precisamente porque la gracia actúa en ti, puedes y debes responder. San Pablo lo resumió en una frase que ya hemos citado y que conviene repetir aquí como sello de esta Parte: *trabajen con temor y temblor por su salvación, porque Dios es quien obra en ustedes el querer y el obrar* (Flp 2,12-13). La gracia no es una invitación a la pasividad. Es el fundamento de la acción.

La mano abierta recibe. Pero también trabaja.

La gracia no te quita el trabajo. Te quita la soledad de hacerlo.

V

PARTE V

Caminar sin mapa

La Providencia y el discernimiento

Si la Parte IV mostró lo que solo Dios hace en el interior de la persona, la Parte V se ocupa de lo que Dios hace en la historia, y de cómo vivir en ella sin un mapa completo. Su tema es la **Providencia**: la convicción de que Dios cuida de su creación y conduce la historia hacia el bien. Pocas verdades de la fe son tan consoladoras, y pocas se deforman con tanta facilidad. El capítulo 17 distingue la Providencia cristiana de la promesa de que el universo cumplirá nuestros deseos, y muestra que el Padre nos da lo que necesitamos, que no siempre es lo que pedimos. El capítulo 18 enseña a trabajar por un resultado sin pretender garantizarlo. El capítulo 19 ofrece criterios para discernir sin convertir las circunstancias en oráculos. Y el capítulo 20 examina el lugar del miedo, la paz y las emociones en ese discernimiento.

Las señales del camino

Después del pozo, la llanura empezó a poblarse. Aparecieron caminos que se cruzaban, aldeas dispersas, campos de cultivo. Y con ellos, un problema nuevo: el caminante ya no sabía qué dirección tomar. La ciudad junto al mar estaba en algún lugar hacia el poniente, pero los caminos se bifurcaban una y otra vez, y ninguno parecía ir en línea recta.

Fue entonces cuando empezó a buscar señales.

En la primera encrucijada vio un cuervo que volaba hacia la izquierda, y tomó el camino de la izquierda. En la segunda encontró una piedra con forma de flecha que apuntaba al norte, y fue hacia el norte. En una posada, un mercader comentó al pasar que *el que madruga encuentra lo que busca*, y el caminante se levantó a las cuatro de la mañana convencido de que aquello era un mensaje. Una noche soñó con un río, y al día siguiente siguió el primer arroyo que encontró.

Cada señal le daba una sensación de seguridad. Ya no tenía que decidir. Bastaba con interpretar. Y cada vez que una señal resultaba equivocada, encontraba otra que la corregía.

Al tercer día de seguir arroyos, cuervos y piedras, se encontró en medio de un pantano. El camino había desaparecido. El agua le llegaba a los tobillos, los mosquitos lo devoraban y no tenía la menor idea de dónde estaba. Pasó la tarde dando vueltas, buscando una señal que le indicara la salida. No la encontró.

Al anochecer vio una luz. Era la casa de una campesina que estaba recogiendo a sus gallinas. Lo miró llegar, embarrado hasta las rodillas, con una mezcla de compasión y curiosidad.

—¿Adónde vas?

—A la ciudad del mar.

—¿Y qué haces en el pantano? La ciudad está al poniente. El camino real pasa a media legua de aquí.

El caminante, un poco avergonzado, le explicó lo de las señales. El cuervo, la piedra, el sueño, el arroyo. La mujer lo escuchó sin interrumpir. Luego le señaló, en la pared de su casa, un trozo de madera clavado con una inscripción descolorida y una flecha.

—Esa también es una señal —le dijo—. La puso alguien que conocía el camino. Las otras pueden ser bonitas, pero esta te lleva a donde quieres ir. Y si no estás seguro, pregunta. Para eso estamos los que vivimos aquí.

Le dio de cenar y le dejó dormir en el granero. A la mañana siguiente le indicó el camino real. El caminante lo tomó, y por primera vez en días caminó en línea recta. No dejó de mirar el cielo de vez en cuando. Pero ya no esperaba que los cuervos le dijeran adónde ir.

Mientras caminaba, se dio cuenta de que llevaba la llave de la casa en el bolsillo, no en el puño. No recordaba cuándo la había guardado.

CAPÍTULO 17

La Providencia no es el universo conspirando a tu favor

A los veintinueve años, una mujer dejó un trabajo estable como contadora para abrir una pastelería. Lo hizo después de una temporada en la que, según ella, *todo le hablaba*. Una amiga le regaló un libro de repostería. En el trabajo la cambiaron a un puesto que no le gustaba. Vio un local en renta justo en la calle donde había crecido. Una canción en la radio decía algo sobre seguir los sueños. Había leído, además, que cuando uno desea algo con suficiente fuerza, el universo conspira para concedérselo. Se convenció de que todas esas coincidencias eran señales de que debía dar el salto.

La pastelería cerró catorce meses después. Había invertido todos sus ahorros y una parte de los de sus padres. Lo que más le dolía no era el dinero, sino una pregunta que no la dejaba dormir: *si todo me indicaba que lo hiciera, ¿por qué salió mal?* Y detrás de esa pregunta, otra más honda, que tardó meses en atreverse a formular: *¿dónde estaba Dios en todo esto?*

Esta mujer no era ingenua. Era una persona inteligente que había mezclado, sin darse cuenta, dos maneras muy distintas de entender la relación entre Dios y la historia. Una es la fe cristiana en la Providencia. La otra es una creencia muy extendida en nuestra cultura, según la cual el universo responde a nuestros deseos si los deseamos con suficiente intensidad. Se parecen en la superficie. En el fondo son incompatibles.

17.1 Un Dios personal, no una fuerza impersonal

El *Catecismo* define la Providencia como **las disposiciones por las que Dios conduce a su creación hacia su perfección** (CEC 302). La creación no salió de las manos de Dios terminada, sino *en estado de vía*, en camino hacia una plenitud que todavía no ha alcanzado. Y Dios no la abandona en ese camino. La sostiene, la cuida y la guía.

Esta definición contiene tres elementos que la distinguen de cualquier creencia en un universo que conspira a nuestro favor.

El primero es que la Providencia es personal. No es una fuerza, una energía o una ley cósmica. Es la acción de Alguien que conoce, que ama y que decide. Por eso la fe cristiana no habla de *el universo*, sino de *el Padre*. Jesús lo dice con una imagen de enorme ternura: ni un solo pajarillo cae a tierra sin que lo sepa el Padre, y hasta los cabellos de nuestra cabeza están contados (Mt 10,29-30). No es una ley impersonal que registra datos. Es un Padre que cuida.

El segundo es que la Providencia tiene su propia finalidad. Dios conduce la creación hacia *su perfección*, no hacia la realización de nuestros deseos particulares. Puede coincidir lo uno con lo otro, y muchas veces coincide. Pero el criterio no es lo que yo deseo, sino el bien verdadero, que con frecuencia solo Dios conoce en su totalidad.

El tercero es que la Providencia actúa a través de las criaturas. El *Catecismo* enseña que Dios no actúa solo, sino que concede a sus criaturas la dignidad de ser causas, de colaborar en el cumplimiento de su plan (CEC 306-308). Esto es fundamental para entender lo que pasó con la pastelería. Dios no gobierna la historia sustituyendo las decisiones humanas, sino a través de ellas: a través de la libertad de las personas, de las leyes de la naturaleza, de la economía, de las circunstancias. Una pastelería no prospera por un decreto directo de Dios, sino a través de factores muy

concretos: la demanda del barrio, los costos, la competencia, la gestión. La Providencia no anula esos factores. Actúa en ellos y a través de ellos.

La creencia en el universo que conspira niega, sin decirlo, estas tres verdades. Sustituye al Padre por una fuerza. Sustituye su finalidad por la nuestra. Y sustituye las causas reales por la intensidad del deseo. Por eso, cuando el deseo intenso no produce el resultado, la persona queda desamparada: o el universo falló, o su deseo no fue suficiente. Ninguna de las dos conclusiones tiene salida.

17.2 El mito del éxito garantizado

De esta confusión nace un mito muy extendido, también entre creyentes: **el mito del éxito garantizado**. Según este mito, quien confía en Dios, reza con fe y actúa con buena intención verá cumplidos sus proyectos legítimos. Si el proyecto fracasa, algo falló en la confianza, en la oración o en la intención.

Es una versión sofisticada del contrato que examinamos en el capítulo 3, y conduce a las mismas trampas. La Escritura lo desmiente de manera constante. José fue vendido por sus hermanos y pasó años en la cárcel siendo inocente. Jeremías fue fiel a Dios durante toda su vida y fue rechazado, perseguido y arrojado a un pozo. Juan el Bautista, el mayor de los nacidos de mujer según Jesús, murió decapitado en una prisión. Los apóstoles, que lo dejaron todo por seguir a Cristo, terminaron en su mayoría martirizados. Si la confianza en Dios garantizara el éxito, todos ellos habrían sido unos fracasados.

Por eso conviene enunciar con claridad lo que la Providencia **no** garantiza:

- Una oportunidad puede no materializarse.
- Una relación puede terminar.
- Una vocación puede requerir una forma de servicio diferente de la imaginada.

- Una situación difícil puede permanecer sin resolver durante mucho tiempo.
- Un proyecto emprendido con buena fe y con oración puede fracasar.

Y conviene enunciar con la misma claridad lo que estos hechos **no** demuestran: no demuestran que la persona haya fracasado espiritualmente, ni que le faltara fe, ni que Dios la haya abandonado. Tampoco demuestran, por sí solos, que Dios esté indicando necesariamente una dirección específica. Un fracaso es un hecho que hay que integrar, no un mensaje cifrado que hay que descifrar.

17.3 Una puerta cerrada no es necesariamente una prohibición

El mito del éxito garantizado tiene una consecuencia práctica muy dañina: la tendencia a leer cada circunstancia como una señal de la voluntad de Dios. Si las cosas salen bien, Dios aprueba. Si salen mal, Dios desaprueba. Si una puerta se abre, hay que entrar. Si se cierra, hay que retirarse.

Esta lectura tiene una apariencia piadosa, pero es un error de discernimiento grave. En el capítulo 11 vimos el caso de Jonás, que encontró con toda facilidad un barco hacia Tarsis precisamente cuando estaba huyendo de Dios. La facilidad no confirmaba su decisión. Y vimos el caso de Pablo, a quien el Espíritu impidió predicar en Asia para llevarlo a Macedonia. La dificultad no condenaba su intención, sino que la redirigía.

La conclusión es sencilla y debe aplicarse con rigor: **una puerta que se cierra no demuestra por sí sola que Dios prohíba avanzar, y una oportunidad inesperada no demuestra por sí sola que Dios ordene aceptarla.** Las circunstancias aportan información. A veces información muy importante. Pero no son un código infalible.

La mujer de la pastelería había leído como señales una serie de coincidencias: un regalo, un cambio de puesto, un local disponible, una can-

ción. Ninguna de ellas era mala. Pero ninguna de ellas respondía a las preguntas que de verdad importaban para tomar esa decisión: ¿había demanda suficiente en el barrio?, ¿cuánto capital necesitaba para resistir los primeros dos años?, ¿tenía experiencia en la gestión de un negocio?, ¿qué riesgo era razonable asumir con los ahorros de sus padres? Las coincidencias le dieron una sensación de certeza que la eximió de hacerse esas preguntas. Y esa sensación, no la falta de fe, fue lo que la llevó a la quiebra.

El discernimiento cristiano, como veremos con detalle en el capítulo 19, considera las circunstancias, pero las pone en relación con la moralidad de las acciones, la verdad, la caridad, las obligaciones existentes, la prudencia y el consejo de personas competentes. **La Providencia no elimina la necesidad de discernir. La fundamenta.**

17.4 Lo que pedimos y lo que necesitamos

Hay una distinción que la creencia en el universo que conspira borra por completo, y que la fe en la Providencia exige restablecer: **desear, querer y pedir no es lo mismo que necesitar.**

Todos pedimos cosas. Pedimos salud, trabajo, éxito, la curación de un ser querido, la solución de un problema, la reconciliación con alguien, el cumplimiento de un proyecto. Muchas de esas peticiones son legítimas, y el Evangelio nos invita a presentarlas con insistencia, como vimos en el capítulo 3. Pero que algo sea pedido con sinceridad no significa que sea lo que necesitamos. Y la Providencia no está ordenada a darnos lo que pedimos, sino **lo que necesitamos**.

Jesús lo dice con toda claridad en el Sermón de la Montaña: *Su Padre sabe lo que necesitan antes de que se lo pidan* (Mt 6,8). No dice que el Padre sabe lo que desean, sino lo que necesitan. Y unos versículos después, al hablar de los pájaros y los lirios, vuelve sobre la misma idea: *Ya sabe su Padre celestial que tienen necesidad de todo eso* (Mt 6,32). La solicitud de

Dios se dirige a la necesidad real de sus hijos, no a la lista de sus preferencias.

En otro pasaje, Jesús ofrece una imagen que conviene leer con atención: *¿Quién de ustedes, si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si le pide un pescado, le dará una serpiente? Si ustedes, que son malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¡cuánto más su Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que se las pidan!* (Mt 7,9-11). La promesa es firme: el Padre dará cosas buenas. Pero no promete dar exactamente lo que se pide, sino lo que es bueno. Y el Evangelio de Lucas, al recoger la misma enseñanza, la termina de una manera reveladora: el Padre dará *el Espíritu Santo* a quienes se lo pidan (Lc 11,13). Lo que el Padre da, en último término, es mucho más de lo que sabíamos pedir.

La Escritura reconoce, además, que con frecuencia pedimos mal. La Carta de Santiago lo dice sin rodeos: *Piden y no reciben, porque piden mal, para gastarlo en sus caprichos* (St 4,3). Y San Pablo, con más ternura, confiesa una limitación que nos incluye a todos: *No sabemos pedir como conviene; pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables* (Rm 8,26).

De aquí se sigue una verdad que pide humildad: **muchas veces ni siquiera nosotros sabemos lo que realmente necesitamos.** Conviene distinguir tres niveles que solemos confundir:

- **Lo que deseamos**: aquello que nos atrae, nos agrada o nos parece conveniente en este momento.
- **Lo que creemos necesitar**: aquello que, según nuestra comprensión limitada de nuestra vida, nos parece indispensable.
- **Lo que realmente necesitamos**: aquello que nos conduce de verdad a nuestro bien, a nuestra plenitud y a la comunión con Dios.

Los dos primeros niveles los conocemos, o creemos conocerlos. El tercero, con frecuencia, **solo Dios lo conoce del todo**, porque solo Él ve la historia

entera y sabe hacia dónde se dirige nuestra vida. Nosotros vemos un tramo del camino. Él ve el camino completo.

Santo Tomás de Aquino, al explicar el sentido de la oración de petición, enseñaba que no rezamos para cambiar la voluntad de Dios, como si tuviéramos que convencerlo, sino para disponernos a recibir lo que Él quiere darnos. La petición no es una presión sobre Dios. Es una apertura de la persona a la Providencia.

Nada de esto significa que debamos dejar de pedir lo que deseamos. Jesús en Getsemaní pidió que se apartara la copa, y no se avergonzó de pedirlo. Pero añadió: *no se haga mi voluntad, sino la tuya*. Esa segunda mitad es, en el fondo, la confesión de que el Hijo, en su voluntad humana y en esa hora de angustia, se abandona a lo que el Padre sabe necesario. Y el Padre no le dio lo que pedía. Le dio lo que el mundo entero necesitaba.

Esta distinción ofrece una manera más honda de rezar las propias peticiones. No se trata de pedir menos, sino de pedir de otra manera. Se puede pedir con toda el alma lo que se desea, y al mismo tiempo añadir, con sinceridad: *Señor, si esto es lo que necesito, dámelo. Y si no lo es, dame lo que necesito, aunque yo todavía no sepa qué es.* Es una oración que no renuncia al deseo, pero lo pone bajo la sabiduría de un Padre que ve más lejos.

17.5 La medicina del Padre: pruebas, carencias y adversidades

Si la Providencia nos da lo que necesitamos y no necesariamente lo que pedimos, se sigue una consecuencia que cuesta aceptar: **a veces lo que necesitamos no nos gusta.** Y a veces la Providencia permite que nuestro camino atraviese pruebas, carencias, desafíos y adversidades. No porque Dios quiera complicarnos la vida, sino porque, en su misterio, sabe lo que realmente es mejor para nosotros.

Una imagen sencilla ayuda a comprenderlo. Pensemos en un niño pequeño, enfermo de una tos fuerte. Si le preguntamos qué quiere, no pedirá el jarabe amargo que puede calmar su tos, ni la inyección de anti-

biótico que puede curar su infección. Pedirá helado, aunque el helado le haga daño a la garganta. Y un padre que ama a su hijo, ¿qué hace? No le da el helado. Le da la medicina. Le da el jarabe, aunque el niño haga muecas. Lo lleva a que le pongan la inyección, aunque el niño llore. No porque disfrute viéndolo sufrir, sino porque sabe lo que su hijo necesita, y el niño todavía no puede saberlo.

La Escritura conoce muy bien esta pedagogía. El libro del Deuteronomio, al recordar los cuarenta años del pueblo en el desierto, ofrece una lectura sorprendente de aquellas carencias: *Te hizo pasar necesidad, te hizo sentir hambre y después te alimentó con el maná, para enseñarte que no solo de pan vive el hombre, sino de todo lo que sale de la boca del Señor* (Dt 8,3). El hambre del desierto no fue un abandono. Fue una escuela.

La Carta a los Hebreos desarrolla esta idea con la imagen de la corrección paterna: *Hijo mío, no desprecies la corrección del Señor ni te desanimes cuando te reprenda, porque el Señor corrige a los que ama* (Hb 12,5-6). Y añade con realismo: *Ninguna corrección parece, en el momento, motivo de alegría, sino de tristeza; pero después produce un fruto apacible de justicia en los que han sido ejercitados por ella* (Hb 12,11). El libro del Eclesiástico advierte a quien quiere servir a Dios que se prepare para la prueba, porque *el oro se purifica en el fuego* (Si 2,1-5). Y la Primera Carta de Pedro retoma la misma imagen: la fe, probada en las dificultades, es más preciosa que el oro que se prueba en el fuego (1 P 1,6-7).

Esta es una verdad que la tradición cristiana ha sostenido siempre, y este libro la afirma con toda claridad: **Dios, como Padre, puede negar lo que pedimos y permitir lo que no deseamos, porque ve lo que necesitamos mejor que nosotros mismos.** Hay carencias que nos enseñan a depender de Él. Hay esperas que purifican nuestros deseos. Hay pruebas que fortalecen una fe que la comodidad habría dejado débil. Hay pérdidas que nos liberan de apegos que nunca habríamos soltado por nuestra cuenta, como veremos en el capítulo 21.

Pero esta verdad, precisamente porque es poderosa, necesita leerse junto con las precisiones que el libro desarrolla en otros capítulos. Sin

ellas, la imagen de la medicina podría convertirse en algo que no es. Son cinco.

Primera: la medicina se refiere a lo que Dios dispone o permite en nuestras circunstancias, nunca al pecado de otros. Una carencia, una espera, una enfermedad, una puerta cerrada pueden formar parte de la pedagogía del Padre. La violencia, el abuso o la injusticia que otros cometen, no. Dios no quiere el pecado de nadie; lo permite respetando la libertad de sus criaturas, y puede sacar bien incluso de él, pero el mal moral sigue siendo mal. El capítulo 22 desarrolla esta distinción con detalle.

Segunda: es una lectura de fe que cada persona hace sobre su propia vida, no una explicación para imponer a otros. El creyente puede, con el tiempo, mirar una prueba que atravesó y reconocer en ella la mano de un Padre que lo estaba curando. Es lo que hizo José en Egipto, después de veinte años. Pero nadie tiene derecho a decirle a quien está sufriendo, en medio de su dolor, que aquello es la medicina que necesitaba. Esa es la crueldad piadosa que el capítulo 22 denuncia.

Tercera: confiar en la medicina del Padre no significa saber cuál es. El niño no entiende por qué le dan el jarabe. Nosotros tampoco solemos entender qué está curando una prueba concreta. La confianza no consiste en descifrar la intención de Dios en cada adversidad, sino en saber que el Padre que la permite nos ama y sabe lo que hace.

Cuarta: el amargor de la medicina no es bueno en sí mismo. El padre no da el jarabe porque sea amargo, sino a pesar de que lo es. Lo que busca es la salud. Del mismo modo, la prueba no tiene valor por el dolor que produce, sino por el bien hacia el que Dios la orienta. Por eso no hay que buscar el sufrimiento ni glorificarlo, como se advertirá al cerrar la Parte VI.

Quinta: el niño puede llorar, y el padre no se lo reprocha. Aceptar que Dios sabe lo que necesitamos no exige fingir que la prueba no duele. La queja, el lamento y las lágrimas caben dentro de la confianza, como

caben en los salmos y en el libro de Job. El niño llora mientras le ponen la inyección. Y sigue siendo un hijo que confía en su padre.

Con estas precisiones, la imagen de la medicina recupera toda su fuerza y toda su verdad. Nos invita a mirar las adversidades de nuestra vida no como castigos ni como accidentes sin sentido, sino como realidades que un Padre amoroso permite y orienta hacia nuestro bien verdadero, aunque no siempre lo comprendamos. Y nos invita a algo todavía más difícil: a no pedirle a Dios solo el helado, sino a decirle, como el hijo que empieza a crecer, *dame lo que me cure, aunque sea amargo.*

17.6 Fe a prueba de todo

La medicina del Padre pide algo que no se improvisa: una confianza que no dependa de lo que Dios da ni de lo que Dios quita. Una fe **absoluta, entera e incondicional**. Puede parecer un ideal inalcanzable. La Escritura demuestra lo contrario, porque ofrece una galería de hombres y mujeres concretos que la vivieron. Conviene mirarlos de cerca.

Job: el que no soltó

El primero y el mayor es Job. Ya lo encontramos en el capítulo 5: lo pierde todo en un día y bendice a Dios, *el Señor me lo dio, el Señor me lo quitó* (Jb 1,21). El libro entero responde a la pregunta del acusador, *¿acaso teme Job a Dios de balde?*, con un sí rotundo: Job ama a Dios gratis, sin contrato.

Pero lo más impresionante de Job no es su primera bendición, sino lo que viene después. Durante capítulos enteros discute, protesta y pide explicaciones que no llegan. Y en lo más hondo de esa noche, sin haber entendido nada, pronuncia una de las profesiones de fe más altas del Antiguo Testamento: *Yo sé que mi redentor vive, y que al final se alzará sobre el polvo; y aun después de deshecha mi piel, veré a Dios* (Jb 19,25-26). La fe de Job no es silencio ni insensibilidad. Es una fe que se queja y que, al mismo tiempo, no suelta a Dios. Se parece a la de Jacob en su noche de lucha: *No te soltaré hasta que me bendigas* (Gn 32,27).

Abraham en el monte

Abraham había recibido de Dios la promesa de una descendencia innumerable a través de su hijo Isaac. Y un día escuchó una petición incomprensible: ofrecer a ese mismo hijo en el monte (Gn 22,1-19). Abraham no entendió. Pero se puso en camino. La Carta a los Hebreos explica lo que pasaba en su corazón: *pensaba que Dios es capaz incluso de resucitar a los muertos* (Hb 11,19). Dios detuvo su mano, porque no quería la muerte del muchacho, sino revelar hasta dónde llegaba la fe del padre. Abraham confió en que la promesa era más fuerte que la contradicción que tenía delante.

"Y aunque no lo haga"

Quizá la fórmula más pura de la fe incondicional de toda la Biblia está en el libro de Daniel. Tres jóvenes judíos se niegan a adorar la estatua de oro del rey de Babilonia, que los amenaza con arrojarlos a un horno encendido. Su respuesta es de una libertad asombrosa: *Nuestro Dios, a quien servimos, puede librarnos del horno encendido, y nos librará de tu mano, oh rey. Y aunque no lo haga, sepa, oh rey, que no serviremos a tus dioses* (Dn 3,17-18).

Y aunque no lo haga. En esas palabras cabe toda la diferencia entre la fe y el contrato que desmontó el capítulo 3. Los jóvenes creen que Dios puede salvarlos. Lo esperan. Pero su fidelidad no depende de que lo haga.

El profeta Habacuc expresó la misma fe en forma de canto: *Aunque la higuera no florezca ni haya fruto en las vides, aunque falle la cosecha del olivo y los campos no den alimento, aunque no haya ovejas en el redil ni vacas en el establo, yo me alegraré en el Señor, me gozaré en Dios, mi salvador* (Ha 3,17-18).

En el Nuevo Testamento

El Evangelio continúa esta galería.

Una **mujer cananea** pide a Jesús que cure a su hija (Mt 15,21-28). Jesús primero calla. Luego parece rechazarla. Luego le responde con una frase

que suena dura: no está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perritos. Ella no se va. *Sí, Señor, pero también los perritos comen las migajas que caen de la mesa de sus amos.* Y Jesús exclama: *Mujer, ¡qué grande es tu fe!* Es la fe que persiste a través del silencio y de la aparente negativa.

Un **centurión** romano le pide que cure a su criado, y le dice que no hace falta que vaya a su casa: *basta que lo digas de palabra* (Mt 8,8). Jesús se admira: no ha encontrado una fe tan grande en todo Israel. Es la fe que confía sin ver.

María, al pie de la cruz, permanece de pie mientras todo parece perdido (Jn 19,25). No entiende, pero se queda. Es la fe del Sábado Santo, cuando Cristo yace en el sepulcro y nada parece confirmar las promesas.

Y **Pablo y Silas**, en Filipos, después de ser azotados y encerrados en el calabozo con los pies sujetos en el cepo, *a medianoche oraban y cantaban himnos a Dios* (Hch 16,25). Cantaban en la cárcel. Es la fe que alaba en la oscuridad.

Lo que tienen en común

Estos testigos comparten cuatro rasgos. Su fe **no dependía de los resultados**: ninguno sabía de antemano si sería librado, y todos permanecieron fieles. **No entendían** lo que estaba pasando. **No eran insensibles**: Job se quejó, la cananea insistió, María sufrió. Y, sobre todo, **no soltaron a Dios**.

Esa es la fe a prueba de todo. Puede convertirse en oración, prolongando la de la sección 17.4: *Señor, tú puedes hacer lo que te pido. Te lo pido con todo mi corazón. Y aunque no lo hagas, seguiré siendo tuyo.*

La fe a prueba de todo no es la que nunca tiembla, sino la que nunca suelta.

17.7 Confiar sin conocer el desenlace

Si la Providencia no garantiza el éxito, no puede leerse en cada circunstancia y no siempre nos da lo que pedimos, ¿en qué se apoya entonces la

confianza? ¿En qué sentido puede consolar una Providencia que no asegura nada concreto?

La respuesta está en un desplazamiento de la confianza. La creencia en el universo que conspira pone la confianza en **un resultado**: confío en que obtendré lo que deseo. La fe en la Providencia pone la confianza en **una persona**: confío en Aquel que me conduce, aunque no sepa adónde.

Jesús desarrolla esta confianza en uno de los pasajes más bellos del Sermón de la Montaña. Habla de los pájaros del cielo, que no siembran ni cosechan, y de los lirios del campo, que no trabajan ni hilan, y que sin embargo son alimentados y vestidos por el Padre con un esplendor que ni Salomón alcanzó. Y concluye: *No se angustien, pues, diciendo: ¿Qué vamos a comer?, ¿qué vamos a beber?, ¿con qué nos vamos a vestir? Ya sabe su Padre celestial que tienen necesidad de todo eso* (Mt 6,31-32).

Este pasaje se ha leído a veces como una invitación a la despreocupación irresponsable: no trabajes, no planifiques, Dios proveerá. Pero el contexto lo desmiente. Jesús no dice que no haya que trabajar, sino que no hay que **angustiarse**. La diferencia es exactamente la que vimos en el capítulo 6 entre la planificación prudente y la exigencia de certeza. Se puede sembrar, trabajar y planificar sin la angustia de quien cree que todo depende de él. Los pájaros buscan su alimento. Pero no se angustian por el mañana.

La Carta a los Hebreos, que ya nos mostró a Abraham en el monte, lo presenta también al comienzo de su camino como modelo de esta confianza: *Por la fe, Abraham, al ser llamado por Dios, obedeció y salió hacia la tierra que iba a recibir en herencia, y salió sin saber adónde iba* (Hb 11,8). Abraham no tenía un mapa. No conocía el desenlace. No sabía siquiera el destino. Sabía quién lo llamaba. Y eso le bastó para ponerse en camino.

Esta es la forma madura de la confianza en la Providencia: **actuar fielmente sin pretender conocer todo el sentido de la historia.** No porque el sentido no exista, sino porque solo Dios lo conoce en su totalidad. El creyente camina como Abraham: haciendo lo que le corresponde, discer-

niendo cada paso con prudencia, y confiando en que el camino entero está en manos de Alguien que lo ve completo.

17.8 Romanos 8,28, bien leído

Hay un versículo de San Pablo que se cita con enorme frecuencia en contextos de sufrimiento, y que con la misma frecuencia se malinterpreta. Dice así: *Sabemos que Dios dispone todas las cosas para el bien de los que lo aman* (Rm 8,28).

La lectura habitual de este versículo es algo así: *todo lo que te pasa es para bien*. O, de manera todavía más simplificada: *todo pasa por algo*. Estas lecturas parecen consoladoras, pero son peligrosas, porque implican que cada acontecimiento, incluido el más terrible, es bueno en sí mismo o ha sido enviado con un propósito determinado. Y eso no es lo que dice Pablo.

Para leer bien este versículo conviene situarlo en su contexto. Pablo lo escribe en medio de un capítulo dedicado al sufrimiento. Unos versículos antes habla de los padecimientos del tiempo presente (Rm 8,18), de una creación entera que gime con dolores de parto (Rm 8,22), de nosotros mismos que gemimos interiormente esperando la redención (Rm 8,23), de un Espíritu que intercede con gemidos inefables porque no sabemos pedir como conviene (Rm 8,26). No es un capítulo ingenuo. Es un capítulo escrito por alguien que conoce el dolor a fondo. Y unos versículos después enumera la tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro y la espada (Rm 8,35).

En ese contexto, la afirmación de Pablo no significa que todo lo que ocurre sea bueno. Significa algo más profundo y más sólido: **que nada de lo que ocurre tiene el poder de impedir definitivamente la acción redentora de Dios.** El mal sigue siendo mal. El sufrimiento sigue siendo sufrimiento. Pero ninguna de esas realidades tiene la última palabra. Dios puede obrar para el bien en medio de ellas, a través de ellas e incluso a pesar de ellas. Y el capítulo termina con la afirmación que da sentido a

todo: nada, ni la muerte ni la vida, ni el presente ni el futuro, *podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús* (Rm 8,38-39).

El *Catecismo* añade una precisión que conviene retener. Reconoce que Dios puede sacar un bien de las consecuencias de un mal, incluso moral, causado por sus criaturas. Pero añade que el mal no se convierte por eso en un bien (CEC 312), y que solo al final de los tiempos, cuando veamos a Dios cara a cara, conoceremos plenamente los caminos por los que su Providencia ha conducido la creación (CEC 314). Mientras tanto, caminamos en la fe.

Esta lectura de Romanos 8,28 protege contra dos errores. El primero es el de quien, para defender la Providencia, termina justificando el mal: *si te pasó, era para bien*. El segundo es el de quien, al ver el mal, concluye que no hay Providencia. Entre ambos, la fe sostiene una posición más difícil y más verdadera: **el mal es real, y Dios es más grande que él.** No necesitamos explicar cada herida para confiar en que Dios puede sanarla.

Volvamos a la mujer de la pastelería. Durante meses se preguntó dónde estaba Dios en su fracaso. Con el tiempo, y con la ayuda de un buen acompañante, llegó a una respuesta que no era la que esperaba. Dios no había enviado las señales que ella creyó ver. Esas coincidencias eran simplemente coincidencias, y la decisión había sido suya, tomada sin la prudencia que requería. Pero Dios tampoco la había abandonado. Estaba en la amiga que la sostuvo cuando cerró el local, en sus padres que la perdonaron sin reproches, en la humildad que aprendió al reconocer su error. Años después, trabajaba como asesora financiera de pequeños emprendedores. Les hacía, uno por uno, las preguntas que ella no se hizo. No pensaba que Dios hubiera provocado su quiebra para llevarla hasta ahí. Pensaba, más bien, que Dios no había permitido que su quiebra tuviera la última palabra.

PARA LLEVARLO A LA VIDA

1. Revisa si en tu manera de entender la Providencia hay rastros de la creencia en un universo que responde a la intensidad del deseo. ¿Dónde aparecen?
2. Piensa en una decisión importante que tomaste basándote en "señales". Pregúntate qué preguntas prudentes esas señales te dispensaron de hacer.
3. Lee Mt 6,25-34 y distingue en tu vida lo que es trabajo legítimo de lo que es angustia. Ofrece la angustia a Dios.
4. Si alguna vez te dijeron "todo pasa por algo" ante un dolor, relee Rm 8,18-39 completo. Observa la diferencia entre esa frase y lo que Pablo realmente dice.

Ejercicio complementario: elige una petición que llevas tiempo presentando a Dios. Escribe qué es lo que deseas, qué crees necesitar y qué podrías necesitar de verdad. Después reza la oración de la sección 17.4: *Señor, si esto es lo que necesito, dámelo. Y si no lo es, dame lo que necesito, aunque yo todavía no sepa qué es.*

LA LÍNEA EN ESTE CAPÍTULO

LO QUE ME CORRESPONDE	LO QUE ENCOMIENDO A DIOS
Discernir con prudencia, sin leer cada coincidencia como señal	La conducción de la historia hacia su plenitud
Trabajar sin angustia, como los pájaros que buscan su alimento	El desenlace que no conozco
Integrar los fracasos sin convertirlos en mensajes cifrados	El sentido completo que solo veré al final
Pedir con confianza lo que deseo, y añadir: dame lo que necesito	La medicina que me cure, aunque sea amarga y no la entienda
Permanecer fiel aunque Dios no haga lo que le pido	La respuesta a mis oraciones, sea cual sea

ORACIÓN

Padre, he querido que el mundo me obedeciera y he llamado Providencia a mis deseos. He buscado señales para no tener que decidir. Perdóname. Enséñame a confiar en ti y no en el resultado. A caminar como Abraham, sin saber adónde voy, pero sabiendo quién me llama. Y cuando el mal me alcance, recuérdame que nada podrá separarme de tu amor. Amén.

Confiar en la Providencia no es saber cómo termina la historia, sino saber en manos de quién está.

CAPÍTULO 18

Trabajar por el resultado sin pretender garantizarlo

Una profesora de secundaria, con veinte años de experiencia, detectó a principios de curso que uno de sus alumnos estaba en riesgo. Faltaba con frecuencia, llegaba sin dormir, se había vuelto agresivo. Ella hizo todo lo que estaba en su mano y bastante más. Habló con él después de clase, varias veces. Llamó a su madre. Coordinó con la orientadora del colegio. Le consiguió una beca para el comedor. Le dio clases de apoyo los sábados, sin cobrar. Rezó por él cada noche durante meses.

En marzo, el chico dejó el colegio. Ella se enteró por un compañero suyo. No volvió a saber de él.

Durante semanas, la profesora no pudo dormir bien. Repasaba todo lo que había hecho y lo que podría haber hecho. Se preguntaba si había fallado en algo, si debería haber insistido más, si sus oraciones no habían servido de nada. Llegó a pensar en dejar la docencia. *Si no puedo salvar ni a un solo alumno*, se decía, *¿para qué sigo?*

Esta mujer había hecho todo bien. Su problema no era de acción, sino de comprensión: había confundido trabajar por un resultado con garantizarlo. Y al confundirlos, se había cargado con una responsabilidad que no le correspondía, la de la libertad de otro y la de circunstancias que nadie podía controlar. Este capítulo examina esa distinción, que es probablemente la aplicación más práctica de toda la espiritualidad del abandono.

18.1 Hacer lo mío completo

Antes de hablar de soltar el resultado, conviene insistir en lo que precede: **hacer completo lo que nos corresponde.** El abandono cristiano no empieza en la entrega del resultado, sino en el trabajo responsable que la precede.

El libro de Nehemías ofrece una imagen muy precisa de este equilibrio. Cuando los judíos que habían vuelto del exilio reconstruían las murallas de Jerusalén, sus enemigos conspiraron para atacarlos. ¿Cuál fue la respuesta de Nehemías? *Oramos a nuestro Dios y pusimos guardia contra ellos día y noche* (Ne 4,3). Las dos cosas juntas. Ni solo oración, que habría sido imprudencia. Ni solo guardia, que habría sido autosuficiencia. Más adelante, el texto añade un detalle inolvidable: los que trabajaban en la muralla lo hacían *con una mano en la obra y con la otra empuñando el arma* (Ne 4,11).

Hacer lo propio completo significa, en concreto, cosas como estas:

- **Preparar**: informarse, estudiar, prever lo razonable.
- **Decidir**: elegir con prudencia, después de considerar las opciones.
- **Actuar con diligencia**: hacer bien lo que se hace, sin descuido ni negligencia.
- **Reparar**: corregir los errores propios cuando aparecen.
- **Cuidar**: atender a las personas implicadas, no solo a la tarea.
- **Perseverar**: no abandonar a la primera dificultad.
- **Pedir ayuda**: reconocer cuándo se necesita a otros y buscarlos.

La profesora del ejemplo hizo todo esto, y lo hizo de manera ejemplar. Nada de lo que viene a continuación debe leerse como una crítica a su esfuerzo. Al contrario: precisamente porque hizo todo lo que le correspondía, tiene derecho a soltar lo que no le correspondía.

18.2 **Responsabilidad no es omnipotencia**

El error de la profesora no estuvo en su trabajo, sino en lo que esperó de él. Sin darse cuenta, había extendido su responsabilidad más allá de sus límites. Se sentía responsable no solo de hacer todo lo posible por su alumno, sino de que su alumno se salvara. Y eso no dependía de ella.

Dependía, en primer lugar, de la libertad del chico, que ella podía influir pero no determinar. Dependía de su familia, de su entorno, de circunstancias que ella probablemente ni siquiera conocía. Dependía de factores que ningún profesor, por excelente que sea, puede controlar.

Este error tiene un nombre en el ámbito de las profesiones de ayuda: a veces se le llama **el síndrome del salvador**. Afecta especialmente a personas generosas que trabajan con quienes sufren: médicos, enfermeras, maestros, trabajadores sociales, sacerdotes, terapeutas, padres. Su generosidad es real, pero lleva dentro una pretensión oculta: la de ser responsables del destino de los demás. Y como esa pretensión es imposible de cumplir, termina produciendo agotamiento, culpa y, con frecuencia, abandono de la vocación.

La distinción que propone el abandono cristiano es, en este punto, profundamente liberadora: **la responsabilidad no equivale a omnipotencia.** Soy responsable de lo que hago. No soy responsable de todo lo que ocurre como consecuencia de lo que hago, porque en ese resultado intervienen otras libertades y otras causas. Hacer todo lo posible no es lo mismo que hacer posible todo.

Entregar el resultado no significa desentenderse de las consecuencias, ni renunciar a corregir errores, ni dejar de preocuparse por la persona. La profesora puede seguir rezando por su alumno, puede seguir dispuesta a ayudarlo si vuelve, puede aprender de la experiencia para acompañar mejor a otros. Lo que no puede, sin destruirse, es seguir cargando con un resultado que nunca estuvo en sus manos.

18.3 En las relaciones

La distinción entre trabajar por un resultado y garantizarlo adquiere una importancia especial en las relaciones humanas, porque en ellas el resultado depende siempre, en parte, de la libertad del otro.

San Pablo formula este principio en un versículo que podría servir de lema a todo este capítulo: *En cuanto dependa de ustedes, vivan en paz con todos* (Rm 12,18). La frase tiene una precisión admirable. Pablo no dice "vivan en paz con todos", porque sabe que eso no siempre es posible. Dice *en cuanto dependa de ustedes*. Es la línea aplicada a las relaciones. Mi parte es buscar la paz. El resultado depende también del otro.

Jesús, por su parte, enseña que la reconciliación tiene una urgencia que precede incluso al culto: *Si al presentar tu ofrenda en el altar te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar y ve primero a reconciliarte con tu hermano* (Mt 5,23-24). Es una exigencia fuerte: no esperar a que el otro dé el primer paso, sino darlo uno mismo. Pero ir a reconciliarse no garantiza que el hermano acepte la reconciliación. Jesús pide el paso, no el resultado.

En la práctica, esto significa:

- **Puedo pedir perdón.** No puedo obligar a nadie a perdonarme.
- **Puedo reparar el daño que causé.** No puedo exigir que la reparación sea aceptada.
- **Puedo ofrecer reconciliación.** No puedo imponerla.
- **Puedo actuar con honestidad y respeto.** No puedo controlar cómo será recibido.
- **Puedo esperar.** No puedo forzar los tiempos del otro.

Esta última posibilidad, la espera, merece una atención especial. Muchas veces, después de haber pedido perdón o de haber ofrecido reconciliación, la persona necesita aprender a esperar sin insistir. La insistencia,

aunque nazca de un deseo sincero, puede convertirse en presión, y la presión destruye lo que intenta construir. Hay heridas que necesitan tiempo, y respetar ese tiempo es también una forma de amor.

Cuando la reconciliación no llega, la persona que hizo su parte puede vivir en paz. No porque la situación sea buena, sino porque hizo lo que le correspondía. *En cuanto dependía de ella*, buscó la paz. El resto lo encomienda.

18.4 En la misión

Lo que vale para las relaciones vale también, con una intensidad particular, para la vida apostólica: el servicio, la evangelización, la caridad organizada, cualquier forma de trabajo por el bien de los demás realizado como respuesta a Dios.

Jesús contó una parábola que todo apóstol debería releer con frecuencia. Un sembrador sale a sembrar. Parte de la semilla cae al borde del camino y se la comen los pájaros. Otra parte cae en terreno pedregoso, brota rápido y se seca. Otra cae entre espinos, que la ahogan. Y otra cae en tierra buena y da fruto: treinta, sesenta, ciento por uno (Mc 4,3-8).

Lo notable de la parábola es que **el sembrador no es reprendido por la semilla perdida.** No se le acusa de haber sembrado mal, ni de no haber elegido mejor el terreno. Hizo lo que le correspondía: sembrar con generosidad. El fruto dependió de la tierra. Tres de los cuatro terrenos no dieron fruto. Y la parábola no lo presenta como un fracaso del sembrador, sino como la realidad normal de la siembra.

Todo el que sirve a Dios y a los demás debería aprender esta lección. Se puede preparar una obra de servicio con todo el cuidado posible, y aun así no ver los frutos esperados. Se puede predicar con convicción y no convertir a nadie. Se puede acompañar a una persona durante años y verla recaer. Se puede fundar una obra que luego desaparece. Ninguna de estas cosas demuestra que el servicio fue inútil. Demuestran que el fruto no depende solo del que siembra.

Hay además una dimensión más profunda, que el capítulo 13 ya presentó: **la eficacia sobrenatural de cualquier servicio no le pertenece al que sirve.** *Yo planté, Apolo regó, pero fue Dios quien hizo crecer* (1 Co 3,6). El apóstol no puede atribuirse los frutos de su trabajo, porque no los produce él. Y precisamente por eso, tampoco debe cargarse con su ausencia.

A Santa Teresa de Calcuta se le atribuye con frecuencia una frase que resume esta actitud: *Dios no me pide que tenga éxito, sino que sea fiel.* Sea cual sea su origen exacto, expresa con precisión la libertad del sembrador. La fidelidad es asunto nuestro. El éxito, en sentido sobrenatural, es asunto de Dios.

18.5 Antes, durante y después

Para convertir esta distinción en una práctica concreta, conviene pensar el abandono en tres momentos de cualquier acción importante.

Antes de actuar, la persona discierne qué es lo correcto. Considera las opciones, se informa, pide consejo si es necesario, examina sus motivaciones. Es el momento de la prudencia.

Durante la acción, la persona procura hacerlo con diligencia, prudencia y caridad. Pone sus capacidades al servicio de lo que hace, está atenta a las personas implicadas, corrige el rumbo si descubre un error. Es el momento de la responsabilidad.

Después de actuar, la persona examina si cumplió con su parte y entrega a Dios el resultado que ya no puede controlar. Es el momento del abandono.

Esta secuencia evita dos errores simétricos. El primero es **actuar sin reflexión**, confiando en que Dios arreglará lo que uno hace sin pensar. El segundo es **usar la confianza espiritual para evitar la evaluación de los propios actos**, diciendo "lo dejo en manos de Dios" para no tener que preguntarse si se hizo bien.

Para el momento posterior a la acción, que es el más difícil, se recomienda un ejercicio breve. Al terminar una tarea importante, responder con honestidad cinco preguntas:

1. **¿Actué con la diligencia que correspondía?**
2. **¿Fui fiel a la verdad y a la caridad?**
3. **¿Hay algo que deba corregir o reparar?**
4. **¿Qué resultado no depende ya de mí?**
5. **¿Puedo dejar de intentar controlarlo mientras espero nueva información o una ocasión legítima para actuar?**

Si la respuesta a las tres primeras es satisfactoria, la persona puede soltar el resultado con la conciencia tranquila. Si alguna revela una falta, lo que corresponde no es la autoacusación, sino la reparación. Y una vez reparado lo que se pueda, también eso se entrega.

18.6 Soltar sin desentenderse

Queda una última precisión, que evita que todo lo anterior se convierta en una excusa. **Entregar el resultado no significa desentenderse.** No significa dejar de dar seguimiento cuando corresponde, ni dejar de interesarse por las personas, ni cortar la relación con el proyecto o con quien se ha ayudado.

En el capítulo 6 distinguimos entre seguimiento legítimo y revisión compulsiva. La misma distinción se aplica aquí. El seguimiento legítimo existe y es necesario: un médico revisa la evolución de su paciente, un profesor se interesa por el alumno que dejó la escuela, un padre sigue disponible para el hijo que se alejó. Lo que distingue el seguimiento legítimo del control es su forma:

- **Responde a información nueva o a una ocasión real de actuar**, no a la ansiedad.
- **Respeta la libertad del otro**, en lugar de presionarlo.

- **Es proporcionado**: no ocupa toda la vida ni todo el pensamiento.
- **Está disponible sin imponerse**: deja la puerta abierta, pero no fuerza la entrada.

Volvamos a la profesora del comienzo. Después de meses de culpa, habló con una amiga que había trabajado muchos años como trabajadora social. Su amiga la escuchó y le dijo algo que la profesora recordaría siempre: *Hiciste por ese chico lo que pocos habrían hecho. Lo que pase con su vida ya no está en tus manos. Pero lo que hiciste quedó en él, aunque no lo veas.*

La profesora nunca volvió a saber de su alumno. No hubo un final feliz que confirmara el valor de su esfuerzo. Pero algo cambió en ella. Siguió enseñando. Siguió acompañando a alumnos en riesgo, con la misma generosidad y con menos angustia. Siguió rezando, de vez en cuando, por aquel chico, sin pedir saber qué había sido de él. Y aprendió a vivir con una pregunta abierta en el corazón, confiando en que las semillas sembradas no siempre brotan donde uno puede verlas.

PARA LLEVARLO A LA VIDA

1. Piensa en una situación en la que hiciste todo lo que podías y el resultado no fue el esperado. Revisa la lista de la sección 18.1 y reconócete lo que sí hiciste.
2. Pregúntate si en alguna área de tu vida vives con el síndrome del salvador. ¿De qué resultado ajeno te sientes responsable sin que te corresponda?
3. Aplica Rm 12,18 a una relación difícil: ¿qué depende de ti? Haz eso. Y encomienda el resto.
4. Al terminar tu próxima tarea importante, responde las cinco preguntas de la sección 18.5 antes de pasar a otra cosa.

LA LÍNEA EN ESTE CAPÍTULO

LO QUE ME CORRESPONDE	LO QUE ENCOMIENDO A DIOS
Hacer completo lo mío: preparar, actuar, reparar, perseverar	El resultado que depende de otros y de Él
Buscar la paz y la reconciliación "en cuanto dependa de mí"	La respuesta y los tiempos del otro
Sembrar con generosidad y dar seguimiento legítimo	El fruto, que no siempre veré

ORACIÓN

Señor, he trabajado como si todo dependiera de mí, y me he cansado de cargar con lo que no era mío. Te entrego los resultados que no puedo garantizar: las personas que quise ayudar y no pude, las obras que no dieron fruto, las reconciliaciones que no llegaron. Hice lo que pude. Lo demás es tuyo. Hazme fiel, no exitoso. Y que las semillas que sembré broten donde tú quieras, aunque yo no lo vea. Amén.

Hacer todo lo posible no es lo mismo que hacer posible todo.

CAPÍTULO 19

Discernir sin convertir las circunstancias en oráculo

Un hombre de treinta y cuatro años recibe una oferta de trabajo en otra ciudad. El salario es casi el doble del que gana ahora, el puesto es el que siempre había deseado y la empresa es sólida. Pero hay complicaciones. Su esposa tiene un trabajo estable que tendría que dejar y no está convencida de mudarse. Su madre, viuda y con una salud frágil, vive a diez minutos de su casa actual y depende de él para muchas cosas. Sus dos hijos pequeños tendrían que cambiar de escuela.

El hombre reza. Pide a Dios una señal. Esa misma semana ve, en la carretera, un anuncio publicitario con el nombre de la ciudad a la que lo invitan. Un amigo le cuenta, sin saber nada, que acaba de pasar unas vacaciones maravillosas allí. En misa, la lectura del domingo es la del llamado de Abraham: *Sal de tu tierra*. El hombre siente que todo apunta en la misma dirección. Pero su esposa sigue sin estar convencida, y cada vez que piensa en su madre siente un nudo en el estómago.

Este capítulo trata del problema que enfrenta este hombre, que es el problema de todo creyente ante una decisión importante: **¿cómo se discierne la voluntad de Dios?** No en abstracto, sino aquí, ante esta oferta concreta, con esta esposa, esta madre y estos hijos. Los capítulos anteriores han desmontado los atajos falsos: la lectura de señales, la confusión entre facilidad y aprobación, el mito del éxito garantizado. Ahora toca ofrecer un camino verdadero.

19.1 No todos los deseos pesan igual

El primer paso del discernimiento, y el más olvidado, consiste en **clasificar el asunto antes de intentar discernirlo.** No todas las decisiones tienen la misma naturaleza, y no todas requieren el mismo tipo de discernimiento. Tratar un deber moral claro como si fuera una cuestión abierta, o una preferencia legítima como si fuera un mandato divino, conduce a errores graves.

La tradición moral cristiana permite distinguir al menos seis categorías:

CATEGORÍA	QUÉ ES	CÓMO RESPONDER
Deber moral claro	Una obligación evidente: cuidar a los hijos, cumplir un compromiso legítimo, decir la verdad, no dañar injustamente	Cumplirlo, salvo que exista un conflicto real con una obligación superior. No hay nada que discernir
Decisión prudencial	Una elección entre opciones moralmente buenas, con consecuencias importantes	Examinar las opciones, sus consecuencias y las responsabilidades implicadas
Preferencia legítima	Una elección entre bienes equivalentes, sin implicaciones morales graves	Presentarla a Dios sin convertirla en una exigencia absoluta. Elegir con libertad
Apego desordenado	Un deseo que domina la libertad o desplaza deberes superiores	Examinarlo y adoptar medidas concretas para recuperar libertad
Situación incierta	Una decisión en la que falta información esencial	Buscar información, consejo y tiempo cuando sea posible
Presunta instrucción extraordinaria	La convicción de haber recibido un mandato directo de Dios por una vía especial	No asumirla como mandato sin un discernimiento serio, acompañado y proporcionado

Esta clasificación tiene una consecuencia que conviene subrayar. **El discernimiento, en sentido estricto, se aplica a elecciones entre bienes.** San Ignacio de Loyola, el gran maestro del discernimiento, lo dejó claro: no se discierne si hacer el mal o no hacerlo. Si algo es moralmente malo, no hay

nada que discernir. Si algo es un deber claro, tampoco. El discernimiento opera en el amplio territorio de las decisiones prudenciales y de las preferencias legítimas, que es donde transcurre la mayor parte de la vida.

Apliquemos esto al hombre del ejemplo. Su situación no es simple: contiene varias categorías a la vez. Aceptar o no el trabajo es una **decisión prudencial**: ambas opciones son moralmente buenas. Pero dentro de esa decisión hay **deberes morales claros** que no pueden ignorarse: el cuidado de su madre y el bien de su familia, incluida la opinión de su esposa, que no es un obstáculo, sino parte de la decisión. Puede haber también un **apego**, quizá al prestigio o al dinero, que conviene examinar. Y hay una **presunta instrucción extraordinaria** en las señales que cree ver, que requiere especial cautela. Clasificar así su situación ya aclara mucho: le muestra que no puede decidir como si estuviera solo, y que las señales no pueden pesar más que los deberes.

19.2 Ocho criterios antes de leer una señal

Las circunstancias pueden aportar información relevante. No se trata de ignorarlas, sino de ponerlas en su lugar. Antes de interpretar cualquier circunstancia como indicio de la voluntad de Dios, conviene examinar la decisión a la luz de ocho criterios:

1. **La rectitud moral de la acción.** ¿Es esta opción moralmente buena? ¿Implica mentir, dañar a alguien o faltar a un deber?
2. **Los deberes y compromisos existentes.** ¿Es compatible con las responsabilidades que ya he asumido: matrimonio, hijos, padres, trabajo, comunidad?
3. **Las consecuencias previsibles.** ¿Qué efectos razonablemente previsibles tendrá sobre mí y sobre los demás?
4. **La información disponible.** ¿Tengo los datos necesarios para decidir? ¿Qué me falta saber?

5. **La libertad y la dignidad de las personas implicadas.** ¿Respeta esta decisión la libertad de los otros? ¿Han sido escuchados?
6. **La compatibilidad con la caridad.** ¿Esta opción me hace más capaz de amar, o menos?
7. **El consejo prudente.** ¿Qué dicen las personas sabias que me conocen y que conocen la situación?
8. **La posibilidad de actuar sin precipitación.** ¿Hay una urgencia real, o puedo darme tiempo?

Solo después de considerar estos criterios tiene sentido preguntarse qué indican las circunstancias. Y entonces, con frecuencia, ocurre que las circunstancias pierden buena parte de su aparente peso. El hombre del ejemplo había visto un anuncio, había escuchado a un amigo y había oído una lectura. Pero, a la luz de los ocho criterios, la pregunta decisiva no era qué decían esas coincidencias, sino otras: ¿cómo se cuidaría a su madre?, ¿qué pensaba realmente su esposa y por qué?, ¿había una manera de aceptar el trabajo que respetara ambas cosas?

La Providencia no debe utilizarse como sustituto de la razón ni como justificación retrospectiva de cualquier resultado. Dios habla, ciertamente, a través de los acontecimientos. Pero habla también, y con mucha más frecuencia, a través de la conciencia, de la razón, de las responsabilidades y de las personas que tenemos al lado.

19.3 Oración, razón, conciencia y consejo

Una objeción frecuente contra lo anterior es que reduce el discernimiento a un cálculo racional, y deja fuera la oración. ¿No es la voluntad de Dios algo que se descubre rezando, más que pensando?

La respuesta de la tradición católica es que **el discernimiento cristiano no obliga a escoger entre rezar y pensar.** Integra cuatro elementos que se necesitan mutuamente:

- **La oración** ordena las motivaciones, presenta la decisión a Dios y dispone el corazón para recibir luz. Sin oración, el discernimiento se convierte en un simple cálculo de conveniencias.
- **La razón** analiza los hechos, las opciones y las consecuencias. Sin razón, la oración se convierte en una búsqueda de sensaciones o de señales.
- **La conciencia formada** orienta la elección moral. El *Catecismo* la describe como el núcleo más secreto y el santuario del hombre, en el que está solo con Dios (CEC 1776). Pero también recuerda que la conciencia debe ser formada, porque puede errar (CEC 1783-1785).
- **El consejo prudente** aporta perspectivas que uno mismo no había considerado. Nadie es buen juez en su propia causa, y quien decide solo corre el riesgo de confirmar lo que ya quería.

San Ignacio de Loyola describió en sus *Ejercicios espirituales* tres maneras, que él llamó *tiempos*, en que una persona puede llegar a una buena elección. En el **primer tiempo**, Dios mueve la voluntad con tal claridad que la persona no puede dudar. Es raro, y no conviene esperarlo. En el **segundo tiempo**, la persona discierne observando los movimientos interiores de consolación y desolación que experimenta al considerar cada opción. En el **tercer tiempo**, de tranquilidad, la persona usa su razón iluminada por la fe: considera las ventajas y los inconvenientes de cada opción, o se imagina aconsejando a un desconocido en su misma situación, o se imagina en el momento de su muerte preguntándose qué le gustaría haber elegido.

Lo notable es que Ignacio considera el tercer tiempo, el del razonamiento sereno, como un camino plenamente válido para conocer la voluntad de Dios. No es un recurso de segunda categoría para quienes no reciben iluminaciones. Es una de las formas ordinarias en que Dios guía a sus hijos: a través de la inteligencia que Él mismo les dio.

19.4 Nunca decidas lo irreversible en plena tormenta

Hay un principio de discernimiento que, aplicado con constancia, evitaría una gran cantidad de errores en la vida: **no tomar decisiones irreversibles en momentos de intensa alteración emocional, cuando es posible esperar.**

San Ignacio de Loyola lo formuló en una de sus reglas de discernimiento más conocidas: *en tiempo de desolación nunca hacer mudanza*. Es decir, cuando la persona está atravesando un período de tristeza, turbación, confusión o angustia, no debe cambiar las decisiones que tomó cuando estaba serena. La desolación distorsiona la percepción, magnifica los problemas y empuja hacia salidas precipitadas. Lo que parece evidente en medio de la tormenta suele verse muy distinto cuando la tormenta pasa.

El principio vale también en sentido inverso. En momentos de euforia, de entusiasmo intenso o de consolación desbordante, la persona también puede tomar decisiones precipitadas, convencida de una claridad que quizá no tiene. El joven ingeniero del capítulo 9 tomó todas sus decisiones radicales en las dos semanas posteriores a un retiro que lo había conmovido profundamente. Su entusiasmo era sincero, pero no era buen consejero para decisiones irreversibles.

De este principio se sigue una verdad que conviene escuchar con atención, porque contradice una idea muy extendida en la espiritualidad contemporánea: **no toda demora es resistencia.** A veces se presenta la rapidez de respuesta como signo de entrega, y la espera como signo de desconfianza. Pero en muchos casos ocurre al revés. Esperar prudentemente, cuando no hay una urgencia real, es la respuesta responsable. Darse tiempo para reunir información, para escuchar a los implicados, para dejar que las emociones se asienten, no es falta de fe. Es la forma que adopta la fe cuando se ejerce con prudencia.

La entrega puede consistir, en ocasiones, en aceptar que todavía no se dispone de información suficiente para decidir. Y en esperar con paz, en

lugar de forzar una decisión para librarse de la incomodidad de la incertidumbre.

Este principio tiene, desde luego, sus límites. Hay decisiones que no pueden esperar: una emergencia médica, una situación de peligro, un plazo legal ineludible. En esos casos hay que decidir con la información disponible, y hacerlo no es imprudencia. Pero son menos frecuentes de lo que la ansiedad nos hace creer. La mayoría de las decisiones importantes de la vida admiten un tiempo de reflexión, y ese tiempo, bien usado, es un don.

Pero conviene decir también lo contrario, para que este principio no se convierta en una coartada. Si no toda demora es resistencia, **algunas demoras sí lo son**. Cuando el discernimiento ya está hecho, cuando la convicción ha resistido el paso del tiempo y la calma, cuando personas prudentes la han confirmado y lo único que queda son las mismas razones de siempre para no actuar, la espera ha dejado de ser prudencia y se ha convertido en miedo. En ese punto ya no corresponde deliberar más, sino dar el salto de fe que describe el capítulo 11. Discernir en la calma y saltar con decisión no son actitudes opuestas. Son dos momentos del mismo camino.

19.5 El acompañamiento espiritual

El último elemento del discernimiento es, quizá, el más importante y el más descuidado: **no discernir solo.**

La tradición cristiana ha valorado siempre el acompañamiento espiritual: la relación con una persona experimentada en la vida del Espíritu que ayuda a otra a discernir, a formar su conciencia, a identificar sus puntos ciegos y a examinar sus decisiones. Los Padres del desierto lo practicaban. Los grandes maestros espirituales lo recomendaron sin excepción. San Ignacio construyó sus Ejercicios sobre la figura de quien los da, que acompaña al ejercitante.

La razón es sencilla: **nadie se ve a sí mismo con total claridad.** Todos tenemos apegos que no reconocemos, miedos que no nombramos, deseos que se disfrazan de razones. Un buen acompañante, desde fuera, puede ver

lo que nosotros no vemos. No porque sea más santo, sino porque no está implicado en la decisión.

Para que el acompañamiento sea fecundo, conviene buscar a una persona con ciertas características:

- **Prudente**: que no se precipite en sus juicios ni imponga sus propias preferencias.
- **Debidamente formada**: que conozca la vida espiritual, la doctrina de la Iglesia y, en lo posible, la psicología humana.
- **Fiel a la enseñanza de la Iglesia**: que no proponga caminos idiosincráticos o desviados.
- **Respetuosa de la libertad**: que ayude a discernir, pero no decida por la persona.

Esta última característica es esencial. **El acompañamiento no debe sustituir la propia responsabilidad moral ni convertir al acompañante en dueño de las decisiones personales.** Un buen acompañante ayuda a ver, pregunta, ilumina, a veces aconseja. Pero la decisión es siempre de la persona.

Por eso conviene desconfiar con firmeza de cualquier relación de acompañamiento, o de cualquier grupo religioso, que exija:

- **Obediencia ciega**, sin posibilidad de preguntar o discrepar.
- **Aislamiento** de la familia, de los amigos o de otras fuentes de consejo.
- **Secreto indebido**, como no poder hablar con nadie de lo que ocurre en el acompañamiento.
- **Entrega de bienes bajo presión** o decisiones económicas impuestas.
- **Aceptación de conductas abusivas** en nombre de una supuesta misión divina o de una supuesta santidad superior.

Estas señales indican abuso espiritual, y no deben tolerarse, por elevado que sea el lenguaje religioso que las acompañe. Volveremos sobre este tema en el capítulo 32.

Finalmente, conviene recordar que el acompañamiento espiritual no lo resuelve todo. **Cuando el problema principal es psicológico, médico, jurídico o de seguridad, debe recurrirse también a la ayuda profesional competente.** Un acompañante espiritual no sustituye a un psiquiatra ante una depresión grave, ni a un abogado ante un conflicto legal, ni a la policía ante una situación de violencia.

Volvamos al hombre del comienzo. Después de unas semanas de inquietud, habló con un sacerdote que conocía a su familia. El sacerdote no le dijo qué hacer. Le hizo preguntas. ¿Qué pensaba exactamente su esposa, y por qué? ¿Había hablado con ella sin intentar convencerla? ¿Qué pasaría con su madre? ¿Había alternativas, como negociar un período de transición o trabajar a distancia algunos días? ¿Qué pesaba más en su deseo, el trabajo en sí o el reconocimiento que le daría? Y, sobre las señales, le dijo con una sonrisa: *Dios no suele hablar a través de anuncios de carretera. Suele hablar a través de tu esposa.*

El hombre volvió a conversar con su esposa, esta vez para escucharla. Descubrió que su resistencia no era capricho: tenía miedo de que la mudanza dejara sola a su suegra, a la que quería mucho. Juntos negociaron con la empresa un plan de transición de un año, con trabajo parcial a distancia, mientras organizaban el cuidado de la madre. No fue la solución perfecta, pero fue una decisión tomada en verdad, en caridad y en libertad. Las señales, al final, no decidieron nada. Lo decidieron él y su esposa, rezando y pensando juntos.

PARA LLEVARLO A LA VIDA

1. Elige una decisión que tengas pendiente y clasifícala con la tabla de la sección 19.1. ¿Contiene varias categorías a la vez?

2. Aplica a esa decisión los ocho criterios de la sección 19.2 antes de considerar cualquier señal o circunstancia.
3. Prueba uno de los métodos del tercer tiempo ignaciano: imagina que un desconocido te pide consejo sobre tu misma situación. ¿Qué le dirías?
4. Pregúntate si tienes a alguien que te acompañe espiritualmente. Si no lo tienes, piensa en una persona prudente con quien podrías hablar de tus decisiones importantes.

LA LÍNEA EN ESTE CAPÍTULO

LO QUE ME CORRESPONDE	LO QUE ENCOMIENDO A DIOS
Clasificar, informarme, rezar, razonar y pedir consejo	La luz que solo Él puede dar
Esperar cuando no hay urgencia y no decidir en la tormenta	El momento en que la decisión se vuelva clara
Tomar la decisión y asumirla	Los frutos de una decisión tomada con rectitud

ORACIÓN

Señor, no sé qué hacer, y he querido que me lo dijeras con señales para no tener que decidir. Perdóname. Dame luz en la oración, claridad en la razón, rectitud en la conciencia y humildad para pedir consejo. Si tengo que esperar, dame paciencia. Si tengo que decidir, dame valor. Y una vez decidido, dame paz para dejar en tus manos lo que venga. Amén.

No toda demora es resistencia; a veces esperar es obedecer.

CAPÍTULO 20

El miedo, la paz y las emociones

Una mujer de cuarenta y siete años sabe desde hace meses que tiene que hablar con su hermano mayor. Él administra el dinero de la madre de ambos, una mujer de ochenta y cinco años con demencia avanzada, y hay movimientos en las cuentas que no se explican. Gastos que no corresponden a la madre. Retiros sin justificación. La mujer no quiere acusar a nadie, pero tampoco puede seguir mirando hacia otro lado.

Cada vez que piensa en esa conversación, siente que le falta el aire. Su hermano siempre ha sido dominante, y desde niña ha tenido miedo de contradecirlo. Imagina su reacción: la ira, las acusaciones, quizá la ruptura definitiva de la relación. Ha preparado la conversación decenas de veces en su cabeza. Y cada vez la ha aplazado. Se dice que no es el momento, que tal vez está exagerando, que no quiere causar un problema en la familia. Pero sabe, en el fondo, que lo que la frena no es la prudencia. Es el miedo.

Este capítulo examina el lugar que ocupan el miedo y las demás emociones en la vida espiritual y en el discernimiento. Es un tema decisivo, porque las emociones influyen en nuestras decisiones mucho más de lo que reconocemos, y porque existen dos errores opuestos sobre ellas: obedecerlas ciegamente o despreciarlas por completo.

20.1 El miedo informa, no gobierna

La primera verdad sobre el miedo es que **no es un enemigo.** Es una emoción natural, que forma parte del equipamiento con el que Dios creó al ser humano. Su función es protegernos: nos advierte de peligros, nos hace prudentes, nos impide exponernos a riesgos innecesarios. Una persona que nunca sintiera miedo no sería valiente, sino temeraria, y probablemente no viviría mucho.

Por eso el miedo merece atención. Puede advertir de un peligro real, señalar una incertidumbre legítima o reflejar una experiencia dolorosa del pasado que conviene tener en cuenta. Ignorarlo por completo sería imprudente.

Pero el miedo tiene un defecto que lo hace mal consejero si se le deja gobernar: **no distingue bien entre lo real y lo imaginado.** Reacciona con la misma intensidad ante un peligro presente que ante uno que solo existe en la imaginación. Magnifica las consecuencias, anticipa lo peor y presenta las posibilidades más negativas como certezas. Por eso, quien obedece ciegamente al miedo termina evitando no solo los peligros reales, sino también muchas acciones buenas y necesarias que el miedo presenta como amenazas.

La recomendación, entonces, no es eliminar el miedo a voluntad, cosa que en la mayoría de los casos es imposible. Es **impedir que el miedo determine automáticamente las decisiones.** El miedo debe ser examinado, no obedecido ciegamente ni rechazado de antemano. Es una voz que hay que escuchar en el consejo de la conciencia, pero no la que debe tener la última palabra.

La Escritura es muy consciente de esta realidad. La expresión *no temas* aparece una y otra vez a lo largo de toda la Biblia: en boca de Dios a Abraham, a Moisés, a Josué, a los profetas; en boca del ángel a María y a José; en boca de Jesús a sus discípulos. No es una orden de dejar de sentir miedo, que sería imposible de cumplir. Es una invitación a no dejar que el

miedo gobierne, porque Dios está presente. El *no temas* bíblico casi siempre va acompañado de una razón: *porque yo estoy contigo*.

20.2 Seis pasos ante un temor

Para convertir esta actitud en una práctica concreta, se puede seguir un procedimiento sencillo de seis pasos ante cualquier temor que esté influyendo en una decisión.

1. Nombrar el temor con precisión. El miedo difuso es más poderoso que el miedo nombrado. No basta con decir "tengo miedo". Hay que decir de qué: *tengo miedo de que mi hermano se enfurezca y rompa la relación conmigo*.

2. Identificar si existe un riesgo real que requiere medidas concretas. Algunos miedos señalan peligros verdaderos. Si el hermano tuviera antecedentes de violencia, por ejemplo, la conversación requeriría medidas de protección. Conviene distinguir lo que el miedo señala de real.

3. Distinguir ese riesgo de las consecuencias imaginadas que no pueden darse por seguras. El miedo suele presentar lo posible como seguro. *Se enfurecerá y nunca más me hablará.* Tal vez. O tal vez se enfade y después reflexione. O tal vez tenga una explicación. Lo imaginado no es lo real.

4. Determinar qué acción prudente corresponde. Una vez separado el riesgo real del imaginado, se puede decidir qué hacer con responsabilidad: cómo, cuándo, con quién, con qué preparación.

5. Realizarla aunque permanezca cierta incomodidad. Este es el paso decisivo. El miedo no suele desaparecer antes de actuar. Con frecuencia, solo disminuye después. Esperar a no tener miedo para actuar es condenarse a no actuar nunca.

6. Encomendar a Dios el resultado. Lo que ocurra después de haber actuado con prudencia ya no depende de uno. Se entrega.

Este procedimiento no garantiza que el miedo desaparezca, ni que las cosas salgan bien. Garantiza algo más modesto y más importante: que el miedo no decida por nosotros.

20.3 Caso: la conversación difícil

Apliquemos el procedimiento a la mujer del comienzo.

El **temor nombrado** es claro: que su hermano reaccione con ira, que la acuse de desconfiar de él, que la relación se rompa.

El **riesgo real** existe, pero tiene límites. Su hermano es dominante y probablemente se enfadará. La relación puede deteriorarse. Pero no hay antecedentes de violencia, y la mujer no está en peligro físico. Por otra parte, hay otro riesgo real que el miedo le ha impedido ver: si no habla, su madre puede seguir siendo perjudicada. Y su madre, con demencia, no puede defenderse.

Las **consecuencias imaginadas** son muchas: que el hermano no le vuelva a hablar nunca, que el resto de la familia se ponga de su lado, que ella quede como la mala. Algunas pueden ocurrir. Ninguna es segura.

La **acción prudente** no es una confrontación improvisada, sino una conversación preparada. Puede reunir la documentación de los movimientos bancarios. Puede pedir consejo a alguien de confianza, quizá a un abogado, sobre sus derechos y los de su madre. Puede elegir un momento y un lugar adecuados, sin otras personas presentes. Puede preparar sus palabras para que no suenen a acusación, sino a pregunta: *He visto estos movimientos y no los entiendo. ¿Me puedes explicar?* Puede decidir de antemano qué hará si la explicación no es satisfactoria.

Luego viene el paso difícil: **hablar, aunque tenga miedo**. Lo más probable es que, al sentarse frente a su hermano, le tiemblen las manos. No importa. La valentía no es la ausencia de temblor.

Y finalmente, **encomendar el resultado**. Ella no controla cómo reaccionará su hermano. Puede que se enfade, puede que se avergüence, puede que haya una explicación que ella no conocía. Lo que ella sí con-

trola es haber hablado con verdad, con respeto y con amor por su madre. El resto lo pone en manos de Dios.

El abandono no exige que la mujer deje de sentir temor ni que se exponga imprudentemente. Le pide algo distinto: que se prepare, que busque consejo, que elija el momento adecuado, que hable con respeto, y que acepte que no controla por completo la respuesta de su hermano. **La confianza cristiana no consiste en no temer nunca; consiste en no permitir que el temor desplace automáticamente a la verdad, la caridad y la responsabilidad.**

20.4 La paz no es ausencia de emoción

Si el miedo es un mal consejero cuando gobierna, la paz parecería ser el mejor de los consejeros. En muchos ambientes espirituales se repite una regla sencilla: *si sientes paz, es de Dios; si sientes inquietud, no lo es.* La paz interior se convierte así en el termómetro de la voluntad divina.

Esta regla contiene una verdad, pero formulada de manera tan simple se vuelve peligrosa. Para comprender por qué, conviene empezar por una pregunta: ¿qué es la paz cristiana?

Jesús, en la última cena, dice a sus discípulos: *La paz les dejo, mi paz les doy. No se la doy como la da el mundo* (Jn 14,27). Y San Pablo habla de *la paz de Dios, que supera todo entendimiento* (Flp 4,7). Ambas expresiones sugieren que la paz cristiana es algo distinto de la tranquilidad emocional. No es la paz del mundo, que consiste en la ausencia de conflicto y de inquietud. Es una paz que *supera el entendimiento*, que puede coexistir con circunstancias que, humanamente, no tienen nada de pacíficas.

El propio Jesús lo muestra. Pocos días antes de su pasión, dice en voz alta: *Ahora mi alma está turbada* (Jn 12,27). En Getsemaní siente angustia de muerte. En la cruz grita. Y sin embargo, nadie diría que Jesús vivió esos momentos sin la paz del Padre. Su paz no era ausencia de turbación, sino una confianza profunda que sostenía la turbación desde dentro.

De aquí se sigue una verdad muy importante para el discernimiento: **la paz cristiana no debe evaluarse exclusivamente por el estado emocional de un momento.** Una persona puede estar angustiada y, sin embargo, actuar con fidelidad. Puede experimentar tristeza después de una renuncia legítima. Puede sentir miedo ante una decisión necesaria y correcta. La mujer del ejemplo, cuando por fin hable con su hermano, probablemente sentirá cualquier cosa menos tranquilidad. Y eso no significará que esté haciendo algo contrario a la voluntad de Dios.

20.5 Los sentimientos no son veredictos

La regla de "si sientes paz, es de Dios" tiene un segundo problema, más sutil que el anterior. **La sensación de paz puede tener orígenes muy diversos, y no todos son espirituales.**

Piénsese, por ejemplo, en la paz que se siente al evitar una conversación difícil. Cuando la mujer del ejemplo decide aplazar una vez más la conversación con su hermano, siente un alivio inmediato. Ese alivio se parece mucho a la paz. Pero no es la paz de Dios: es simplemente el alivio de haber evitado algo que daba miedo. Si confundiera ambas cosas, concluiría que Dios no quiere que hable con su hermano. Y su madre seguiría siendo perjudicada.

O piénsese, en sentido inverso, en la inquietud que acompaña a muchas decisiones buenas. El hombre del capítulo anterior sentía un nudo en el estómago cada vez que pensaba en su madre. Esa inquietud no indicaba que la oferta de trabajo fuera mala. Indicaba que había un deber que todavía no había resuelto. Era información, no un veredicto.

San Ignacio de Loyola, que dedicó buena parte de sus reglas de discernimiento a las mociones interiores, conocía muy bien este problema. Por eso distinguió entre la **consolación verdadera** y la **consolación falsa**, y advirtió que el mal espíritu puede disfrazarse de ángel de luz, ofreciendo sentimientos agradables que conducen a fines malos. También enseñó que, para discernir una consolación, hay que mirar no solo cómo

empieza, sino hacia dónde lleva: si el proceso entero termina en algo bueno o en algo que aleja de Dios.

Todo esto lleva a una conclusión práctica clara: **las emociones merecen atención, pero no constituyen por sí solas un veredicto sobre la rectitud de una decisión.** Son datos importantes, que hay que escuchar y examinar. Pero deben ponerse en relación con los demás criterios del discernimiento: la oración, la razón, la conciencia bien formada, los principios morales y el consejo prudente.

La paz puede acompañar el discernimiento, y cuando acompaña a una decisión tomada con rectitud, es un don precioso. Pero **la paz no reemplaza los criterios del discernimiento.** Llega, muchas veces, después de haber decidido bien, no antes. Y a veces tarda en llegar.

Volvamos, para terminar, a la mujer del comienzo. Siguió los pasos. Reunió la documentación, habló con un abogado, eligió un domingo por la tarde en casa de su hermano, preparó sus palabras. Cuando se sentó frente a él, le temblaban las manos. Le hizo la pregunta. Él se enfureció, como ella había previsto. La acusó de desconfiar, de querer quedarse con la herencia, de no saber lo que era cuidar a una madre enferma. Ella no respondió a las acusaciones. Repitió con calma que solo quería entender los movimientos de la cuenta.

La conversación terminó mal. Durante semanas, su hermano no le habló. Pero algo cambió. Los movimientos sospechosos dejaron de aparecer. Y meses después, en una visita a su madre, su hermano le dijo en voz baja, sin mirarla, que había pasado por un mal momento económico y que lo sentía. No fue una reconciliación plena. Pero fue un comienzo.

Ella no sintió paz el día de la conversación. Sintió miedo, tristeza y un enorme cansancio. La paz llegó después, poco a poco, con la conciencia de haber hecho lo que debía. No fue la paz del alivio. Fue la paz de la fidelidad.

PARA LLEVARLO A LA VIDA

1. Identifica un temor que esté influyendo en alguna decisión que tienes pendiente. Aplícale los seis pasos de la sección 20.2 por escrito.
2. Recuerda una ocasión en que confundiste el alivio de evitar algo difícil con la paz de Dios. ¿Qué consecuencias tuvo?
3. Recuerda una decisión correcta que tomaste con miedo o con tristeza. Reconócela como un acto de fidelidad.
4. La próxima vez que sientas "paz" ante una decisión, pregúntate: ¿es la paz de haber decidido bien, o el alivio de haber evitado algo?

LA LÍNEA EN ESTE CAPÍTULO

LO QUE ME CORRESPONDE	LO QUE ENCOMIENDO A DIOS
Escuchar y examinar mis emociones sin obedecerlas ciegamente	El miedo que no desaparece cuando quiero
Actuar con prudencia aunque persista la incomodidad	La reacción de los demás ante lo que digo o hago
Discernir con todos los criterios, no solo con la sensación	La paz que llega después, a su tiempo

ORACIÓN

Señor, tengo miedo, y a veces mi miedo decide por mí. Otras veces confundo el alivio de huir con tu paz. Enséñame a escuchar mis emociones sin dejarme gobernar por ellas. Dame valor para hacer lo que debo, aunque me tiemblen las manos. Y cuando haya hecho lo que me correspondía, dame tu paz, la que el mundo no puede dar. No temas, me dices. Porque tú estás conmigo. Amén.

La valentía no es la ausencia de temblor, sino la fidelidad a pesar de él.

Inventar explicaciones

La Parte V ha afirmado que Dios gobierna la historia con sabiduría y amor, y que podemos confiar en su Providencia. Esa afirmación tiene una tentación asociada, muy frecuente entre creyentes sinceros: la de **explicar** cada acontecimiento como si conociéramos su razón. *Perdiste el trabajo porque Dios tenía algo mejor para ti. Tu hijo enfermó para que tu familia se uniera. Ese accidente pasó para que aprendieras a valorar la vida.*

Estas explicaciones suelen pronunciarse con buena intención, para consolar. Pero tienen tres problemas graves.

El primero es que no sabemos si son verdad. No siempre podemos saber por qué ocurrió una pérdida, por qué fracasó un proyecto o por qué una persona atravesó determinada prueba. Afirmarlo con seguridad es atribuirse un conocimiento que solo Dios tiene. El *Catecismo* recuerda que solo al final, cuando veamos a Dios cara a cara, conoceremos plenamente los caminos de su Providencia (CEC 314).

El segundo es que convierten las interpretaciones personales en supuestas revelaciones. Cuando alguien dice "Dios permitió esto para…", está hablando en nombre de Dios. Y hablar en nombre de Dios sin fundamento es algo que la Escritura toma muy en serio. Al final del libro de Job, después de capítulos enteros en que sus amigos le explican las razones de su sufrimiento, Dios mismo les dice que no han hablado

bien de Él (Jb 42,7). Lo que irrita a Dios no son las preguntas desesperadas de Job, sino las respuestas seguras de sus amigos.

El tercero es que pueden herir profundamente a quien sufre. Decirle a una madre que su hijo murió "porque Dios lo necesitaba en el cielo" puede sonar piadoso, pero presenta a Dios como alguien que arrebata hijos a sus madres. Decirle a una persona que su enfermedad es una prueba para fortalecerla puede hacerla sentir que debe agradecer lo que la destruye. Estas explicaciones no consuelan: añaden al dolor la carga de tener que aceptar una interpretación que no se entiende.

La alternativa no es el silencio indiferente, sino una **humildad compasiva**. Podemos confiar en que Dios puede obrar para el bien sin afirmar que conocemos la razón específica de un acontecimiento. Podemos acompañar a quien sufre sin explicarle su sufrimiento. Podemos decir, con toda verdad, *no sé por qué pasó esto, pero sé que Dios no te ha abandonado.* Esa frase consuela más que cualquier explicación, porque no exige nada a quien la escucha.

Esto no contradice lo dicho sobre la medicina del Padre (sección 17.5). Esa lectura es legítima, pero solo puede hacerla cada uno sobre su propia vida, en la oración y con el tiempo; nunca debe imponerse desde fuera a quien sufre, y menos aún como explicación inmediata de su dolor.

La Parte VI, que viene a continuación, entrará en el terreno del sufrimiento más hondo. Esta advertencia es su umbral necesario.

No necesitas entender por qué ocurrió algo para confiar en que Dios sigue ahí.

VI

PARTE VI

Cuando todo se rompe

El sufrimiento, la fractura y la vida nueva

La Parte VI entra en el territorio más delicado de todo el libro: el sufrimiento. La pérdida, la enfermedad, la ruptura, la injusticia, el derrumbe de lo que parecía firme. Es el lugar donde las espiritualidades del abandono suelen fallar, ya sea por exceso de explicaciones o por falta de compasión. Por eso estos capítulos avanzan con cuidado. El capítulo 21 aborda la crisis de identidad que produce una pérdida profunda. El capítulo 22 establece la distinción indispensable entre lo que Dios permite y lo que Dios causa. El capítulo 23 pone la seguridad y la recuperación por delante de cualquier interpretación espiritual, y distingue la cruz que se acepta y el sacrificio que se ofrece de la búsqueda del dolor. Y el capítulo 24 presenta la esperanza cristiana de una vida nueva, distinguiéndola de la simple capacidad de rehacerse, y termina ante la última frontera: la muerte, vivida como la entrega definitiva en los brazos del Padre.

Una palabra antes de empezar. Si estás atravesando en este momento una situación de peligro, de violencia, de sufrimiento psicológico intenso o de pensamientos de hacerte daño, deja este libro por ahora y busca ayuda: una persona de confianza, un médico, un servicio de emergencias o una línea de atención en crisis de tu país. Lo que sigue puede acompañarte después. Primero, ponte a salvo.

La noche en el desierto

La ciudad junto al mar era más grande, más ruidosa y más indiferente de lo que el caminante había imaginado. Llegó un martes por la mañana, con la ropa gastada y la mochila medio vacía, y pasó la primera semana recorriendo talleres. Nadie conocía el nombre de la persona que figuraba en la carta perdida, y aunque lo hubieran conocido, la carta ya no existía. En los talleres grandes le decían que no necesitaban a nadie. En los pequeños, que no podían pagar. En uno le ofrecieron trabajo a cambio de comida, barriendo el suelo. Aceptó durante unos días, hasta que el dueño encontró a alguien más joven.

La segunda semana durmió en el puerto. Una noche, mientras dormía, le robaron la bolsa del dinero y el trapo con las herramientas. Cuando despertó, buscó entre las cajas y los callejones durante horas. No encontró nada. Los ladrones solo habían dejado una cosa: la llave de hierro de su casa, que debió de parecerles inservible.

Esa tarde salió de la ciudad sin saber adónde iba. Caminó hacia el sur, por donde la costa se volvía arena y la arena se volvía desierto. Caminó hasta que se hizo de noche y ya no pudo más. Se tumbó en una duna, con el mar a lo lejos y el cielo lleno de estrellas.

No tenía dinero. No tenía herramientas. No tenía carta, ni puesto, ni nombre en aquella ciudad. Todo lo que había llevado al salir de casa, todo lo que había protegido en la montaña, en el río y en la llanura, había des-

aparecido. Y con ello, sin que pudiera evitarlo, se había ido también la imagen que tenía de sí mismo: la del artesano que iba a ser alguien.

Por primera vez en su vida, se preguntó quién era.

No encontró respuesta. Durante horas, no encontró nada. Solo el frío, el ruido lejano del mar y un vacío que no se parecía a ningún otro que hubiera sentido. No rezó, porque no sabía qué decir. No lloró, porque estaba demasiado cansado. Simplemente se quedó allí, tumbado, con los ojos abiertos.

Hacia la madrugada, sin darse cuenta, abrió la mano derecha. La llave estaba ahí, en la palma. Era lo único que le quedaba. Una llave de hierro, vieja, demasiado grande para el bolsillo, que abría la puerta de una casa al final de un camino de tierra, a muchas semanas de distancia.

La miró durante mucho tiempo, a la luz de las últimas estrellas. Y entonces, por primera vez desde que salió, pensó en su casa sin vergüenza. Pensó en el limonero del patio, en el olor del taller, en los vecinos que llegaban con una silla rota diciendo *ya sé que es poca cosa*. No supo si eso era una nostalgia o una pregunta. Solo supo que, en medio de la noche, aquella llave era lo único que todavía le decía quién era.

Cerró los ojos con la mano abierta. Y durmió.

CAPÍTULO 21

¿Quién soy cuando pierdo lo que creía indispensable?

Durante treinta y un años, un hombre fue director financiero de la misma empresa. Entró a los veintisiete como analista, ascendió paso a paso y llegó a ser una de las personas más respetadas de la organización. Su tarjeta de presentación, su lugar en el estacionamiento, su asiento en el consejo, su nombre en los correos de toda la empresa: todo eso formaba parte de su vida tanto como su familia.

A los cincuenta y ocho años, tras una fusión, la empresa prescindió de él. Le dieron una indemnización generosa y una carta de agradecimiento. Le quedaban años de vida activa y no tenía problemas económicos.

Y sin embargo, durante los meses siguientes, vivió una de las experiencias más difíciles de su vida. Se despertaba a las seis de la mañana, como siempre, y no tenía adónde ir. Evitaba encontrarse con los vecinos para no tener que explicar qué hacía. En las reuniones familiares, cuando alguien le preguntaba a qué se dedicaba, no sabía qué responder. Empezó a dormir mal, a beber un poco más de la cuenta, a sentir una tristeza que no entendía. Había perdido un trabajo. Pero lo que sentía era que había perdido algo mucho más grande: **había dejado de saber quién era.**

Este capítulo se ocupa de esa experiencia, que es una de las formas más comunes del sufrimiento humano: la crisis de identidad que produce

una pérdida profunda. Le ocurre al profesional que pierde su puesto, a la madre cuyos hijos se van de casa, al deportista que se lesiona, a la persona que recibe un diagnóstico grave, al que se divorcia, al que envejece. En todos los casos, algo que parecía formar parte de uno mismo desaparece, y con ello se tambalea la respuesta a la pregunta más elemental: *¿quién soy?*

21.1 La crisis como revelación

Hay experiencias que alteran profundamente la estructura de la vida. Una pérdida, una enfermedad, una ruptura, un fracaso, una injusticia, el derrumbe de una identidad construida alrededor de determinadas seguridades. En esos momentos, la persona descubre algo que quizá nunca había advertido: **aquello sobre lo que había depositado su confianza no podía sostenerla de la manera que imaginaba.**

El director financiero nunca se había considerado una persona apegada a su cargo. Si alguien le hubiera preguntado, habría respondido con sinceridad que lo más importante en su vida era su familia y su fe. Y era verdad, en un sentido. Pero la pérdida del trabajo reveló que, en otro sentido más profundo e inconsciente, su identidad descansaba en buena medida sobre su posición. No lo sabía hasta que la perdió.

Esta es una de las funciones, dolorosas pero reales, que pueden cumplir las crisis: **revelar**. Mostrar lo que estaba oculto. En la Parte II examinamos los apegos desordenados y vimos que su característica más notable es que casi nunca se ven a sí mismos como apegos. Se presentan como responsabilidad, como sentido común, como prudencia. Las crisis tienen el poder de quitarles el disfraz. Cuando el bien al que estábamos apegados desaparece, el apego queda al descubierto, porque el dolor que produce su pérdida es desproporcionado respecto del bien mismo.

El director financiero tenía dinero suficiente, una familia que lo quería y muchos años por delante. La pérdida del trabajo, objetivamente, no ponía en riesgo nada esencial. Y sin embargo lo sentía como una ame-

naza a su existencia. Esa desproporción era la revelación: le mostraba que había convertido su cargo en un fundamento de su identidad que no podía soportar ese peso.

Conviene subrayar algo, para no caer en una lectura cruel de esta verdad. **Que una crisis pueda revelar un apego no significa que la crisis haya ocurrido para revelarlo.** No decimos que Dios hizo que este hombre perdiera su trabajo para enseñarle algo. Decimos que, una vez que la pérdida ocurrió, puede convertirse en ocasión de descubrimiento. La diferencia es enorme, y el capítulo siguiente la examinará con detenimiento.

21.2 Siete preguntas para la noche

Cuando una crisis revela que una seguridad había ocupado un lugar desproporcionado, la persona puede verse confrontada con una pregunta radical: *¿quién soy cuando ya no puedo conservar aquello que consideraba indispensable?*

Esta pregunta, en sí misma, no tiene respuesta inmediata. Pero puede desplegarse en otras más concretas, que ayudan a atravesar la noche sin hundirse en ella. Las siete que siguen no son un cuestionario para responder de una vez, sino preguntas para ir haciendo, despacio, a lo largo de semanas o meses:

1. **¿Había convertido este bien en una condición absoluta de mi felicidad?** Es la pregunta por el apego. No para culparse, sino para comprender.
2. **¿Estaba buscando en él una seguridad que ninguna realidad creada puede garantizar?** Es la pregunta por el fundamento. Ningún trabajo, ninguna relación, ninguna salud puede dar la seguridad última que solo Dios da.
3. **¿Qué aspectos de mi identidad dependían excesivamente de esta circunstancia?** Es la pregunta por la imagen de uno mismo. ¿Qué parte de quien yo creía ser se ha ido con lo que perdí?

4. **¿Qué responsabilidades siguen correspondiéndome?** Es la pregunta por la línea. La pérdida no anula todos los deberes. Algunos permanecen, y atenderlos es una manera de seguir en pie.
5. **¿Qué puedo reparar, reconstruir o aprender?** Es la pregunta por lo posible. No todo está perdido. Hay cosas que todavía se pueden hacer.
6. **¿Qué debo aceptar que no puedo cambiar?** Es la pregunta por lo irreversible. Hay pérdidas que no tienen vuelta atrás, y aceptarlas es parte de la sanación.
7. **¿Cómo puedo vivir esta situación sin renunciar a la verdad, la dignidad y la caridad?** Es la pregunta por la manera de atravesar la noche, no por cómo salir de ella.

Estas preguntas no deben formularse como una exigencia, ni mucho menos al día siguiente de la pérdida. Hay un tiempo para el impacto, un tiempo para el dolor y un tiempo para la reflexión. Pretender saltarse los dos primeros para llegar directamente al tercero es otra forma del puño cerrado: querer controlar el propio duelo. Las preguntas llegan cuando llegan, y conviene acogerlas con paciencia.

21.3 Separar la dignidad de la circunstancia perdida

De todas las verdades que pueden sostener a una persona en una crisis de identidad, hay una que merece un lugar central: **la dignidad de la persona no depende de la circunstancia que ha perdido.**

Esta verdad es fácil de enunciar y muy difícil de vivir. Porque cuando se pierde algo que formaba parte de la identidad, lo que se siente es precisamente lo contrario: que con ello se ha perdido también el valor propio. El fracaso profesional hace sentir inútil. La ruptura hace sentir indigno de amor. La enfermedad hace sentir dependiente y, por tanto, menos persona. El error grave hace sentir que uno es su error.

Para deshacer esta confusión, conviene **distinguir tres realidades que la crisis tiende a mezclar**:

- **El hecho**: lo que ocurrió. Perdí mi trabajo. Mi matrimonio terminó. Me diagnosticaron una enfermedad. Cometí un error grave.
- **Sus consecuencias**: lo que el hecho produce. Tengo menos ingresos. Vivo solo. Tengo limitaciones físicas. Hay personas dañadas por mi error.
- **La totalidad de la persona**: quien soy, más allá del hecho y de sus consecuencias. Hijo de Dios, amado, llamado a la comunión, con una historia que no se reduce a este episodio.

La crisis tiende a fundir las tres realidades en una sola: *perdí mi trabajo, luego soy un fracasado.* Distinguirlas permite una respuesta más verdadera: *perdí mi trabajo; eso tiene consecuencias reales que debo atender; pero yo no soy mi trabajo.*

Esta distinción **no elimina la responsabilidad**, cuando la hay. Si la pérdida fue consecuencia de un error propio, la persona debe reconocerlo, repararlo en lo posible y aprender. Pero puede asumir esa responsabilidad sin convertir el error en una sentencia absoluta sobre su dignidad. Pedro negó a Jesús tres veces, y su negación fue real y grave. Pero Pedro no era su negación. Era el discípulo a quien Jesús, después de la Resurrección, volvió a preguntar si lo amaba.

La respuesta cristiana a una crisis de identidad puede incluir arrepentimiento, reparación, aceptación de límites y reconstrucción de hábitos. Pero todo eso se hace desde una certeza que la crisis no puede tocar: **la persona sigue llamada a la comunión con Dios.** Esa llamada no dependía del cargo, ni de la salud, ni del matrimonio, ni del éxito. Por eso no se pierde cuando ellos se pierden.

21.4 La crisis no da respuestas automáticas

Algunos libros de espiritualidad, y muchos de autoayuda, presentan las crisis como oportunidades de crecimiento casi garantizadas. *Toda crisis es una oportunidad. Lo que no te mata te hace más fuerte. Después de la tormenta siempre sale el sol.* Estas frases tienen algo de verdad, pero presentadas así son engañosas y, para quien está sufriendo, pueden resultar crueles.

Es verdad que una crisis puede dar frutos. Una persona puede descubrir una dependencia excesiva del éxito, aprender a pedir ayuda, reconocer sus límites o desarrollar una compasión que antes no tenía. Puede encontrar una nueva forma de servir después de perder una posición. Puede aprender a vivir con más humildad después de reconocer un error. Puede descubrir una libertad interior que no había desarrollado mientras sus seguridades permanecían intactas. Todo esto es real, y la tradición cristiana lo ha visto ocurrir muchas veces.

Pero **estos frutos son posibles, no automáticos.** La crisis no produce por sí misma ninguna transformación. Solo crea las condiciones en que una transformación puede ocurrir, o no. Y con la misma frecuencia, el sufrimiento produce otras cosas: confusión, miedo, tristeza profunda, resentimiento, aislamiento, heridas que tardan años en sanar, o que no sanan del todo. No todas las personas reaccionan igual ante una pérdida, ni atraviesan los mismos procesos, ni salen fortalecidas.

Por eso, **la espiritualidad cristiana no debe imponer una interpretación uniforme del dolor**, ni exigir que una persona identifique de inmediato una lección en lo que ha sufrido. Decirle a alguien que acaba de perder su trabajo que “esto es una oportunidad” puede ser verdad a largo plazo, pero en ese momento suena a negación de su dolor. Lo que la persona necesita, al principio, no es una interpretación, sino compañía.

Conviene, además, estar atentos a las señales de que una crisis está produciendo un daño que requiere atención específica. El director finan-

ciero empezó a dormir mal, a beber más de la cuenta y a sentir una tristeza persistente. Estas señales no deben espiritualizarse. Pueden indicar el comienzo de una depresión o de una dependencia, y en ese caso la respuesta adecuada incluye la ayuda de un médico o de un psicólogo. Buscarla no es falta de fe. Es parte de la respuesta responsable a la crisis.

La confianza cristiana, en medio de una crisis, no consiste en encontrar enseguida el sentido de lo ocurrido. **Consiste en permanecer abierto a la acción de Dios, incluso cuando todavía no se comprende nada.** Como el caminante en la duna, que no rezó ni lloró ni entendió, pero se quedó allí, con la mano abierta, hasta que llegó la mañana.

21.5 No se trata de buscar la destrucción

Queda una última advertencia, necesaria para cerrar este capítulo y para evitar una deformación peligrosa de todo lo dicho.

Si las crisis pueden revelar apegos ocultos y abrir caminos de transformación, alguien podría concluir que lo más espiritual sería **provocarlas**. Desmantelar deliberadamente las propias seguridades para obligarse a confiar en Dios. Renunciar al trabajo para depender solo de la Providencia. Romper relaciones para no apegarse. Buscar la pérdida como camino de santificación. Es, en el fondo, el error del joven ingeniero del capítulo 9, llevado al terreno del sufrimiento.

La respuesta cristiana es clara: **no.** No se debe buscar deliberadamente la destrucción de la propia estabilidad para provocar una experiencia espiritual. Tampoco debe concluirse que una persona necesita perderlo todo para aprender a confiar en Dios.

Hay al menos tres razones para esta negativa.

La primera es que **Dios no necesita nuestras crisis para obrar en nosotros.** La gracia puede transformar a una persona a través de la alegría, la amistad, la formación, la vida sacramental, la oración serena y la práctica cotidiana de la caridad. Muchos santos crecieron en santidad sin

pasar por grandes derrumbes. La crisis es un camino posible, no un camino obligatorio.

La segunda es que **provocar una crisis es otra forma del puño cerrado.** Quien destruye sus seguridades para forzar una experiencia espiritual sigue intentando controlar su propia transformación. Solo ha cambiado de método: en lugar de aferrarse a las seguridades, se aferra a la renuncia.

La tercera es que **las crisis provocadas suelen dañar a otros.** Quien renuncia a su trabajo para depender de la Providencia puede dejar a su familia sin sustento. Quien rompe relaciones para no apegarse puede herir profundamente a quienes lo aman. La espiritualidad que se construye sobre el daño a otros no es cristiana.

Si una estructura de vida necesita cambiar, la recomendación es **discernir qué debe modificarse y actuar con prudencia**, no provocar un derrumbe innecesario. Hay cambios que conviene hacer, y a veces son difíciles. Pero se hacen con discernimiento, con consejo y con responsabilidad, no con la esperanza de que el caos produzca santidad.

Esto no contradice lo que el capítulo 11 llama *quemar las naves*. Provocar una crisis para forzar una experiencia espiritual es buscar la destrucción como método. Quemar las naves es otra cosa: cortar con decisión los puentes hacia un apego concreto, después de haberlo discernido, en respuesta a una llamada y sin cargar el costo sobre otros. La primera actitud destruye para sentir. La segunda suelta para seguir.

Volvamos al director financiero. Su recuperación no fue rápida ni espectacular. Pasó casi un año antes de que pudiera hablar de su despido sin sentir vergüenza. Su esposa lo convenció de ver a un médico por el insomnio y el alcohol, y un tiempo de terapia le ayudó a comprender cuánto de su identidad había depositado en su cargo. En su parroquia, un sacerdote lo escuchó varias veces sin intentar darle respuestas. Poco a poco empezó a hacerse algunas de las siete preguntas.

Descubrió que lo que más extrañaba no era el poder ni el sueldo, sino sentirse útil. Y descubrió también que podía sentirse útil de otras mane-

ras. Empezó a asesorar, sin cobrar, a pequeñas organizaciones de su ciudad que no podían pagar a un financiero. No fue un plan de Dios revelado en una visión. Fue una decisión que tomó él, después de mucho tiempo, con más libertad de la que había tenido en treinta años. Seguía extrañando su antiguo trabajo de vez en cuando. Pero ya no necesitaba una tarjeta de presentación para saber quién era.

PARA LLEVARLO A LA VIDA

1. Si atraviesas o has atravesado una pérdida que sacudió tu identidad, elige una sola de las siete preguntas de la sección 21.2 y llévala a la oración esta semana. Solo una.
2. Escribe, sobre esa pérdida, las tres realidades de la sección 21.3: el hecho, sus consecuencias y quién eres más allá de ambos.
3. Revisa si la crisis está produciendo en ti señales que requieren ayuda profesional: insomnio persistente, consumo de alcohol u otras sustancias, tristeza que no cede, aislamiento. Si es así, pide ayuda esta semana.
4. Pregúntate si alguna vez has pensado que necesitabas "perderlo todo" para acercarte a Dios. Ofrece ese pensamiento en la oración y pide la gracia de crecer también a través de la alegría.

LA LÍNEA EN ESTE CAPÍTULO

LO QUE ME CORRESPONDE	LO QUE ENCOMIENDO A DIOS
Atender las responsabilidades que la pérdida no anula	El sentido de lo que perdí, que todavía no entiendo
Distinguir el hecho, sus consecuencias y quién soy	Mi dignidad, que nunca dependió de lo perdido
Pedir ayuda médica, psicológica y espiritual cuando la necesito	Los frutos que la crisis pueda dar, o no

ORACIÓN

Señor, he perdido algo que creía parte de mí, y ya no sé quién soy. No te pido que me expliques por qué. Te pido que no me sueltes. Recuérdame que soy tu hijo antes que cualquier otra cosa, y que eso no se ha perdido. Dame paciencia con mi propio dolor, y la humildad de pedir ayuda. Y cuando llegue la mañana, enséñame a caminar de nuevo. Amén.

Perdiste algo que tenías, no lo que eres.

CAPÍTULO 22

Permitir no es causar

Una mujer perdió a su hija de diecinueve años un sábado por la noche. Un conductor ebrio se saltó un semáforo en rojo y embistió el coche en el que la joven volvía de una fiesta. Murió en el acto.

En el velorio, la madre escuchó muchas cosas. Una tía, con lágrimas en los ojos, le dijo que Dios había querido llevarse a su hija porque la necesitaba en el cielo. Una amiga de la parroquia le aseguró que todo pasa por algo, y que algún día entendería el propósito de esta prueba. Un conocido le dijo que Dios no da cargas más pesadas de las que podemos llevar. Todas estas personas la querían. Todas intentaban consolarla.

Unos meses después, la mujer dejó de ir a misa. Cuando su párroco fue a visitarla, ella le dijo algo que él nunca olvidó: *No puedo amar a un Dios que mata a mi hija para enseñarme algo. Si eso es Dios, no lo quiero.*

El párroco no intentó defender a Dios. La escuchó en silencio durante mucho tiempo. Y al final le dijo, con voz serena: *Yo tampoco podría amar a ese Dios. Pero ese no es el Dios en el que creemos.*

Este capítulo trata de esa frase. Es quizá el capítulo más importante de la Parte VI, porque aborda una confusión que ha alejado de la fe a innumerables personas en el momento en que más la necesitaban: la confusión entre lo que Dios **permite** y lo que Dios **causa**.

22.1 Tres afirmaciones que no deben confundirse

La tradición cristiana afirma la soberanía de Dios sobre la historia y su capacidad para conducirla hacia el bien. Al mismo tiempo, reconoce la realidad del mal moral, las consecuencias del pecado, la fragilidad de la creación y la libertad de las criaturas. Sostener ambas verdades a la vez exige una precisión que muchas veces se pierde en el lenguaje piadoso.

Esa precisión puede formularse distinguiendo tres afirmaciones:

Primera: Dios puede permitir que una persona atraviese una experiencia dolorosa. Esto es verdad. Dios ha creado un mundo con criaturas libres, y la libertad incluye la posibilidad de hacer el mal. Dios ha creado también un mundo que no está terminado, sino en camino hacia su plenitud, y en ese camino existen la enfermedad, los accidentes y la muerte. Dios no impide cada uno de estos males. Los permite.

Segunda: Dios puede actuar en medio de esa experiencia para sostener, sanar y orientar hacia el bien. Esto también es verdad. Dios no es un espectador indiferente del sufrimiento humano. Está presente en él, acompaña a quien sufre y puede sacar bienes inesperados de situaciones terribles.

Tercera: no tenemos fundamento para concluir automáticamente que Dios causó directamente esa experiencia con el propósito particular de producir una transformación determinada. Esta tercera afirmación es la que se olvida con más frecuencia, y su olvido produce un enorme daño.

El *Catecismo* es muy claro en este punto. Afirma que **Dios no es de ninguna manera, ni directa ni indirectamente, la causa del mal moral**, aunque lo permite, respetando la libertad de su criatura (CEC 311). El conductor ebrio que mató a la hija de esta mujer actuó libremente. Dios no lo empujó a beber, ni a conducir, ni a saltarse el semáforo. Su acto fue suyo, y fue un mal.

Respecto del mal físico, como las enfermedades o los desastres naturales, el *Catecismo* explica que Dios ha querido crear un mundo *en estado de vía* hacia su perfección última, y que en ese mundo en camino existen, junto con lo más perfecto, también lo menos perfecto, junto con las construcciones de la naturaleza, también las destrucciones (CEC 310). No es que Dios envíe cada enfermedad a cada persona con un propósito educativo. Es que el mundo, en su estado actual, es frágil.

La tercera afirmación, por tanto, no es una concesión al escepticismo. Es una exigencia de la propia fe. Impide convertir la Providencia en una explicación simplista del sufrimiento, y protege a Dios de ser presentado como el autor del mal.

Esta distinción no contradice lo que el capítulo 17 llamó *la medicina del Padre*. Allí afirmamos que Dios, como un padre que da a su hijo el jarabe amargo, puede negar lo que pedimos y permitir pruebas y carencias porque sabe lo que necesitamos. Ambas verdades se sostienen juntas. Dios orienta hacia nuestro bien todo lo que permite en nuestra vida, también lo doloroso. Pero eso no lo convierte en autor del pecado de nadie, ni nos autoriza a señalar, en el dolor ajeno, qué medicina estaba administrando. Lo primero es confianza en el Padre. Lo segundo sería presunción sobre su intención.

22.2 El mal sigue siendo mal

De lo anterior se desprende una verdad que debería ser obvia, pero que el lenguaje religioso oscurece con frecuencia: **el mal sigue siendo mal**, aunque Dios pueda sacar de él algún bien.

La tentación de olvidar esto es comprensible. Cuando alguien atraviesa una experiencia terrible y, con el tiempo, sale de ella fortalecido, más compasivo o más cercano a Dios, se tiende a concluir que la experiencia, en el fondo, fue buena. *Gracias a esa enfermedad descubrí lo que era importante. Gracias a ese abandono aprendí a ser fuerte. Gracias a ese abuso entendí el sufrimiento de los demás.*

Estas frases pueden expresar algo verdadero sobre lo que la persona ha vivido después. Pero cuando se convierten en una valoración del mal mismo, se vuelven falsas y peligrosas. **La injusticia no se convierte en justicia porque, después, una víctima desarrolle mayor fortaleza.** Una experiencia abusiva no se vuelve buena porque la persona logre reconstruir su vida. La muerte de una hija no se vuelve un bien porque, años después, su madre funde una asociación contra la conducción en estado de ebriedad.

Lo que ocurre en esos casos es algo distinto: **Dios redime las consecuencias de una situación sin que esa situación deje de ser lo que fue.** El bien que surge después no justifica el mal anterior. Lo atraviesa. Es la diferencia entre decir *gracias a* y decir *a pesar de*. Lo honesto, casi siempre, es lo segundo.

Esta distinción tiene consecuencias prácticas importantes. Significa que una persona no está obligada a agradecer lo que la destruyó para demostrar su fe. Que puede reconocer el bien que llegó después sin tener que llamar bueno al mal que lo precedió. Y que puede, legítimamente, seguir lamentando lo que ocurrió mientras agradece lo que ha recibido.

22.3 La crueldad piadosa

Volvamos al velorio. La tía que dijo que Dios necesitaba a la joven en el cielo, la amiga que aseguró que todo pasa por algo, el conocido que habló de cargas a la medida: todos querían consolar. Y sin embargo, sus palabras produjeron el efecto contrario. Empujaron a una madre destrozada a rechazar a Dios.

Este fenómeno merece un nombre, porque es muy frecuente: **la crueldad piadosa.** Consiste en ofrecer a quien sufre explicaciones religiosas que, aunque se presenten como consuelo, en realidad atribuyen a Dios la autoría del daño, culpan implícitamente a la víctima o le exigen una aceptación que no puede dar.

Jesús mismo se enfrentó a esta forma de pensar. En una ocasión, sus discípulos se encontraron con un hombre ciego de nacimiento y le preguntaron: *Maestro, ¿quién pecó, él o sus padres, para que naciera ciego?* (Jn 9,2). Era la explicación religiosa habitual de la época: el sufrimiento es castigo por algún pecado. Jesús la rechaza de plano: *Ni él pecó ni sus padres* (Jn 9,3). Y en lugar de explicar el sufrimiento, lo cura.

En otra ocasión, le hablaron de unos galileos asesinados por Pilato mientras ofrecían sacrificios, y de dieciocho personas que murieron aplastadas al caer una torre en Siloé. Jesús pregunta: *¿Piensan que eran más culpables que los demás habitantes de Jerusalén? Les digo que no* (Lc 13,4-5). Rechaza la idea de que las víctimas de una injusticia o de un accidente hayan recibido lo que merecían.

Estos pasajes no resuelven el misterio del sufrimiento. Pero dejan clara una cosa: **Jesús rechazó explícitamente las explicaciones que culpaban a quien sufre o que presentaban el sufrimiento como un castigo merecido.** Quien hoy ofrece ese tipo de explicaciones, aunque sea con buena intención, no está hablando en nombre de Jesús.

Por eso, no corresponde decirle a una víctima que Dios quiso el daño que recibió para hacerla más fuerte. No corresponde decirle a una madre que Dios se llevó a su hija porque la necesitaba. No corresponde decirle a quien sufre que la persistencia de su dolor demuestra una entrega insuficiente. Y tampoco corresponde presentar el abuso, la violencia, la negligencia o la injusticia como instrumentos que la persona deba soportar para demostrar su abandono en Dios.

22.4 José en Egipto

Hay un texto bíblico que suele citarse para justificar la idea de que Dios causa el sufrimiento con un propósito. Conviene leerlo con atención, porque bien leído enseña exactamente lo contrario.

La historia de José ocupa los últimos capítulos del libro del Génesis. José es el hijo preferido de Jacob, y sus hermanos lo odian por ello. Un día

lo arrojan a un pozo y lo venden como esclavo a unos mercaderes que lo llevan a Egipto. Allí sufre años de esclavitud y de cárcel injusta. Con el tiempo, por una serie de acontecimientos, llega a ser el administrador de todo Egipto, y cuando una gran hambruna azota la región, salva a su propia familia, incluidos los hermanos que lo vendieron.

Al final de la historia, después de la muerte de su padre, los hermanos temen que José se vengue. Y José les responde con una frase que se ha vuelto célebre: *Ustedes pensaron hacerme mal, pero Dios lo encaminó a bien, para hacer lo que hoy se ve: mantener con vida a un pueblo numeroso* (Gn 50,20).

Esta frase suele leerse como si dijera: *Dios hizo que me vendieran para que yo pudiera salvarlos.* Pero el texto dice algo distinto, y los matices importan.

Primero: José nombra el mal como mal. *Ustedes pensaron hacerme mal.* No dice que lo que hicieron sus hermanos fuera bueno, ni que fuera parte del plan de Dios. Dice que fue un mal, que ellos lo quisieron y que ellos son responsables. La acción de Dios no borra la culpa de los hermanos.

Segundo: Dios no causa el mal, sino que lo encamina. El verbo es importante. Dios no hizo que los hermanos vendieran a José. Tomó lo que ellos hicieron y lo condujo hacia un bien que ellos no habían buscado. Es exactamente la distinción entre permitir y causar.

Tercero: José dice esto después de más de veinte años. No lo dijo en el fondo del pozo, ni encadenado camino de Egipto, ni en la cárcel del faraón. Lo dijo cuando ya había visto el desenlace, cuando su vida había sido reconstruida, cuando tenía delante a su familia salvada. **Y lo dijo él, sobre su propia historia.** Nadie se lo dijo a él mientras sufría.

Este tercer matiz es, quizá, el más importante para la vida concreta. La lectura providencial de una historia de sufrimiento es legítima cuando la hace, con el tiempo, la propia persona que sufrió, a la luz de lo que ha vivido. No es legítima cuando otros se la imponen desde fuera, en medio

del dolor, como explicación o como consuelo. José pudo decir que Dios había encaminado el mal hacia el bien. Sus hermanos, en cambio, no habrían tenido ningún derecho a decírselo a él cuando estaba en el pozo.

22.5 Job y el límite de las explicaciones

Si la historia de José muestra cómo una persona puede, con el tiempo, leer su propio sufrimiento a la luz de Dios, el libro de Job muestra lo que ocurre cuando otros intentan explicar el sufrimiento ajeno.

Job es un hombre justo que lo pierde todo: sus bienes, sus hijos, su salud. Tres amigos vienen a consolarlo. Al principio hacen lo mejor que podían hacer: se sientan con él en el suelo, en silencio, durante siete días y siete noches, porque ven que su dolor es muy grande (Jb 2,13). Pero luego empiezan a hablar. Y durante treinta y cinco capítulos, le explican a Job por qué sufre: debe de haber pecado, Dios castiga a los malvados, si se arrepiente será restaurado. Sus argumentos son teológicamente coherentes con la sabiduría de su tiempo. Y están equivocados.

Job, por su parte, protesta. Se queja ante Dios con una franqueza que todavía impresiona. Pide explicaciones. Maldice el día de su nacimiento. Reclama justicia. Y lo notable es que **Dios no reprocha a Job sus quejas, sino a sus amigos sus explicaciones.** Al final del libro, Dios dice a los amigos: *Mi ira se ha encendido contra ustedes, porque no han hablado bien de mí, como mi siervo Job* (Jb 42,7).

El libro de Job enseña, entre otras cosas, tres verdades que conviene retener ante el sufrimiento.

La primera es que **las explicaciones humanas del sufrimiento tienen límites**, y que traspasarlos es hablar mal de Dios, aunque se pretenda defenderlo.

La segunda es que **la queja ante Dios es una forma legítima de oración.** Job no es reprendido por quejarse. Los salmos de lamentación, que forman una parte considerable del Salterio, están llenos de quejas, pre-

guntas y protestas dirigidas a Dios. Quejarse ante Dios es seguir hablándole. Es una forma de fe.

La tercera es que **la respuesta de Dios no es una explicación, sino una presencia.** Cuando Dios finalmente habla a Job, no le explica por qué sufrió. Le muestra la inmensidad de la creación y le habla desde la tormenta. Y Job, que no ha recibido ninguna explicación, dice algo sorprendente: *Hasta ahora te conocía de oídas, pero ahora te han visto mis ojos* (Jb 42,5). No entendió. Pero encontró.

22.6 La respuesta cristiana al mal

Si no corresponde explicar el sufrimiento ajeno, ¿qué corresponde hacer? La respuesta cristiana al mal no es una teoría, sino una acción.

Jesús contó la parábola del buen samaritano en respuesta a la pregunta *¿quién es mi prójimo?* Un hombre es asaltado y abandonado medio muerto al borde del camino. Pasan un sacerdote y un levita, y siguen de largo. Pasa un samaritano, se conmueve, le venda las heridas, lo lleva a una posada y paga su cuidado (Lc 10,30-35). El samaritano no le explica al herido por qué lo asaltaron. No le dice que el asalto es una oportunidad de crecimiento. Lo cura.

Esa es la forma de la respuesta cristiana al mal. Y en la práctica, puede incluir:

- **Protección**: poner a salvo a quien está en peligro.
- **Denuncia**: señalar el mal y acudir a las autoridades cuando corresponde.
- **Justicia**: reclamar que quien causó el daño responda por él.
- **Reparación**: restituir, en lo posible, lo que fue dañado.
- **Atención médica o psicológica**: cuidar el cuerpo y la mente heridos.
- **Acompañamiento comunitario**: no dejar sola a la persona que sufre.

Ninguna de estas respuestas contradice la fe. Todas la expresan. El profeta Isaías lo resume en una frase que conviene recordar: *Busquen la justicia, socorran al oprimido, hagan justicia al huérfano, defiendan a la viuda* (Is 1,17). **La esperanza en la redención nunca exige llamar bueno al mal ni permanecer expuesto a él.**

Volvamos a la madre del comienzo. Su párroco siguió visitándola durante meses, sin pedirle que volviera a misa. Le llevó, en una ocasión, una Biblia marcada en los salmos de lamentación. Le dijo que podía rezar con ellos su rabia, sin suavizarla. Ella tardó en abrirla. Cuando lo hizo, descubrió que alguien, hacía miles de años, había escrito exactamente lo que ella sentía: *¿Hasta cuándo, Señor?*

Volvió a misa casi dos años después. No porque hubiera encontrado una explicación, sino porque había descubierto que podía estar ante Dios sin tenerla. Seguía teniendo días de rabia. Seguía echando de menos a su hija cada mañana. Pero ya no creía que Dios la había matado. Creía, más bien, que Dios había llorado con ella. Y eso lo cambiaba todo.

PARA LLEVARLO A LA VIDA

1. Revisa las frases que has dicho o escuchado ante el sufrimiento. ¿Alguna de ellas atribuye a Dios la autoría del mal, o culpa a quien sufre? Decide no volver a usarla.
2. Si has sufrido un mal causado por otros, nombra con claridad lo que fue: un mal. No necesitas llamarlo bueno para confiar en que Dios puede obrar después.
3. Lee algún salmo de lamentación, como el Salmo 13 o el Salmo 22. Si tienes una queja ante Dios, rézala con sus palabras.
4. Piensa en alguien de tu entorno que esté sufriendo. En lugar de una explicación, ofrécele una acción concreta: compañía, ayuda práctica, escucha.

LA LÍNEA EN ESTE CAPÍTULO

LO QUE ME CORRESPONDE	LO QUE ENCOMIENDO A DIOS
Nombrar el mal como mal y responder a él con justicia y cuidado	El misterio de por qué permitió lo que permitió
Acompañar a quien sufre sin explicar su sufrimiento	La lectura de la historia que solo con el tiempo se hace posible
Quejarme ante Dios cuando lo necesito, sin dejar de hablarle	La redención de lo que el mal destruyó

ORACIÓN

Señor, no entiendo por qué permitiste esto. No voy a fingir que lo entiendo, ni que me parece bien. Tú no me pides eso. Me pides que no deje de hablarte, aunque sea para quejarme. Aquí estoy, con mi rabia y con mi dolor. No te pido explicaciones. Te pido que estés. Y que algún día, como Job, pueda decir que te he visto, aunque no te haya entendido. Amén.

La esperanza nunca exige llamar bueno al mal ni quedarse expuesto a él.

CAPÍTULO 23

Primero, ponerse a salvo

Durante once años, una mujer vivió un matrimonio en el que su esposo la humillaba, la controlaba y, en varias ocasiones, la golpeó. Era creyente, y cuando por primera vez le contó lo que vivía a una persona de su familia, recibió una respuesta que la acompañaría durante años: *Esa es tu cruz. Ofrécesela a Dios. Reza por él y ten paciencia, que el matrimonio es para siempre.*

Ella rezó. Ofreció. Tuvo paciencia. Se convenció de que su sufrimiento era una forma de santidad, y de que buscar ayuda sería una falta de fe. Durante esos años desarrolló insomnio, ataques de ansiedad y una tristeza profunda que nunca la abandonaba. Sus hijos crecieron viendo cómo su padre trataba a su madre.

Un día, después de una agresión especialmente grave, fue a confesarse. Esperaba que el sacerdote le diera fuerzas para seguir soportando. En lugar de eso, el sacerdote le dijo, con una firmeza que ella no esperaba: *Dios no quiere que sufras esto. Lo primero es que tú y tus hijos estén a salvo. La Iglesia no te pide que te quedes donde te hacen daño.* Y le dio el teléfono de un centro de atención a mujeres víctimas de violencia.

Esta historia, que se repite con variaciones en innumerables familias, muestra hasta qué punto una espiritualidad mal entendida puede convertirse en cómplice del mal. Este capítulo se dedica a establecer un principio que debería ser evidente y que, sin embargo, es necesario repetir: **ante una situación de peligro, de violencia o de sufrimiento grave, lo**

primero es ponerse a salvo. La interpretación espiritual puede esperar. La seguridad, no.

23.1 No exijas una interpretación inmediata

Cuando se pierde una relación, una oportunidad, una capacidad o una forma de vida, es comprensible buscar una explicación. La mente humana necesita sentido, y la persona creyente busca ese sentido en Dios. *¿Por qué me pasa esto? ¿Qué quiere Dios de mí? ¿Qué debo aprender?*

Estas preguntas son legítimas. Pero cuando se formulan demasiado pronto, pueden añadir una carga innecesaria a la experiencia. **Apresurarse a afirmar que Dios permitió la pérdida para enseñar una lección concreta** puede llevar a la persona a quedarse donde no debe, a soportar lo que no tiene que soportar o a culparse de lo que no es culpa suya. La mujer del ejemplo interpretó su sufrimiento como "su cruz" desde el primer momento, y esa interpretación la paralizó durante once años.

Por eso, la recomendación es clara: **comenzar por reconocer lo sucedido, expresar el dolor y atender las necesidades inmediatas.** La interpretación espiritual puede desarrollarse con el tiempo, como vimos en el caso de José en el capítulo anterior, pero no debe imponerse como condición para afrontar la realidad.

En lugar de preguntarse de inmediato *qué quiere Dios enseñarme con esto*, conviene hacerse primero otras preguntas, más sencillas y más urgentes:

1. **¿Qué ha ocurrido objetivamente?** Nombrar los hechos sin suavizarlos ni exagerarlos.
2. **¿Qué necesito atender ahora?** La seguridad, la salud, el sueño, la alimentación, los hijos, el trabajo.
3. **¿Qué responsabilidades siguen siendo mías?** No todas desaparecen con la crisis, y atender las que permanecen ayuda a mantenerse en pie.

4. **¿Qué aspectos puedo reparar?** Algunas cosas todavía tienen arreglo.
5. **¿Qué necesito aceptar que ya no puedo cambiar?** Otras no lo tienen, y luchar contra ellas agota.
6. **¿Qué apoyo necesito para atravesar esta situación?** Personas, instituciones, profesionales.
7. **¿Cómo puedo permanecer abierto a Dios sin fingir que comprendo el sentido de lo sucedido?** La fe no exige entender. Exige no cerrarse.

Esta última pregunta es la única propiamente espiritual de la lista, y está deliberadamente al final. No porque la fe sea lo último, sino porque una fe sana sabe esperar su momento. Primero se venda la herida. Después se pregunta por su sentido.

23.2 Cuándo la espiritualidad debe esperar su turno

Hay situaciones en las que el análisis espiritual, por profundo y bien intencionado que sea, no debe ser lo primero. **No toda crisis debe abordarse inicialmente mediante una reflexión espiritual exhaustiva.**

Estas situaciones incluyen, al menos:

- **El peligro físico**: violencia doméstica, amenazas, riesgo para la propia vida o la de otros.
- **El abuso**: físico, sexual, psicológico, económico o espiritual.
- **El agotamiento extremo**: cuando la persona ya no puede más, física o emocionalmente.
- **Los síntomas persistentes de sufrimiento psicológico**: tristeza profunda que no cede, ansiedad incapacitante, insomnio prolongado, pensamientos de hacerse daño.
- **La incapacidad para atender necesidades básicas**: cuando la persona no come, no duerme, no puede trabajar ni cuidar de quienes dependen de ella.

En todos estos casos, **la prioridad es buscar ayuda adecuada.** La oración, los sacramentos y el acompañamiento espiritual pueden y deben formar parte de la respuesta cristiana. Pero no sustituyen la atención médica, psicológica, jurídica o policial cuando esta resulta necesaria.

En la práctica, ante una situación grave, conviene seguir un orden:

1. **Asegurar un entorno seguro.** Para uno mismo y para quienes dependen de uno, especialmente los niños.
2. **Buscar el apoyo de personas confiables.** No atravesar la situación en soledad.
3. **Atender las necesidades físicas y emocionales.** Dormir, comer, descansar, hablar.
4. **Evitar decisiones irreversibles precipitadas** cuando no sean necesarias, salvo las que exige la propia seguridad.
5. **Solicitar asistencia profesional competente.** Médicos, psicólogos, abogados, servicios sociales, líneas de atención en crisis.
6. **Mantener una práctica espiritual proporcionada**, sin convertirla en una nueva fuente de presión.
7. **Retomar progresivamente las decisiones de mayor alcance** cuando exista suficiente estabilidad.

Conviene añadir, para quienes viven situaciones como la de la mujer del ejemplo, una precisión doctrinal que muchas personas desconocen. La Iglesia enseña la indisolubilidad del matrimonio, pero también reconoce que **la separación de los esposos puede ser legítima en ciertos casos** (CEC 2383), y la violencia es claramente uno de ellos. Ninguna enseñanza de la Iglesia obliga a una persona a permanecer en un lugar donde ella o sus hijos corren peligro. Quien le dice lo contrario no está hablando en nombre de la Iglesia.

23.3 Recibir ayuda también es cooperar con la gracia

Una de las razones por las que muchas personas creyentes no buscan ayuda es la convicción, a veces inconsciente, de que pedir ayuda es una falta de fe. *Si confiara de verdad en Dios, no necesitaría un psicólogo. Si rezara lo suficiente, podría superar esto solo. Pedir ayuda es admitir que Dios no me basta.*

Esta convicción es falsa, y la Escritura la desmiente con ejemplos muy concretos.

El profeta Elías, después de una de sus victorias más grandes, cae en una profunda crisis. Huye al desierto, se sienta bajo una retama y desea morir: *¡Basta ya, Señor!* (1 R 19,4). Se queda dormido, agotado. ¿Cuál es la respuesta de Dios ante su profeta derrumbado? No un sermón, ni una reprimenda, ni una explicación espiritual. Un ángel lo despierta, le pone delante pan y agua y le dice: *Levántate y come.* Elías come, bebe y vuelve a dormir. El ángel vuelve a despertarlo: *Levántate y come, porque el camino es demasiado largo para ti* (1 R 19,5-7). Solo después de haber comido y descansado, Elías puede seguir su camino hasta el monte de Dios.

La respuesta divina a la crisis de Elías fue, en primer lugar, **cuidado físico**: comida y descanso. Lo espiritual vino después.

Y hay un ejemplo todavía más asombroso. En el camino al Calvario, Jesús, agotado por la flagelación, no puede llevar solo la cruz. Los soldados obligan a un hombre que volvía del campo, Simón de Cirene, a llevarla con Él (Lc 23,26). **El Hijo de Dios aceptó ayuda.** No la rechazó como una humillación ni como una falta de confianza en el Padre. La recibió.

Si Jesús aceptó que otro le ayudara a cargar su cruz, ningún cristiano debe sentir vergüenza de pedir ayuda para cargar la suya. **La autosuficiencia absoluta no es el ideal cristiano.** Aceptar el consejo de alguien competente, solicitar apoyo económico legítimo en una emergencia, acudir a un profesional o reconocer que se necesita descanso no contradice el abandono en Dios. Es, precisamente, una de sus formas más concretas.

La cooperación con la gracia puede manifestarse, justamente, en reconocer que no podemos resolver una situación solos y en aceptar los medios legítimos que están a nuestro alcance. Dios actúa a través de las criaturas, como vimos en el capítulo 17. A veces su gracia tiene el rostro de un médico, de una terapeuta, de una amiga o de una trabajadora social.

23.4 Una práctica espiritual proporcionada

Si la espiritualidad debe esperar su turno en las crisis graves, ¿significa eso que la persona debe dejar de rezar mientras las atraviesa? En absoluto. Significa algo más preciso: que **la práctica espiritual debe ser proporcionada a las fuerzas de la persona**, y no convertirse en una nueva fuente de presión.

En medio de una crisis, muchas personas sienten que deberían rezar más, ir más a misa, hacer más sacrificios. Y al no poder hacerlo, porque el cansancio, el miedo o la tristeza se lo impiden, añaden a su sufrimiento la culpa de no estar respondiendo espiritualmente como creen que deberían. Es un círculo destructivo.

La tradición cristiana ofrece aquí una sabiduría muy concreta. En tiempos de crisis, la oración puede y debe simplificarse. No hace falta rezar mucho. Basta con no cortar el hilo.

Algunas formas sencillas de mantener ese hilo cuando las fuerzas no dan para más:

- **Una oración breve, repetida.** La tradición oriental ha conservado durante siglos la *oración de Jesús*: *Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ten piedad de mí.* Puede repetirse en cualquier momento, sin esfuerzo, al ritmo de la respiración.
- **Una sola palabra.** *Ayúdame. Aquí estoy. Abbá.* No hace falta más.
- **La presencia silenciosa.** Sentarse unos minutos ante el Santísimo, o simplemente en silencio, sin decir nada. Estar es suficiente.

- **La oración de otros.** Dejar que la comunidad rece por uno. Pedir a otros que recen. Escuchar una misa sin poder rezar uno mismo.
- **Los salmos de lamentación**, que, como vimos en el capítulo anterior, permiten rezar el dolor con palabras que otros escribieron antes.

Y, sobre todo, **ninguna culpa por no poder rezar más.** Dios no mide la fidelidad por la cantidad de oración, y mucho menos en medio de la noche. Una mujer que, después de una jornada de miedo y de gestiones para proteger a sus hijos, se acuesta exhausta y solo es capaz de decir *Señor, cuídalos*, ha rezado con toda su alma.

23.5 No glorificar el quebrantamiento

Queda una última advertencia para este capítulo, y es quizá la más importante en un libro como este. **No se debe glorificar el quebrantamiento.**

La espiritualidad cristiana tiene una relación profunda con el sufrimiento, porque su centro es un crucificado. Pero esa relación puede deformarse con facilidad en una exaltación del dolor que no tiene nada de evangélica. Se empieza diciendo que el sufrimiento puede ser fecundo, y se termina diciendo que el sufrimiento es bueno. Se empieza diciendo que Dios puede obrar en la cruz, y se termina buscando la cruz por sí misma. Se empieza admirando a los santos que sufrieron con amor, y se termina pensando que solo se puede ser santo sufriendo.

La mujer del ejemplo vivió en esa deformación durante once años. Había oído tantas veces que el sufrimiento santifica, que llegó a pensar que su sufrimiento era su camino de santidad, y que salir de él sería renunciar a la santidad. Nadie le explicó la diferencia entre la cruz que se acepta cuando no hay otro camino y la cruz que se soporta innecesariamente cuando sí lo hay.

Conviene, por eso, establecer con claridad tres verdades:

El sufrimiento puede convertirse en ocasión de transformación, pero no es el único camino. La alegría, la formación, la amistad, la vida sacramental y la práctica cotidiana de la caridad también pueden favorecer una profunda maduración espiritual. Hay santos que crecieron a través del dolor y santos que crecieron a través de la alegría. Ninguno de los dos caminos es superior.

La disposición a Dios no se mide por cuánto dolor se soporta. Se mide por la fidelidad con la que se responde a la realidad concreta. Y a veces la respuesta más fiel ante el sufrimiento es precisamente hacer todo lo posible por terminarlo.

Jesús no buscó la cruz. Como vimos en la Obertura, pidió en Getsemaní que se apartara. La aceptó cuando no había otro camino para ser fiel. Pero en toda su vida pública, lo que hizo con el sufrimiento ajeno fue aliviarlo: curó enfermos, liberó a oprimidos, consoló a los que lloraban. Nunca le dijo a un leproso que su lepra era su cruz y que debía ofrecerla. Lo curó.

Volvamos a la mujer del comienzo. Siguió el consejo del sacerdote. Llamó al centro de atención. Con su ayuda, encontró un lugar seguro para ella y sus hijos, inició los trámites legales necesarios y comenzó una terapia que duraría varios años. El proceso fue largo y doloroso. Hubo días en que pensó que había cometido un error, en que se sintió culpable de haber "roto la familia". Su terapeuta y su párroco la ayudaron a ver lo que no era capaz de ver sola: que la familia no la había roto ella.

Con el tiempo, recuperó el sueño. Sus hijos, que durante años habían sido tímidos y ansiosos, empezaron a reír más. Y ella descubrió algo que nunca habría imaginado: que su fe, lejos de debilitarse al salir de aquella situación, se había vuelto más honda y más libre. Ya no creía en un Dios que le pedía soportar la violencia. Creía en un Dios que la había ayudado a escapar de ella.

23.6 La cruz que se acepta y el sacrificio que se ofrece

Todo lo dicho en este capítulo, y lo que se dirá al cierre de esta Parte, podría dejar una impresión equivocada: que el cristiano debe huir siempre del sufrimiento, o que todo sacrificio es sospechoso. Conviene afirmar con la misma claridad lo contrario. **La disposición a cargar la cruz es absoluta y plenamente cristiana.** No es un añadido de místicos ni una exageración piadosa. Forma parte de la entrega entera a la Providencia. Jesús la puso como condición del discipulado: *El que quiera venir detrás de mí, que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz cada día y me siga* (Lc 9,23). Y fue más lejos: *El que no carga con su cruz y viene detrás de mí no puede ser discípulo mío* (Lc 14,27).

El problema, entonces, no es la cruz. Es confundir la cruz con lo que no lo es. Conviene distinguir tres realidades.

La cruz que llega

Hay cruces que no elegimos: una enfermedad, una pérdida, una limitación, una contradicción, una injusticia que no puede evitarse, el carácter difícil de un ser querido, la vejez. Cuando el cristiano ha hecho lo que le corresponde para evitarlas o aliviarlas, como enseña este capítulo, y la cruz permanece, la recibe. Y la recibe **con dignidad, con solemnidad y con aceptación**. No con la amargura del resignado ni con la queja permanente de la víctima, sino como quien recibe algo que el Padre ha permitido y que puede orientar hacia el bien, según la medicina del capítulo 17.

El Evangelio de Juan conserva una imagen de esta dignidad: *Junto a la cruz de Jesús estaba de pie su madre* (Jn 19,25). De pie. La tradición cristiana la ha cantado con el nombre de *Stabat Mater*. María no entiende, sufre como solo puede sufrir una madre, y no se derrumba ni huye. Permanece. Esa es la solemnidad de la cruz aceptada.

La mujer con la que empezó este capítulo no estaba ante una cruz que aceptar, sino ante una injusticia de la que debía escapar. La diferencia no siempre es evidente, y por eso exige discernimiento. Una pregunta ayuda:

¿esto puede evitarse o aliviarse de manera legítima? Si puede, el amor pide evitarlo o aliviarlo. Si no puede, el amor pide cargarlo.

El sacrificio que se ofrece

Además de las cruces que llegan, la tradición cristiana conoce las que se eligen: la **penitencia voluntaria**. El ayuno, la abstinencia, la limosna, la renuncia a un gusto legítimo, una austeridad sencilla, un rato más de oración, un trabajo hecho con esmero y ofrecido a Dios. Jesús ayunó cuarenta días en el desierto (Mt 4,2), y cuando enseñó sobre el ayuno no dijo *si ayunan*, sino *cuando ayunen* (Mt 6,16). La Iglesia ha conservado esta práctica a lo largo de los siglos. Propone tiempos y días penitenciales, como la Cuaresma y los viernes (CEC 1438; 2043), y recuerda las tres formas clásicas de la penitencia: el ayuno, la oración y la limosna (CEC 1434).

Estos sacrificios tienen varios sentidos. Ayudan al dominio de sí y a la libertad interior frente a los apegos, como vimos en la Parte II. Nos solidarizan con quienes carecen de lo necesario. Y tienen, además, un sentido más hondo, que la tradición llama **reparación**: ofrecer a Dios un sacrificio, unido al de Cristo, por los propios pecados y por los de los demás. San Pablo lo expresó con una audacia que todavía sorprende: *Completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo, en favor de su cuerpo, que es la Iglesia* (Col 1,24). No es que al sacrificio de Cristo le falte algo. Es que Cristo quiere asociar a su ofrenda redentora a quienes se benefician de ella (CEC 618). Es lo que la piedad católica expresa cuando dice, ante una pequeña molestia, *ofrécelo*.

Dios recibe con gusto estos sacrificios cuando nacen del amor. *Ofrezcan sus cuerpos como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios: este es su culto espiritual* (Rm 12,1). *Un corazón quebrantado y humillado, tú, oh Dios, no lo desprecias* (Sal 51,19). Santa Teresa del Niño Jesús hizo de estos pequeños sacrificios un camino de santidad: comer sin quejarse lo que no le gustaba, sonreír a una hermana que la irritaba, callar un mérito. Nada espectacular. Todo ofrecido.

Lo que no es ni cruz ni sacrificio

Y aquí hay que trazar una línea que es delgada y exige discernimiento. **La disposición a cargar la cruz no es licencia para buscar el sufrimiento por el sufrimiento.** La penitencia cristiana no es masoquismo ni autoflagelación. No consiste en castigar el cuerpo, ni en buscar el dolor como sensación, ni en dañarse para sentirse santo.

La historia de la Iglesia conoce santos que practicaron penitencias muy duras, y la Iglesia venera su amor, no necesariamente sus métodos. Muchos de ellos, con el tiempo, aconsejaron moderación. San Ignacio de Loyola, que en su juventud se impuso penitencias tan extremas que dañaron su salud, estableció después en sus *Ejercicios* que la penitencia no debe llegar a enfermar a la persona. Santa Teresa de Jesús advertía contra las penitencias indiscretas, que arruinan la salud sin aumentar el amor. Y San Pablo dio el criterio definitivo: *Aunque entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, de nada me sirve* (1 Co 13,3).

Para distinguir el sacrificio legítimo de su deformación, cinco criterios ayudan:

CRITERIO	SACRIFICIO LEGÍTIMO	DEFORMACIÓN
Motivación	Amor a Dios y a los demás, libertad, reparación	Desprecio de sí, castigo, búsqueda del dolor como sensación
Medida	Proporcionado y temporal: un ayuno, una renuncia, una austeridad razonable	Desproporcionado, indefinido, en escalada
Salud	Respeta el cuerpo y la salud, que estamos llamados a custodiar	Daña el cuerpo o pone en riesgo la salud
Consejo	Se discierne con un confesor o un acompañante prudente	Se practica en secreto y sin consejo
Frutos	Más caridad, humildad, libertad y una alegría discreta	Orgullo espiritual, tristeza, rigidez, aislamiento

Dos advertencias completan este cuadro. Quienes están enfermos, embarazadas, en edad avanzada o tienen o han tenido algún trastorno de la alimentación no deben practicar el ayuno sin consejo médico; la propia Iglesia no lo exige a quienes, por su edad o su salud, no pueden hacerlo. Y si alguien siente el impulso de hacerse daño físico, eso no es penitencia: es un sufrimiento que merece atención y ayuda profesional, y conviene buscarla sin demora.

Una cosa es un ayuno temporal, la frugalidad, la humildad o una austeridad razonable que uno se impone por un tiempo. Otra, muy distinta, es el masoquismo. Lo primero ensancha el corazón. Lo segundo lo encierra en sí mismo. Lo que Dios mira, en uno y otro caso, no es la cantidad de dolor, sino el amor.

PARA LLEVARLO A LA VIDA

1. Si estás atravesando una situación de peligro, violencia o sufrimiento grave, deja de leer y busca ayuda hoy mismo. Lo demás puede esperar.
2. Si atraviesas una crisis menos grave, responde por escrito las siete preguntas de la sección 23.1, en el orden en que aparecen.
3. Recuerda una ocasión en que te negaste a pedir ayuda porque te parecía una falta de fe o una humillación. Relee la historia de Elías y la de Simón de Cirene.
4. Si te cuesta rezar en este momento, elige una de las formas sencillas de la sección 23.4 y practícala sin exigirte nada más.

Ejercicio complementario: elige un pequeño sacrificio para esta semana: una renuncia, un ayuno sencillo, un acto de humildad. Antes de hacerlo, revisa con la tabla de la sección 23.6 que sea proporcionado, temporal, respetuoso de tu salud, nacido del amor y, si tienes dudas, consultado con alguien prudente. Ofrécelo por una persona concreta.

LA LÍNEA EN ESTE CAPÍTULO

LO QUE ME CORRESPONDE	LO QUE ENCOMIENDO A DIOS
Ponerme a salvo y proteger a quienes dependen de mí	El sentido de lo vivido, que llegará a su tiempo
Pedir y aceptar ayuda médica, psicológica, legal y comunitaria	La sanación que ningún profesional puede dar por completo
Mantener el hilo de la oración, aunque sea con una palabra	La fidelidad que mide mi corazón y no mi rendimiento
Cargar con dignidad la cruz que no puedo evitar, y ofrecer sacrificios medidos por amor	El fruto de mis cruces y de mis ofrendas, unidas a las de Cristo

ORACIÓN

Señor, estoy cansado, y no sé si puedo más. No te pido entender. Te pido fuerza para levantarme, comer y dar el siguiente paso. Pon en mi camino a las personas que necesito, y dame la humildad de dejarme ayudar. Tú aceptaste que otro te ayudara a cargar la cruz. Ayúdame a no cargar la mía en soledad. Y si hay una cruz que no tengo por qué llevar, dame el valor de dejarla. Amén.

Dios no te pide que soportes lo que te destruye para demostrar tu fe.

CAPÍTULO 24

Del fénix a la Pascua

Un hombre de cuarenta y cuatro años celebra cinco años sin beber. Durante casi dos décadas, el alcohol había ido destruyendo su vida pieza por pieza: perdió dos trabajos, su matrimonio terminó, sus hijos dejaron de hablarle, su salud se deterioró. Tocó fondo una madrugada en la sala de urgencias de un hospital. Desde entonces, día a día, ha reconstruido lo que pudo.

En la reunión de su grupo de apoyo en que celebra su aniversario, le piden que diga unas palabras. Él, emocionado, dice algo que ha repetido muchas veces en esos cinco años: *Me levanté de mis cenizas, como el ave fénix. Yo solo me reconstruí.* El grupo aplaude.

Al salir, un hombre mayor que lleva veinte años sobrio y que ha sido su padrino en el proceso le pone la mano en el hombro y le dice, sin reproche: *Te levantaste, es verdad. Pero no lo hiciste solo. Y no saliste igual que el ave.* El hombre no entiende del todo lo que quiere decir. Tardará algún tiempo en comprenderlo.

Este capítulo cierra la Parte VI con la pregunta por la esperanza. Después de la pérdida, de la crisis, del mal, ¿qué queda? ¿Es posible una vida nueva? La respuesta cristiana es que sí. Pero conviene precisar qué clase de vida nueva, porque hay imágenes de la renovación que se parecen a la esperanza cristiana y que, sin embargo, no son lo mismo.

24.1 El ave que renace de sus cenizas

La imagen del ave fénix procede de la mitología antigua. Según la leyenda, el fénix era un ave maravillosa que vivía siglos. Cuando sentía que se acercaba su fin, construía un nido de plantas aromáticas, se consumía en el fuego y, de sus propias cenizas, renacía un nuevo fénix, joven y resplandeciente. El ciclo se repetía indefinidamente.

Es una imagen poderosa, y no es extraño que se haya convertido en símbolo universal de la renovación después de la destrucción. Los primeros cristianos la conocían y, curiosamente, la usaron. San Clemente de Roma, en una carta escrita a finales del siglo I, menciona el fénix como signo de la resurrección, y el arte cristiano antiguo lo representó en algunas ocasiones con ese sentido. La imagen no es, por tanto, ajena a la tradición cristiana.

Lo que la imagen ilumina es real. **Una persona puede atravesar una destrucción profunda y comenzar una vida diferente.** El hombre del ejemplo lo vivió: tocó fondo, y desde allí empezó a reconstruirse. Esa experiencia de renacimiento después de una crisis es una de las más poderosas que puede vivir un ser humano, y la imagen del fénix la expresa con belleza.

Pero la imagen tiene también límites precisos. Conviene examinarlos, porque en ellos está la diferencia entre la esperanza humana de recuperación y la esperanza cristiana de vida nueva.

El fénix renace de sí mismo. Su renacimiento no depende de nadie más. Surge de sus propias cenizas, por su propia fuerza. Es la imagen perfecta de la autosuficiencia: me destruyo y me reconstruyo yo solo.

El fénix renace igual. El nuevo fénix es idéntico al anterior. No lleva marcas de lo que vivió, no ha aprendido nada, no ha cambiado. El ciclo simplemente se repite.

El fénix renace en un ciclo sin fin. Vive, muere, renace, vuelve a morir, vuelve a renacer. No hay una meta ni una plenitud. Solo repetición.

Estos tres rasgos describen bien una cierta idea contemporánea de la resiliencia: la capacidad de levantarse por las propias fuerzas, volver al estado anterior y seguir adelante hasta la próxima caída. Hay algo admirable en esa capacidad. Pero no es la esperanza cristiana.

24.2 La diferencia cristiana

La esperanza cristiana tiene un fundamento distinto, y ese fundamento no es una imagen mitológica, sino un acontecimiento: **la muerte y Resurrección de Jesucristo.**

El Nuevo Testamento nunca dice que Cristo se resucitó a sí mismo por su propia fuerza, como el fénix. Dice, con frecuencia, que **fue resucitado**: que el Padre lo resucitó de entre los muertos (Hch 2,24; Rm 6,4). La Resurrección no es un acto de autosuperación, sino un don del Padre al Hijo que se entregó por completo. Es el reverso exacto del fénix: no renace de sus cenizas, sino que es levantado por Otro.

Y esta Resurrección no es un acontecimiento cerrado en sí mismo. Es el comienzo de una vida nueva en la que los cristianos están llamados a participar. San Pablo lo explica en la Carta a los Romanos: *Por el bautismo fuimos sepultados con Él en la muerte, para que, así como Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, también nosotros llevemos una vida nueva* (Rm 6,4). Y en la Segunda Carta a los Corintios: *Si alguno está en Cristo, es una nueva creación; lo viejo ha pasado, ha comenzado lo nuevo* (2 Co 5,17).

De aquí se siguen tres diferencias decisivas con la imagen del fénix:

La vida nueva se recibe, no se fabrica. El cristiano no deposita su esperanza exclusivamente en su capacidad de reconstruirse mediante su propia fuerza de voluntad. La persona puede colaborar con su recuperación, buscar ayuda, aprender de sus errores y reconstruir sus circunstancias.

Debe hacerlo. Pero la novedad más profunda de su vida no es obra suya. Es participación en la vida de Cristo resucitado.

La vida nueva no repite la anterior, sino que la transforma. Lo veremos con más detalle en la sección siguiente.

La vida nueva tiene una meta. No es un ciclo indefinido de caídas y recuperaciones, sino un camino hacia la plenitud de la comunión con Dios, que culminará cuando Él *enjugará toda lágrima de sus ojos, y no habrá ya muerte ni llanto ni lamento ni dolor* (Ap 21,4).

El padrino del hombre del ejemplo había entendido esto después de veinte años de sobriedad. *No lo hiciste solo* no era un reproche, sino una revelación. Detrás de cada día sin beber había habido personas que lo sostuvieron, un grupo que lo acompañó, una gracia que lo levantó cuando él no podía. Atribuirse a sí mismo toda la reconstrucción no era solo inexacto. Era peligroso, porque quien cree haberse levantado solo puede creer que no necesita a nadie para seguir en pie.

24.3 No volver a ser el de antes

La segunda diferencia entre el fénix y la Pascua merece un desarrollo propio, porque tiene enormes consecuencias para la manera en que una persona vive su recuperación después de una crisis.

El fénix renace igual. Muchas personas, después de una pérdida, desean exactamente eso: volver a ser quienes eran antes. Recuperar la vida que tenían, la salud que tenían, la relación que tenían. Y cuando no lo consiguen, sienten que la recuperación ha fracasado.

Pero **la redención no exige que una persona recupere exactamente la vida que tenía antes de la crisis.** Puede haber pérdidas irreversibles, relaciones que no se restablecen y consecuencias que permanecen. El hombre del ejemplo recuperó la sobriedad, un trabajo y, con mucho esfuerzo, la relación con uno de sus hijos. Pero su matrimonio no volvió,

su salud quedó dañada para siempre y su otra hija sigue sin hablarle. No volvió a ser el de antes. Y no lo será.

La Escritura conoce bien esta realidad. En el libro del Génesis, Jacob pasa una noche entera luchando con un misterioso personaje que, al final, resulta ser Dios mismo. Al amanecer, Jacob recibe una bendición y un nombre nuevo, Israel. Pero sale de esa lucha cojeando, porque su adversario le ha dislocado la cadera (Gn 32,23-33). El texto termina con una imagen inolvidable: el sol sale sobre Jacob mientras él camina cojeando. **Bendecido y herido a la vez.** No volvió a ser el de antes. Fue alguien nuevo, con una herida que llevaría para siempre.

La transformación cristiana puede consistir, precisamente, en **aprender a vivir con verdad y libertad dentro de una realidad que no puede reconstruirse por completo.** No se trata de volver atrás, sino de avanzar con lo que queda. Y lo que queda, transformado por la gracia, puede ser más hondo y más libre que lo que había antes: una identidad menos atada a los antiguos apegos, una mayor compasión hacia el sufrimiento ajeno, una disponibilidad renovada para la voluntad de Dios.

24.4 Vivir con cicatrices

Hay un detalle en los relatos de la Resurrección que suele pasar desapercibido y que, sin embargo, encierra una de las enseñanzas más consoladoras de todo el Evangelio. Cuando Jesús resucitado se aparece a sus discípulos, **les muestra sus heridas.** *Les mostró las manos y el costado* (Jn 20,20). Y una semana después, al incrédulo Tomás, le dice: *Trae tu dedo aquí y mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado* (Jn 20,27).

El cuerpo resucitado de Cristo no es un cuerpo sin marcas. Es un cuerpo glorioso que conserva las heridas de la cruz. La Resurrección no borró la Pasión. La transfiguró. Las llagas que fueron signo de muerte se convirtieron en signo de identidad y de victoria: son las que permiten a los discípulos reconocerlo. *Es el Señor*, porque tiene las heridas.

Esta verdad tiene una consecuencia preciosa para quien ha atravesado una crisis profunda. **La vida nueva no exige borrar las cicatrices.** La persona transformada por la gracia no es alguien que ha olvidado su historia, sino alguien que la lleva de otra manera. Sus heridas siguen ahí, pero ya no son solo signo de lo que la destruyó. Pueden convertirse en parte de quien es, e incluso en fuente de compasión hacia otros.

Existe en la cultura japonesa un arte tradicional, el *kintsugi*, que consiste en reparar la cerámica rota con una laca mezclada con polvo de oro. El objeto reparado no oculta sus grietas: las resalta. Y se considera que, después de la reparación, la pieza es más valiosa que antes. La imagen se ha vuelto popular en los últimos años y tiene algo de verdad: la fractura reparada puede tener una belleza propia. Pero, como toda imagen, tiene un límite que conviene no olvidar. No toda herida se vuelve hermosa, y no hace falta que lo sea para que la persona tenga valor. El cristiano no necesita demostrar que sus cicatrices son de oro para saberse amado.

Lo que sí puede decirse, con toda verdad, es esto:

- **Una herida puede seguir formando parte de la historia sin definirla enteramente.** El hombre del ejemplo sigue siendo alguien que fue alcohólico. Pero ya no es solo eso.
- **Un error puede requerir reparación sin convertirse en la totalidad de la identidad.** Sus hijos sufrieron por su adicción, y él necesita seguir reparando ese daño. Pero su vida no se reduce a ese daño.
- **Una pérdida puede seguir doliendo sin impedir que la persona vuelva a amar y servir.** Su matrimonio no volvió. Le duele todavía. Pero ha aprendido a amar de nuevo, de otra manera.

24.5 La fractura no tiene la última palabra

Todo lo dicho en este capítulo desemboca en una afirmación que resume la esperanza cristiana ante el sufrimiento: **la fractura no tiene necesariamente la última palabra.** No hace falta demostrar que la fractura fue buena para reconocer que Dios puede obrar después de ella.

San Pablo, que conocía el sufrimiento como pocos, lo expresó en un texto que puede servir de síntesis: *Estamos atribulados en todo, pero no aplastados; perplejos, pero no desesperados; perseguidos, pero no abandonados; derribados, pero no aniquilados. Llevamos siempre en nuestro cuerpo la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo* (2 Co 4,8-10). Pablo no niega la tribulación, la perplejidad, la persecución ni la caída. Las nombra todas. Pero afirma que ninguna de ellas tiene la palabra definitiva.

Esta esperanza tiene, sin embargo, un corolario que conviene subrayar con fuerza, porque protege a quienes siguen sufriendo: **la persistencia del dolor no demuestra una falta de fe.**

Hay personas que han atravesado crisis terribles y que, años después, siguen sufriendo. No se han recuperado del todo. El duelo no se ha cerrado. La herida sigue abierta. Y a veces, desde fuera o desde dentro, se les sugiere que, si tuvieran más fe, si se hubieran entregado más, ya habrían salido de ahí. Esa sugerencia es falsa y cruel.

La dignidad de la persona y su posibilidad de vivir en la gracia **no dependen de haber conservado una historia sin heridas**, ni de haber sanado completamente de ellas. De esta verdad se desprenden cuatro consecuencias que conviene retener:

1. **La persona puede necesitar tiempo para sanar**, y ese tiempo no tiene un plazo fijo.
2. **La reconciliación no siempre implica restablecer una relación** o recuperar la confianza anterior, como vimos en el capítulo 8.
3. **El perdón no elimina la necesidad de límites prudentes** ni sustituye la justicia.
4. **La persistencia del dolor no demuestra una falta de fe o de abandono.** Hay heridas que acompañan toda la vida, y Dios no las mira como un fracaso.

El quebrantamiento puede formar parte de una historia de transformación. Pero **no es una condición necesaria para que Dios ame a la persona ni para que esta pueda servirle.** Dios no ama más a quien ha sufrido más, ni a quien ha sanado más rápido. Ama a cada uno en el punto exacto de su camino.

Volvamos al hombre del comienzo. Un año después de aquella conversación con su padrino, celebró su sexto aniversario de sobriedad. Volvieron a pedirle unas palabras. Esta vez dijo algo distinto: *Hace seis años toqué fondo. No me levanté solo. Me levantaron. Ustedes, mi padrino, mi hijo que volvió a hablarme, y un Dios en el que había dejado de creer. No soy el que era. Tengo cicatrices que no se van a ir. Pero estoy vivo, y esta vida no la fabriqué yo.* Su padrino, desde la última fila, sonrió.

No había renacido de sus cenizas como el fénix. Había sido levantado, como en la Pascua. Con las heridas a la vista.

24.6 La última entrega: morir en los brazos del Padre

Una mujer de setenta y cuatro años recibió un diagnóstico de cáncer de páncreas ya extendido. Los médicos le dieron pocos meses. Era una mujer de fe sencilla y firme, abuela de nueve nietos, que había rezado el rosario cada tarde durante medio siglo. Una noche, en el hospital, su nieto mayor, que llevaba años alejado de la Iglesia, se sentó junto a su cama y le preguntó, con la voz quebrada, si tenía miedo.

Ella tardó en responder. Luego le tomó la mano y le dijo algo que él repetiría muchas veces después: *Tengo miedo de que me duela, mijo. Eso sí. Pero no tengo miedo de irme. Voy a ver a Dios.*

En esa respuesta está una de las distinciones más importantes de la vida cristiana, y quizá el acto de abandono más alto que una persona puede vivir. Este libro no estaría completo sin ella, porque toda historia humana termina en la muerte. Y la manera en que una persona se dispone a morir revela, como ninguna otra cosa, en qué manos ha puesto su vida.

El miedo al dolor y el miedo a la muerte

La abuela distinguía dos miedos que solemos confundir. Conviene separarlos con cuidado.

El miedo al dolor es humano, y no tiene nada de vergonzoso. Rara es la muerte que no viene acompañada de algún sufrimiento, físico, emocional o de otro tipo. El cuerpo tiembla ante lo que puede herirlo. Jesús mismo, en Getsemaní, sintió una angustia de muerte ante lo que iba a padecer, como vimos en la Obertura. Tener miedo al dolor no es falta de fe. Es la condición de una criatura que tiene cuerpo.

Ante ese miedo, el cristiano no está llamado a fingir indiferencia, sino a algo más hondo: **disponerse a cargar su cruz**, cuando llegue, con valentía. *El que quiera venir detrás de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga* (Mt 16,24). Esa valentía no se fabrica. Se pide. Es la virtud de la **fortaleza**, que asegura la firmeza en las dificultades y hace capaz de vencer el temor, incluso a la muerte, y de hacer frente a las pruebas (CEC 1808). Por eso la oración ante el dolor no es *quítame el miedo*, sino *dame fuerza*. Y Dios la da. Muchos de quienes han acompañado a moribundos dan testimonio de una fortaleza que no venía de la persona, sino que se le concedía, día a día, a la medida de lo que tenía que atravesar.

Una precisión protege aquí contra la crueldad. Disponerse a cargar la cruz no significa renunciar al alivio. La Iglesia enseña que el uso de analgésicos para aliviar los sufrimientos del moribundo es legítimo, incluso con el riesgo de abreviar sus días, siempre que no se busque la muerte (CEC 2279), y valora los cuidados paliativos como una forma privilegiada de caridad. Aceptar la cruz y aliviar el dolor no se oponen. Como se dirá al cerrar esta Parte, lo que santifica no es el dolor, sino el amor con que se atraviesa.

El miedo a la muerte como tal es otra cosa. Es el miedo a dejar de ser, a la nada, a perderlo todo. Y ese miedo, a diferencia del miedo al dolor, sí puede y debe ser vencido por la fe. La Carta a los Hebreos dice algo asom-

broso: Cristo compartió nuestra carne y nuestra sangre para destruir con su muerte el poder de la muerte, y *liberar a los que, por miedo a la muerte, estaban sometidos de por vida a la esclavitud* (Hb 2,14-15). El miedo a la muerte es, según este texto, una esclavitud. Y Cristo vino a romperla.

San Pablo lo canta casi con desafío: *¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón?* (1 Co 15,55). Y llega a escribir que para él *la vida es Cristo, y la muerte, una ganancia*, porque desea *partir y estar con Cristo, que es con mucho lo mejor* (Flp 1,21.23). San Francisco de Asís, al final de su vida, añadió a su *Cántico de las criaturas* una estrofa que ha conmovido a generaciones: *Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana muerte corporal.* Hermana, no enemiga.

La esperanza, virtud teologal

Lo que permite al cristiano mirar la muerte de esta manera tiene un nombre preciso: la **esperanza**. Junto con la fe y la caridad, es una de las tres **virtudes teologales**, llamadas así porque tienen a Dios mismo como origen, motivo y objeto. El *Catecismo* la define como la virtud por la que aspiramos al Reino de los cielos y a la vida eterna como nuestra felicidad, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en el auxilio de la gracia del Espíritu Santo (CEC 1817).

Obsérvese que esta definición es, casi palabra por palabra, la del abandono que este libro ha desarrollado: confiar, no apoyarse en las propias fuerzas, esperar lo que no se ve. Por eso puede decirse que **la esperanza ante la muerte es uno de los actos de fe y de entrega más notables y más potentes que puede vivir una persona.** Toda la vida la ha preparado. Cada pequeña entrega, cada apego soltado, cada salto de fe, cada resultado puesto en manos del Padre ha sido un ensayo de esta última.

En el capítulo 11 describimos el salto de fe como soltar el borde y confiar sin ver. La muerte es la forma suprema de ese salto. Es el momento en que ya no queda ninguna nave que quemar, porque todas se quedan en la orilla. Y es el momento en que se revela con toda claridad lo que la histo-

ria del niño en la casa en llamas quería decir: lo que desde aquí parece oscuridad, desde el otro lado son los brazos del Padre.

Jesús vivió ese salto en la cruz. Sus últimas palabras, según San Lucas, fueron una oración tomada de un salmo: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu* (Lc 23,46; Sal 31,6). El mismo que en Getsemaní había pedido que se apartara la copa termina abandonándose por completo. Son las manos abiertas en su forma definitiva: las manos de Cristo, clavadas abiertas en la cruz, y su espíritu puesto en las manos del Padre.

La esperanza cristiana evita dos errores que el *Catecismo* señala como pecados contra ella (CEC 2091-2092). El primero es la **desesperación**: dejar de esperar de Dios la salvación, como si los propios pecados fueran más grandes que su misericordia. El segundo es la **presunción**: dar la salvación por hecha sin conversión, como si no hiciera falta arrepentirse. Entre ambos, la esperanza confía plenamente en Dios sin dejar de responderle. Por eso la Iglesia enseña a pedir una gracia muy particular: la **perseverancia final**, es decir, la gracia de morir en amistad con Dios (CEC 2016). No se da por supuesta. Se pide.

Lo que esperamos: ver a Dios cara a cara

¿Qué espera, exactamente, el cristiano? No una vaga supervivencia ni un descanso indefinido. Espera lo que Jesús prometió: *En la casa de mi Padre hay muchas moradas. Voy a prepararles un lugar, y cuando haya ido y se lo haya preparado, volveré y los llevaré conmigo, para que donde yo esté estén también ustedes* (Jn 14,2-3).

La tradición llama a esta plenitud **visión beatífica**: ver a Dios tal como es, cara a cara. *Ahora vemos como en un espejo, de manera confusa; entonces veremos cara a cara* (1 Co 13,12). *Seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal cual es* (1 Jn 3,2). El *Catecismo* describe el cielo como el fin último y la realización de las aspiraciones más profundas del hombre, el estado supremo y definitivo de dicha (CEC 1024). Es la plenitud de aquella divinización por la gracia que vimos en el capítulo 14: el hierro, por fin, enteramente penetrado por el fuego. Y es el lugar donde Dios *enjugará toda*

lágrima de sus ojos, y no habrá ya muerte, ni llanto, ni lamento, ni dolor (Ap 21,4).

Esa promesa es para quienes mueren en la gracia y la amistad de Dios (CEC 1023). Y quien la espera de verdad muere con auténtica hambre y auténtica sed de estar con su Salvador. *Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo: ¿cuándo podré ir a ver el rostro de Dios?* (Sal 42,2-3). Esa sed es ya un don, y un signo. Santa Teresa de Jesús la expresó en uno de sus poemas más conocidos: *Vivo sin vivir en mí, y tan alta vida espero, que muero porque no muero.*

La promesa supone también el arrepentimiento sincero de los propios pecados, que la gracia de Cristo redime. El ejemplo más consolador del Evangelio es el del ladrón crucificado junto a Jesús. Al final de una vida torcida, en el último momento, reconoce su culpa y pide: *Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino.* Y escucha la respuesta más asombrosa de todas: *Hoy estarás conmigo en el paraíso* (Lc 23,42-43). Nunca es tarde para el arrepentimiento verdadero. Pero nadie debería esperar al último momento para buscarlo.

El purgatorio: la última purificación

La mayoría de nosotros, si somos honestos, no llegaremos al final de la vida completamente purificados. Llevaremos apegos que no terminamos de soltar, heridas que no terminamos de sanar, faltas de amor que no terminamos de reparar. Para eso existe lo que la Iglesia llama **purgatorio**: la purificación final de quienes mueren en la gracia y la amistad de Dios, pero imperfectamente purificados. El *Catecismo* subraya que quienes pasan por ella **tienen ya asegurada su salvación eterna** (CEC 1030), y que esa purificación es completamente distinta del castigo de los condenados (CEC 1031).

El purgatorio no es la venganza de un juez severo. Es la última obra de la misericordia de Dios: el último vaciamiento antes de la plenitud, el último fuego que termina de limpiar el hierro antes de que arda por com-

pleto. Ante él, el cristiano está llamado a una actitud de **dignidad y reconocimiento**: aceptar con humildad, e incluso con gratitud, que el juicio del Señor es perfecto. Perfecto en justicia, porque ve la verdad completa de cada vida, sin las excusas que nos fabricamos. Y perfecto en misericordia, porque quien juzga es el mismo que murió por nosotros. *Las almas de los justos están en manos de Dios* (Sb 3,1). En manos de Dios. Siempre esas manos.

Santa Catalina de Génova, que escribió con gran hondura sobre este misterio, enseñaba que las almas que se purifican viven a la vez un dolor inmenso y una alegría que solo puede compararse con la de los santos en el cielo, porque saben que van hacia Dios y desean ser purificadas para poder verlo. No es una antesala del infierno. Es la última estación del camino a casa. Y la Iglesia, como familia, acompaña a quienes la atraviesan con su oración por los difuntos, que es una de las obras de misericordia.

La esperanza por los demás

La esperanza cristiana no es un asunto privado. Sería extraño, y muy poco cristiano, esperar la salvación para uno mismo y desentenderse de la de los demás. La virtud que nos hace confiar en las promesas de Cristo para nuestra propia vida nos hace confiar en ellas también para la de los otros: nuestros seres queridos, nuestros amigos, nuestros vecinos, los desconocidos que nunca veremos y, de manera muy especial, nuestros enemigos.

El fundamento de esta esperanza es la voluntad misma de Dios. San Pablo escribe que Dios *quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad* (1 Tm 2,4). La Segunda Carta de Pedro añade que el Señor tiene paciencia *porque no quiere que nadie perezca, sino que todos lleguen a la conversión* (2 P 3,9). Y por boca del profeta Ezequiel, Dios mismo pregunta: *¿Acaso me complazco yo en la muerte del malvado, y no más bien en que se convierta de su conducta y viva?* (Ez 18,23). El *Catecismo* recoge esta verdad al tratar de la esperanza: en ella, la Iglesia implora que

todos los hombres se salven (CEC 1821), y ruega para que nadie se pierda (CEC 1058). Dios no predestina a nadie a la condenación (CEC 1037).

Justicia infinita, misericordia infinita

Detrás de esta esperanza hay una verdad sobre Dios que no conviene olvidar nunca: **si su justicia es infinita, su misericordia también lo es.** Ninguna anula a la otra, porque ambas son Dios mismo. Pero la Escritura deja ver hacia dónde se inclina el corazón del Padre: *la misericordia triunfa sobre el juicio* (St 2,13). *El Señor es bueno con todos; su misericordia se extiende a todas sus obras* (Sal 145,9).

También aquí hay dos maneras de equivocarse, simétricas con las de la esperanza personal. La primera es **condenar**: dar por perdida a una persona, decidir en el propio corazón que no tiene remedio, que no merece el cielo, que Dios ya no podrá alcanzarla. Jesús lo prohibió sin rodeos: *No juzguen, y no serán juzgados* (Mt 7,1). El destino eterno de cada persona pertenece al juicio de Dios, que ve lo que nosotros no vemos. La segunda es **la presunción**: dar por hecho que todos se salvarán sin más, que todo da igual, que la conversión no importa y que no hace falta rezar por nadie. A nosotros no nos corresponde ni condenar ni garantizar. Nos corresponde esperar y rezar.

Es, una vez más, la línea. La salvación de los demás no está en nuestras manos. No podemos convertir a nadie, ni forzar el arrepentimiento de nadie, ni decidir el destino eterno de nadie. Lo que sí nos corresponde es rezar, dar testimonio, amar, perdonar, ofrecer nuestras pequeñas cruces y no dejar de esperar. Y encomendar el resto a un Padre cuya misericordia es más grande que nuestros miedos y que nuestros juicios.

Rezar por la salvación de todas las almas

La historia de la Iglesia está llena de testigos de esta esperanza. Santa Mónica rezó durante años, con lágrimas, por su hijo Agustín, entonces alejado de la fe y de la vida cristiana. Un obispo, al verla tan afligida, le dijo una frase que Agustín conservó en sus *Confesiones*: *No es posible que se pierda el hijo de tantas lágrimas.* Agustín se convirtió, y llegó a ser uno de los más grandes santos y doctores de la Iglesia.

Santa Teresa del Niño Jesús, siendo apenas una adolescente, oyó hablar de un criminal condenado a muerte, Henri Pranzini, que no daba ninguna señal de arrepentimiento. Decidió rezar por él con todas sus fuerzas y le pidió a Dios una señal. Poco después leyó en el periódico que, en el momento de subir al patíbulo, Pranzini se había vuelto de pronto, había tomado el crucifijo que le presentaba el sacerdote y había besado tres veces sus llagas. Teresa lo llamó, desde entonces, *su primer hijo*.

Y la cima de esta esperanza es rezar por la salvación de los enemigos. Jesús lo mandó: *Amen a sus enemigos y recen por los que los persiguen* (Mt 5,44). Y lo vivió en la cruz: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen* (Lc 23,34). Esteban, el primer mártir, murió rezando por quienes lo apedreaban (Hch 7,60). Desear el cielo para quien nos hizo daño es la forma más alta del perdón que vimos en el capítulo 8: no solo renunciar a la venganza, sino desear para el otro el mayor de los bienes. Y no exige reconciliación, ni confianza, ni cercanía. Se puede rezar por la salvación de alguien de quien uno debe permanecer protegido.

Esta esperanza alcanza también a los que ya murieron, incluso a quienes parecieron morir lejos de Dios. Nadie sabe lo que ocurre, en el último instante, entre un alma y su Creador. Por eso la Iglesia reza por todos los difuntos y ofrece por ellos la Eucaristía. Y aun ante la muerte más dolorosa de todas, la de quien se ha quitado la vida, enseña que no se debe desesperar de su salvación eterna, porque Dios puede haberle dado, por caminos que solo Él conoce, la ocasión de un arrepentimiento salvador, y la Iglesia ora por esas personas (CEC 2283). Para muchas familias heridas, esta enseñanza es un consuelo inmenso.

La piedad católica ha conservado una oración breve que expresa toda esta esperanza, y que millones de fieles rezan al terminar cada misterio del rosario:

> *Oh Jesús mío, perdona nuestros pecados, líbranos del fuego del infierno, lleva al cielo a todas las almas, especialmente a las más necesitadas de tu misericordia.*

Todas las almas. También las que nos hirieron. También las que nadie recuerda. La abuela del comienzo lo sabía. En sus últimos meses rezaba el rosario por cada uno de sus nueve nietos, uno por uno, y también por el hombre que, muchos años atrás, había arruinado el negocio de su marido. Su nieto mayor se enteró después de que él había sido uno de los nietos por los que más rezó.

Aprender a morir

Si la muerte es la última entrega, toda la vida puede vivirse como una preparación para ella. No de manera morbosa, sino serena. La tradición cristiana lo ha llamado el *arte de bien morir*, y sus recomendaciones se parecen mucho a todo lo que este libro ha propuesto:

- **Soltar ahora lo que un día habrá que soltar.** Cada apego entregado en vida es un peso menos en la hora final.
- **Poner en orden la propia historia.** Las cinco cajas que veremos en el capítulo 27 son también una preparación para la muerte: agradecer lo recibido, pedir perdón por lo elegido mal, llorar lo perdido, reparar lo pendiente, entregar lo que no se puede cambiar.
- **No dejar para mañana las reconciliaciones.** Nadie sabe el día ni la hora (Mt 25,13).
- **Recibir los sacramentos.** La Reconciliación, la Unción de los enfermos y la Eucaristía recibida como viático, *alimento para el camino*, son los regalos que la Iglesia ofrece para la última travesía.

- **Pedir la gracia de una buena muerte.** La piedad católica ha puesto este deseo bajo la protección de San José, que según la tradición murió en brazos de Jesús y de María.
- **Ensayar cada noche la última entrega.** El examen al final del día que propone el capítulo 34 termina encomendando a Dios lo que queda pendiente. Es un pequeño *en tus manos encomiendo mi espíritu*, rezado cada noche antes de dormir.

Volvamos a la abuela del comienzo. Los últimos meses no fueron fáciles. Hubo dolor, y lo sintió. Los cuidados paliativos lo aliviaron mucho, y ella los recibió con gratitud. Se confesó, recibió la Unción de los enfermos y pidió perdón a una hermana con la que llevaba años sin hablarse. Repartió sus pocas cosas. A cada nieto le dio un rosario. Y cada tarde, mientras pudo, rezó el suyo.

Murió una madrugada, con las manos abiertas sobre la sábana. Su nieto mayor estaba a su lado. Cuenta que lo último que le oyó, casi en un susurro, fue: *Ya voy, Señor.* Y que no había miedo en su cara.

Meses después, ese nieto volvió a la Iglesia. Cuando le preguntaban por qué, respondía siempre lo mismo: *Vi morir a mi abuela. Y quise tener lo que ella tenía.*

Oración para la última entrega

Señor Jesús, tú conoces mi miedo al dolor, porque tú también lo sentiste en el huerto. No te pido que me ahorres toda cruz. Te pido fuerza para cargarla cuando llegue, y alivio cuando sea posible. Pero quítame el miedo a la muerte, porque tú la venciste. Dame hambre y sed de ti, y enséñame a desear el cielo para todos, también para quienes me han herido. Perdona mis pecados y purifícame como tú sabes, porque tu juicio es perfecto y tu misericordia no tiene fin. Y cuando llegue mi hora, que pueda decir contigo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Amén.

PARA LLEVARLO A LA VIDA

1. Revisa la manera en que cuentas tu propia historia de recuperación, si la tienes. ¿Te atribuyes toda la reconstrucción, o reconoces a quienes te sostuvieron y a la gracia que te levantó?
2. Identifica una pérdida de la que esperas "volver a ser el de antes". Pregúntate qué podría significar, en cambio, avanzar con lo que queda.
3. Lee Jn 20,19-29 y detente en las heridas del Resucitado. ¿Qué cicatriz tuya podría convertirse en parte de quien eres, sin definirte por completo?
4. Si sigues sufriendo por algo que ocurrió hace tiempo, repite despacio la cuarta consecuencia de la sección 24.5. Y descansa en ella.

Ejercicio complementario: escribe, con serenidad, qué te da miedo de tu propia muerte. Separa lo que es miedo al dolor, que puedes presentar a Dios pidiendo fortaleza, de lo que es miedo a la muerte misma, que puedes entregar a la esperanza. Después pregúntate qué tendrías que soltar, reparar o reconciliar hoy si supieras que tu hora está cerca. Y termina rezando, despacio: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.*

Segundo ejercicio complementario: haz una lista de personas por cuya salvación quieres rezar: tus seres queridos, un amigo alejado de Dios, un difunto que te preocupa y, si puedes, alguien que te haya hecho daño. Reza por ellas, una por una, la oración *Oh Jesús mío* de la sección 24.6.

LA LÍNEA EN ESTE CAPÍTULO

LO QUE ME CORRESPONDE	LO QUE ENCOMIENDO A DIOS
Colaborar con mi recuperación y reparar lo que pueda	La vida nueva que no puedo fabricar
Aceptar lo irreversible y avanzar con lo que queda	Las cicatrices, que solo Él puede transfigurar
Darme el tiempo que necesito para sanar	La última palabra sobre mi historia
Disponerme a cargar mi cruz con valentía, pidiendo fortaleza, y preparar mi alma para una buena muerte	Mi muerte, mi juicio y mi purificación, en manos de un Padre justo y misericordioso
Rezar y esperar por la salvación de todas las almas, también de mis enemigos	El destino eterno de cada persona, que solo Él juzga con justicia y misericordia infinitas

ORACIÓN

Señor resucitado, tú conservaste tus heridas y por ellas te reconocieron tus amigos. Yo también tengo heridas, y a veces me avergüenzo de ellas. Enséñame a llevarlas como tú, sin esconderlas y sin dejar que me definan. No quiero levantarme solo, como quien se basta a sí mismo. Quiero que me levantes tú. No te pido volver a ser el de antes. Te pido ser nuevo en ti. Amén.

El fénix renace de sí mismo; el cristiano renace de Otro.

Una teología del dolor necesario

La Parte VI ha recorrido el territorio del sufrimiento: la crisis de identidad, el mal permitido, la prioridad de la seguridad, la cruz y el sacrificio, la esperanza de una vida nueva y la última entrega. A lo largo de ella se ha afirmado varias veces que Dios puede obrar en medio del dolor, y que una crisis puede convertirse en ocasión de transformación. Estas afirmaciones son verdaderas. Pero tienen una mala lectura posible, que conviene cerrar con toda firmeza: la de convertirlas en una **teología del dolor necesario**.

Esa teología sostiene, explícita o implícitamente, que el sufrimiento es el camino privilegiado o incluso el único camino hacia Dios. Que quien no ha sufrido mucho no puede ser santo. Que el dolor es la prueba de una entrega verdadera. Que quien sigue sufriendo es porque todavía no se ha entregado lo suficiente. Y que, por tanto, hay que aceptar el sufrimiento sin resistencia, e incluso buscarlo.

Esta teología no es cristiana, y produce daños enormes. Conviene, por eso, establecer cinco afirmaciones que la desmontan:

- **El sufrimiento no es requisito de santidad.** La gracia actúa también a través de la alegría, la amistad, la belleza y la vida ordinaria.
- **El sufrimiento no es prueba de una entrega verdadera.** Hay personas profundamente entregadas a Dios que han sufrido poco, y personas que han sufrido mucho sin que eso las haya acercado a Él.

- **La persistencia del sufrimiento no es prueba de una entrega insuficiente.** Nadie sufre porque no se ha abandonado lo bastante.
- **No se debe buscar el sufrimiento.** Ni provocar crisis para obligarse a crecer, ni permanecer en situaciones dañinas que podrían evitarse. Otra cosa es la cruz que no puede evitarse, y la penitencia voluntaria, medida y ofrecida por amor, que el capítulo 23 distingue con cuidado del masoquismo.
- **Aliviar el sufrimiento es una obra cristiana.** Jesús curó, consoló y liberó. Quien busca terminar con su propio dolor o con el de otros no está huyendo de la cruz, sino imitando a Cristo.

La cruz tiene un lugar central en la fe cristiana. Pero no porque el dolor sea bueno, sino porque el amor de Cristo fue más fuerte que el dolor. Lo que salva no es el sufrimiento de la cruz, sino el amor con que fue atravesado. Y ese amor, que llegó hasta la muerte, no buscaba la muerte, sino la vida. *Yo he venido para que tengan vida, y vida en abundancia* (Jn 10,10).

Lo que santifica no es el dolor, sino el amor con que se atraviesa. Y el amor, cuando puede, también lo cura.

VII

PARTE VII

Volver a casa distinto

La integración de la historia

Después de la noche, el regreso. La Parte VII se ocupa de una de las experiencias más paradójicas de la vida espiritual: la de volver al lugar del que se partió y descubrir que todo es igual y, al mismo tiempo, que nada lo es. Es la Parte que da sentido al viaje entero. El capítulo 25 explora la idea de que el fruto de una travesía puede ser una persona transformada, más que un destino distinto. El capítulo 26 dialoga con una de las novelas más leídas de las últimas décadas, *El Alquimista*, para mostrar dónde coincide con la visión cristiana y dónde se separa de ella. El capítulo 27 ofrece una herramienta para integrar la propia historia sin idealizarla ni condenarla. Y el capítulo 28 distingue entre lo que hay que reparar, lo que hay que aceptar y lo que puede redirigirse hacia el bien.

La misma puerta

El caminante despertó en la duna con el sol ya alto. Tenía hambre, sed y la llave en la mano abierta. No tuvo que pensarlo mucho. Se levantó, sacudió la arena de la ropa y echó a andar hacia el norte.

El regreso duró casi tantas semanas como la ida, pero fue un viaje distinto. No tenía dinero, así que en cada pueblo buscaba algo que reparar a cambio de comida o de un lugar para dormir. Arregló una carreta en una granja, una puerta en una iglesia, el molino de un viejo que lo invitó a quedarse tres días. Lo hacía con las manos y con lo que encontraba, porque sus herramientas se las habían robado en el puerto. Y descubrió, con sorpresa, que le gustaba. No el pago, que era escaso. Le gustaba el momento en que algo roto volvía a funcionar, y la cara de quien lo veía.

Cruzó la llanura donde se había perdido entre señales. Pasó junto al pozo de la cuerda rota; alguien había puesto una nueva. Subió la montaña y encontró el refugio de los pastores, vacío en esa estación, con la puerta que él había reparado todavía cerrando bien. Vadeó el río, esta vez con el agua por las rodillas y sin nada que proteger.

Una tarde de primavera, vio a lo lejos el final del camino de tierra. La casa estaba ahí. Exactamente igual. La misma puerta de madera gastada, el mismo patio, el mismo limonero, ahora cargado de flores. El taller, con la ventana sucia por el polvo de los meses.

Se detuvo frente a la puerta mucho tiempo. Se había ido convencido de que la vida verdadera estaba en otra parte. Había cruzado montañas, ríos, llanuras y desiertos para encontrarla. Y ahora estaba de vuelta, sin dinero, sin herramientas, sin carta, sin puesto, sin nada de lo que había ido a buscar. Por un momento sintió el peso del fracaso.

Pero luego miró sus manos. Eran las mismas manos que habían salido de allí, y no lo eran. Habían reparado una puerta en una tormenta, se habían abierto en un pozo, y en un desierto se habían abierto con una llave en la palma. Ya no eran puños.

Metió la llave en la cerradura. Giró con un chasquido familiar. Entró. Adentro olía a cerrado y a aceite viejo. En el taller, colgadas en la pared donde siempre habían estado, encontró las herramientas de su abuelo, que había olvidado por completo al partir con las suyas. Estaban oxidadas, pero servían.

A la mañana siguiente, alguien llamó a la puerta. Era la vecina de la casa de enfrente, con una silla de mimbre con una pata rota. Al verlo, se sorprendió y se alegró a la vez. Le tendió la silla con una sonrisa un poco tímida.

—Ya sé que es poca cosa —dijo—. Pero tú la arreglas.

El caminante tomó la silla con las dos manos. La miró como quien mira algo valioso.

—No es poca cosa —respondió.

Y se puso a trabajar.

CAPÍTULO 25

El mismo lugar, otra persona

A los veintidós años, una mujer dejó su pueblo con una determinación feroz. Había crecido detrás del mostrador de la farmacia familiar, escuchando las mismas conversaciones con los mismos clientes, y se había prometido que su vida sería otra cosa. Estudió derecho en la capital, entró en un despacho prestigioso, trabajó jornadas de catorce horas y llegó a socia antes de los treinta y cinco. Se casó, compró un departamento con vista a la ciudad y volvía al pueblo solo en Navidad, con cierta condescendencia.

A los treinta y ocho, todo se vino abajo en menos de un año. Un agotamiento que los médicos llamaron síndrome de desgaste la obligó a dejar el despacho. Su matrimonio terminó. Y su madre, viuda desde hacía años, recibió un diagnóstico de enfermedad de Parkinson.

Volvió al pueblo para cuidar a su madre. Lo hizo, al principio, como quien acepta una derrota. Y como alguien tenía que atender la farmacia, se puso detrás del mismo mostrador del que había huido a los veintidós.

Han pasado ocho años. Hace poco, una antigua compañera del despacho fue a visitarla y le preguntó, con una mezcla de curiosidad y compasión, si no echaba de menos su vida anterior. Ella pensó un momento y respondió: *Volví al mismo lugar. Pero yo no soy la misma. Antes este mostrador era una cárcel. Ahora es el sitio donde la señora del tercero me cuenta que su hijo no la llama, y donde el señor de la esquina viene a que le explique sus medicinas porque ya no ve bien. No es la vida que planeé. Es una vida que no sabía que podía tener.*

Este capítulo trata de esa experiencia: la de regresar al mismo lugar siendo otra persona. Es una de las imágenes más fecundas para comprender la transformación interior, y también una de las más fáciles de malinterpretar.

25.1 El progreso como distancia

La cultura contemporánea tiende a medir la vida por la distancia recorrida. *Salir adelante*, *llegar lejos*, *subir*, *superarse*: el vocabulario del éxito es casi siempre un vocabulario de desplazamiento. Se progresa cuando se deja atrás el lugar de origen: el pueblo, el barrio, la clase social, el oficio de los padres, las limitaciones de la infancia. Y se considera un fracaso, o al menos un retroceso, volver a ellos.

Esta manera de pensar tiene mucho de legítimo. Hay lugares de los que conviene salir. Hay limitaciones que conviene superar. La movilidad social, el acceso a la educación, la posibilidad de elegir un camino distinto del heredado son bienes reales, que muchas generaciones lucharon por conseguir. Nada de lo que sigue pretende negarlo.

Pero esta manera de pensar tiene también un límite. **Supone que el valor de una vida se mide por la distancia exterior que la separa de su punto de partida.** Y esa suposición deja fuera una dimensión decisiva: la transformación de la persona que recorre el camino. Dos personas pueden estar en el mismo lugar y vivir en él de maneras completamente distintas. Y una misma persona puede volver al lugar del que salió y descubrir que ese lugar, sin haber cambiado, es otro, porque ella ha cambiado.

La mujer de la farmacia había medido su vida, durante dieciséis años, por la distancia que la separaba del mostrador de su infancia. Cuanto más lejos estaba, más valiosa le parecía su vida. Y cuando la vida la devolvió al mostrador, lo vivió como el fracaso absoluto de todo lo que había construido.

25.2 El retorno como fruto

La vida espiritual ofrece otra posibilidad, que la cultura del progreso apenas contempla: **el fruto de una travesía puede manifestarse precisamente en el retorno.**

La persona puede recorrer un camino extenso, experimentar pérdidas, revisar sus convicciones, descubrir sus apegos y aprender a confiar en Dios. Al final, puede encontrarse de nuevo ante el mismo hogar, la misma responsabilidad o una realidad que parece exteriormente semejante a aquella de la que partió. **Exteriormente, el escenario puede parecer idéntico. Interiormente, la relación con ese escenario ha cambiado.**

El Evangelio ofrece la imagen más conocida de este retorno: el hijo pródigo. El hijo menor se marcha de la casa de su padre con su parte de la herencia, convencido de que la vida verdadera está lejos. La derrocha en un país lejano. Cae en la miseria. Y un día, cuidando cerdos y deseando comer lo que ellos comen, *entra en sí mismo* (Lc 15,17) y decide volver. Regresa a la misma casa de la que salió. El padre es el mismo, la casa es la misma, el hermano mayor es el mismo. Pero el hijo que vuelve no es el que se fue. Ha conocido el hambre, la humillación y la misericordia. Y la casa que antes le parecía una prisión se ha convertido en el lugar donde lo esperan con una fiesta.

Un poeta del siglo XX, T. S. Eliot, expresó esta intuición en uno de sus poemas más conocidos con una idea que ha sido citada innumerables veces: que el final de toda nuestra exploración será llegar al lugar del que partimos y conocerlo, por primera vez, de verdad. Es una intuición que muchas tradiciones espirituales comparten, y que la fe cristiana ilumina de una manera particular: se vuelve al lugar de origen con una mirada transformada por la gracia.

El retorno, por tanto, **no invalida la travesía. Puede revelar uno de sus frutos.** La mujer de la farmacia no desperdició sus dieciséis años en la capital. Aprendió muchas cosas, conoció sus límites, atravesó un

derrumbe que la obligó a revisarlo todo. Y fue esa travesía la que le permitió ver con otros ojos el mostrador del que había huido.

25.3 Tres transformaciones del que vuelve

¿Qué cambia, concretamente, en la persona que regresa transformada? La experiencia muestra que hay al menos tres transformaciones que se repiten con frecuencia.

La primera: lo que antes se vivía como limitación puede convertirse en ocasión de servicio. El mostrador de la farmacia era, para la joven de veintidós años, el símbolo de una vida estrecha. Para la mujer de cuarenta y seis, es el lugar donde puede escuchar, explicar, acompañar. El lugar no ha cambiado. Ha cambiado la manera de habitarlo. Lo que era límite se ha vuelto puerta.

La segunda: lo que antes se hacía por reconocimiento puede empezar a hacerse con libertad. En el despacho, la mujer trabajaba para ser socia, para ser admirada, para demostrar que había llegado lejos. En la farmacia, nadie la admira especialmente. Su trabajo es discreto y poco espectacular. Y precisamente por eso, puede hacerlo con una libertad que nunca tuvo en la capital: no necesita que nadie la vea para saber que vale la pena.

La tercera: lo que antes se consideraba una interrupción del propio proyecto puede convertirse en una responsabilidad asumida conscientemente. Volver a cuidar a su madre fue, al principio, una interrupción brutal de su vida. Con el tiempo, se convirtió en una elección. Ya no cuida a su madre porque no le queda más remedio, sino porque ha descubierto en ese cuidado una forma de amor que da sentido a sus días.

Estas tres transformaciones corresponden, de manera muy precisa, a los apegos que examinamos en la Parte II: el apego a la propia imagen, el apego al reconocimiento y el apego a un futuro imaginado. La travesía de

la mujer la liberó de los tres. Y esa liberación le permitió descubrir, en el mismo lugar del que había huido, una vida que no sabía que podía tener.

25.4 No es una regla universal

Todo lo anterior tiene un riesgo evidente, y conviene neutralizarlo con la misma claridad con que se ha expuesto la idea. **El retorno transformado no es una regla universal.** No todas las personas están llamadas a volver al lugar del que salieron. Y convertir esta imagen en una ley produciría tanto daño como el que pretende evitar.

La Escritura ofrece ejemplos abundantes de caminos que no regresan. Abraham salió de Ur de los caldeos y nunca volvió; su fidelidad consistió precisamente en no volver (Gn 12,1). Moisés sacó a su pueblo de Egipto, y el regreso habría sido una traición; cuando el pueblo, en el desierto, añoraba las ollas de carne de Egipto, esa añoranza fue vista como una falta de fe (Ex 16,3). Rut, la moabita, dejó su tierra para acompañar a su suegra Noemí, con una frase que se ha vuelto símbolo de la fidelidad: *Adonde tú vayas, iré yo; tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios será mi Dios* (Rt 1,16). Ninguno de ellos encontró su vocación en el regreso. La encontraron en la partida.

Por eso conviene afirmar con claridad que **algunas personas están llamadas a regresar, y otras necesitan continuar, cambiar de entorno o abandonar una situación que ya no es legítima o saludable.** Una persona que salió de una familia donde sufría abusos no está llamada a volver a ella. Una persona que dejó un trabajo que la destruía no tiene que regresar para demostrar su transformación. Una persona que encontró su vocación lejos de su lugar de origen no ha fracasado por no volver.

Hay, además, un tipo de retorno que no es fruto de ninguna transformación, sino de lo contrario: **el retorno por miedo.** La persona vuelve no porque haya descubierto algo nuevo en el lugar de origen, sino porque le asusta explorar alternativas legítimas. Vuelve a la relación dañina porque teme la soledad. Vuelve al trabajo que detesta porque teme la incerti-

dumbre. Vuelve a los viejos hábitos porque los nuevos le exigen demasiado. Ese retorno no es un fruto de la travesía. Es una renuncia a ella.

La enseñanza de este capítulo no consiste, por tanto, en que siempre debamos regresar al origen. Consiste en algo más sutil: **reconocer que el valor de una travesía no depende exclusivamente de la distancia exterior recorrida.** A veces el fruto está en un lugar nuevo. A veces está en el mismo lugar, vivido de otra manera. Lo que importa no es dónde se termina, sino quién se ha llegado a ser.

25.5 El valor de una travesía

¿Cómo saber, entonces, si una travesía ha dado fruto? Si no se mide por la distancia, ¿por qué se mide?

La respuesta de este libro es que **el valor espiritual de una travesía se mide por la transformación de la persona y por su capacidad renovada para amar y servir.** No por el lugar al que llegó, ni por lo que consiguió, ni por cuánto se alejó de su punto de partida.

Desde esta perspectiva, una vida que parece exteriormente estancada puede haber recorrido un camino interior inmenso. Y una vida que parece haber llegado muy lejos puede no haberse movido, en lo esencial, de su punto de partida. La mujer de la farmacia, a los treinta y cinco años, socia de un despacho prestigioso, había llegado muy lejos y, sin embargo, seguía atada a los mismos miedos y a la misma necesidad de demostrar su valor que la impulsaron a salir del pueblo. A los cuarenta y seis, detrás del mismo mostrador de su infancia, era una persona libre.

Hay algunas preguntas que ayudan a discernir el fruto de una travesía, ya sea que haya terminado en un lugar nuevo o en el de siempre:

- **¿Soy más libre que antes respecto de lo que me ataba?**
- **¿Amo mejor a las personas que tengo cerca?**
- **¿Sirvo con menos necesidad de reconocimiento?**
- **¿Acepto mis límites con más paz?**

- **¿Confío más en Dios y menos en mi capacidad de controlar la vida?**

Si la respuesta a alguna de estas preguntas es afirmativa, la travesía ha dado fruto, independientemente de dónde haya terminado. **El lugar de partida puede ser el lugar de llegada, pero la persona que llega ya ha atravesado una historia que no puede reducirse al punto geográfico en el que comenzó.**

El caminante de nuestra parábola volvió a la misma casa, a la misma puerta, al mismo taller. Volvió sin nada de lo que había ido a buscar. Y sin embargo, cuando la vecina le dijo *ya sé que es poca cosa*, él pudo responder, por primera vez en su vida, *no es poca cosa*. Esa respuesta era el fruto de todo el viaje. No había encontrado su tesoro en la ciudad del mar. Lo había encontrado en sus manos, cuando aprendieron a abrirse.

PARA LLEVARLO A LA VIDA

1. Piensa en un lugar, una relación o una responsabilidad de la que alguna vez quisiste huir. Pregúntate cómo la vives hoy y si algo ha cambiado en tu manera de habitarla.
2. Revisa las tres transformaciones de la sección 25.3. ¿Alguna de ellas se ha producido en tu vida, aunque sea en un ámbito pequeño?
3. Si estás considerando regresar a algo o a alguien, pregúntate con honestidad: ¿vuelvo por libertad o por miedo?
4. Responde las cinco preguntas de la sección 25.5 sobre la última etapa importante de tu vida.

LA LÍNEA EN ESTE CAPÍTULO

LO QUE ME CORRESPONDE	LO QUE ENCOMIENDO A DIOS
Discernir si debo volver, quedarme o partir	El lugar donde mi vida termine dando fruto
Habitar con libertad el lugar donde estoy	La transformación que hace nuevo un lugar antiguo
Examinar si mi retorno nace de la libertad o del miedo	El sentido completo de mi travesía

ORACIÓN

Señor, me fui buscando una vida que creía estar en otra parte. Quizá he vuelto, o quizá sigo lejos. No sé si el lugar donde estoy es el definitivo. Pero sé que tú estás aquí. Enséñame a habitarlo con ojos nuevos, a servir donde me has puesto y a no medir mi vida por lo lejos que he llegado, sino por lo mucho que he aprendido a amar. Amén.

El lugar de partida puede ser el lugar de llegada, pero no la misma persona.

CAPÍTULO 26

El tesoro y la vocación

En un grupo de jóvenes de una parroquia, el coordinador propuso leer juntos una novela durante el verano. Eligió *El Alquimista*, de Paulo Coelho, porque sabía que muchos ya la conocían y que les gustaba. La lectura fue un éxito. Los chicos subrayaron frases, discutieron los personajes, se identificaron con el protagonista.

En la última sesión, una chica de diecisiete años levantó la mano y preguntó algo que el coordinador no esperaba: *¿Este libro es cristiano? Porque a mí me encanta, pero hay cosas que no sé si encajan con lo que creemos.* El grupo se quedó en silencio. El coordinador se dio cuenta de que la pregunta merecía una respuesta seria, que él no tenía preparada.

Este capítulo intenta ofrecer esa respuesta. No para descalificar una novela que ha acompañado a millones de lectores en todo el mundo, sino para hacer lo que la tradición cristiana ha hecho siempre con las obras de la cultura: reconocer lo que tienen de verdadero, señalar dónde se separan del Evangelio y mostrar cómo la fe puede iluminar una intuición que la novela expresa de manera incompleta. La pregunta tiene especial importancia en este libro, porque *El Alquimista* cuenta, a su manera, la misma historia que nuestra parábola: la de alguien que sale de casa en busca de un tesoro y descubre que el tesoro estaba relacionado con el lugar del que partió.

26.1 Una historia que conocemos

El Alquimista, publicada en 1988, es una de las novelas más traducidas y vendidas de la historia. Su argumento es sencillo y tiene la estructura de un cuento tradicional.

Santiago es un joven pastor andaluz que tiene un sueño recurrente: un niño lo lleva a las pirámides de Egipto y le dice que allí encontrará un tesoro. Una gitana interpreta el sueño y un misterioso anciano, que se presenta como rey, lo anima a seguirlo. Le habla de la *Leyenda Personal*: aquello que cada uno ha deseado hacer desde siempre y que constituye su destino. Santiago vende sus ovejas y parte hacia África.

En el camino le ocurre de todo. Le roban en Tánger. Trabaja durante meses en una tienda de cristales. Cruza el desierto en una caravana. Se enamora en un oasis de una joven llamada Fátima. Conoce a un alquimista que le enseña a leer los signos del mundo y a escuchar a su propio corazón. Finalmente llega a las pirámides y empieza a cavar. Unos ladrones lo asaltan y lo golpean. Cuando les cuenta lo que busca, uno de ellos se burla: él también tuvo una vez un sueño, en el que un tesoro estaba enterrado bajo un sicomoro, en una iglesia en ruinas de España donde dormían los pastores con sus ovejas. Pero él no fue tan tonto como para cruzar el mundo por un sueño.

Santiago reconoce el lugar. Es la iglesia abandonada donde dormía al principio de la novela. Vuelve a España, cava bajo el sicomoro y encuentra el tesoro.

La estructura de esta historia es muy antigua. Procede de un cuento de *Las mil y una noches*, que Jorge Luis Borges recreó en uno de sus relatos breves: un hombre pobre sueña con un tesoro en una ciudad lejana, viaja hasta allí, es apresado, y el capitán que lo interroga le cuenta, burlándose, que él soñó con un tesoro escondido en la casa del viajero. Coelho tomó ese esqueleto y lo convirtió en una fábula sobre el sentido de la vida.

26.2 Lo que la novela intuye

Antes de examinar las diferencias, es justo reconocer lo que *El Alquimista* tiene de verdadero. No es poco, y explica en buena medida su enorme éxito.

La novela intuye que la travesía transforma. Santiago no encuentra el tesoro a pesar de su viaje, sino gracias a él. Si se hubiera quedado en España, nunca habría sabido dónde cavar. El viaje no fue un rodeo inútil: fue la condición para descubrir lo que tenía cerca. Esta intuición coincide con lo que vimos en el capítulo anterior: el valor de una travesía no está solo en su destino.

La novela intuye que el tesoro estaba relacionado con el origen. Es la estructura del retorno transformado. Santiago vuelve al lugar donde empezó, pero ya no es el mismo pastor ingenuo que soñaba con las pirámides. Ha aprendido idiomas, ha amado, ha sufrido, ha conocido el desierto.

La novela intuye que el camino exige desprenderse. Santiago tiene que vender sus ovejas, dejar su tierra, aceptar pérdidas, soltar seguridades. Hay en la novela una pedagogía del desprendimiento que no es ajena a la tradición espiritual.

La novela intuye que la vida tiene un sentido que vale la pena buscar. En una época que con frecuencia reduce la existencia a la supervivencia o al consumo, *El Alquimista* afirma que cada persona está llamada a algo, y que vale la pena arriesgarse para descubrirlo. Muchos jóvenes que la han leído han sentido por primera vez que su vida podía tener una dirección.

Todo esto es verdadero, y un lector cristiano puede reconocerlo con gratitud. La chica del grupo tenía razón en que le encantara el libro: tocaba algo real en ella.

26.3 Dónde la lectura cristiana cambia el fundamento

Pero la chica también tenía razón en su intuición de que algunas cosas no encajaban. La diferencia entre la novela y la fe cristiana no está en la estructura de la historia, sino en su fundamento. Conviene señalar cuatro puntos en que esa diferencia es decisiva.

Primero: la Leyenda Personal frente a la vocación. En la novela, el sentido de la vida de cada persona es su *Leyenda Personal*, definida esencialmente por sus deseos más profundos. Escuchar al propio corazón es el camino para descubrirla. En la fe cristiana, el sentido de la vida es una **vocación**, palabra que viene del latín *vocare*, "llamar". Una vocación no se define solo por lo que yo deseo, sino por lo que Alguien me pide. Puede coincidir con mis deseos más hondos, y muchas veces coincide, porque Dios conoce el corazón que Él mismo creó. Pero puede también contrariarlos. El profeta Jeremías no deseaba ser profeta; se quejó amargamente de que Dios lo había seducido y no podía resistirse (Jr 20,7-9). María no había planeado ser madre del Mesías. La vocación cristiana es una respuesta a una llamada, no la realización de un deseo.

Segundo: el universo que conspira frente a la Providencia. Una de las ideas más citadas de la novela es que, cuando alguien desea algo de verdad, todo el universo conspira para ayudarle a conseguirlo. Ya examinamos esta idea en el capítulo 17. La Providencia cristiana no es un universo que se pone al servicio de nuestros deseos, sino un Padre que conduce la historia hacia el bien, que no siempre coincide con lo que deseamos. La mujer de la pastelería, en aquel capítulo, había creído en el universo que conspira. Y cuando el universo no conspiró, se quedó sin suelo.

Tercero: los presagios frente al discernimiento. En la novela, Santiago aprende a leer los signos del mundo, los presagios, que le indican el camino. Es exactamente lo que hizo el caminante de nuestra parábola en la quinta estación, y terminó en un pantano. El discernimiento cristiano,

como vimos en el capítulo 19, considera las circunstancias, pero las somete a criterios más amplios: la moralidad, los deberes, la caridad, el consejo prudente.

Cuarto: el tesoro frente al Reino. En la novela, el tesoro final es literalmente un cofre lleno de oro y piedras preciosas. La recompensa del viaje es material. En el Evangelio, Jesús también habla de un tesoro escondido en un campo, que un hombre encuentra y, lleno de alegría, vende todo lo que tiene para comprar ese campo (Mt 13,44). Pero ese tesoro es el **Reino de Dios**: la comunión con Él, la vida nueva, el amor que no pasa. No es algo que se posee, sino Alguien con quien se vive.

26.4 Lo que se trae de vuelta

Si la lectura cristiana cambia el fundamento de la historia, cambia también lo que el viajero trae consigo al regresar.

Santiago vuelve a España a buscar un cofre de oro. El caminante de nuestra parábola vuelve a su casa sin nada en las manos. En una lectura superficial, Santiago ha triunfado y el caminante ha fracasado. Pero en la lectura que propone este libro, la relación es casi la inversa. El tesoro del caminante no estaba enterrado bajo ningún árbol. Estaba en lo que había llegado a ser: alguien que podía mirar una silla rota y decir *no es poca cosa*.

La lectura cristiana de la travesía y el retorno no niega que el viaje pueda traer bienes concretos. A veces los trae, y es justo agradecerlos. Pero el fruto más profundo de la travesía no suele ser material. **Lo que se trae de vuelta es una disposición más libre para vivir la propia vocación**, y para servir a Dios en circunstancias que antes no se comprendían.

La parábola evangélica del tesoro escondido ilumina este punto de una manera sorprendente. El hombre que encuentra el tesoro en el campo *va lleno de alegría, vende todo lo que tiene y compra el campo* (Mt 13,44). Lo notable no es solo el tesoro, sino la alegría con que el hombre se desprende de todo lo demás. No vende sus bienes con tristeza, como quien hace un sacrificio doloroso. Los vende con alegría, porque ha encontrado algo que vale

más. Es exactamente la experiencia del desprendimiento cristiano bien vivido: no una pérdida, sino un hallazgo que hace que lo demás pierda su peso.

En una interpretación cristiana, por tanto, **la travesía puede comprenderse como un camino en el que la persona aprende a discernir su vocación, a desprenderse de sus apegos y a entregarse a Cristo.** El regreso, cuando se produce, no es el regreso a buscar un cofre, sino el regreso a vivir con una libertad nueva la vida que antes se vivía con el puño cerrado.

26.5 La purificación del camino

Queda un último aspecto de la travesía que la novela apenas toca y que la tradición cristiana considera esencial: **el camino purifica las motivaciones.**

Durante el recorrido pueden quedar al descubierto motivaciones que permanecían ocultas al partir. Una persona puede descubrir que perseguía una meta legítima, pero que también buscaba demostrar su valor. Puede reconocer que deseaba servir, pero que necesitaba sentirse indispensable. Puede comprender que amaba una relación, pero que confundía el amor con la posesión.

El caminante salió de casa convencido de que buscaba una vida mejor. Era verdad. Pero en el camino descubrió que también buscaba otra cosa: ser alguien, que nadie volviera a decirle *poca cosa*, que su trabajo valiera a los ojos de los demás. Esa motivación no anulaba la primera. Convivía con ella. Y solo el camino, con sus pérdidas, pudo revelarla.

Estas revelaciones pueden resultar dolorosas, pero también pueden abrir un camino de conversión. **La finalidad no es condenar retrospectivamente todos los deseos que impulsaron la partida.** Muchos de ellos pudieron ser legítimos y haber contribuido al desarrollo de la persona. El caminante tenía razón en querer que su trabajo fuera valorado. Lo que tuvo que purificar no fue ese deseo, sino la necesidad de que su valor dependiera de ello.

El discernimiento, en este punto, consiste en reconocer tres cosas:

- **Lo que necesita conservarse**: los deseos legítimos, las capacidades desarrolladas, los aprendizajes del camino.
- **Lo que debe purificarse**: las motivaciones mezcladas, que no hay que destruir, sino ordenar.
- **Lo que debe abandonarse**: los apegos que el camino reveló como desordenados.

El camino, al final, puede conducir a una comprensión más profunda del bien que se buscaba desde el comienzo. San Agustín lo dijo de su propia vida, después de años de búsqueda: había buscado la belleza fuera de sí, y la belleza estaba dentro. *Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva.* No había buscado lo equivocado. Había buscado en el lugar equivocado, y de la manera equivocada. Pero lo que buscaba era verdadero.

Volvamos al grupo de jóvenes. El coordinador, después de pensarlo durante una semana, preparó una última sesión. Les propuso leer, junto al final de *El Alquimista*, la parábola del tesoro escondido y la del hijo pródigo. Les pidió que compararan los tres regresos: el de Santiago, que vuelve a buscar un cofre; el del hombre del Evangelio, que vende todo con alegría por el Reino; el del hijo pródigo, que vuelve sin nada y encuentra un padre. Y les hizo una pregunta: *¿Cuál de estos tesoros les gustaría encontrar?*

La chica que había hecho la pregunta inicial respondió después de un rato: *Creo que el del hijo. Porque el oro se gasta, pero que alguien te espere en casa no.* El coordinador pensó que, sin saberlo, había resumido el capítulo entero.

PARA LLEVARLO A LA VIDA

1. Si has leído *El Alquimista* o alguna otra historia que te haya inspirado, pregúntate qué intuición verdadera contenía y en qué punto su fundamento se separa del Evangelio.

2. Reflexiona sobre tu propia vida a la luz de la diferencia entre "Leyenda Personal" y "vocación". ¿Estás buscando realizar un deseo o responder a una llamada?
3. Piensa en un proyecto importante de tu vida. Distingue en él lo que conviene conservar, lo que debe purificarse y lo que debe abandonarse.
4. Lee Mt 13,44-46 y pregúntate cuál es, para ti, el tesoro por el que venderías todo con alegría.

LA LÍNEA EN ESTE CAPÍTULO

LO QUE ME CORRESPONDE	LO QUE ENCOMIENDO A DIOS
Discernir mi vocación escuchando su llamada, no solo mis deseos	La forma concreta que tome esa vocación
Purificar mis motivaciones y abandonar los apegos que el camino revela	El tesoro que no puedo encontrar por mis propias fuerzas
Vivir con libertad lo que traigo de vuelta	El sentido completo de mi búsqueda

ORACIÓN

Señor, he buscado tesoros lejos de ti y te he buscado lejos de donde estabas. Tú me esperabas en casa. Purifica mis deseos sin destruirlos. Enséñame a escuchar tu llamada y no solo mi corazón, aunque sé que tú hablas también a través de él. Y cuando encuentre el tesoro de tu Reino, dame la alegría de dejarlo todo por él. Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva. Amén.

El tesoro no estaba enterrado bajo un árbol. Estaba en lo que llegaste a ser.

CAPÍTULO 27

Las cinco cajas de tu historia

A los sesenta y tres años, poco después de nacer su primer nieto, un hombre decidió escribir sus memorias. No pensaba publicarlas. Quería dejarle a su nieto, para cuando fuera mayor, un relato de la vida de su abuelo. Compró un cuaderno de tapas duras y empezó a escribir con entusiasmo.

Los primeros capítulos fluyeron: la infancia en el campo, los años de estudio, el primer trabajo, el noviazgo. Pero al llegar a los cuarenta años, se detuvo. Ahí estaban el divorcio, la quiebra de su empresa, los años en que su hijo mayor cayó en las drogas. No sabía cómo contarlos. Escribió una primera versión en la que todo había sido culpa de otros: de su exesposa, de su socio, de las malas compañías de su hijo. La releyó y la rompió, porque sabía que no era verdad. Escribió una segunda versión en la que todo había sido culpa suya: había sido un mal marido, un mal empresario, un mal padre. También la rompió, porque tampoco era verdad.

Durante semanas no escribió nada. Su problema no era literario. Era espiritual. No sabía cómo mirar su propia historia sin idealizarla ni condenarla.

Este capítulo ofrece una herramienta para hacer precisamente eso. La llamamos **las cinco cajas**. Es una manera de ordenar la propia historia que no pretende encontrar una explicación sobrenatural para cada acontecimiento, sino reconocer con verdad lo que hubo en ella: lo que se recibió, lo que se eligió, lo que se perdió, lo que está pendiente y lo que ya solo puede encomendarse. Es, en el fondo, una forma de aplicar la línea a la totalidad de una vida.

27.1 Lo recibido

La primera caja contiene **lo que se ha recibido**: capacidades, oportunidades, relaciones, formación, bienes, experiencias. Todo aquello que llegó a la vida sin que uno lo produjera.

Es la caja con la que conviene empezar, y no por casualidad. Cuando una persona revisa su historia, suele empezar por los problemas, las heridas o los fracasos, porque son lo que más pesa. Pero empezar por ahí distorsiona la mirada. La tradición espiritual cristiana ha enseñado siempre a comenzar por la **gratitud**. San Ignacio de Loyola propone que el examen diario de conciencia empiece precisamente por dar gracias a Dios por los beneficios recibidos. Y el salmista se exhorta a sí mismo: *Bendice, alma mía, al Señor, y no olvides ninguno de sus beneficios* (Sal 103,2).

No olvidar los beneficios es más difícil de lo que parece. La memoria humana tiende a registrar con más intensidad lo negativo que lo positivo, y con el tiempo lo recibido se vuelve invisible: se da por supuesto. El hombre de las memorias había escrito con entusiasmo sobre su infancia, pero cuando llegó a la etapa difícil, olvidó todo lo que había recibido también en ella: la amistad de un vecino que lo ayudó cuando quebró la empresa, el apoyo de su madre durante el divorcio, la fe que lo sostuvo cuando su hijo estaba en la calle, el hijo mismo, que finalmente se recuperó.

Llenar la caja de lo recibido tiene dos efectos importantes. El primero es que **devuelve la proporción**. La historia no está hecha solo de heridas. El segundo es que **recuerda que nadie se hizo a sí mismo**. Como dice San Pablo, *¿qué tienes que no hayas recibido?* (1 Co 4,7). Incluso las capacidades que permitieron superar las dificultades fueron, en su origen, un don.

27.2 Lo elegido

La segunda caja contiene **lo que se ha elegido**: las decisiones propias, los compromisos asumidos y sus consecuencias. Es la caja de la responsabilidad personal.

Aquí aparecen las dos tentaciones que el hombre de las memorias experimentó en sus dos primeras versiones. La primera es **atribuirlo todo a las circunstancias o a los demás**: no elegí, me obligaron, no tuve opción, fue culpa de otros. La segunda es **atribuirlo todo a uno mismo**: yo elegí todo, todo fue culpa mía, nada me fue impuesto. Ambas tentaciones son falsas, y ambas impiden una mirada verdadera sobre la propia historia.

La verdad suele estar en un lugar más incómodo y más preciso. Casi todas las situaciones importantes de una vida son el resultado de una mezcla de decisiones propias, decisiones ajenas y circunstancias que nadie controló. El divorcio del hombre de las memorias fue consecuencia de decisiones suyas, de decisiones de su exesposa y de circunstancias que ninguno de los dos manejó del todo. La quiebra de su empresa tuvo que ver con errores suyos, con la deslealtad de un socio y con una crisis económica general. La caída de su hijo en las drogas tuvo que ver con sus ausencias como padre, con las decisiones libres del hijo y con un entorno que ninguno de los dos eligió.

Llenar la caja de lo elegido exige **separar con honestidad lo que fue decisión propia de lo que no lo fue.** No para repartir culpas, sino para asumir con verdad la parte que corresponde. Esa parte, una vez reconocida, puede ser objeto de arrepentimiento, de reparación y de aprendizaje. La parte que no corresponde, en cambio, no debe cargarse sobre los propios hombros.

Conviene incluir en esta caja también **las buenas decisiones**. La responsabilidad no es solo por los errores. El hombre de las memorias también eligió no rendirse cuando quebró, eligió buscar ayuda para su hijo, eligió reconstruir la relación con él cuando parecía imposible. Esas decisiones también son suyas, y también forman parte de su historia.

27.3 Lo perdido

La tercera caja contiene **lo que se ha perdido**: realidades que ya no están disponibles o que no pueden recuperarse de la misma manera. Personas que murieron, relaciones que terminaron, oportunidades que pasaron, capacidades que se deterioraron, etapas de la vida que no volverán.

Esta caja es la más dolorosa de llenar, y por eso muchas personas la dejan vacía. Prefieren no nombrar lo perdido, como si nombrarlo lo hiciera más real. Pero lo que no se nombra no se puede llorar, y lo que no se llora no se puede integrar.

La Escritura reconoce un lugar legítimo para el duelo. El Eclesiastés afirma que hay *un tiempo para llorar y un tiempo para reír, un tiempo para hacer duelo y un tiempo para bailar* (Qo 3,4). El profeta Jeremías presenta la imagen de Raquel, que llora por sus hijos *y no quiere ser consolada, porque ya no existen* (Jr 31,15). Jesús lloró ante la tumba de Lázaro, sabiendo que iba a resucitarlo (Jn 11,35). El llanto por lo perdido no es una falta de fe. Es una forma de amor.

Llenar la caja de lo perdido significa **nombrar con precisión lo que ya no está**, permitirse sentir su ausencia y reconocer que algunas pérdidas no tienen reposición. El hombre de las memorias perdió su primer matrimonio, perdió la empresa que había fundado, perdió años de relación con su hijo. Algunas de esas pérdidas fueron parcialmente reparadas con el tiempo. Otras no. Nombrarlas le permitió, por primera vez, llorarlas.

27.4 Lo pendiente

La cuarta caja contiene **lo que está pendiente**: responsabilidades, reparaciones, conversaciones o decisiones que todavía requieren atención.

Es la caja más práctica de las cinco, y también la más exigente, porque no se limita a mirar el pasado: pide actuar en el presente. Revisar la propia historia sin llenar esta caja sería una forma de contemplación estéril. La historia se revisa para vivir mejor lo que queda, y lo que queda incluye, casi siempre, cosas por hacer.

El Evangelio ofrece un ejemplo luminoso de alguien que, al revisar su historia ante Jesús, llenó de inmediato la caja de lo pendiente. Zaqueo, jefe de los recaudadores de impuestos en Jericó, rico y despreciado, recibe a Jesús en su casa. Y antes de que Jesús le diga nada, se pone de pie y declara: *Señor, voy a dar la mitad de mis bienes a los pobres, y si he defraudado a alguien, le devolveré*

cuatro veces más (Lc 19,8). Zaqueo no se queda en el arrepentimiento interior. Identifica lo que está pendiente, la restitución, y se compromete a hacerlo.

En la caja de lo pendiente pueden aparecer cosas muy diversas:

- **Reparaciones**: devolver algo que se tomó, restituir un daño económico, corregir una injusticia.
- **Conversaciones**: pedir perdón, decir algo que nunca se dijo, aclarar un malentendido, agradecer.
- **Decisiones**: cerrar una etapa, comprometerse con algo, renunciar a algo, cambiar un hábito.
- **Responsabilidades**: cuidados que se han descuidado, deberes que se han postergado, promesas que no se han cumplido.

Hay una advertencia importante para esta caja. **No todo lo pendiente puede resolverse de inmediato, ni todo debe resolverse a cualquier precio.** Algunas conversaciones no son posibles porque la otra persona ya no está o no quiere escuchar. Algunas reparaciones podrían causar más daño que bien. Algunas decisiones requieren tiempo. Conviene ordenar lo pendiente según lo que es posible, prudente y proporcionado, y empezar por lo que se puede hacer ahora.

El hombre de las memorias encontró en esta caja algo que no esperaba: una carta que nunca había escrito a su exesposa. No para reanudar nada, sino para reconocer su parte en lo que había ocurrido y agradecerle los años que compartieron y los hijos que tuvieron juntos. La escribió. Ella le respondió con una nota breve y amable. No cambió nada en sus vidas. Pero cerró algo que llevaba veinte años abierto.

27.5 Lo encomendado

La quinta caja contiene **lo encomendado**: aquello que, después de haber actuado con responsabilidad, ya no puede controlarse por completo. Es la caja de la entrega.

En ella se colocan las cosas que han pasado por las cajas anteriores y que ya no admiten más acción por parte de uno. Lo perdido que no puede recuperarse. Lo pendiente que no puede resolverse. Las decisiones ajenas que no se pueden cambiar. Las consecuencias que siguen ahí. El sentido último de lo vivido, que todavía no se comprende.

Esta caja no es un vertedero donde se arroja lo que no se quiere mirar. Es el lugar donde se deposita, con confianza, lo que ya se miró con verdad y se trabajó con responsabilidad. Por eso es la última de las cinco: **solo se puede encomendar con honestidad lo que antes se ha reconocido, asumido, llorado y trabajado.** Encomendar sin haber pasado por las otras cajas sería una forma de evasión espiritual, de mano caída disfrazada de abandono.

Pero una vez recorridas las otras cajas, esta es la que trae la paz. Porque permite dejar de cargar lo que ya no corresponde cargar. El hombre de las memorias encomendó a Dios muchas cosas: los años perdidos con su hijo, el dolor que su divorcio causó a sus hijos pequeños, la injusticia de su antiguo socio, que nunca reconoció su deslealtad. No las olvidó. Pero dejó de llevarlas como piedras en la mochila.

27.6 Integrar sin idealizar ni condenar

La finalidad de las cinco cajas no es producir un inventario exhaustivo de la propia vida, sino algo más profundo: **integrar la historia sin idealizarla ni condenarla.**

Idealizar la historia significa contarla como si todo hubiera sido bueno, o como si lo malo hubiera sido culpa exclusiva de otros. Es la primera versión de las memorias que el hombre rompió. Condenar la historia significa contarla como si todo hubiera sido un fracaso, o como si todo lo malo hubiera sido culpa propia. Es la segunda versión. Ninguna de las dos es verdadera, y ninguna permite vivir en paz con el pasado.

La integración, en cambio, permite reconocer a la vez lo recibido y lo perdido, lo elegido bien y lo elegido mal, lo que todavía puede hacerse y lo que solo puede encomendarse. Y permite hacerlo **sin necesidad de llamar**

bueno a todo lo que ocurrió. Esta es, quizá, la verdad más liberadora del capítulo, y conecta directamente con lo que vimos en la Parte VI. Una persona puede reconocer que actuó mal, arrepentirse y reparar el daño. Puede admitir que fue víctima de una injusticia sin justificarla. Puede lamentar una pérdida sin concluir que su historia carece de sentido.

San Agustín escribió sus *Confesiones* como un ejercicio de este tipo. La palabra *confesión* tenía para él un doble sentido: confesión de los propios pecados y confesión de la alabanza de Dios. En el mismo libro, Agustín narra sus errores con una franqueza que todavía impresiona y alaba a Dios por haberlo buscado a través de ellos. No idealiza su juventud desordenada. Tampoco la condena hasta el punto de anular todo lo demás. La integra en una historia de gracia.

El salmo 139 ofrece la oración más honda para esta integración: *Señor, tú me sondeas y me conoces* (Sal 139,1). Es la oración de alguien que se sabe conocido por completo, con todo lo que hay en su historia, y que no huye de esa mirada, porque es una mirada de amor. Integrar la propia historia es, en el fondo, aprender a mirarla como Dios la mira: con verdad, sin ocultar nada, y con misericordia.

El hombre de las memorias, después de recorrer las cinco cajas, volvió a su cuaderno. Escribió una tercera versión de los años difíciles. En ella contó lo que había recibido, lo que había elegido bien y mal, lo que había perdido, lo que había reparado y lo que había dejado en manos de Dios. No era una versión heroica ni una versión miserable. Era una versión verdadera. Al terminarla, añadió una línea para su nieto: *No te cuento esto para que pienses que tu abuelo fue un hombre bueno o malo. Te lo cuento para que sepas que se puede vivir una vida con muchas grietas y, aun así, terminar agradecido.*

PARA LLEVARLO A LA VIDA

1. Elige una etapa difícil de tu vida y recórrela con las cinco cajas. Escribe al menos tres elementos en cada una.

2. Empieza por la caja de lo recibido, aunque te cueste. Dedícale tanto tiempo como a la de lo perdido.
3. Revisa la caja de lo pendiente y elige una sola cosa que puedas hacer este mes. Hazla.
4. Lee despacio el Salmo 139 y reza con él sobre tu historia, especialmente sobre lo que más te cuesta mirar.

LA LÍNEA EN ESTE CAPÍTULO

LO QUE ME CORRESPONDE	LO QUE ENCOMIENDO A DIOS
Reconocer lo recibido, asumir lo elegido y llorar lo perdido	El sentido completo de mi historia
Atender lo pendiente que todavía está en mis manos	Lo que ya no puedo reparar ni resolver
Mirar mi historia con verdad, sin idealizarla ni condenarla	La misericordia con que Él la mira

ORACIÓN

Señor, tú me sondeas y me conoces. Conoces lo que recibí y lo que desperdicié, lo que elegí bien y lo que elegí mal, lo que perdí y lo que todavía me debo. No quiero contarme mi historia como si fuera perfecta, ni como si fuera un fracaso. Quiero mirarla como tú la miras. Te doy gracias por lo recibido, te pido perdón por lo que hice mal, te entrego lo que no puedo cambiar. Y te pido fuerza para lo que todavía está pendiente. Amén.

No necesitas justificar tu historia para poder entregarla.

CAPÍTULO 28

Reparar, aceptar, redirigir

A los veinticuatro años, una mujer conducía de noche, de vuelta de una fiesta, con su mejor amiga en el asiento del copiloto. Iba demasiado rápido. En una curva perdió el control y el coche se salió de la carretera. Ella salió casi ilesa. Su amiga sufrió una fractura grave de cadera que, después de tres operaciones, la dejó con una cojera permanente.

Han pasado diecisiete años. La mujer pagó una parte de los gastos médicos, pidió perdón muchas veces y vivió durante años con una culpa que no la dejaba en paz. Su amiga la perdonó, o eso dijo, pero la amistad no sobrevivió. Se fueron alejando hasta dejar de verse. Hoy, cada vez que la mujer ve a alguien cojear por la calle, siente un golpe en el estómago. Se ha confesado de aquello varias veces. Ha recibido la absolución. Y sin embargo, sigue sintiendo que no ha terminado de pagar.

Esta mujer vive atrapada en una confusión que es muy frecuente entre personas de conciencia delicada: no sabe distinguir entre lo que todavía puede repararse, lo que ya solo puede aceptarse y lo que podría convertirse en ocasión de un bien distinto. Este capítulo ofrece esa distinción. Es el último capítulo de la Parte VII, y cierra el trabajo de integración de la propia historia con una herramienta práctica: **tres tareas que no deben confundirse.**

28.1 Tres tareas distintas

Existe una oración muy difundida, que se reza en grupos de recuperación de todo el mundo, que pide a Dios serenidad para aceptar lo que no se puede cambiar, valor para cambiar lo que sí se puede y sabiduría para reconocer la diferencia. Es una oración sabia, y este capítulo la retoma y la amplía con un tercer elemento que, para la vida cristiana, resulta decisivo.

Ante cualquier herida, error o pérdida de la propia historia, hay **tres tareas posibles**, y conviene distinguirlas con cuidado:

TAREA	SE APLICA A	QUÉ EXIGE
Reparar	Lo que todavía puede corregirse	Acción concreta: pedir perdón, restituir, corregir, compensar
Aceptar	Lo que ya no puede modificarse	Dejar de luchar contra lo irreversible, sin negarlo ni justificarlo
Redirigir	Lo que puede convertirse en ocasión distinta de amor, responsabilidad o servicio	Discernimiento y creatividad: preguntarse qué bien es todavía posible

Las tres tareas son necesarias, y cada una tiene su lugar. El problema aparece cuando se confunden.

Cuando se intenta **reparar lo que solo puede aceptarse**, la persona se agota en un esfuerzo imposible. La mujer del ejemplo no puede devolverle a su amiga una cadera sana. Ha pagado lo que podía, ha pedido perdón. Seguir intentando reparar lo irreparable, a través de una culpa interminable, no repara nada. Solo la consume.

Cuando se **acepta lo que todavía podría repararse**, la persona cae en la mano caída. Hay heridas que todavía tienen arreglo, y aceptarlas sin intentar repararlas es una forma de evasión.

Y cuando se olvida **la posibilidad de redirigir**, la historia queda encerrada entre lo reparado y lo aceptado, sin apertura hacia el futuro. Es el

riesgo de una integración demasiado resignada: haber hecho las paces con el pasado sin haber descubierto qué bien todavía es posible a partir de él.

28.2 Las piezas que no se reconstruyen

Toda historia humana tiene piezas que no se reconstruyen. **Algunas pérdidas no pueden revertirse. Algunas relaciones no se restablecen. Algunas oportunidades desaparecen. Algunas consecuencias permanecen.**

La cadera de la amiga no volverá a ser la de antes. La amistad que se perdió quizá no vuelva. Los diecisiete años de culpa no se recuperarán. Estas son piezas que no se reconstruyen, y la mujer necesita aceptarlo.

Aceptar lo irreversible es una de las tareas más difíciles de la vida espiritual, y conviene precisar lo que significa. **Aceptar no es negar.** No consiste en decir que no pasó nada, ni que no fue tan grave. **Aceptar no es justificar.** No consiste en decir que lo ocurrido estaba bien, ni que tenía que pasar. **Aceptar no es dejar de sentir.** La mujer puede seguir sintiendo tristeza cuando ve a alguien cojear, y esa tristeza es una forma de amor por su amiga.

Aceptar es, más bien, **dejar de luchar contra la irreversibilidad de ciertos hechos.** Dejar de exigir que el pasado sea distinto. Dejar de vivir como si, con suficiente culpa o suficiente esfuerzo, se pudiera deshacer lo hecho. Es una forma concreta de la entrega: poner en manos de Dios lo que ya no está en las propias.

Y aceptar no significa concluir que la historia carece de sentido. Esta es la trampa en la que caen muchas personas que han vivido pérdidas irreversibles: como no pueden reparar lo perdido, piensan que su vida quedó definitivamente rota. Pero la integración redentora **no exige encontrar una explicación para cada pieza, ni reconstruir todas las que se rompieron.** Puede consistir en dejar de luchar contra lo irreversible y orientar la vida hacia el bien que todavía es posible.

28.3 La reconstrucción sin borrado

La mujer del ejemplo se ha confesado varias veces de aquel accidente. Ha recibido la absolución. Y sin embargo, sigue sintiendo que no ha terminado de pagar. ¿Cómo se explica esto?

Hay aquí una confusión teológica que conviene aclarar, porque es muy frecuente. El sacramento de la Reconciliación **perdona la culpa**. Cuando un sacerdote da la absolución, el pecado queda perdonado por completo. Dios no lo recuerda para echárselo en cara. La persona no tiene que seguir pagándolo ante Él.

Pero el perdón **no borra las consecuencias del acto en el mundo.** El *Catecismo* lo explica con precisión: la absolución quita el pecado, pero no remedia todos los desórdenes que el pecado causó (CEC 1459). La cadera de la amiga sigue lesionada. La amistad sigue rota. Por eso la tradición cristiana habla de reparación: el perdonado está llamado, en la medida de lo posible, a reparar el daño causado. Pero esa reparación no es un pago para obtener el perdón, que ya ha recibido. Es una expresión de amor hacia quien fue dañado.

La mujer había confundido estas dos realidades. Vivía su culpa como si el perdón no hubiera sido completo, como si tuviera que seguir pagando ante Dios. Y al mismo tiempo, como no podía reparar lo irreparable, sentía que nunca terminaría de pagar. Necesitaba distinguir: **ante Dios, está perdonada. Ante su amiga, ha reparado lo que podía. Lo que queda, lo acepta. Y lo que todavía es posible, puede redirigirlo.**

Esto es lo que este libro llama **reconstrucción sin borrado**. La transformación cristiana no exige que el pasado desaparezca, sino que sea asumido y ordenado de una manera nueva ante Dios. La persona puede conservar recuerdos dolorosos, reconocer errores cometidos y vivir con consecuencias que no puede revertir. **El pasado, aun cuando siga teniendo consecuencias, no necesita constituir la autoridad definitiva sobre el futuro moral y espiritual de la persona.**

El profeta Isaías transmite una palabra de Dios que, bien entendida, describe exactamente esta realidad: *No recuerden lo de antes, no piensen en lo antiguo. Miren que hago algo nuevo: ya está brotando, ¿no lo notan?* (Is 43,18-19). No es una invitación a la amnesia. Es una invitación a no dejar que lo antiguo tenga la última palabra. Y San Pablo lo resume con una frase que todo el que carga con una culpa antigua debería repetirse: *Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia* (Rm 5,20).

28.4 Siete preguntas para quien regresa

La Parte VII ha tratado del retorno: de volver al lugar de partida, a una relación, a una responsabilidad o a una etapa anterior de la vida, después de una travesía. Antes de cerrarla, conviene ofrecer una herramienta concreta para quien se encuentra en ese momento. Porque el retorno, como vimos en el capítulo 25, puede ser fruto de una transformación o puede ser una renuncia por miedo. Y para distinguir uno de otro, se necesita un discernimiento concreto.

Si una persona regresa a una situación anterior, conviene que evite dos conclusiones opuestas. La primera es asumir que **el retorno demuestra que la travesía fue inútil**: volví al mismo sitio, luego todo fue en vano. La segunda es asumir que **toda vuelta al origen constituye necesariamente una culminación providencial**: si volví, es porque Dios lo quería así. Ninguna de las dos es necesariamente verdadera. El retorno requiere discernimiento.

Las siete preguntas que siguen pueden ayudar a ese discernimiento:

1. **¿Qué ha cambiado realmente en mí?** No lo que me gustaría que hubiera cambiado, sino lo que de verdad es distinto.
2. **¿Qué he comprendido acerca de mis responsabilidades?** Qué me corresponde ahora, que quizá antes no veía o no asumía.
3. **¿Qué patrones no deseo repetir?** Hábitos, reacciones, dinámicas que me hicieron daño o que hicieron daño a otros.

4. **¿Qué relaciones necesitan reparación o límites?** Algunas necesitan que pida perdón. Otras, que establezca fronteras más claras que antes.
5. **¿Qué oportunidades de servicio existen ahora?** Qué bien puedo hacer en este lugar, que antes no veía.
6. **¿Estoy regresando libremente o por miedo a explorar una alternativa legítima?** Es la pregunta decisiva. El retorno libre es fruto. El retorno por miedo es renuncia.
7. **¿Qué elementos de mi vida anterior conviene conservar, modificar o abandonar?** No todo lo de antes era malo, ni todo era bueno.

El objetivo de estas preguntas no es demostrar que el pasado tenía que suceder exactamente como sucedió. **Es vivir el presente con la madurez y la libertad que ahora son posibles.**

La mujer del accidente no había regresado a un lugar físico, pero sí a algo parecido: cada vez que veía a alguien cojear, regresaba a aquella noche. Aplicar estas preguntas a su situación le permitió ver que algo sí había cambiado en ella: conducía con una prudencia extrema, había aprendido a pedir perdón, había desarrollado una sensibilidad especial hacia quienes sufren limitaciones físicas. Y le permitió ver también lo que seguía pendiente: una última carta a su amiga, no para pedir nada, sino para decirle que la seguía queriendo.

28.5 No toda herida tiene que convertirse en misión

El capítulo, y la Parte VII, se cierran con una advertencia que protege contra una deformación muy extendida en ciertos ambientes religiosos: la idea de que **toda herida debe convertirse en una misión.**

Es verdad que una experiencia dolorosa puede aumentar la sensibilidad hacia quienes atraviesan situaciones semejantes. La tradición espiritual conoce bien la figura de lo que el sacerdote y escritor Henri Nouwen llamó *el sanador herido*: la persona que, precisamente por haber sufrido,

puede acompañar a otros en su sufrimiento con una profundidad especial. Muchas de las grandes obras de caridad de la historia nacieron de una herida personal transformada en servicio. Madres que perdieron hijos y fundaron asociaciones. Personas que superaron adicciones y dedicaron su vida a ayudar a otros a superarlas. Enfermos que se convirtieron en acompañantes de enfermos.

Todo esto es hermoso, y cuando ocurre, puede recibirse con gratitud como un fruto de la gracia. Pero **no toda herida debe transformarse en una tarea pública, un testimonio o una vocación específica.** Hay una presión, a veces explícita y a veces implícita, que lleva a pensar que el sufrimiento solo se "redime" si se convierte en servicio visible, si se cuenta en público, si da lugar a una obra. Y esa presión puede ser una nueva carga para quien ya ha sufrido bastante.

Conviene afirmar con claridad que **la persona tiene derecho a sanar, a mantener su intimidad y a reconocer sus límites.** No debe sentirse obligada a exponer su historia para demostrar que ha extraído un bien espiritual de ella. No debe sentirse culpable si su herida no se convierte en misión. Si una experiencia llega a convertirse en fuente de servicio, puede ser recibida con gratitud. Si requiere permanecer en un ámbito privado, eso no disminuye su dignidad ni la autenticidad de su vida cristiana.

La redirección, la tercera tarea de este capítulo, no siempre es pública ni espectacular. A veces consiste en algo muy discreto: una manera nueva de tratar a los propios hijos, una paciencia distinta con los que sufren, una oración por personas que nadie conoce. Eso también es redirigir una herida hacia el bien.

Volvamos a la mujer del accidente. Escribió la carta a su amiga. No le pedía nada. Le decía que pensaba en ella, que la quería, que lamentaba todo el dolor que le había causado, y que se había dado cuenta de que llevaba años viviendo como si no la hubiera perdonado a ella misma. Su amiga le respondió semanas después. Le dijo que hacía mucho que la había perdonado de verdad, y que le dolía saber que ella seguía cargando

con aquello. Se vieron una tarde, tomaron un café, hablaron durante horas. La amistad no volvió a ser la de antes. Pero algo se cerró.

Un tiempo después, la mujer decidió dedicar algunas horas al mes como voluntaria en un centro de rehabilitación física. No lo hizo para pagar ninguna deuda, sino porque sentía que allí tenía algo que ofrecer. Su amiga, en cambio, prefirió no hablar nunca en público de lo que vivió, y tampoco lo convirtió en ninguna misión. Las dos decisiones eran igualmente legítimas. Las dos eran formas de seguir viviendo con una herida que ya no tenía la última palabra.

PARA LLEVARLO A LA VIDA

1. Elige una herida, un error o una pérdida de tu historia. Clasifica sus distintos aspectos según las tres tareas de la sección 28.1: ¿qué puedes reparar?, ¿qué debes aceptar?, ¿qué podrías redirigir?
2. Si has confesado un pecado y sigues sintiendo que no has terminado de pagar, relee la sección 28.3. Distingue entre la culpa, que Dios ya perdonó, y las consecuencias, que quizá puedas reparar en parte.
3. Si estás regresando a algo o a alguien, responde por escrito las siete preguntas de la sección 28.4.
4. Pregúntate si sientes presión por convertir alguna de tus heridas en una misión pública. Recuerda que tienes derecho a sanar en privado.

LA LÍNEA EN ESTE CAPÍTULO

LO QUE ME CORRESPONDE	LO QUE ENCOMIENDO A DIOS
Reparar lo que todavía puede corregirse	Las piezas que ya no se reconstruyen
Aceptar lo irreversible sin negarlo ni justificarlo	El perdón que ya me ha dado y que me cuesta recibir
Redirigir, si puedo y quiero, lo vivido hacia el bien	La forma, pública o privada, en que mi herida dé fruto

ORACIÓN

Señor, hay cosas en mi historia que todavía puedo reparar. Dame valor para hacerlo. Hay cosas que ya no tienen arreglo. Dame serenidad para aceptarlas. Y hay cosas que quizá puedas convertir en algo nuevo. Dame sabiduría para verlas y libertad para elegir. Tú ya me has perdonado. Ayúdame a creerlo. Y donde abundó mi pecado, que sobreabunde tu gracia. Amén.

El pasado puede seguir teniendo consecuencias sin tener la última palabra.

Una regla de retorno

La Parte VII ha usado una imagen central, la del caminante que vuelve a su casa transformado, y la ha desarrollado con detalle. Es una imagen poderosa, y precisamente por eso puede convertirse en una regla que no es. Conviene cerrar esta Parte desactivando esa posibilidad.

Volver al origen no es siempre una culminación providencial. Hay retornos que son fruto de una transformación, y hay retornos que son una renuncia por miedo. Hay personas que vuelven a su pueblo, a su familia o a su antigua vida porque han descubierto en ellos algo nuevo, y hay personas que vuelven porque no se atreven a seguir adelante. Desde fuera pueden parecer iguales. Desde dentro son opuestos.

Y partir no es siempre una huida. Hay personas cuya fidelidad a Dios consiste precisamente en no volver: en dejar una familia violenta, una comunidad que las dañaba, un trabajo que las destruía, un lugar donde no podían crecer. Abraham no volvió a Ur. Rut no volvió a Moab. Muchos santos dejaron su tierra para siempre. Su camino no fue menos fecundo por no regresar.

Tres criterios ayudan a no convertir la imagen del retorno en una regla:

- **El valor de un camino no se mide por dónde termina**, sino por la transformación de quien lo recorre y por su capacidad renovada para amar y servir.

- **El retorno debe discernirse como cualquier otra decisión**, con las preguntas del capítulo 28 y los criterios del capítulo 19, no asumirse como un deber espiritual.
- **Nadie debe volver a un lugar donde corre peligro** para demostrar que se ha transformado. La transformación no se prueba exponiéndose de nuevo al daño.

La parábola del caminante es una historia, no un mandato. Cuenta lo que le ocurrió a un hombre, no lo que debe ocurrirle a todos. Cada lector tiene su propio camino, y la pregunta que le corresponde no es *¿debo volver?*, sino *¿desde dónde estoy viviendo el lugar donde estoy, y es ahí donde Dios me quiere?*

No importa tanto dónde termina el camino como quién llega al final de él.

VIII

PARTE VIII

Manos que sirven

La misión y la dignidad del servidor

La entrega a Dios no termina en uno mismo. La Parte VIII se ocupa de lo que viene después del retorno: el servicio. Pero lo hace con una cautela que atraviesa todos sus capítulos, porque el servicio, como cualquier bien, puede deformarse. El capítulo 29 muestra que la misión nace de la comunión con Dios, y no al revés, y que los bienes que Dios nos confía son instrumentos de esa misión. El capítulo 30 examina la imagen del instrumento, con su verdad y su límite. El capítulo 31 advierte contra la apropiación del servicio por el ego. El capítulo 32 distingue la obediencia cristiana de la sumisión ciega. Y el capítulo 33 recuerda que la persona es hija de Dios antes que instrumento, y que su dignidad no depende de su productividad.

Lo que hizo con sus manos

La noticia de que el caminante había vuelto se extendió por el pueblo en pocos días. Primero vino la vecina con la silla. Después, un hombre con una mesa coja. Después, una mujer con un baúl cuya cerradura se había trabado. Después, el maestro de la escuela, a preguntar si podía echar un vistazo al tejado, que goteaba cada vez que llovía.

El caminante trabajaba con las herramientas de su abuelo, que había limpiado y afilado. Trabajaba despacio, con un cuidado que antes no tenía. Ya no le importaba tanto cuánto le pagaban, ni si alguien veía lo que hacía. Le importaba que las cosas quedaran bien. A veces cobraba. A veces no. El tejado de la escuela lo arregló gratis, en tres sábados, mientras los niños lo miraban desde el patio.

Uno de esos niños empezó a quedarse después de clase en la puerta del taller. Tenía once años, era hijo de una viuda que trabajaba en el campo de sol a sol y pasaba las tardes solo. El caminante lo dejó mirar. Luego le dio una lija y una tabla. Luego le enseñó a usar el cepillo. Al cabo de unas semanas, el niño llegaba cada tarde, se ponía un delantal que le quedaba enorme y preguntaba: *¿Qué hacemos hoy?*

Los meses pasaron así. El caminante descubrió que nunca había sido tan feliz, y también que nunca había estado tan cansado. Le pedían cada vez más cosas. Él decía que sí a todo. Se levantaba antes del amanecer y cerraba el taller de noche. Empezó a pensar que el pueblo no podría arre-

glárselas sin él. Una noche, cuando terminaba una puerta para el panadero, se dio cuenta de que le temblaban las manos de agotamiento.

En ese momento llamaron a la puerta. Era la vecina de enfrente, la de la silla. Traía una olla de sopa caliente.

—Hace tres días que no te veo comer —le dijo—. Y la luz del taller se apaga cada vez más tarde.

El caminante quiso darle las gracias y seguir trabajando. Ella no se lo permitió. Le sirvió un plato, se sentó frente a él y esperó a que comiera.

—Arreglas las cosas de todo el pueblo —le dijo, cuando él terminó—. Pero tú también tienes que dejar que te cuiden. Las manos que no descansan terminan cerrándose otra vez.

El caminante miró sus manos sobre la mesa. Por un instante, le pareció ver en ellas la sombra del puño con el que había salido de casa. No lo había cerrado sobre una llave esta vez, sino sobre su propio trabajo. Esa noche apagó la luz del taller antes de lo habitual. Y al día siguiente, por primera vez, dijo que no a un encargo.

CAPÍTULO 29

De la comunión nace la misión

A los sesenta y seis años, tres después de jubilarse, un hombre vivió una conversión profunda durante un retiro. Había sido católico de nombre toda su vida, pero en aquellos días descubrió una fe viva que nunca había conocido. Volvió a casa con un entusiasmo desbordante y una decisión tomada: quería hacer algo grande por Dios. Había leído sobre misioneros en África y pensaba que su experiencia como ingeniero podía servir para construir pozos o escuelas. Empezó a investigar organizaciones, a calcular costos, a estudiar idiomas.

Su esposa, que llevaba años con una salud delicada, lo escuchaba con una mezcla de admiración y preocupación. Sus nietos, que lo veían cada domingo, empezaron a preguntar si el abuelo se iba a ir lejos. Su vecino, viudo desde hacía dos años, seguía pasando las tardes solo en el porche de la casa de al lado.

El hombre habló de su proyecto con el sacerdote que había dirigido el retiro. Este lo escuchó con atención y, al final, le hizo una sola pregunta: *¿Ya le preguntaste a Dios qué quiere de ti, o solo le estás contando lo que tú quieres hacer por Él?* El hombre se quedó callado. Y el sacerdote añadió: *A veces la misión más grande está en el porche de al lado.*

Este capítulo trata de la relación entre la entrega a Dios y el servicio a los demás. Es una relación necesaria, porque la entrega cristiana no termina en uno mismo. Pero es también una relación que puede deformarse

de muchas maneras, y este capítulo y los siguientes intentarán señalarlas.

29.1 La entrega no termina en uno mismo

Todo lo que este libro ha propuesto hasta aquí podría leerse, erróneamente, como un camino de perfeccionamiento interior: desprenderse de los apegos, disponerse a la gracia, transformarse, integrar la propia historia. Y si se quedara ahí, sería un camino incompleto. Porque **el abandono cristiano no culmina en una preocupación exclusiva por el propio crecimiento espiritual.**

Jesús resumió toda la Ley en dos mandamientos inseparables. Cuando le preguntaron cuál era el mandamiento principal, respondió: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el principal y primer mandamiento. El segundo es semejante a este: amarás a tu prójimo como a ti mismo* (Mt 22,37-39). No dijo que el segundo fuera una consecuencia opcional del primero. Dijo que era *semejante*. El amor a Dios que no se traduce en amor al prójimo no es completo.

Pero el Evangelio establece también un orden entre ambos, que conviene no invertir. San Marcos, al narrar la elección de los doce apóstoles, dice que Jesús los llamó *para que estuvieran con Él y para enviarlos a predicar* (Mc 3,14). El orden es significativo. Primero, *estar con Él*. Después, ser enviados. La misión nace de la comunión, no al revés.

Este orden tiene consecuencias muy concretas. Significa que **el servicio cristiano no es simplemente activismo con motivación religiosa.** Es la expresión, hacia fuera, de una relación viva con Dios. Cuando el servicio se separa de esa relación, se convierte en otra cosa: en filantropía, que es valiosa, o en activismo, que puede ser agotador, o en una manera de evitar la relación con Dios llenando la vida de actividades. Y cuando la relación con Dios no se traduce en servicio, se convierte también en otra cosa: en una espiritualidad intimista que ignora el sufrimiento del mundo.

La persona que se abandona en Dios procura, por tanto, **poner sus capacidades, su tiempo, sus bienes y sus decisiones al servicio del bien**, conforme a su vocación y a las responsabilidades que le corresponden. No porque deba ganarse con ello el amor de Dios, que ya tiene, sino porque ese amor, cuando se recibe de verdad, se desborda hacia los demás.

29.2 Muchas formas de una misma misión

El hombre del ejemplo cometió un error muy frecuente entre los recién convertidos: pensar que servir a Dios significa hacer algo extraordinario, lejano o heroico. Construir pozos en África le parecía una misión digna de su nueva fe. Cuidar a su esposa enferma, acompañar a sus nietos o visitar a su vecino viudo le parecían, en cambio, cosas ordinarias, que no requerían ninguna conversión.

Pero **la misión cristiana tiene muchas formas**, y ninguna es superior a las demás por ser más visible o más lejana. San Pablo lo explicó con la imagen del cuerpo: el cuerpo tiene muchos miembros, y todos son necesarios. Si todo el cuerpo fuera ojo, ¿dónde estaría el oído? (1 Co 12,12-27). Del mismo modo, la Iglesia necesita misioneros en tierras lejanas, y necesita también abuelos que cuiden a sus nietos, hijos que acompañen a sus padres ancianos, trabajadores honrados, vecinos atentos.

El Concilio Vaticano II recordó que la vocación propia de los laicos consiste precisamente en buscar el Reino de Dios **tratando y ordenando según Dios los asuntos temporales** (LG 31): la familia, el trabajo, la vida social, la política, la cultura. Es en esos ámbitos ordinarios donde la mayoría de los cristianos están llamados a vivir su misión.

Esta misión puede expresarse, entre otras, de las siguientes maneras:

- **La vida familiar**: el cuidado de la pareja, la educación de los hijos, la atención a los padres ancianos.
- **El trabajo honrado**: hecho con competencia, con justicia y con respeto hacia las personas.

- **El cuidado de los enfermos**: en la familia, en la profesión o en el voluntariado.
- **La educación**: enseñar, formar, transmitir la fe y el conocimiento.
- **El servicio eclesial**: la catequesis, la liturgia, la pastoral, la caridad organizada.
- **La atención a los pobres**: en sus múltiples formas, cercanas y lejanas.
- **La búsqueda de la justicia**: en la vida pública, en las instituciones, en las relaciones sociales.
- **El acompañamiento de quienes sufren**: escuchar, consolar, estar presente.

La disponibilidad cristiana no exige que todas las personas desarrollen la misma actividad apostólica. Exige que cada una descubra dónde está su lugar en el cuerpo, y que lo ocupe con fidelidad.

29.3 Disponible no es inventar mandatos

El hombre del ejemplo estaba disponible. Quería servir a Dios con todas sus fuerzas. Pero su disponibilidad tenía un problema: él mismo había decidido en qué consistía el servicio, y luego se lo había presentado a Dios como un proyecto terminado.

Esta es una de las deformaciones más sutiles de la disponibilidad apostólica. **Estar disponible no significa inventar mandatos extraordinarios ni interpretar cada deseo como una instrucción directa de Dios.** Significa estar dispuesto a responder a una llamada legítima, que se descubre mediante el discernimiento.

La Escritura ofrece un modelo precioso de esta disponibilidad en la figura del joven Samuel. Dormía en el templo cuando escuchó que alguien lo llamaba. Creyó que era el sacerdote Elí y fue corriendo a su lado. Elí le dijo que él no lo había llamado. Ocurrió tres veces. A la tercera, Elí comprendió que era Dios quien llamaba al muchacho, y le enseñó a responder: *Habla, Señor, que tu siervo escucha* (1 S 3,9-10).

Hay dos lecciones en esta escena. La primera es la actitud de Samuel: no le dice a Dios lo que va a hacer por Él, sino que le pide que hable. Es la disponibilidad verdadera: escuchar antes de actuar. La segunda lección es igualmente importante, y a menudo se pasa por alto: **Samuel no supo discernir solo.** Necesitó a Elí, un hombre mayor y experimentado, para reconocer que era Dios quien lo llamaba. El discernimiento de una vocación no es una experiencia solitaria. Necesita acompañamiento.

De esta escena y de lo visto en el capítulo 19 se desprenden algunos criterios para discernir si una iniciativa de servicio responde a una llamada de Dios o a un deseo propio presentado como mandato:

- **¿Es compatible con mis deberes actuales?** Una llamada de Dios no suele pedir que se abandonen responsabilidades graves ya asumidas, como el cuidado de una esposa enferma.
- **¿Lo he consultado con personas prudentes que me conocen?** Como Samuel con Elí.
- **¿Me lleva a amar más a las personas que tengo cerca, o me aleja de ellas?** Un servicio que exige descuidar a los más próximos debe examinarse con especial cuidado.
- **¿Estoy dispuesto a que la respuesta sea distinta de la que deseo?** Si solo acepto una respuesta, no estoy escuchando, sino confirmando.
- **¿Hay en mi deseo una búsqueda de reconocimiento o de grandeza?** Las misiones lejanas y heroicas pueden atraer, en parte, por la imagen que dan de quien las realiza.

Nada de esto significa que Dios no llame nunca a misiones lejanas o extraordinarias. A veces lo hace, y la historia de la Iglesia está llena de personas que lo dejaron todo para seguir esa llamada. Pero esas llamadas se disciernen. **No toda iniciativa que parezca espiritualmente inspiradora constituye una obligación divina.**

29.4 Los bienes al servicio de la misión

El hombre del ejemplo tenía, además de su entusiasmo, una buena pensión y unos ahorros considerables. Parte de su proyecto africano consistía en usarlos. Y esa intención, que era generosa, plantea una pregunta que toda espiritualidad seria de la entrega debe abordar: **¿qué lugar ocupan el dinero, los bienes y los frutos del trabajo en una vida entregada a Dios?**

En el capítulo 5 vimos que nada de lo que tenemos es realmente nuestro, y que somos custodios de lo que Dios nos confía. Esta sección extrae las consecuencias prácticas de esa verdad para la misión.

Instrumentos, no ídolos

Si los bienes son confiados y no poseídos, su sentido queda claro: **son instrumentos.** Herramientas para vivir con dignidad, para sostener a quienes dependen de nosotros y para amplificar y potenciar la misión que Dios nos ha encomendado. No son fines en sí mismos, ni medidas del propio valor, ni refugios contra la incertidumbre.

La doctrina social de la Iglesia formula este principio con el nombre de **destino universal de los bienes**. El *Catecismo* enseña que los bienes de la creación están destinados a todo el género humano, y que el derecho a la propiedad privada, que es legítimo y necesario, no anula ese destino (CEC 2402-2403). Y añade que quien posee bienes debe considerarlos no solo como propios, sino también como comunes, en el sentido de que puedan aprovechar no solo a él, sino también a los demás (CEC 2404).

Cuando los bienes dejan de ser instrumentos y se convierten en fin, se vuelven ídolos. Jesús lo dijo sin ambigüedad: *Nadie puede servir a dos señores. No pueden servir a Dios y al dinero* (Lc 16,13). San Pablo llama a la avaricia *una idolatría* (Col 3,5) y advierte que *la raíz de todos los males es el amor al dinero* (1 Tm 6,10). No el dinero, sino el amor al dinero. Es la diferencia entre el instrumento y el ídolo.

El disfrute legítimo

Nada de esto significa que el cristiano deba vivir en la miseria o sentirse culpable por disfrutar de lo que tiene. La Escritura es clara también en este punto. El Eclesiastés afirma que *el que todo hombre coma y beba y disfrute del fruto de su trabajo es un don de Dios* (Qo 3,13). La Primera Carta a Timoteo dice que Dios *nos provee de todo en abundancia para que lo disfrutemos* (1 Tm 6,17). Y la misma carta establece un deber explícito: quien no cuida de los suyos, y especialmente de los de su casa, ha negado la fe (1 Tm 5,8).

Conviene subrayarlo con toda claridad: **Dios no tiene ningún problema con que disfrutemos.** El relato del Génesis presenta la creación como un jardín que Dios mismo plantó, lleno de árboles *hermosos a la vista y buenos para comer* (Gn 2,9), puso allí al ser humano *para que lo cultivara y lo cuidara* (Gn 2,15), y lo primero que le dijo no fue una prohibición, sino un permiso generoso: *De todos los árboles del jardín puedes comer* (Gn 2,16). La creación está llena de bendiciones que Dios ha puesto a nuestra disposición para que las disfrutemos: la comida compartida, la belleza de la naturaleza, el descanso, la música, la amistad, la fiesta, un buen vino, el juego, el amor humano, el fruto de un trabajo bien hecho. Rechazarlas no sería virtud, sino ingratitud. Dios no es un aguafiestas: Jesús mismo fue acusado de *comilón y bebedor* (Mt 11,19) por quienes no entendían que el Reino se parece a un banquete.

Lo que la tradición cristiana pide no es renunciar a esas alegrías, sino disfrutarlas de una manera determinada: con **recato**, que evita la ostentación; con **prudencia**, que mide las consecuencias; con **sensatez**, que no pierde de vista lo esencial; y con **moderación**, que sabe detenerse a tiempo. La virtud que reúne estas cuatro notas tiene un nombre antiguo: **templanza**. El *Catecismo* la describe como la virtud que modera la atracción de los placeres y procura el equilibrio en el uso de los bienes creados (CEC 1809). La templanza no es enemiga del disfrute. Es lo que permite disfrutar sin quedar atrapado, y seguir siendo libre ante aquello que se

disfruta. Quien disfruta con moderación disfruta más y por más tiempo, y lo hace con gratitud, sabiendo que todo lo que saborea es regalo de un Padre que se alegra de ver felices a sus hijos.

Por eso, buscar una buena calidad de vida para nosotros y para quienes dependen de nosotros no es egoísmo. Es responsabilidad. Una vivienda digna, una buena alimentación, la educación de los hijos, la atención de la salud, un ahorro prudente para la vejez y los imprevistos, el descanso y algunas alegrías legítimas: todo eso forma parte de un uso ordenado de los bienes. Al cerrar la Parte II advertimos contra el desprecio de la creación, y esa advertencia vale también aquí.

La suficiencia razonable

Entre la miseria y la acumulación sin límite hay un punto de equilibrio que la tradición sapiencial de Israel formuló en una oración extraordinaria: *No me des pobreza ni riqueza; dame solo el pan que necesito. No sea que, saciado, reniegue de ti y diga: ¿quién es el Señor?, o que, empobrecido, me ponga a robar y profane el nombre de mi Dios* (Pr 30,8-9). Y San Pablo lo resume con sobriedad: *Teniendo con qué alimentarnos y vestirnos, contentémonos con eso* (1 Tm 6,8).

Podemos llamar a este punto **suficiencia razonable**: el nivel de bienes que cubre de verdad las necesidades de la persona y de quienes dependen de ella, con dignidad, con una seguridad prudente frente al futuro y con espacio para un disfrute sobrio y agradecido. No es un número universal. Depende de la vocación, de la familia, del lugar donde se vive, de las responsabilidades que se tienen. Un padre de cinco hijos y una religiosa no tienen la misma suficiencia. Por eso debe discernirse, idealmente con el cónyuge y con consejo prudente.

Pero una vez discernida, **la suficiencia razonable, una vez satisfecha, no debería ser rebasada sin razón.** Y aquí aparece una tentación muy concreta, que conviene desenmascarar: la de contarnos que rebasarla es inofensivo, o que nos lo merecemos. *Trabajé mucho, me lo he ganado. No le hago daño a nadie. Es mi dinero.* Estas frases tienen algo de verdad, y preci-

samente por eso son eficaces. Pero con frecuencia son la voz del apego hablando con argumentos, como vimos en el capítulo 5. Hay algunas señales de que la suficiencia se ha rebasado y el instrumento empieza a convertirse en ídolo:

- **La comparación constante** con lo que tienen otros.
- **La necesidad compulsiva de lo nuevo**, aunque lo que se tiene funcione.
- **El lujo como identidad**: los bienes que dicen quién soy.
- **La acumulación sin propósito**, que ya no protege a nadie, solo crece.
- **El consumo como anestesia**, para no sentir el vacío o el cansancio.
- **La justificación permanente**: la necesidad de repetirse que uno lo merece.

Más allá de la suficiencia: reinvertir en la misión

¿Qué hacer entonces con lo que excede la suficiencia razonable? La respuesta cristiana es clara: **reinvertirlo en la misión**, como amplificador y potenciador del bien, para mayor gloria de Dios.

La tradición de la Iglesia lo ha enseñado de manera constante. El papa León XIII, en la encíclica *Rerum novarum* de 1891, recordaba que, una vez atendidas las propias necesidades y las de la propia condición, es un deber dar a los necesitados de lo que sobra. Y el *Catecismo* recoge una frase de San Juan Crisóstomo de una dureza saludable: no hacer participar a los pobres de los propios bienes es robarles (CEC 2446).

Pero la reinversión en la misión no se limita a la limosna, aunque la incluye. Puede adoptar muchas formas, según la vocación de cada uno: crear empleo digno, financiar la educación de quien no puede pagarla, sostener obras de la Iglesia, invertir en las herramientas de la propia vocación para servir mejor, apoyar a una familia en dificultad, dedicar a un servicio gratuito un tiempo que podría ser remunerado. Un empresario puede convertir sus ganancias en becas o en puestos de trabajo. Un

médico puede dedicar parte de su tiempo, que también es un bien, a atender a quienes no pueden pagar. Lo que excede la suficiencia deja de ser un excedente acumulado y se convierte en un multiplicador de la misión.

San Pablo lo expresa en una frase que contiene toda esta lógica: *Dios puede colmarlos de toda clase de gracias, para que, teniendo siempre y en todo lo suficiente, les sobre todavía para toda obra buena* (2 Co 9,8). Lo suficiente para uno, y lo que sobra para las obras buenas. Y añade: *Dios ama al que da con alegría* (2 Co 9,7).

Tres advertencias

Para que esta enseñanza no se deforme, conviene recordar lo que el libro ha dicho en otros lugares.

No es una teología de la prosperidad. Dar no compra bendiciones ni obliga a Dios a devolver multiplicado lo que se da. La generosidad no es una inversión con retorno garantizado, como vimos en el capítulo 3. Se da porque se ha recibido, no para recibir.

No es una invitación al escrúpulo. No hace falta calcular obsesivamente cada gasto ni vivir con culpa por cada pequeño placer. El capítulo 12 advirtió contra esta deriva. Basta con discernir, de vez en cuando, con serenidad, cuál es la propia suficiencia y qué se hace con lo que la excede.

No desplaza los deberes propios. La primera misión de quien tiene una familia es cuidarla. La generosidad hacia fuera no puede hacerse a costa de los que dependen de uno.

Una manera sencilla de vivir todo esto es hacerse, una vez al año, tres preguntas, idealmente en pareja o con alguien de confianza: **¿qué necesitamos realmente? ¿Qué es suficiente para nosotros? ¿Qué haremos este año con lo que exceda?**

El hombre del ejemplo se hizo estas preguntas con su esposa, después de aquella conversación con el sacerdote. Descubrieron que su suficiencia era bastante menor de lo que habían supuesto. Con parte de lo que la

excedía pagaron los estudios de los dos nietos de su vecino viudo, que no habrían podido seguir en la escuela. Nunca se sintieron más pobres. Decían, más bien, que nunca habían sentido tan claramente que su dinero tenía sentido.

29.5 Lo ordinario vivido con caridad

Hay un dato de la vida de Jesús que debería hacer reflexionar a todo el que busca servir a Dios de manera extraordinaria. Jesús vivió aproximadamente treinta y tres años. De ellos, dedicó unos tres a la predicación pública. Los otros treinta los pasó en Nazaret, un pueblo pequeño de Galilea, trabajando como artesano, viviendo con su familia, participando en la vida de su comunidad. El Evangelio resume esos treinta años en una sola frase: *Bajó con ellos a Nazaret y vivía sujeto a ellos* (Lc 2,51).

Treinta años de vida oculta. Treinta años en los que el Hijo de Dios no hizo milagros, no predicó a las multitudes, no fundó nada. Trabajó con sus manos, obedeció a sus padres, convivió con sus vecinos. Y esos treinta años no fueron una espera inútil antes de la misión verdadera. Fueron parte de la misión. En ellos, Dios santificó el trabajo ordinario, la vida familiar, la existencia sin brillo.

San Carlos de Foucauld, un aristócrata francés que se convirtió a finales del siglo XIX, construyó toda su espiritualidad sobre este misterio. La llamó *la espiritualidad de Nazaret*: imitar a Jesús en su vida oculta, viviendo con sencillez en medio de la gente, sin buscar hacer cosas grandes, haciendo las pequeñas con un amor grande. Vivió los últimos años de su vida en el desierto del Sahara, entre los tuaregs, sin convertir a nadie, sirviendo con discreción. La Iglesia lo proclamó santo en 2022.

Esta espiritualidad tiene una consecuencia liberadora para la mayoría de los cristianos, que no están llamados a misiones extraordinarias: **la disponibilidad apostólica puede manifestarse mediante una vida ordinaria vivida con caridad y fidelidad.** No hace falta irse lejos para servir a Dios. Hace falta servirlo donde uno está.

Volvamos al hombre del comienzo. Después de la conversación con el sacerdote, dejó en suspenso su proyecto africano y empezó a hacer algo que nunca había hecho: rezar preguntando, en lugar de rezar contando. Durante varias semanas, simplemente escuchó. Y lo que fue apareciendo no fue un pozo en África, sino cosas mucho más cercanas: acompañar a su esposa a sus citas médicas, que antes delegaba en su hija; pasar una tarde por semana con su vecino viudo, jugando dominó y escuchándolo hablar de su mujer; enseñar matemáticas a sus nietos, que tenían dificultades en la escuela.

No era lo que había imaginado. No tenía nada de heroico. Pero un año después, el vecino viudo le dijo una tarde, mientras recogían las fichas de dominó: *No sé qué habría hecho este año sin ti.* Y el hombre comprendió que el sacerdote tenía razón: la misión más grande estaba en el porche de al lado.

Años más tarde, cuando su esposa falleció y sus nietos crecieron, el hombre sí viajó a África, durante dos meses, para colaborar en la construcción de una escuela. Pero lo hizo con otra disposición: no como quien busca hacer algo grande por Dios, sino como quien responde a una llamada que ha discernido con paciencia.

PARA LLEVARLO A LA VIDA

1. Revisa si tu relación con Dios se traduce en servicio a los demás, y si tu servicio nace de tu relación con Dios. ¿Falta alguna de las dos cosas?
2. Haz una lista de las personas que tienes más cerca: familia, vecinos, compañeros. Pregúntate si alguna de ellas necesita de ti algo que no le estás dando.
3. Si tienes un proyecto de servicio en mente, aplícale los cinco criterios de la sección 29.3. Consúltalo con alguien prudente que te conozca.

4. Elige una tarea ordinaria de tu día, como cocinar, trabajar o cuidar a alguien, y hazla esta semana con la intención explícita de ofrecerla a Dios. Es tu Nazaret.

Ejercicio complementario: responde, idealmente con tu cónyuge o con alguien de confianza, las tres preguntas de la sección 29.4: ¿qué necesitamos realmente?, ¿qué es suficiente para nosotros?, ¿qué haremos este año con lo que exceda?

LA LÍNEA EN ESTE CAPÍTULO

LO QUE ME CORRESPONDE	LO QUE ENCOMIENDO A DIOS
Estar con Él antes de hacer cosas para Él	La forma concreta de la misión que me confíe
Servir donde estoy, empezando por los más cercanos	La fecundidad de lo ordinario, que no siempre veo
Discernir con acompañamiento antes de emprender algo nuevo	La llamada, que es suya y no mía
Discernir mi suficiencia razonable y reinvertir lo que la excede en la misión	Los bienes que me confía y el fruto que darán en otras manos

ORACIÓN

Señor, he querido hacer cosas grandes por ti, y a veces no he visto lo que tenía cerca. Enséñame a estar contigo antes de querer servirte, a escuchar antes de proponer, a preguntarte qué quieres antes de contarte lo que quiero. Habla, Señor, que tu siervo escucha. Y si me llamas a servirte en lo pequeño, en lo oculto, en lo de cada día, como en Nazaret, dame la alegría de hacerlo con un amor grande. Amén.

La misión más grande a veces está en el porche de al lado.

CAPÍTULO 30

Instrumento, pero no objeto

En una parroquia grande de una ciudad, un grupo de laicas generosas organizó un servicio de escucha. Una tarde por semana, cualquier persona podía acercarse a conversar sobre lo que le preocupaba. Una de las voluntarias, una mujer de fe profunda y gran corazón, atendió durante varios meses a un joven de veinticinco años que llegaba cada martes. Le hablaba de una tristeza que no se le quitaba, de que no tenía ganas de levantarse por las mañanas, de que se sentía vacío. Ella lo escuchaba con cariño y le daba el consejo que le parecía mejor: que rezara más, que se confesara, que confiara en Dios, que esa tristeza era una prueba espiritual que debía ofrecer. Una vez llegó a decirle que la depresión era, en el fondo, una falta de fe.

Un martes, el joven no vino. Ella se enteró después de que lo habían hospitalizado por una depresión severa. Por fortuna, se recuperó. Pero la mujer quedó destrozada. Había querido ayudar, había rezado por él cada noche, había puesto en aquellas conversaciones toda su buena voluntad. Y su consejo, en lugar de ayudarlo, le había hecho más daño.

Con el tiempo, la mujer hizo algo que la honra. No abandonó el servicio de escucha. Se formó. Tomó cursos de acompañamiento, aprendió a reconocer las señales de un trastorno mental, aprendió a derivar a profesionales cuando era necesario, aprendió la diferencia entre la aridez espiritual y la depresión. Años después, coordinaba la formación de los nuevos voluntarios, y les contaba su propia historia como advertencia.

Este capítulo trata de la imagen del instrumento, que es una de las más antiguas y valiosas para describir la disponibilidad apostólica. Pero trata también de su límite: el instrumento de Dios no es un objeto inerte, sino una persona que piensa, se prepara y responde de lo que hace.

30.1 Vasijas de barro

La imagen del instrumento atraviesa toda la tradición cristiana. San Pablo habla de llevar *este tesoro en vasijas de barro, para que se vea que esta fuerza extraordinaria es de Dios y no viene de nosotros* (2 Co 4,7). En el siglo XX se hizo muy popular una oración, atribuida tradicionalmente a San Francisco de Asís aunque su origen es mucho más reciente, que comienza pidiendo a Dios ser instrumento de su paz. Innumerables santos se han descrito a sí mismos como instrumentos pobres en las manos de Dios.

La imagen expresa una verdad fundamental: **la persona no es la fuente última de la fecundidad de su servicio.** El instrumento no produce la música; la produce el músico. La pluma no escribe el poema; lo escribe el poeta. Del mismo modo, la eficacia sobrenatural de un servicio cristiano, la conversión de un corazón, el consuelo verdadero de quien sufre, la fecundidad espiritual de una obra, no proceden exclusivamente de las capacidades de quien sirve. Proceden de Dios.

Esta verdad tiene consecuencias liberadoras. Quien se sabe instrumento no tiene que cargar con el peso de producir los frutos de su servicio, como vimos en el capítulo 18. Y tiene también consecuencias de humildad: quien se sabe instrumento no puede atribuirse los frutos como si fueran obra suya.

Pero la imagen, como la del recipiente en el capítulo 10, tiene un límite que conviene señalar con claridad. **Un instrumento es un objeto inerte.** Un violín no decide qué tocar, no estudia, no se prepara, no responde de lo que suena. Si lleváramos la metáfora hasta el final, la persona que sirve a Dios no tendría ninguna responsabilidad sobre la calidad de su servicio: todo dependería del músico.

Y eso es falso. **La persona humana no es un objeto.** Posee inteligencia, libertad, conciencia y responsabilidad. Por eso, ser instrumento de Dios no significa renunciar a pensar o actuar, sino **cooperar conscientemente con la gracia**. El apóstol cristiano está llamado a discernir, aprender, decidir, asumir responsabilidades y prepararse. La voluntaria del ejemplo había entendido la imagen del instrumento de una manera incompleta: pensaba que bastaba con su buena voluntad y su oración, y que Dios haría el resto. Pero Dios había querido actuar también a través de su inteligencia, de su formación, de su capacidad de reconocer lo que no sabía.

30.2 Dos reconocimientos simultáneos

La humildad del instrumento cristiano se apoya en dos reconocimientos que deben sostenerse al mismo tiempo. Si se separa uno del otro, la imagen se deforma.

El primer reconocimiento: la capacidad humana es real y debe cultivarse responsablemente. Dios ha dado a cada persona talentos, inteligencia, sensibilidad, experiencia. No para que los entierre, sino para que los desarrolle y los ponga al servicio de los demás. La parábola de los talentos, que hemos visto varias veces, condena precisamente al que no hizo fructificar lo que había recibido. La capacidad humana no compite con la gracia: es uno de sus cauces.

El segundo reconocimiento: ninguna capacidad humana convierte a la persona en autora soberana de la acción divina. Por muy preparado que esté un servidor, por muy brillantes que sean sus talentos, la fecundidad última de su servicio no le pertenece. Jesús lo dijo con toda claridad: *Sin mí no pueden hacer nada* (Jn 15,5). No dijo que sin Él pudieran hacer poco. Dijo nada, en el orden de los frutos sobrenaturales.

Cada uno de estos reconocimientos protege contra un error. El primero protege contra **la negligencia espiritualizada**: la idea de que, como Dios

lo hace todo, no hace falta prepararse. El segundo protege contra **el orgullo apostólico**: la idea de que, como uno está muy preparado, los frutos son obra suya.

La voluntaria del ejemplo cayó en el primer error. Pero conviene no olvidar el segundo, que es igualmente frecuente, sobre todo en personas muy capaces. El sacerdote brillante que se cree imprescindible. La catequista excelente que atribuye a su método las conversiones de sus alumnos. El líder de un movimiento que confunde el crecimiento de su obra con su propio talento. Todos ellos han olvidado que son vasijas de barro.

30.3 La formación no es opcional

De lo anterior se desprende una consecuencia práctica que conviene afirmar con fuerza, porque se descuida con frecuencia en ambientes religiosos: **la entrega a Dios no dispensa de la formación.**

Quien desea enseñar debe estudiar. Quien cuida a una persona vulnerable debe aprender a hacerlo de manera competente. Quien acompaña a personas que sufren debe conocer los límites de su capacidad y saber cuándo derivar. Quien ejerce autoridad debe formarse en responsabilidad y prudencia. Quien predica debe conocer bien lo que predica.

La Primera Carta de Pedro exhorta a los cristianos a estar *siempre dispuestos a dar razón de su esperanza a todo el que les pida explicaciones* (1 P 3,15). Dar razón exige conocer. No basta con tener fe; hay que poder explicarla. Y lo mismo vale para cualquier forma de servicio: no basta con querer ayudar; hay que saber cómo.

Santa Teresa de Jesús, que fue una de las mayores místicas de la historia, insistía en que los confesores y directores espirituales fueran personas instruidas. Decía preferir a un confesor con letras, aunque no fuera muy espiritual, antes que a uno muy espiritual pero sin formación, porque había sufrido en su propia vida los consejos equivocados de directores bienintencionados pero ignorantes. Su experiencia es la de la voluntaria del ejemplo, vista desde el otro lado.

Por eso, quien quiere servir a Dios de manera seria debería, entre otras cosas:

- **Identificar los talentos relevantes para su vocación** y cultivarlos.
- **Reconocer las limitaciones que requieren formación o colaboración**, sin avergonzarse de ellas.
- **Buscar una preparación adecuada** para la tarea que asume: cursos, lecturas, supervisión, mentores.
- **Aceptar la corrección** de quienes saben más.
- **Evaluar con honestidad la calidad real de su servicio**, sin conformarse con la buena intención.

Un instrumento humano confiable no es aquel que deja de pensar, sino **aquel que procura pensar y actuar con verdad, prudencia, humildad y caridad.**

30.4 El lenguaje espiritual no excusa la negligencia

Hay una tentación específica que afecta a quienes sirven en contextos religiosos, y que conviene nombrar con claridad porque produce daños reales: **usar el lenguaje espiritual para excusar la incompetencia o la negligencia.**

Se manifiesta de muchas maneras. El predicador que no prepara sus homilías porque "el Espíritu Santo hablará por mí". El organizador de una actividad pastoral que no planifica nada porque "Dios proveerá". El responsable de un grupo de jóvenes que no cumple las normas de protección de menores porque "aquí todos somos de confianza". El acompañante espiritual que da consejos sobre temas médicos o psicológicos que no conoce porque "lo importante es la fe". La voluntaria del ejemplo, que interpretó una depresión como una prueba espiritual porque no sabía reconocerla.

En todos estos casos, una verdad espiritual se usa como coartada para no hacer lo que corresponde. Es cierto que el Espíritu Santo puede hablar a través de un predicador. Pero eso no lo exime de prepararse. Es cierto que Dios provee. Pero normalmente lo hace a través de personas que planifican. Es cierto que la fe es importante. Pero no sustituye a la medicina ni a la psicología.

Jesús contó una parábola sobre un hombre que quería construir una torre sin calcular antes si tenía con qué terminarla, y que acabó siendo objeto de burla porque la dejó a medias (Lc 14,28-30). La prudencia, la preparación y la competencia no son ajenas al Evangelio. Forman parte de él.

Esta tentación es especialmente grave cuando el servicio afecta a personas vulnerables: niños, enfermos, personas con trastornos mentales, víctimas de abuso, ancianos dependientes. En esos casos, la falta de preparación no es solo una deficiencia: puede ser una forma de daño. La Iglesia ha aprendido, con un dolor inmenso, que la buena intención no basta para proteger a los vulnerables, y que se necesitan protocolos, formación, supervisión y una cultura de responsabilidad. **La confianza en Dios no sustituye la preparación. La orienta hacia el bien y evita que la persona convierta sus capacidades en fuente de autosuficiencia.**

30.5 Qué hace confiable a un servidor

Si el instrumento de Dios no es un objeto inerte sino una persona responsable, cabe preguntarse qué hace que esa persona sea un instrumento confiable. La respuesta de la tradición cristiana es, quizá, sorprendente para una cultura obsesionada con el talento y los resultados.

San Pablo lo formula con una sencillez desarmante: *Lo que se pide a los administradores es que sean fieles* (1 Co 4,2). No que sean brillantes, ni exitosos, ni carismáticos. Fieles.

La confiabilidad de un servidor cristiano no se mide exclusivamente por sus capacidades, su influencia o sus resultados. Una persona puede

poseer grandes talentos y utilizarlos para alimentar su orgullo. Otra puede tener capacidades modestas y ofrecer un servicio profundamente caritativo. Lo que hace confiable a un servidor es otra cosa. Puede describirse con los siguientes rasgos:

- **Fidelidad a la verdad**: no manipula, no exagera, no oculta.
- **Caridad hacia las personas**: trata a quienes sirve como fines, no como medios.
- **Prudencia en las decisiones**: piensa antes de actuar y conoce sus límites.
- **Responsabilidad en el cumplimiento de los deberes**: hace lo que dijo que haría.
- **Humildad ante los propios límites**: reconoce lo que no sabe y deriva cuando corresponde.
- **Apertura a la corrección legítima**: acepta que le señalen sus errores y aprende de ellos.
- **Perseverancia cuando faltan resultados visibles**: no abandona porque no ve frutos.
- **Rechazo de la manipulación y del abuso de autoridad**: nunca usa su posición para dominar a otros.
- **Disposición a reconocer cuándo necesita ayuda o formación adicional.**

Conviene subrayar también lo que **no** hace confiable a un servidor, porque son criterios que a veces se usan, equivocadamente, en ambientes religiosos. Una persona no se convierte en un instrumento confiable **por haber sufrido mucho**, aunque el sufrimiento pueda haberla hecho más compasiva. Tampoco **por afirmar que se ha entregado completamente a Dios**, porque esa afirmación no se verifica con palabras. Ni **por experimentar una intensa emoción religiosa**, porque las emociones, como vimos en el capítulo 20, no son veredictos. **La confiabilidad debe mani-**

festarse progresivamente en la conducta y en la forma de relacionarse con los demás. Se demuestra con el tiempo, no se proclama.

Nada de esto exige la ausencia absoluta de debilidades. Un servidor confiable no es alguien perfecto, sino alguien que procura actuar con integridad, reconoce sus errores, acepta la corrección, cumple sus responsabilidades y busca que su servicio sea coherente con el Evangelio.

Volvamos a la voluntaria del comienzo. Lo que la convirtió en una servidora confiable no fue su buena voluntad, que siempre tuvo, ni su fe, que también tuvo siempre. Fue su respuesta a su propio error. Podría haberse justificado, o haber abandonado el servicio por vergüenza. Hizo lo que hace un servidor fiel: reconoció lo que no sabía, se formó y aprendió a reconocer sus límites. Hoy, cuando alguien llega al servicio de escucha con una tristeza que no se le quita, ella sigue rezando por esa persona. Pero también le pregunta cuánto duerme, si ha perdido el apetito, si ha pensado en hacerse daño. Y, cuando hace falta, la acompaña a ver a un profesional. Sigue siendo un instrumento en manos de Dios. Pero ahora es un instrumento que piensa.

PARA LLEVARLO A LA VIDA

1. Piensa en tu principal forma de servicio, en la familia, el trabajo o la Iglesia. ¿En qué aspecto necesitas formarte mejor para hacerlo bien?
2. Revisa si alguna vez has usado el lenguaje espiritual para excusar una falta de preparación. ¿Qué frase usaste?
3. Si sirves a personas vulnerables, pregúntate si conoces los límites de tu competencia y sabes a quién derivar cuando los alcanzas.
4. Revisa la lista de rasgos de la sección 30.5. Elige uno en el que quieras crecer y da un paso concreto esta semana.

LA LÍNEA EN ESTE CAPÍTULO

LO QUE ME CORRESPONDE	LO QUE ENCOMIENDO A DIOS
Formarme, prepararme y conocer mis límites	La fecundidad sobrenatural de mi servicio
Hacer mi trabajo con competencia y responsabilidad	Los frutos que mi capacidad no puede producir
Reconocer mis errores y aprender de ellos	La transformación de las personas a las que sirvo

ORACIÓN

Señor, quiero ser instrumento tuyo, pero no un instrumento que no piensa. Dame la humildad de saber que los frutos son tuyos, y la responsabilidad de prepararme como si dependieran de mí. Líbrame de excusar mi pereza con palabras piadosas. Enséñame a reconocer lo que no sé, a pedir ayuda y a servir con competencia y con amor. Llevo tu tesoro en una vasija de barro. Que no se rompa por mi descuido. Amén.

Un buen instrumento no es el que deja de pensar, sino el que piensa al servicio de Otro.

CAPÍTULO 31

Cuando el servicio se vuelve tuyo

Durante veintidós años, una mujer dirigió el coro de su parroquia. Lo fundó con cinco voces y lo convirtió en uno de los mejores de la diócesis. Elegía cada canto, dirigía cada ensayo, decidía quién cantaba los solos y quién no. Nadie dudaba de su talento ni de su entrega. Durante dos décadas no faltó a una sola misa dominical.

Cuando cumplió sesenta y cinco años, una operación de rodilla la obligó a ausentarse tres meses. Una joven del coro, que había estudiado música, asumió la dirección provisionalmente. Introdujo algunos cantos nuevos, cambió la distribución de las voces, invitó a dos adolescentes a unirse. Al coro le fue bien. Algunos feligreses comentaron que sonaba más fresco.

Cuando la directora volvió, no lo soportó. Sintió que le habían robado algo. Acusó a la joven de haber desobedecido sus indicaciones, se quejó con el párroco, deshizo todos los cambios. Varios miembros del coro, incómodos, dejaron de asistir. La joven se retiró discretamente. Y la directora, que había servido con tanta generosidad durante veintidós años, descubrió con dolor, meses después, algo que nunca había querido ver: que en algún momento el coro había dejado de ser un servicio a Dios y a la comunidad y se había convertido en *su* coro.

Este capítulo trata de esa transformación silenciosa, que afecta a muchas de las personas más generosas de cualquier comunidad. Es la apropiación del servicio por el ego. Es, quizá, el apego más difícil de detectar de todos los que examina este libro, porque se esconde dentro de lo mejor que hacemos.

31.1 El ego también se apropia de lo bueno

En la Parte II examinamos los apegos a bienes legítimos: el dinero, las relaciones, la imagen, el control. Este capítulo examina un apego todavía más sutil: **el apego al propio servicio.** Sutil porque el servicio es, en sí mismo, una de las cosas más valiosas que una persona puede hacer. Nadie sospecha de él. Y precisamente por eso puede convertirse en el escondite perfecto del ego.

La dinámica suele ser lenta e imperceptible. Una persona comienza sirviendo con generosidad, sin buscar nada a cambio. Con el tiempo, su servicio crece, da frutos, es reconocido. Y poco a poco, sin que ella lo advierta, empieza a depender de ese reconocimiento, de esa posición, de esa sensación de ser útil. El servicio sigue siendo bueno. Pero ya no es solo servicio. Es también, en parte, una fuente de identidad que hay que proteger.

El Evangelio ofrece una escena breve que ilumina esta dinámica con gran precisión. Jesús llega a casa de dos hermanas, Marta y María. María se sienta a sus pies a escucharlo. Marta, en cambio, se afana en la preparación de la comida. En un momento dado, Marta se acerca a Jesús y le dice: *Señor, ¿no te importa que mi hermana me haya dejado sola con todo el servicio? Dile que me ayude* (Lc 10,40).

Conviene leer esta escena con cuidado, porque se ha interpretado con frecuencia como un desprecio de la acción en favor de la contemplación, y no es eso. Marta estaba haciendo algo bueno y necesario: atender a su huésped. Jesús no la critica por servir. Lo que le dice es otra cosa: *Marta, Marta, te inquietas y te agitas por muchas cosas* (Lc 10,41). El problema no

era el servicio, sino lo que el servicio se había vuelto: inquietud, agitación, queja, comparación con su hermana. Marta había empezado sirviendo a Jesús y había terminado reclamándole. Su servicio se había vuelto suyo.

Las señales de que el servicio ha sido apropiado por el ego suelen ser reconocibles, si uno se atreve a mirarlas:

- **Resentimiento cuando otros no reconocen lo que uno hace**, como el hermano mayor del hijo pródigo o como Marta.
- **Dificultad para aceptar que otros hagan las cosas de manera diferente.**
- **Sensación de despojo cuando se pierde una responsabilidad.**
- **Necesidad de controlar todas las decisiones relacionadas con el propio ámbito de servicio.**
- **Comparación constante con otros servidores**, con un sentimiento de superioridad o de agravio.
- **Incapacidad para descansar**, porque sin uno "las cosas no funcionan".

La directora del coro tenía casi todas estas señales. Nadie las había visto durante veintidós años, porque estaban ocultas bajo un servicio admirable. Solo salieron a la luz cuando el servicio le fue retirado temporalmente.

31.2 La tentación de ser indispensable

Entre las formas de apropiación del servicio, hay una que merece atención especial por su frecuencia y por el daño que causa: **la necesidad de ser indispensable.**

La persona indispensable asume responsabilidades no solo porque son necesarias, sino porque necesita sentirse necesaria. No delega, porque delegar significaría que otros pueden hacer lo que ella hace. No

forma a nadie que pueda sucederla, porque eso la volvería prescindible. Acumula tareas hasta el agotamiento, y en el fondo de su cansancio hay una satisfacción secreta: la confirmación de que sin ella nada funcionaría.

El libro del Éxodo contiene un episodio que parece escrito para estas personas. Moisés, después de sacar al pueblo de Egipto, se pasaba los días enteros, de la mañana a la noche, juzgando los asuntos de todo el pueblo. Su suegro Jetró lo observa y le dice algo que todo servidor indispensable debería escuchar: *No está bien lo que haces. Acabarás agotándote, tú y este pueblo que está contigo, porque la tarea es demasiado pesada para ti; no puedes hacerla tú solo* (Ex 18,17-18). Y le propone algo muy sencillo: elegir a hombres capaces y repartir con ellos la carga.

La respuesta de Jetró contiene una sabiduría que va más allá de la organización práctica. Dice que el exceso de Moisés no solo lo agota a él, sino también *a este pueblo*. **La persona indispensable no solo se daña a sí misma. Daña también a la comunidad**, porque impide que otros crezcan, que asuman responsabilidades, que desarrollen sus propios dones. Una comunidad que depende de una sola persona es una comunidad frágil.

El caminante de nuestra parábola cayó en esta tentación. Después de volver a casa, empezó a decir que sí a todo, a trabajar desde antes del amanecer hasta la noche, a pensar que el pueblo no podría arreglárselas sin él. La vecina de la sopa fue su Jetró: le hizo ver que sus manos, que había aprendido a abrir, estaban volviendo a cerrarse, esta vez sobre su propio trabajo.

31.3 La actividad religiosa como escondite

Hay una tercera forma de apropiación del servicio, más difícil de reconocer que las anteriores, porque no tiene que ver con el servicio mismo, sino con lo que el servicio permite evitar. Es **el uso de la actividad religiosa como escondite.**

Se trata de personas que se vuelcan en una actividad buena precisamente para no tener que mirar otras áreas de su vida que necesitan atención. El padre que pasa todas las tardes en la parroquia para no enfrentar los conflictos de su matrimonio. La mujer que organiza todas las actividades de caridad del barrio para no pensar en el duelo que nunca ha hecho. El joven que se llena de compromisos religiosos para no examinar una adicción que lo avergüenza. El sacerdote que acepta todos los encargos pastorales para no quedarse a solas con su propia soledad.

En todos estos casos, el servicio es real y bueno. Pero cumple una función oculta: **evitar una conversión necesaria.** Es lo que el capítulo 15 formuló como la séptima pregunta para examinar el propio servicio: ¿estoy utilizando una obra buena para evitar una conversión necesaria?

Esta forma de apropiación es especialmente engañosa porque la persona puede sentirse muy santa. Hace muchas cosas buenas, recibe reconocimiento, se siente útil. Y sin embargo, el centro de su vida, el lugar donde Dios quiere entrar, permanece cerrado. Llena de actividad el espacio que debería ocupar una conversación pendiente, una reconciliación, un duelo o un cambio.

La directora del coro, al revisar su historia, descubrió que el coro le había servido también para esto. Su matrimonio había sido difícil durante muchos años, y los ensayos y las misas le habían dado un lugar donde sentirse valorada que no encontraba en casa. El coro no era malo. Pero se había convertido en un refugio que le evitaba mirar lo que dolía.

31.4 Compartir, ceder y reconocer al que lo hace mejor

Si el servicio puede ser apropiado por el ego, ¿cómo se libera? La respuesta no consiste en dejar de servir, sino en **purificar la relación con el propio servicio**. Y esa purificación tiene una forma concreta, que la Escritura ilustra con una figura extraordinaria: Juan el Bautista.

Juan fue, durante un tiempo, el predicador más importante de Israel. Multitudes acudían al Jordán para escucharlo y recibir su bautismo.

Tenía discípulos propios, una autoridad reconocida, un movimiento en crecimiento. Y cuando apareció Jesús, Juan hizo algo que muy pocos líderes son capaces de hacer: señaló a otro. *Este es el Cordero de Dios*, dijo a sus propios discípulos, y dos de ellos lo dejaron para seguir a Jesús (Jn 1,35-37).

Más tarde, cuando algunos de sus seguidores se quejaron de que todos se iban con Jesús, Juan respondió con una frase que resume toda la libertad del servidor cristiano: *Es necesario que Él crezca y que yo disminuya* (Jn 3,30). Y añadió que esa era su alegría: la del amigo del novio, que se alegra al oír la voz del novio.

La actitud de Juan ofrece un modelo concreto para purificar la relación con el propio servicio. Puede traducirse en varias disposiciones:

- **Estar dispuesto a servir sin exigir reconocimiento.** El servicio vale por sí mismo, no por la gratitud que produce.
- **Aceptar la corrección.** Incluso de quienes uno considera menos expertos.
- **Compartir responsabilidades.** Formar a otros, delegar, confiar.
- **Reconocer cuándo otra persona puede desempeñar mejor una tarea**, y cederla con alegría.
- **Preparar la propia sucesión.** Un buen servidor no se hace imprescindible; prepara a quienes vendrán después.
- **Alegrarse del crecimiento de otros**, aunque ese crecimiento suponga la propia disminución.

Esta última disposición es, quizá, la prueba más clara de que el servicio ha sido liberado del ego. La persona que se alegra sinceramente cuando otro hace mejor lo que ella hacía, cuando su obra crece sin ella o cuando es reemplazada en una tarea, ha descubierto lo que Juan descubrió: que el servicio nunca fue suyo.

31.5 No toda necesidad te corresponde

Queda una última purificación del servicio, quizá la más necesaria para las personas generosas: aprender que **no todas las necesidades corresponden a una sola persona**, y que no toda petición debe convertirse automáticamente en una obligación propia.

Las personas generosas tienen dificultad para decir que no. Ven una necesidad y sienten que deben atenderla. Reciben una petición y sienten que rechazarla sería una falta de caridad. Así, van acumulando compromisos hasta que su vida se llena de obligaciones que nadie les impuso, salvo su propia incapacidad para poner límites. Y terminan agotadas, resentidas o enfermas.

El Evangelio muestra que Jesús mismo puso límites a su servicio. San Marcos cuenta que, después de un día entero curando enfermos en Cafarnaúm, Jesús se levantó muy de madrugada y se retiró a un lugar solitario para orar. Sus discípulos lo buscaron y le dijeron: *Todos te buscan*. Y Jesús respondió: *Vamos a otra parte, a los pueblos vecinos, para predicar también allí* (Mc 1,35-38). Había necesidades en Cafarnaúm. Había gente que lo buscaba. Y Jesús se fue. No porque no le importaran, sino porque su misión no consistía en atender todas las necesidades de todas las personas, sino en cumplir lo que el Padre le había encomendado.

San Lucas añade un detalle significativo: a medida que su fama crecía y las multitudes acudían a Él, *Jesús se retiraba a lugares solitarios para orar* (Lc 5,16). Cuanto más lo necesitaban, más se retiraba. No para huir, sino para mantener la fuente de su servicio.

De aquí se siguen algunas conclusiones prácticas:

- **La disponibilidad apostólica requiere discernimiento, no una entrega indiscriminada de tiempo, energía o recursos.**
- **Decir que no a una petición puede ser un acto de responsabilidad**, cuando decir que sí comprometería deberes más importantes o la propia salud.

- **El descanso y la oración no son lujos que se permiten cuando todo está hecho**, sino condiciones para que el servicio siga siendo fecundo.
- **Reconocer los propios límites es una forma de humildad**, no de egoísmo.

El caminante de nuestra parábola aprendió esta lección la noche de la sopa. Al día siguiente, por primera vez, dijo que no a un encargo. No fue fácil. Le pareció que estaba fallando. Pero comprendió que, si seguía diciendo que sí a todo, terminaría cerrando otra vez las manos.

Volvamos a la directora del coro. Después de meses difíciles, habló con el párroco y con la joven que la había sustituido. Les pidió perdón. Propuso algo que nunca habría imaginado: dirigir el coro junto con la joven, compartiendo las decisiones, y prepararla para que un día asumiera la dirección sola. Los primeros meses fueron incómodos. A veces le costaba aceptar los cantos nuevos. Pero poco a poco descubrió que le gustaba ver crecer a la joven, y que el coro sonaba mejor con las dos. Tres años después, cuando la joven asumió la dirección, la antigua directora siguió cantando en el coro, en la fila de las contraltos, sin ninguna responsabilidad especial. Decía que nunca había disfrutado tanto de la música.

PARA LLEVARLO A LA VIDA

1. Elige tu principal ámbito de servicio y revisa si aparecen en él algunas de las señales de apropiación de la sección 31.1.
2. Pregúntate si te has vuelto indispensable en algún lugar. Si es así, identifica a alguien a quien podrías empezar a formar para compartir esa responsabilidad.
3. Revisa si alguna actividad religiosa o de servicio te está sirviendo para evitar una conversión necesaria en otro ámbito de tu vida.

4. Esta semana, di que no a una petición que no te corresponde, con amabilidad y sin justificarte en exceso. Observa lo que sientes.

LA LÍNEA EN ESTE CAPÍTULO

LO QUE ME CORRESPONDE	LO QUE ENCOMIENDO A DIOS
Servir con fidelidad y compartir responsabilidades	La obra, que nunca fue mía
Formar a otros y preparar mi sucesión	El crecimiento de los demás, aunque yo disminuya
Poner límites y descansar para que mi servicio siga siendo fecundo	Las necesidades que no me corresponde atender

ORACIÓN

Señor, he servido con generosidad, pero a veces he olvidado para quién. Me he apropiado de lo que era tuyo y me he sentido dueño de lo que solo administraba. Enséñame la libertad de Juan el Bautista: que tú crezcas y yo disminuya, y que eso sea mi alegría. Dame humildad para compartir, ceder y reconocer a quien lo hace mejor. Y enséñame a decir que no cuando debo, para que mis manos no vuelvan a cerrarse sobre mi propio trabajo. Amén.

El servicio que no puedes soltar ya no es solo servicio.

CAPÍTULO 32

Obediencia con los ojos abiertos

A los veintitrés años, un joven ingresó en una comunidad religiosa de reciente fundación. Lo atrajo el fervor de sus miembros, la belleza de su liturgia y, sobre todo, la figura de su fundador: un hombre carismático, culto, de una elocuencia que conmovía. El joven sintió que por fin había encontrado el lugar donde podría entregarse a Dios por completo.

Las exigencias llegaron poco a poco. Primero, entregar todo su salario a la comunidad, porque *el desprendimiento es el camino de la santidad*. Después, limitar el contacto con su familia, porque sus padres *no entendían la vocación* y podían apartarlo de ella. Después, no hablar con nadie de fuera sobre lo que ocurría dentro, porque *el mundo no comprende las cosas de Dios*. Después, obedecer sin preguntar cualquier indicación del fundador, porque *la obediencia perfecta es la entrega perfecta*. Cuando el joven tenía dudas, se le decía que eran tentaciones. Cuando se sentía mal, se le decía que era el precio de la santidad. Cuando quiso hablar con un sacerdote ajeno a la comunidad, se le dijo que eso sería una traición.

Pasaron nueve años. Un día, varias personas denunciaron al fundador ante las autoridades de la Iglesia por abusos de distinto tipo. La investigación confirmó las acusaciones. La comunidad fue intervenida. El joven, que ya no era tan joven, salió de ella sin dinero, sin estudios terminados,

sin amigos fuera, con una relación rota con sus padres y con una fe tan herida que durante años no pudo entrar en una iglesia.

Este capítulo es necesario porque todo lo que este libro ha dicho sobre la entrega, el abandono, el desprendimiento y la disponibilidad puede ser manipulado. El lenguaje de la entrega total, en manos equivocadas, puede convertirse en un instrumento de dominio. Y la historia reciente de la Iglesia ha mostrado, con un dolor inmenso, que esto no es una posibilidad teórica.

32.1 La voluntad de Dios no se usa como arma

La expresión *ponerse a disposición de Dios* es una de las más hermosas de la vida espiritual. Pero tiene un riesgo: puede ser apropiada por alguien que afirma conocer la voluntad de Dios para otro, y usarla para someterlo.

Conviene, por eso, establecer un principio con toda claridad: **la voluntad de Dios no puede utilizarse para justificar acciones contrarias al Evangelio, la verdad, la justicia o la dignidad humana.** Una iniciativa que exige mentir, cometer una injusticia, despreciar la dignidad de una persona o abandonar un deber moral no queda legitimada por la convicción, propia o ajena, de haber recibido una misión divina.

Este principio tiene una base bíblica sólida. Jesús advirtió contra los falsos profetas, que vienen *disfrazados de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces*, y dio un criterio para reconocerlos: *Por sus frutos los conocerán* (Mt 7,15-16). No por su elocuencia, ni por su fervor, ni por la belleza de lo que dicen. Por sus frutos. Y San Juan exhortó: *No crean a cualquier espíritu, sino examinen si los espíritus vienen de Dios* (1 Jn 4,1). La fe cristiana no pide credulidad. Pide discernimiento.

En el caso del joven, los frutos estaban a la vista: aislamiento de la familia, pérdida de la libertad, sufrimiento persistente, prohibición de buscar consejo fuera. Ninguno de esos frutos es compatible con el Evangelio. Pero el lenguaje religioso en que venían envueltos le impidió verlos durante nueve años.

Hay una consecuencia de este principio que conviene subrayar, porque protege a muchas personas: **ninguna autoridad humana puede identificarse sin discernimiento con la voluntad divina.** Ni un fundador, ni un director espiritual, ni un sacerdote, ni un obispo, ni un líder de comunidad. Todos ellos pueden ser instrumentos de Dios. Ninguno de ellos es Dios. Y cuando alguien exige ser obedecido como si lo fuera, ha dejado de hablar en su nombre.

32.2 Conciencia, Iglesia y prudencia

Nada de lo anterior significa que la obediencia no tenga lugar en la vida cristiana. Lo tiene, y muy importante. La obediencia de Jesús al Padre es el centro de su vida y de su muerte. Los religiosos hacen voto de obediencia. Los hijos deben obedecer a sus padres. Los fieles deben respeto a la autoridad legítima de la Iglesia. La obediencia, bien entendida, es una forma de humildad y de confianza que libera a la persona de la tiranía de su propia voluntad.

Pero la obediencia cristiana tiene **límites precisos**, y conocerlos es la mejor protección contra el abuso.

El primer límite es la conciencia. El *Catecismo* enseña que la conciencia es el núcleo más secreto y el santuario del hombre, en el que está solo con Dios (CEC 1776), y que el ser humano tiene derecho a actuar en conciencia y en libertad, sin ser forzado a obrar contra ella (CEC 1782). La conciencia debe ser formada, y puede errar. Pero nadie puede ser obligado a hacer algo que su conciencia reconoce claramente como malo. Ninguna obediencia legítima exige pecar.

El segundo límite es la ley moral y el Evangelio. Cuando las autoridades de Jerusalén prohibieron a los apóstoles predicar en nombre de Jesús, Pedro respondió con una frase que ha atravesado los siglos: *Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres* (Hch 5,29). La autoridad humana, incluso la religiosa, está sometida a la ley de Dios. Cuando una orden contradice esa ley, deja de obligar.

El tercer límite es el marco de la Iglesia. La obediencia en la vida religiosa no es una sumisión arbitraria a la voluntad de una persona. Está regulada por el derecho de la Iglesia, por las constituciones aprobadas de cada comunidad y por la supervisión de las autoridades eclesiásticas. Un superior que exige algo fuera de ese marco no está ejerciendo una autoridad legítima. Y la persona siempre tiene derecho a recurrir a instancias superiores.

Para discernir si una supuesta misión divina, o una exigencia presentada como voluntad de Dios, es auténtica, conviene considerar algunos criterios:

- **¿Es conforme a la enseñanza moral de la Iglesia?**
- **¿Respeta la dignidad y la libertad de la persona?**
- **¿Es compatible con las obligaciones legítimas que ya existen**, como el cuidado de la propia familia o de la propia salud?
- **¿Puede ser consultada con personas prudentes ajenas a la situación?** Si la respuesta es no, la exigencia es sospechosa.
- **¿Produce frutos de paz, libertad, caridad y crecimiento**, o de miedo, aislamiento y sufrimiento?

El discernimiento debe considerar, en definitiva, la enseñanza moral de la Iglesia, la formación de la propia conciencia, las obligaciones legítimas, las circunstancias concretas y, cuando corresponda, la orientación de personas espiritualmente prudentes y competentes. **La obediencia cristiana no es una autorización para la manipulación, la coacción o el sometimiento a autoridades abusivas.**

32.3 Señales de abuso espiritual

El abuso espiritual es una realidad que la Iglesia ha empezado a reconocer y nombrar con creciente claridad en las últimas décadas. Consiste en el uso de la autoridad religiosa, del lenguaje de la fe o de la relación de

acompañamiento para dominar, manipular o explotar a otra persona. Puede ir acompañado de otros abusos, de conciencia, económicos, psicológicos o sexuales, o puede darse solo. Y causa heridas muy profundas, porque daña precisamente aquello que debía ser fuente de vida: la relación con Dios.

En 2019, el papa Francisco promulgó un documento, la carta apostólica *Vos estis lux mundi*, que estableció procedimientos en toda la Iglesia para denunciar los abusos cometidos por clérigos y religiosos, incluidos los cometidos contra personas vulnerables mediante el abuso de autoridad. Es un signo de que la Iglesia ha tomado conciencia de este problema y de que ofrece cauces para afrontarlo.

Para protegerse y proteger a otros, conviene conocer las señales más frecuentes del abuso espiritual. Ninguna de ellas, por sí sola, demuestra que exista abuso. Pero cuando aparecen varias juntas, deben encender todas las alarmas:

- **Exigencia de obediencia ciega**: no se permite preguntar, discrepar ni pedir explicaciones. Las dudas se presentan como tentaciones o como falta de fe.
- **Aislamiento**: se desalienta o se prohíbe el contacto con la familia, los amigos o cualquier persona ajena al grupo. El exterior se presenta como peligroso o mundano.
- **Secreto indebido**: se prohíbe hablar con nadie de fuera sobre lo que ocurre dentro. Se presenta la discreción como virtud, cuando en realidad protege al que abusa.
- **Control económico**: se exige la entrega de bienes, salarios o herencias bajo presión, sin transparencia sobre su destino.
- **Control de la vida personal**: el líder decide sobre aspectos íntimos de la vida de las personas, como sus relaciones, sus estudios, su salud o su tiempo libre, sin respetar su libertad.

- **Superioridad espiritual exigida**: el líder se presenta como alguien con un acceso privilegiado a Dios, cuyas palabras no pueden cuestionarse.
- **Culpabilización del sufrimiento**: cuando la persona sufre, se le dice que es su culpa, por falta de entrega, de fe o de obediencia.
- **Prohibición de buscar consejo externo**: se impide o se presenta como traición consultar a otro sacerdote, a un psicólogo o a cualquier autoridad ajena al grupo.

El joven del ejemplo experimentó casi todas estas señales. Y lo más trágico es que cada una de ellas venía justificada con un principio espiritual verdadero: el desprendimiento, la discreción, la obediencia, la entrega. El abuso espiritual no suele usar mentiras evidentes. Usa verdades deformadas.

Si reconoces estas señales en tu propia vida o en la de alguien cercano, conviene actuar con prudencia pero sin demora. Algunas acciones posibles:

- **Hablar con una persona de confianza ajena a la situación**: un familiar, un amigo, un sacerdote de otra comunidad.
- **Buscar acompañamiento psicológico** con un profesional que entienda la dinámica del abuso.
- **Acudir a las autoridades de la Iglesia**: la diócesis tiene la obligación de recibir y tramitar las denuncias.
- **Acudir a las autoridades civiles** cuando los hechos puedan constituir un delito.
- **No culparse por haber tardado en verlo.** El abuso espiritual está diseñado para no ser visto desde dentro.

32.4 El modelo es el que lava los pies

Frente a todas las deformaciones de la autoridad y de la obediencia, el Evangelio ofrece un modelo único e inequívoco: **Jesucristo**, cuya autoridad se expresó siempre como servicio y nunca como dominio.

La escena más elocuente es la del lavatorio de los pies. En la última cena, Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, se levanta de la mesa, se quita el manto, se ciñe una toalla, echa agua en una jofaina y empieza a lavar los pies de sus discípulos. Era la tarea propia de un esclavo. Cuando termina, les dice: *Ustedes me llaman Maestro y Señor, y dicen bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, les he lavado los pies, también ustedes deben lavarse los pies unos a otros* (Jn 13,13-14).

Jesús no renuncia a su autoridad. Dice explícitamente que es Maestro y Señor. Pero muestra en qué consiste esa autoridad: en arrodillarse ante los otros para servirlos. Y en otro pasaje lo dice con palabras que deberían grabarse en la puerta de toda comunidad cristiana: *Ustedes saben que los jefes de las naciones las dominan como señores absolutos y los poderosos las oprimen. No ha de ser así entre ustedes, sino que el que quiera llegar a ser grande entre ustedes, será su servidor* (Mc 10,42-43).

Este modelo ofrece un criterio definitivo para discernir cualquier autoridad religiosa. **¿Esta autoridad se arrodilla o se impone? ¿Sirve o domina? ¿Libera o somete? ¿Lava los pies o los pisa?** Una autoridad que exige ser servida, que se coloca por encima de cualquier cuestionamiento, que aísla, controla y culpabiliza, no tiene nada que ver con la autoridad de Cristo, por elevado que sea su lenguaje religioso.

El modelo del servicio cristiano es Jesucristo, cuya entrega al Padre se expresó en el amor y el servicio a los demás. Esa es la única obediencia que merece el nombre de cristiana: la que nace del amor, respeta la libertad y conduce a una vida más plena.

Volvamos al joven del comienzo. Los primeros años después de salir de la comunidad fueron muy difíciles. Trabajó en lo que pudo, terminó

sus estudios con mucho esfuerzo, reconstruyó lentamente la relación con sus padres, que lo recibieron sin reproches. Una terapeuta especializada lo ayudó a comprender lo que había vivido y a dejar de culparse por no haberlo visto antes. Durante mucho tiempo no pudo rezar. Le parecía que cualquier oración lo devolvía al lenguaje de la comunidad.

Un día, casi por casualidad, entró en una iglesia pequeña de su barrio. Había una misa entre semana, con pocas personas. El sacerdote, un hombre mayor, leyó el Evangelio del lavatorio de los pies. Y el joven, por primera vez en años, lloró en una iglesia. Comprendió algo que lo cambiaría todo: que el Dios que había conocido en la comunidad no era el Dios del Evangelio. Que el Cristo verdadero no exigía, sino que se arrodillaba. Empezó a ir a esa parroquia de vez en cuando. Habló con el sacerdote, que lo escuchó sin juzgarlo y sin pedirle nada. Su fe se fue reconstruyendo despacio, sobre otro fundamento. Ya no era la fe de quien obedece ciegamente. Era la fe de quien ha aprendido a distinguir entre Dios y quienes usan su nombre.

PARA LLEVARLO A LA VIDA

1. Revisa si alguna vez has aceptado como voluntad de Dios algo que tu conciencia rechazaba, solo porque te lo pedía una autoridad religiosa. ¿Qué te ayudó a verlo, o qué te impidió hacerlo?
2. Si formas parte de una comunidad, un movimiento o una relación de acompañamiento, examínala con la lista de la sección 32.3. Si reconoces varias señales, habla con alguien de fuera.
3. Si ejerces alguna forma de autoridad en la Iglesia, en tu familia o en tu trabajo, aplícate el criterio de la sección 32.4: ¿te arrodillas o te impones?
4. Lee Jn 13,1-17 despacio. Imagina a Jesús arrodillado ante ti. ¿Qué te dice esa imagen sobre la manera en que Dios ejerce su autoridad?

LA LÍNEA EN ESTE CAPÍTULO

LO QUE ME CORRESPONDE	LO QUE ENCOMIENDO A DIOS
Obedecer a la autoridad legítima dentro de sus límites	La verdad sobre quienes abusan de su nombre
Escuchar mi conciencia y no actuar contra ella	La sanación de las heridas que deja el abuso
Buscar ayuda, consejo externo y protección cuando reconozco señales de abuso	Mi fe, para que vuelva a crecer sobre un fundamento verdadero

ORACIÓN

Señor Jesús, tú eres Maestro y Señor, y te arrodillaste a lavar los pies de tus discípulos. Líbrame de confundir tu voz con la de quienes usan tu nombre para dominar. Dame una conciencia recta y el valor de escucharla. Si alguna vez me han herido en tu nombre, sana mi herida y devuélveme la confianza en ti. Y si alguna vez ejerzo autoridad sobre otros, que sea para servirlos, nunca para someterlos. Amén.

Quien te exige obedecerle ciegamente en nombre de Dios ya ha dejado de hablar en nombre de Dios.

CAPÍTULO 33

Hijo antes que instrumento

Durante cuarenta años, un sacerdote fue misionero en una región remota de la selva. Fundó parroquias, construyó escuelas, aprendió dos lenguas indígenas, acompañó a comunidades enteras en momentos de hambre, de violencia y de esperanza. Su vida fue, en todos los sentidos, una vida entregada.

A los setenta y nueve años, una enfermedad de Parkinson avanzada lo obligó a volver a su país. Vive en una residencia para sacerdotes ancianos. Ya no puede celebrar misa solo, porque le tiemblan demasiado las manos. Le cuesta caminar, le cuesta hablar, le cuesta incluso sostener un libro. Pasa la mayor parte del día en una silla junto a la ventana.

Una tarde, una religiosa que lo visita con frecuencia lo encuentra llorando. Él, que había sido siempre un hombre fuerte y alegre, le dice algo que la estremece: *Ya no sirvo para nada. Toda mi vida he trabajado para Dios, y ahora no puedo hacer nada por Él. Soy un estorbo.*

La religiosa se sienta a su lado, le toma la mano temblorosa y le responde despacio: *Padre, Dios no lo amó durante cuarenta años por lo que usted hacía. Lo amó porque usted es su hijo. Y eso no ha cambiado.*

El sacerdote se queda en silencio mucho tiempo. Después dice: *Nunca lo había pensado así.*

Este capítulo cierra la Parte VIII con la verdad que debe proteger todo lo que se ha dicho sobre el servicio, la misión y la disponibilidad apostólica. Es una verdad que el sacerdote había predicado durante

cuarenta años sin aplicársela a sí mismo: **la persona no vale ante Dios por su utilidad. Es hija antes que instrumento.**

33.1 La comunión precede a la eficacia

A lo largo de toda la Parte VIII hemos usado la imagen del instrumento para describir la disponibilidad apostólica. Es una imagen valiosa, con raíces bíblicas profundas. Pero tiene un riesgo que conviene señalar al final, porque es el más peligroso de todos: **puede llevar a pensar que el valor de la persona depende de su eficacia.**

Un instrumento vale por lo que hace. Un violín que no suena, un martillo que no golpea, una pluma que no escribe, no sirven. Si la persona fuera solo un instrumento de Dios, su valor dependería de su utilidad para la misión. Y cuando dejara de ser útil, por enfermedad, por vejez o por agotamiento, dejaría de valer.

La fe cristiana rechaza esta conclusión de manera rotunda. **El ser humano está llamado a la comunión con Dios y es amado por Él. No es solamente un medio para producir resultados religiosos.**

El Evangelio contiene un episodio que ilumina esta verdad de manera sorprendente. Jesús envía a setenta y dos discípulos a predicar. Cuando vuelven, están eufóricos: *Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre* (Lc 10,17). Han tenido un éxito enorme. Su misión ha sido eficaz. Y Jesús, en lugar de felicitarlos por sus resultados, les dice algo inesperado: *No se alegren porque los espíritus se les someten; alégrense más bien porque sus nombres están escritos en el cielo* (Lc 10,20).

Jesús desplaza la alegría de los discípulos. No los quiere alegres por lo que han hecho, sino por lo que son: personas cuyo nombre está escrito en el cielo, conocidas y amadas por Dios. Los resultados de la misión son buenos, pero no son el fundamento de su valor. **El fundamento es la comunión.**

El sacerdote misionero había vivido cuarenta años alegre por los frutos de su trabajo: las parroquias, las escuelas, las personas acompaña-

das. Y era una alegría legítima. Pero sin darse cuenta, había colocado en esos frutos el fundamento de su propio valor. Cuando los frutos cesaron, sintió que su valor cesaba también. Necesitaba aprender, a los setenta y nueve años, lo que Jesús enseñó a los setenta y dos: que su nombre estaba escrito en el cielo, y que eso no dependía de lo que pudiera hacer.

33.2 El enfermo, el anciano y el agotado

De esta verdad se sigue una consecuencia que tiene enormes implicaciones pastorales y humanas: **una persona enferma, anciana, agotada o temporalmente incapaz de trabajar no pierde por ello su dignidad ni queda excluida de la vida de gracia.**

Esto parece obvio cuando se enuncia. Pero la cultura contemporánea, profundamente marcada por la lógica de la productividad, empuja constantemente en la dirección contraria. Las personas mayores sienten que son una carga. Los enfermos crónicos sienten que su vida no tiene sentido porque no pueden trabajar. Quienes atraviesan una depresión sienten que no valen nada porque no pueden cumplir con sus obligaciones. Y en ambientes religiosos, esta lógica se refuerza a veces con un lenguaje que mide la santidad por la cantidad de servicio.

La fe cristiana ofrece una visión radicalmente distinta. La dignidad de la persona no se funda en lo que hace, sino en lo que es: criatura amada por Dios, llamada a la comunión con Él. Esa dignidad no aumenta cuando la persona es muy productiva ni disminuye cuando deja de serlo. Un recién nacido, que no puede hacer nada, tiene la misma dignidad que el misionero en el apogeo de su actividad. Un anciano con demencia, que ya no recuerda su propio nombre, sigue siendo alguien cuyo nombre está escrito en el cielo.

Más aún, la tradición cristiana ha reconocido siempre que **los enfermos y los ancianos pueden participar en la vida de la Iglesia de una manera propia y valiosa.** No a pesar de su debilidad, sino desde ella.

Pueden ofrecer su oración, que muchas veces es más profunda que la de quienes están ocupados en mil tareas. Pueden ser testigos de la paciencia y de la confianza en medio de la fragilidad. Pueden recibir los cuidados de otros con gratitud, y en ese recibir enseñar algo que los fuertes necesitan aprender. San Juan Pablo II escribió una carta entera sobre el sentido cristiano del sufrimiento, *Salvifici doloris*, en la que afirmaba que los que sufren tienen un lugar particular en la Iglesia.

Conviene, sin embargo, ser precisos, para no caer en el error que la Parte VI denunció. Esto no significa que la enfermedad sea buena, ni que haya que valorar a los enfermos por la utilidad espiritual de su sufrimiento. Eso sería reintroducir la lógica de la productividad por la puerta de atrás: el enfermo valdría por lo que su dolor "produce" en términos espirituales. No. El enfermo vale porque es hijo de Dios. Punto. Que además pueda ofrecer algo valioso a la Iglesia es un don, no una condición de su dignidad.

33.3 El descanso como fidelidad

Si la dignidad no depende de la productividad, el descanso deja de ser una concesión a la debilidad y se convierte en algo distinto: **una forma legítima de fidelidad.**

El relato bíblico de la creación termina con una afirmación que debería sorprendernos más de lo que lo hace: *El séptimo día Dios terminó la obra que había hecho, y descansó* (Gn 2,2). Dios descansa. No porque esté cansado, sino para mostrar que el descanso forma parte del orden de la creación. Y más tarde, el mandamiento del sábado convierte ese descanso en un deber para el pueblo de Israel (Ex 20,8-11). El descanso no es un premio que se gana después de trabajar mucho. Es un mandamiento.

Jesús mismo invitaba a sus discípulos al descanso. Después de una intensa jornada de misión, cuando eran tantos los que iban y venían que no tenían tiempo ni para comer, les dijo: *Vengan ustedes solos a un*

lugar apartado, a descansar un poco (Mc 6,31). No les dijo que siguieran trabajando porque había muchas necesidades. Les dijo que descansaran.

El salmo 127 contiene una frase que todos los que viven agotados por el servicio deberían meditar: *Es inútil que madruguen, que se acuesten tarde, que coman el pan de sus fatigas, porque Dios lo da a sus amigos mientras duermen* (Sal 127,2). No es una invitación a la pereza. Es un recordatorio de que el fruto de la vida no depende solo del esfuerzo, y de que hay cosas que Dios da precisamente cuando dejamos de esforzarnos.

Por eso, el descanso puede ser una forma de fidelidad, y reconocer una limitación puede ser un acto de humildad. **El apóstol no está llamado a demostrar su valor mediante una actividad ininterrumpida.** Está llamado a vivir en Cristo y a responder a su vocación de manera fiel y proporcionada. Y eso incluye dormir, comer, descansar, divertirse y cuidar la propia salud. El caminante de nuestra parábola lo aprendió la noche de la sopa: las manos que no descansan terminan cerrándose otra vez.

33.4 Recibir exige tanta confianza como dar

Hay una dificultad específica que afecta a las personas que han pasado su vida sirviendo: **no saben recibir.** Han dado durante tanto tiempo que la posición de quien recibe les resulta extraña, incómoda e incluso humillante. Cuando necesitan ayuda, les cuesta pedirla. Cuando se la ofrecen, les cuesta aceptarla. Y cuando no tienen más remedio que aceptarla, sienten que han perdido algo de sí mismos.

El sacerdote misionero vivía exactamente esto. Durante cuarenta años había cuidado a otros. Ahora otros tenían que ayudarlo a vestirse, a comer, a moverse. Y cada gesto de cuidado que recibía le recordaba su inutilidad.

El Evangelio contiene una escena que ilumina esta dificultad con enorme profundidad. Cuando Jesús se arrodilla para lavar los pies de

sus discípulos, llega a Pedro, y Pedro se resiste: *¿Tú me vas a lavar los pies a mí? No me lavarás los pies jamás.* Y Jesús le responde: *Si no te lavo, no tendrás parte conmigo* (Jn 13,6-8).

La resistencia de Pedro es la de todos los que no saben recibir. Pedro está dispuesto a servir a Jesús, pero no a ser servido por Él. Le parece que recibir ese servicio sería invertir el orden correcto de las cosas, ponerse en un lugar que no le corresponde. Y Jesús le dice algo que no admite réplica: si no te dejas servir, no puedes estar conmigo. **Recibir no es una humillación. Es una condición de la comunión.**

El mismo Jesús supo recibir. El Evangelio de Lucas cuenta que un grupo de mujeres lo acompañaba y lo servía con sus bienes (Lc 8,1-3). En Betania, una mujer derramó sobre Él un perfume carísimo, y Jesús defendió su gesto ante quienes lo criticaban (Mc 14,3-9). En el camino al Calvario, aceptó la ayuda de Simón de Cirene, como vimos en el capítulo 23. El Hijo de Dios no se avergonzó de necesitar a otros.

Por eso, **recibir ayuda puede exigir tanta confianza como ofrecerla.** Quien da conserva, en cierto modo, el control: decide qué da, cuándo y cómo. Quien recibe se pone en manos de otro. Se vuelve vulnerable. Y esa vulnerabilidad, aceptada con humildad, es una forma muy alta de abandono en Dios.

Para quienes, como el sacerdote misionero, han pasado a una etapa de la vida en que necesitan más de lo que pueden dar, este cambio puede vivirse no como una pérdida, sino como **una nueva vocación**: la vocación de recibir. Recibir con gratitud el cuidado de otros, permitirles ejercer con ellos la caridad, dejarse amar sin poder devolver. Es, quizá, la última lección que Dios enseña a quienes le han servido toda la vida: que el amor no es solo dar, sino también dejarse dar.

33.5 La vida cristiana no es solo una misión que se ejecuta

El capítulo, y toda la Parte VIII, culminan en una verdad que resume todo lo dicho sobre el servicio: **la vida cristiana no es únicamente una**

misión que se ejecuta. Es una relación de amor en la que la persona es llamada a vivir como hija de Dios.

Hay un detalle en los Evangelios que ilumina esta verdad de manera definitiva. Antes de que Jesús comenzara su vida pública, antes de que predicara una sola palabra, curara a un solo enfermo o llamara a un solo discípulo, fue bautizado en el Jordán. Y en ese momento, se oyó una voz del cielo que decía: *Este es mi Hijo amado, en quien me complazco* (Mt 3,17).

Obsérvese el orden. El Padre declara su amor y su complacencia en el Hijo **antes** de que el Hijo haya hecho nada de su misión. No le dice "te amaré cuando cumplas tu tarea", ni "me complaceré en ti si eres eficaz". Le dice que lo ama, ahora, antes de todo. La misión de Jesús, con toda su grandeza, brota de esa certeza previa: soy el Hijo amado. No al revés.

Esta es la verdad que protege todo lo que este libro ha dicho sobre el servicio. Sin ella, la disponibilidad apostólica se convertiría en una nueva forma del puño cerrado: el esfuerzo agotador por ganarse el amor de Dios a través de las obras. Con ella, el servicio se vuelve libre, porque nace de un amor que ya se tiene, no de uno que hay que conquistar.

No estamos llamados solamente a hacer cosas para Dios. Estamos llamados a vivir en comunión con Él. Desde esa comunión nace el servicio, cuando hay fuerzas para servir. Y cuando no las hay, la comunión permanece intacta.

Volvamos al sacerdote misionero. Después de aquella conversación con la religiosa, algo empezó a cambiar en él, despacio. No dejó de echar de menos su trabajo en la selva. No dejó de sentir, a veces, la frustración de su cuerpo enfermo. Pero empezó a vivir sus días de otra manera. Rezaba junto a la ventana, sin prisa, por cada una de las personas que había acompañado en cuarenta años. Recibía los cuidados de las enfermeras con una gratitud nueva, y se interesaba por sus vidas. Los otros sacer-

dotes de la residencia empezaron a buscarlo para conversar, porque decían que en su presencia se sentían en paz.

Unos meses antes de morir, le dijo a la religiosa que lo visitaba: *Pasé cuarenta años creyendo que Dios me necesitaba. Ahora sé que solo me quería. Y es mucho mejor así.*

PARA LLEVARLO A LA VIDA

1. Pregúntate si en algún momento has sentido que tu valor dependía de tu utilidad: en el trabajo, en la familia, en la Iglesia. ¿Qué te diría la frase "alégrate de que tu nombre está escrito en el cielo"?
2. Revisa cómo vives el descanso. ¿Lo consideras una forma de fidelidad o una concesión a la debilidad? Planifica un tiempo de descanso real esta semana, sin culpa.
3. Piensa en la última vez que te costó recibir ayuda. Lee Jn 13,6-8 y pregúntate qué te impide dejarte servir.
4. Si tienes cerca a una persona enferma, anciana o agotada que siente que ya no sirve para nada, busca una manera de recordarle que su valor no depende de lo que hace.

LA LÍNEA EN ESTE CAPÍTULO

LO QUE ME CORRESPONDE	LO QUE ENCOMIENDO A DIOS
Servir cuando tengo fuerzas, y descansar cuando las necesito	Mi valor, que no depende de mi utilidad
Recibir con gratitud la ayuda que necesito	La fecundidad de una vida que ya no puede producir
Vivir en comunión con Él, antes que trabajar para Él	Mi nombre, escrito en el cielo desde siempre

ORACIÓN

Padre, me he esforzado tanto por servirte que a veces olvidé que soy tu hijo. Creí que me amabas por lo que hacía, y me asusté cuando ya no

pude hacer más. Recuérdame lo que le dijiste a Jesús en el Jordán, antes de que hiciera nada: que eres mi Padre y que me amas. Enséñame a descansar sin culpa, a recibir sin vergüenza y a alegrarme, no de lo que hago, sino de que mi nombre está escrito en tu corazón. Amén.

Antes de ser instrumento, eres hijo. Y eso nadie te lo quita.

LO QUE ESTE CAMINO NO ES

Productivismo religioso

La Parte VIII ha hablado de servicio, misión, disponibilidad e instrumentos. Es un lenguaje necesario, porque la fe que no se traduce en amor concreto está muerta. Pero es también un lenguaje que puede deformarse en una dirección muy característica de nuestra época: el **productivismo religioso**.

El productivismo religioso traslada a la vida espiritual la lógica del rendimiento que gobierna buena parte de la vida económica. Mide la santidad por la cantidad de actividades, el compromiso por el número de horas, la fe por los resultados visibles. Valora a las personas según lo que aportan a la comunidad. Y produce, inevitablemente, dos tipos de víctimas: los que se agotan intentando estar a la altura, y los que se sienten inútiles porque ya no pueden.

Contra esta deformación, conviene afirmar al cerrar esta Parte cinco verdades:

- **Tu valor no depende de tu utilidad**, ni ante los demás, ni ante la Iglesia, ni ante Dios.
- **El descanso es una forma de fidelidad**, no una concesión a la debilidad.
- **Recibir es tan cristiano como dar.** A veces, más difícil.
- **No toda necesidad te corresponde.** Decir que no puede ser un acto de discernimiento y de responsabilidad.

- **La comunión precede a la eficacia.** Primero eres hijo; después, si puedes, instrumento.

El productivismo religioso suele presentarse con un lenguaje muy noble: entrega total, gastarse por el Reino, no tener descanso hasta que todos conozcan a Cristo. Hay algo verdadero en ese lenguaje, y muchos santos lo vivieron. Pero cuando ese lenguaje se convierte en una exigencia que mide el valor de las personas por su rendimiento, ha dejado de ser cristiano. Porque el Dios del Evangelio no es un empresario que evalúa a sus empleados, sino un Padre que dice *eres mi hijo amado* antes de que el hijo haya hecho nada.

Tu valor no depende de tu utilidad, ni siquiera para Dios.

IX

PARTE IX

El camino de cada día

La práctica de las manos abiertas

La Parte IX es la más práctica del libro. Las ocho anteriores han recorrido el camino de la entrega desde sus fundamentos hasta sus frutos. Esta Parte se ocupa de cómo sostener ese camino en la vida de cada día, cuando la inspiración de la lectura se ha apagado y lo que queda es la rutina. El capítulo 34 propone ritmos sencillos y sostenibles, diarios, semanales y mensuales, para vivir con las manos abiertas. El capítulo 35 recorre las seis estaciones de la entrega con un caso real, de principio a fin, y las aplica a las crisis profundas. Y el capítulo 36 ofrece criterios para saber si el proceso está bien orientado, y señales de alarma que indican cuándo conviene revisarlo.

El que aprendió a caminar en casa

Pasaron las estaciones. El limonero dio flores, luego frutos, luego volvió a dar flores. El caminante, que ya no caminaba lejos, descubrió que el camino no había terminado al cruzar la puerta de su casa. Solo había cambiado de forma.

Cada mañana, al abrir el taller, colgaba la llave de hierro en un clavo junto a la puerta. Había clavado ese clavo él mismo, el día después de volver. Antes de empezar a trabajar, se quedaba un momento frente a ella. No rezaba con muchas palabras. A veces solo decía *aquí estoy*. A veces nombraba lo que le preocupaba ese día: un encargo difícil, la madre del niño aprendiz, que estaba enferma, una deuda que no sabía cómo pagar. Y luego se ponía a trabajar.

Aprendió a ponerle límites a la jornada. Trabajaba hasta que el sol tocaba el tejado de la casa de enfrente, y entonces cerraba. Los domingos no abría. Iba a misa, comía con la vecina de la sopa, que se había convertido en su amiga, y por la tarde se sentaba bajo el limonero sin hacer nada. Al principio le costaba. Le parecía que estaba perdiendo el tiempo. Con los meses, descubrió que esas tardes eran las que le devolvían las fuerzas para la semana.

No todo era sereno. Había días en que volvía a sentir el viejo puño. Días en que se irritaba porque el niño aprendiz se equivocaba, o porque un cliente no le pagaba, o porque alguien en el pueblo comentaba que

había vuelto sin nada de la ciudad. Esos días notaba la tensión en las manos, y la reconocía. Ya no se asustaba de ella. Simplemente la miraba, como se mira a un viejo conocido, y esperaba a que pasara.

Una vez al mes, por las noches, sacaba una libreta y escribía. No grandes reflexiones. Solo preguntas sencillas: qué había hecho bien, qué había hecho mal, qué tenía pendiente, qué podía soltar. Lo había aprendido del sacerdote del pueblo, al que visitaba de vez en cuando para conversar. El sacerdote le había dicho una vez algo que el caminante había escrito en la primera página de la libreta: *La santidad no se hace de grandes viajes, sino de pequeños regresos.*

El niño aprendiz creció. Un día, ya con catorce años, le preguntó al caminante por qué colgaba cada mañana aquella llave tan vieja, si la puerta casi nunca se cerraba.

El caminante tardó en responder.

—Porque la llevé en el puño durante mucho tiempo —dijo al fin—. Y me gusta recordar que ya no hace falta.

El muchacho no entendió del todo. El caminante sonrió, le puso una mano en el hombro y le dio una tabla para lijar. Algún día, pensó, lo entendería. O tal vez tendría que salir a buscarlo, como él.

CAPÍTULO 34

Los ritmos de la mano abierta

Una enfermera de treinta y nueve años, madre de tres hijos, trabaja en turnos rotativos en un hospital público. Algunas semanas trabaja de mañana, otras de tarde, otras de noche. Su marido también trabaja muchas horas. Entre el hospital, los niños, la casa y su madre, que vive sola y necesita ayuda, no tiene un minuto libre.

Hace unos años asistió a un retiro que la conmovió. Volvió con el deseo sincero de vivir una vida espiritual más profunda. Compró un libro de oraciones, se propuso ir a misa entre semana y hacer media hora de meditación cada mañana. Lo cumplió durante diez días. Después, un turno de noche le desordenó el sueño, uno de sus hijos enfermó, su madre tuvo una caída. Y el plan se derrumbó. Se sintió culpable durante meses. Concluyó que la vida espiritual profunda no era para gente como ella, y volvió a la rutina de siempre: misa los domingos cuando podía, alguna oración rápida antes de dormir.

Esta mujer no es una excepción. Es la regla. La mayoría de los lectores de este libro viven vidas llenas de obligaciones, con poco tiempo y menos energía. Y muchos de ellos, después de haber leído las páginas anteriores, sentirán el mismo deseo que ella sintió después del retiro, y correrán el mismo riesgo: diseñar una práctica espiritual ambiciosa, cumplirla durante unos días y abandonarla con culpa.

Este capítulo intenta evitar ese riesgo. Propone ritmos sencillos, breves y adaptables, pensados para personas reales con vidas reales. No para monjes en un monasterio, sino para enfermeras, padres de familia, trabajadores,

estudiantes y ancianos. Ritmos que no exigen mucho tiempo, sino un poco de constancia.

34.1 Cada día: los cinco movimientos

La práctica diaria de la mano abierta puede organizarse en torno a **cinco movimientos** que recogen, en forma condensada, todo lo que este libro ha desarrollado. No son pasos que haya que recorrer mecánicamente, sino actitudes que pueden vivirse en pocos minutos.

1. Presencia. Reconocer que se está ante Dios. No hace falta producir una emoción particular, ni sentir nada especial. Basta con detenerse un momento y saberse mirado por Él. Es el equivalente espiritual de abrir los ojos por la mañana.

2. Verdad. Nombrar con sinceridad lo que ocupa la atención: una preocupación, un deseo, una decisión, una dificultad. Sin adornarlo ni minimizarlo. Es el movimiento del capítulo 1: empezar por la verdad, no por la exigencia de cambiarlo todo.

3. Entrega. Ofrecer a Dios esa realidad, sin exigir que desaparezca de inmediato. Es el movimiento de Getsemaní: presentar el deseo y dejar la última palabra al Padre.

4. Responsabilidad. Identificar la acción concreta que corresponde realizar, si existe alguna. Es la línea aplicada al día: qué me toca hacer hoy con esto.

5. Confianza. Encomendar a Dios lo que excede la propia capacidad de control. Es el otro lado de la línea: lo que suelto.

Estos cinco movimientos pueden vivirse en tres momentos del día, cada uno con su propio carácter.

Al comenzar el día. frecer a Dios la jornada, identificar las responsabilidades principales y pedir la gracia necesaria para actuar con fidelidad. Duración orientativa: entre cinco y diez minutos. Puede hacerse en la cama al

despertar, en la ducha, en el trayecto al trabajo, mientras se prepara el café. No requiere un lugar especial ni una postura determinada.

Durante el día. Ante una decisión difícil, un conflicto o una preocupación que aparece, detenerse lo suficiente para distinguir entre el deber, el deseo, el temor y aquello que no se puede controlar. Aplicación flexible, según las circunstancias. A veces basta con unos segundos y una pregunta interior: *¿con qué mano estoy sosteniendo esto?*

Al terminar el día. Examinar brevemente las acciones, agradecer los bienes recibidos, reconocer errores y encomendar a Dios los asuntos que quedan pendientes. Duración orientativa: entre cinco y diez minutos. Es una versión sencilla del examen de conciencia que San Ignacio proponía a todos, incluso a los más ocupados. Él consideraba este examen tan importante que, si un jesuita no tenía tiempo para otras oraciones, debía al menos hacer este.

Para quien necesite unas palabras con las que empezar, puede servir una oración como esta, que recoge los cinco movimientos:

> *Señor Jesucristo, aquí estoy. Te entrego lo que hoy me preocupa y aquello que todavía me cuesta soltar. Dame luz para reconocer lo que debo corregir, fortaleza para cumplir lo que me corresponde y humildad para aceptar mis límites. Que no busque utilizar tu voluntad para justificar mis preferencias, sino aprender a vivir en la verdad y la caridad. Recibe mi vida y enséñame a servirte con fidelidad.*

Pero esta oración es solo una sugerencia. Lo importante no son las palabras, sino los movimientos.

34.2 Cada semana: un apego concreto

El segundo ritmo es semanal, y tiene un objetivo preciso: **examinar un apego concreto.** No todos los apegos a la vez, sino uno solo, elegido a partir

de una situación de la semana que haya generado resistencia, temor o necesidad de control.

Este examen aplica el inventario sin juicio del capítulo 5 y las seis estaciones del capítulo 4 a un caso específico. Puede seguir siete pasos:

1. **Describir el hecho sin exagerarlo ni minimizarlo.** ¿Qué ocurrió exactamente?
2. **Identificar la emoción y el deseo implicados.** ¿Qué sentí? ¿Qué quería que pasara?
3. **Examinar si existe una responsabilidad concreta.** ¿Hay algo que me corresponde hacer?
4. **Distinguir entre lo que puede cambiarse y lo que no.** Trazar la línea.
5. **Determinar una acción prudente.** Una sola, concreta y realizable.
6. **Formular una oración de entrega.** Breve, honesta, sobre lo que no puedo controlar.
7. **Revisar posteriormente los frutos de la respuesta.** La semana siguiente, antes de elegir otro asunto, mirar qué ocurrió con este.

Este examen puede hacerse en unos quince o veinte minutos, un día fijo de la semana. Muchas personas encuentran útil hacerlo el domingo por la tarde, después de la misa, o el sábado por la mañana, antes de que empiece el ritmo del fin de semana.

Hay una regla importante para este ritmo, que ya se mencionó en el capítulo 5 y que conviene repetir: **es preferible examinar un asunto de manera suficiente y actuar sobre él que elaborar listas interminables de defectos sin traducirlas en decisiones.** El objetivo del examen semanal no es descubrir todo lo que está mal en uno mismo, sino dar un paso concreto de libertad cada semana. Cincuenta pasos pequeños en un año producen más transformación que una gran resolución que se abandona a los diez días.

34.3 Cada mes: la dirección de la vida

El tercer ritmo es mensual. Su objetivo es más amplio que el del examen semanal: **revisar si la dirección general de la vida está alineada con la fe, la caridad y las responsabilidades reales.** No se trata de examinar un apego concreto, sino de levantar la vista y mirar el rumbo.

Este examen puede organizarse en torno a diez preguntas:

1. **¿Estoy cumpliendo mis deberes fundamentales?** Con mi familia, en mi trabajo, con mi salud, con mi comunidad.
2. **¿Qué decisión estoy evitando por miedo?** Casi siempre hay alguna.
3. **¿Qué resultado estoy intentando controlar excesivamente?** El puño cerrado del mes.
4. **¿Qué bien legítimo estoy descuidando?** Una amistad, un descanso, un talento, una relación.
5. **¿Necesito corregir una conducta, pedir perdón o reparar un daño?** Lo pendiente.
6. **¿Qué capacidad debo desarrollar para servir mejor?** La formación del capítulo 30.
7. **¿Estoy descansando y cuidando mi salud de manera responsable?** La fidelidad del capítulo 33.
8. **¿Qué asunto debo seguir trabajando?** Lo que todavía requiere esfuerzo.
9. **¿Qué asunto requiere aceptación y entrega?** Lo que ya no está en mis manos.
10. **¿Qué debo llevar a la oración o al acompañamiento espiritual?** Lo que no puedo discernir solo.

Este examen puede tomar entre treinta minutos y una hora. Conviene hacerlo en un momento tranquilo, quizá el primer domingo de cada mes, o en un día de retiro breve. Algunas personas lo hacen por escrito, en una

libreta que les permite ver su evolución a lo largo de los meses. Otras lo hacen en conversación con su cónyuge, con un amigo de confianza o con su acompañante espiritual.

Una advertencia es necesaria: **la revisión mensual no debe convertirse en un examen de rendimiento espiritual.** Su finalidad no es calificar el mes, sino favorecer una respuesta más consciente y fiel. Habrá meses en que las respuestas sean desalentadoras. No importa. Lo que importa es seguir mirando.

34.4 Siempre: la vida de la Iglesia

Los tres ritmos anteriores son prácticas personales. Pero la vida espiritual cristiana no es una empresa individual. **Se vive en la Iglesia, y se alimenta de lo que la Iglesia ofrece.** Por eso, las prácticas personales de la mano abierta deben integrarse en la vida sacramental, comunitaria y formativa de la Iglesia.

La Eucaristía. El Concilio Vaticano II la llamó *fuente y culmen de toda la vida cristiana* (LG 11). En ella, Cristo se entrega por completo, y el creyente aprende a entregarse con Él. Es, en cierto sentido, la escuela suprema de la mano abierta: en el ofertorio se presentan el pan y el vino, fruto del trabajo humano, y se reciben transformados en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Ofrecer y recibir: los dos movimientos de la mano abierta.

La Reconciliación. El sacramento del perdón es el lugar donde el reconocimiento de la verdad, el arrepentimiento y la gracia se encuentran de manera privilegiada. Conviene recibirlo conforme a la necesidad y a la disciplina de la Iglesia, sin escrúpulo pero sin descuido.

La Sagrada Escritura. San Jerónimo escribió una frase que el Concilio Vaticano II recogió en su constitución sobre la Revelación: *Desconocer las Escrituras es desconocer a Cristo*. Este libro ha citado la Escritura en cada capítulo, no como adorno, sino porque es la fuente de todo lo que dice. La lectura habitual de la Biblia, aunque sea breve, mantiene viva la relación con la Palabra.

La formación doctrinal. Conocer la fe permite vivirla con más libertad y menos confusión. Leer el *Catecismo*, asistir a cursos de formación, estudiar a los grandes autores espirituales: todo esto forma la conciencia y protege contra las deformaciones que este libro ha señalado.

El acompañamiento espiritual. Para las situaciones complejas y las decisiones importantes, como vimos en el capítulo 19, conviene contar con una persona prudente que ayude a discernir.

La comunidad. La fe se vive con otros. La parroquia, un grupo de oración, una comunidad de vida, unos amigos con quienes compartir el camino. Nadie se salva solo, y nadie se sostiene solo.

Estas prácticas, como las personales, **no deben entenderse como mecanismos para obtener resultados determinados, sino como medios de crecimiento en la fe y de participación en la vida cristiana.** Son lugares de encuentro con Dios, no engranajes de una máquina de producir santidad.

34.5 Ritmos, no obligaciones

El capítulo termina con una advertencia que es, quizá, la más importante de todas: **las duraciones y los ritmos propuestos son orientativos, no obligaciones religiosas ni garantías de progreso espiritual.**

La enfermera del comienzo no fracasó porque le faltara voluntad. Fracasó porque diseñó una práctica que no correspondía a su vida. Media hora de meditación cada mañana era imposible para alguien con turnos rotativos y tres hijos. Y cuando no pudo cumplirla, la culpa la llevó a abandonar todo.

Por eso, conviene tener presentes algunos principios sobre los ritmos espirituales:

- **Es mejor una práctica breve y constante que una práctica larga e intermitente.** Dos minutos cada día son más fecundos que una hora cada dos semanas.

- **Los ritmos deben adaptarse a la vida, no la vida a los ritmos.** Una madre con un recién nacido, un enfermo en el hospital o un trabajador en temporada alta necesitan ritmos distintos de los de un jubilado con tiempo libre.
- **Hay estaciones en la vida espiritual**, como en la vida natural. Habrá temporadas en que se pueda rezar más y otras en que apenas se pueda. Ambas son legítimas.
- **Cuando una práctica se abandona, se retoma sin culpa.** No hace falta empezar de cero ni castigarse. Basta con volver.
- **Si una práctica produce angustia, rigidez o escrúpulo, conviene simplificarla**, como advirtió el capítulo 12.

Volvamos a la enfermera. Un par de años después de su primer intento fallido, una compañera del hospital le habló de una manera más sencilla de rezar. La enfermera decidió probarla, esta vez sin grandes propósitos. Cada mañana, en el coche, antes de entrar al hospital, se quedaba dos minutos en silencio con el motor apagado. Nombraba lo que le preocupaba ese día y lo ponía en manos de Dios. Al volver a casa, mientras caminaba desde el estacionamiento, repasaba la jornada: qué había ido bien, qué no, qué quedaba pendiente. Los domingos por la tarde, mientras los niños jugaban, dedicaba quince minutos a pensar en una sola situación de la semana que le había costado. Y una vez al mes, cuando su hermana venía a cenar, conversaban un rato sobre cómo iba la vida de cada una.

No era una práctica espectacular. No se parecía en nada a la media hora de meditación que había intentado después del retiro. Pero la mantuvo durante años. Y un día se dio cuenta de que, sin saber muy bien cómo, ya no vivía con la misma angustia de antes. Seguía teniendo la misma vida, los mismos turnos, las mismas obligaciones. Pero las sostenía con otra mano.

PARA LLEVARLO A LA VIDA

1. Diseña tu propio ritmo diario con los cinco movimientos de la sección 34.1. Elige momentos que encajen en tu vida real, no en la que te gustaría tener.
2. Fija un día de la semana para el examen de un apego concreto. Anótalo en tu agenda como una cita.
3. Haz este mes la revisión de las diez preguntas de la sección 34.3. Si puedes, por escrito.
4. Revisa tu relación con los sacramentos, la Escritura y la comunidad. Elige una sola práctica en la que quieras crecer y da un paso concreto.

LA LÍNEA EN ESTE CAPÍTULO

LO QUE ME CORRESPONDE	LO QUE ENCOMIENDO A DIOS
Mantener ritmos sencillos, adaptados a mi vida real	El crecimiento que esos ritmos no pueden garantizar
Retomar sin culpa cuando abandono una práctica	Las estaciones de aridez y de abundancia
Integrar mi práctica en la vida de la Iglesia	La gracia que me llega a través de ella

ORACIÓN

Señor, he querido rezar como los santos y no he podido. Mi vida está llena de obligaciones, y apenas me queda tiempo. Pero tú no me pides lo que no puedo darte. Me pides que vuelva a ti cada día, aunque sea por dos minutos. Aquí estoy. Recibe lo poco que tengo, y haz que en ese poco crezca tu vida en mí. Amén.

Dos minutos cada día valen más que una hora de vez en cuando.

CAPÍTULO 35

Las seis estaciones en la vida real

En el capítulo 4 presentamos las seis estaciones de la entrega: reconocer, discernir, entregar, cooperar, perseverar y revisar los frutos. Las presentamos como un mapa, y a lo largo del libro las hemos ido recorriendo de manera dispersa, cada una en su Parte. Este capítulo hace algo distinto. Toma un solo caso real y lo sigue de principio a fin, estación por estación, para mostrar cómo funcionan las seis juntas en una situación concreta. Es, en cierto sentido, el capítulo de síntesis del libro.

Después, aplicaremos las estaciones al caso más difícil de todos: el de una crisis profunda. Y terminaremos recordando lo que las estaciones no son.

35.1 Un caso, de principio a fin

Un hombre de cuarenta y siete años dirige una pequeña empresa familiar de muebles. La fundó su padre hace cuarenta años, y él la heredó cuando su padre se jubiló. Durante dos décadas funcionó bien. Pero hace tres años empezó a perder dinero. La competencia de las grandes cadenas, el aumento de los costos y la caída de las ventas la han puesto en una situación muy difícil. Él ha hecho todo lo que se le ocurrió: ha recortado gastos, ha buscado nuevos clientes, ha pedido préstamos, ha invertido sus propios ahorros. Nada ha funcionado.

Ahora se enfrenta a una decisión que lleva meses aplazando. Su contador le ha dicho con claridad que, si sigue así, en un año perderá todo, incluida su casa, que puso como garantía de uno de los préstamos. Las opciones son cerrar la empresa de manera ordenada ahora, pagando a los doce empleados lo que les corresponde, o seguir intentándolo con la esperanza de que las cosas cambien.

El hombre no duerme. Discute con su esposa cada vez que ella saca el tema. Reza todas las noches pidiendo un milagro. Y siente que cerrar la empresa sería traicionar a su padre, abandonar a sus empleados y reconocer que ha fracasado.

Veamos cómo podría recorrer las seis estaciones.

35.2 La pregunta de cada estación

Primera estación: Reconocer

Pregunta: ¿qué estoy tratando como indispensable para mi seguridad, mi identidad o mi felicidad?

El primer paso no es decidir, sino ver con claridad lo que está pasando dentro de él. Durante meses, el hombre ha estado tan ocupado intentando salvar la empresa que no se ha detenido a mirar lo que siente. Cuando por fin lo hace, con la ayuda de su esposa y de un amigo sacerdote, descubre varias cosas.

Descubre que la empresa no es para él solo un negocio. Es el legado de su padre, que murió hace dos años. Cerrarla le parece una traición a su memoria. Descubre también que su identidad está profundamente ligada a ella: toda su vida adulta ha sido *el dueño de la mueblería*, y no sabe quién sería sin ella. Y descubre, por último, un miedo que no había nombrado: el miedo a lo que dirán en el pueblo, a la vergüenza del fracaso.

Reconocer todo esto no resuelve nada. Pero cambia la naturaleza del problema. Ya no se trata solo de una decisión económica. Se trata de un apego al legado de su padre, a su propia imagen y al reconocimiento de los demás. Es el capítulo 1 aplicado a su vida: empezar por la verdad.

Segunda estación: Discernir

Pregunta: ¿estoy amando este bien de manera ordenada, o le estoy pidiendo que ocupe el lugar de Dios?

Una vez reconocidos sus apegos, el hombre necesita distinguir qué hay en ellos de amor legítimo y qué hay de desorden. No todo es apego. Amar el legado de su padre es bueno. Preocuparse por sus empleados es un deber. Querer que su trabajo tenga sentido es legítimo.

Pero al aplicar las cuatro señales del capítulo 5, descubre que algo se ha desordenado. Su apego a la empresa **domina su libertad**: no puede siquiera considerar la opción de cerrarla sin angustia. **Desplaza deberes superiores**: está poniendo en riesgo la casa de su familia y su propio matrimonio. **Empuja contra su conciencia**: en el fondo sabe que seguir pidiendo préstamos sin posibilidad real de pagarlos no es honesto con los bancos ni con su familia. Y **se ha vuelto condición de su paz**: no puede imaginarse en paz si la empresa cierra.

Aplicando también la clasificación del capítulo 19, ve que su situación contiene un **deber moral claro**, no arrastrar a su familia a la ruina ni engañar a sus acreedores, y una **decisión prudencial**, cómo y cuándo cerrar, o si hay alguna alternativa razonable. Y una **presunta instrucción extraordinaria**: el milagro que pide cada noche, que en el fondo es una manera de no tener que decidir.

Tercera estación: Entregar

Pregunta: ¿puedo ofrecer esto a Cristo sin convertir el resultado que deseo en condición de mi fidelidad?

El hombre lleva meses rezando por un milagro. Pero su oración, como descubre al reflexionar, ha sido una oración de contrato: *si de verdad me amas, salva la empresa*. Ha puesto el resultado como condición de su confianza en Dios.

La entrega consiste en cambiar esa oración. No en dejar de desear que la empresa sobreviva, que es un deseo legítimo, sino en dejar de exigirlo.

Una noche, por primera vez, reza de otra manera: *Señor, quiero que la empresa de mi padre siga adelante. Lo quiero con todas mis fuerzas. Pero si no es posible, no quiero que eso me separe de ti. Te entrego la empresa, el recuerdo de mi padre, mi miedo a lo que dirán, el futuro de mis empleados. No sé qué hacer. Enséñame.* Es su Getsemaní.

Esa oración no cambia las cifras de la empresa. Pero cambia algo en él. Por primera vez en meses, duerme toda la noche.

Cuarta estación: Cooperar

Pregunta: ¿qué respuesta fiel, moralmente recta y proporcionada me corresponde hoy?

Con la mano más abierta, el hombre puede por fin mirar la decisión con claridad. Habla con su contador, esta vez para escuchar de verdad. Consulta con un abogado sobre las opciones de cierre ordenado. Habla con su esposa, no para defenderse, sino para decidir juntos. Busca consejo de un amigo empresario que pasó por algo similar. Aplica los ocho criterios del capítulo 19.

La conclusión es dolorosa pero clara: debe cerrar la empresa. No de inmediato ni de cualquier manera, sino de forma ordenada, en los próximos tres meses, pagando a los empleados todo lo que les corresponde, ayudándolos a encontrar otros trabajos, liquidando las deudas en la medida de lo posible y protegiendo la casa familiar.

Toma la decisión. Reúne a sus empleados y les explica la situación con honestidad. Algunos lloran. Uno se enoja. La mayoría le agradece la franqueza. Durante los tres meses siguientes, hace todo lo que puede por ellos: llama a otros empresarios, escribe cartas de recomendación, negocia con proveedores. Es la cooperación con la gracia en su forma más concreta: hacer lo que corresponde, con verdad y con caridad.

Quinta estación: Perseverar

Pregunta: ¿puedo permanecer fiel sin saber cuándo ni cómo cambiará esta situación?

El cierre no termina el proceso. Los meses siguientes son difíciles. El hombre no tiene trabajo. Siente la vergüenza que temía cuando alguien en el pueblo le pregunta por la mueblería. Echa de menos a su padre más que nunca. Hay días en que se pregunta si tomó la decisión correcta.

Perseverar significa, en esos meses, no volver a cerrar el puño. No hundirse en la rumiación del pasado, que el capítulo 8 distinguió del arrepentimiento. No interpretar cada dificultad como una señal de que se equivocó, que el capítulo 17 desaconsejó. Seguir rezando, aunque la oración sea árida. Seguir buscando trabajo. Seguir cuidando a su familia. Seguir, simplemente, sin saber todavía cómo terminará todo.

Sexta estación: Revisar los frutos

Pregunta: ¿qué estoy aprendiendo a amar, soltar, reparar o vivir de manera más conforme con Cristo?

Un año después del cierre, el hombre trabaja como responsable de producción en una empresa de muebles más grande. Gana menos que antes, pero tiene un horario fijo y menos preocupaciones. Su matrimonio, que había estado al borde de la ruptura, se ha fortalecido. Varios de sus antiguos empleados trabajan ahora en la misma empresa, gracias a sus recomendaciones.

Cuando revisa lo vivido, descubre algunos frutos. Ha aprendido que su identidad no dependía de ser dueño de una empresa. Ha aprendido que honrar a su padre no significaba mantener a toda costa su negocio, sino vivir con la honradez que él le enseñó. Ha aprendido a pedir ayuda. Ha aprendido que se puede fracasar sin dejar de ser amado.

También descubre cosas que todavía le duelen y que no tienen explicación. Echa de menos la mueblería. A veces pasa por delante del local, ahora ocupado por otro negocio, y siente una punzada. No necesita que esa punzada desaparezca. Ha aprendido a vivir con ella.

35.3 Las estaciones en una crisis profunda

El caso del empresario es difícil, pero no es una crisis extrema. Su vida no corría peligro, su familia permaneció unida, sus pérdidas fueron graves pero no irreparables. ¿Qué ocurre con las seis estaciones cuando la persona atraviesa una pérdida o una ruptura mucho más profunda: la muerte repentina de un hijo, un diagnóstico terminal, una traición devastadora, una situación de violencia?

En esos casos, el marco de las seis estaciones sigue siendo válido, pero **debe aplicarse con especial prudencia**, siguiendo lo que la Parte VI estableció. El orden se vuelve más flexible, los tiempos más largos y algunas estaciones necesitan esperar su turno. Para estas situaciones, conviene seguir siete pasos que adaptan las estaciones a la realidad de la crisis:

1. **Reconocer la realidad de lo ocurrido**, sin negar el dolor ni apresurarse a encontrarle un significado espiritual. En una crisis profunda, la primera estación consiste simplemente en aceptar que lo que ocurrió ocurrió, y en permitirse sentirlo.
2. **Proteger la vida, la salud, la dignidad y las responsabilidades fundamentales.** Si existe peligro o abuso, buscar protección y ayuda. Como estableció el capítulo 23, la seguridad va antes que cualquier reflexión.
3. **Distinguir lo que puede repararse de lo que debe aceptarse** como una realidad que ya no puede modificarse. Es la distinción del capítulo 28, que en una crisis profunda puede tardar meses en hacerse.
4. **Ofrecer a Dios la historia completa**, incluidos el desconcierto, el miedo y las preguntas sin respuesta. Es la estación de la entrega, pero vivida desde el dolor: a veces, la única oración posible es la queja, como en los salmos de lamentación o en el libro de Job.

5. **Discernir los pasos siguientes sin asumir que la primera interpretación de la crisis es necesariamente la correcta.** Las primeras lecturas de una crisis suelen estar marcadas por el impacto, y conviene darles tiempo antes de tomar decisiones irreversibles.
6. **Permitir que el tiempo, la gracia, la comunidad y el acompañamiento adecuado participen** en la recuperación y el crecimiento. Ninguna crisis profunda se atraviesa solo.
7. **Permanecer abierto a que el fruto final sea diferente del esperado**, sin exigir que la pérdida se convierta en una explicación perfectamente comprensible.

Una mujer que perdió a su marido de manera repentina, en un accidente laboral, recorrió estos siete pasos a lo largo de casi tres años. Durante los primeros meses no pudo hacer otra cosa que el primero y el segundo: reconocer lo que había pasado, sostener a sus dos hijos adolescentes, resolver los trámites, comer y dormir cuando podía. Rezaba poco, y casi siempre con rabia. Su hermana y un grupo de viudas de su parroquia la acompañaron sin pedirle nada. Con el tiempo, empezó a distinguir lo que podía hacer, como reorganizar la economía familiar o cuidar la memoria de su marido con sus hijos, de lo que solo podía aceptar. Muy despacio, su oración cambió. Ya no era solo rabia. Era también, a veces, gratitud por los veinte años que habían compartido. No encontró nunca una explicación de por qué su marido murió. Pero encontró una manera de seguir viviendo con la pregunta abierta.

El objetivo de este marco no es acelerar artificialmente la transformación, sino **responder fielmente a Dios dentro de la realidad concreta**, al ritmo que esa realidad permite.

35.4 No es una técnica

El capítulo termina con una advertencia que el libro ha repetido muchas veces, pero que conviene repetir una última vez, precisamente aquí,

donde el marco de las seis estaciones se ha presentado con más detalle: **las seis estaciones no son una técnica para producir la gracia.**

Es fácil leer un capítulo como este y concluir que basta con seguir los pasos para obtener un resultado: si reconozco, discierno, entrego, coopero, persevero y reviso, saldré transformado. Esa lectura convertiría las estaciones en un nuevo contrato con Dios, en una versión sofisticada del *do ut des* que el capítulo 3 desmontó.

Las seis estaciones son otra cosa. **Describen cómo coopera una persona con la acción de Dios. No describen cómo se fabrica esa acción.** La gracia puede saltarse estaciones, invertir su orden, actuar en todas a la vez o hacer en un instante lo que el marco describe como un proceso de años. El empresario del ejemplo recorrió las estaciones en un orden bastante lineal. La viuda las recorrió de manera caótica, avanzando y retrocediendo, a veces en varias a la vez. Ninguno de los dos lo hizo mal.

El marco es útil por una razón sencilla: ayuda a saber dónde se está, y a no exigirse estar donde todavía no se puede estar. Quien está en la estación del reconocimiento no necesita culparse por no haber llegado todavía a la de la entrega. Quien está perseverando en medio de la aridez no necesita preguntarse por qué no ve frutos. Cada estación tiene su tiempo, y Dios acompaña en todas.

El mapa no es el territorio. Pero un buen mapa ayuda a no perderse en el pantano.

PARA LLEVARLO A LA VIDA

1. Elige una situación importante de tu vida actual y recórrela por escrito con las seis estaciones de la sección 35.2. Responde la pregunta de cada estación.
2. Identifica en qué estación te encuentras respecto a esa situación. No intentes avanzar a la siguiente. Solo reconoce dónde estás.

3. Si atraviesas una crisis profunda, revisa los siete pasos de la sección 35.3 y pregúntate cuál es el que te corresponde ahora. Probablemente sea uno de los primeros.
4. Recuerda una situación pasada que ya atravesaste. Revisa sus frutos con la pregunta de la sexta estación.

LA LÍNEA EN ESTE CAPÍTULO

LO QUE ME CORRESPONDE	LO QUE ENCOMIENDO A DIOS
Reconocer, discernir y cooperar con lo que está en mis manos	El ritmo y el orden en que avanzo
Perseverar sin exigir resultados inmediatos	Los frutos, que pueden ser distintos de los esperados
Saber en qué estación estoy, sin exigirme estar en otra	La gracia que actúa en todas las estaciones a la vez

ORACIÓN

Señor, me cuesta saber dónde estoy en este camino. A veces creo haber soltado algo y vuelvo a aferrarme. A veces creo haber entendido y vuelvo a la confusión. Ayúdame a reconocer, a discernir, a entregarte, a hacer lo que me toca, a perseverar y a mirar con gratitud lo que has hecho en mí. No quiero recorrer este camino como quien sigue una técnica, sino como quien camina contigo. Tú conoces el mapa entero. Yo solo necesito saber el siguiente paso. Amén.

El mapa no es el territorio, pero ayuda a no perderse en el pantano.

CAPÍTULO 36

¿Voy bien? Los frutos y las señales de alarma

Una mujer de cincuenta y tres años lleva poco más de un año intentando vivir con las manos abiertas. Ha mantenido, con altibajos, una práctica diaria sencilla. Ha examinado algunos de sus apegos. Ha tenido conversaciones difíciles que antes evitaba. Ha empezado a decir que no a algunas cosas.

Un día, en una conversación con su acompañante espiritual, le hace una pregunta que la inquieta desde hace semanas: *¿Voy bien? Porque no lo sé. A veces creo que he avanzado mucho, y al día siguiente me doy cuenta de que sigo igual que siempre. No sé cómo medirlo.*

El acompañante, un sacerdote con muchos años de experiencia, no le responde directamente. Le hace otra pregunta: *¿Qué ha cambiado en tu manera de tratar a tu hija?* La mujer se queda pensando. Su relación con su hija, de veinticinco años, había sido tensa durante años. Ella siempre quería controlar sus decisiones. Y se da cuenta de que, en los últimos meses, ha dejado de hacerlo. No del todo, pero mucho más que antes. Su hija se lo había dicho hacía poco: *Mamá, estás distinta.*

Este último capítulo del libro, antes del Epílogo, responde a la pregunta de esta mujer, que es la pregunta de casi todos los que intentan crecer en la vida espiritual. ¿Cómo sé si voy bien? Conviene advertir desde el principio que **no existe una medición exhaustiva de la vida espiritual**. Dios no lleva una hoja de cálculo de nuestro progreso, y noso-

tros tampoco deberíamos llevarla. Pero sí existen criterios para detectar orientaciones saludables y señales que merecen revisión. Este capítulo los presenta.

36.1 Diez señales de buen rumbo

Jesús dio un criterio general para discernir la autenticidad de cualquier camino espiritual: *Por sus frutos los conocerán* (Mt 7,16). Y San Pablo enumeró los frutos del Espíritu: *amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí* (Ga 5,22-23). Estos frutos no se fabrican, como vimos en la Parte IV. Pero pueden observarse.

A partir de estas enseñanzas y de todo lo que este libro ha desarrollado, pueden identificarse **diez señales** que indican que el camino de la mano abierta está bien orientado. No hace falta que estén todas presentes, ni que lo estén de manera plena. Basta con que se observe un movimiento en su dirección.

1. Mayor honestidad ante Dios y ante uno mismo. La persona se engaña menos. Reconoce sus motivaciones mixtas, sus miedos, sus apegos, sin necesidad de justificarlos ni de esconderlos.

2. Mayor capacidad para reconocer errores sin caer en la desesperación. La persona puede admitir que se equivocó sin que eso destruya su sentido de sí misma.

3. Mayor respeto por la libertad y la dignidad de los demás. La persona deja de intentar controlar las decisiones ajenas. Como la mujer del ejemplo con su hija.

4. Menor necesidad de controlar todos los resultados. La persona puede hacer su parte y soltar el resto con más facilidad que antes.

5. Mayor diligencia en las responsabilidades legítimas. El abandono no ha producido pasividad, sino una responsabilidad más serena y más constante.

6. Mayor disposición a pedir perdón y reparar el daño. La persona puede pedir perdón con más naturalidad, sin sentir que pierde algo.

7. Una relación más ordenada con los bienes y las expectativas. La persona disfruta de lo que tiene sin aferrarse, y desea sin exigir.

8. Mayor apertura al consejo prudente. La persona busca y acepta la orientación de otros, en lugar de decidirlo todo sola.

9. Capacidad para recibir ayuda y reconocer límites. La persona puede descansar, pedir ayuda y decir que no sin culpa.

10. Una caridad más concreta en las relaciones y el servicio. La persona ama mejor a quienes tiene cerca, y sirve con menos necesidad de reconocimiento.

Estas señales tienen algo en común: **ninguna de ellas se refiere a experiencias espirituales extraordinarias, ni a sensaciones de paz o de consuelo.** Todas se refieren a cambios en la manera de vivir, de relacionarse, de decidir. Es así como la tradición cristiana ha medido siempre el crecimiento espiritual: no por lo que se siente en la oración, sino por lo que cambia en la vida.

Conviene añadir una advertencia: **estos indicadores no garantizan que cada experiencia sea comprendida correctamente, ni deben utilizarse para compararse con otras personas.** Son criterios para mirar la propia vida con un poco más de claridad, no para clasificarse.

36.2 Ocho señales de alarma

Así como hay señales de buen rumbo, hay también señales que indican que la práctica espiritual se ha desviado y necesita revisarse. Las ocho que siguen recogen las deformaciones que este libro ha ido señalando a lo largo de sus capítulos. **Si alguna de ellas aparece de manera persistente, es recomendable buscar orientación.**

1. Culpa persistente y desproporcionada por experimentar emociones normales. La persona se siente culpable por tener miedo, tristeza, deseos o enfado, como si esas emociones fueran fallas morales. Es el riesgo que examinamos en el capítulo 12.

2. Necesidad compulsiva de identificar y eliminar todo apego. La persona vigila cada deseo, cada afecto, cada gusto, en busca de un posible apego. El examen se ha convertido en obsesión.

3. Convicción de que cada desgracia es un castigo divino. La persona interpreta todo lo malo que le ocurre como consecuencia de sus pecados o de su falta de entrega. Es la lógica que Jesús rechazó ante el ciego de nacimiento, y que el capítulo 22 examinó en detalle.

4. Interpretación de toda dificultad como prueba de una entrega insuficiente. La persona piensa que, si de verdad se hubiera entregado, las cosas le irían mejor. Es una forma del contrato que el capítulo 3 desmontó.

5. Abandono de responsabilidades legítimas en nombre de la Providencia. La persona deja de trabajar, de cuidar a su familia o de atender su salud porque "Dios proveerá". Es la mano caída, el fatalismo que denunció el cierre de la Parte I.

6. Renuncia a la seguridad, la salud o la dignidad para demostrar sacrificio. La persona permanece en situaciones dañinas, descuida su cuerpo o se expone a riesgos innecesarios porque cree que eso la santifica. Es la teología del dolor necesario que rechazó el cierre de la Parte VI.

7. Obediencia ciega a alguien que afirma conocer infaliblemente la voluntad de Dios para otra persona. La persona ha entregado su conciencia a un líder, a un grupo o a un acompañante que no admite cuestionamiento. Es la situación que el capítulo 32 describió como abuso espiritual.

8. Incapacidad para tomar decisiones ordinarias por temor a equivocarse espiritualmente. La persona no puede decidir cosas sencillas porque teme no estar haciendo la voluntad de Dios. El discernimiento se ha convertido en parálisis.

Es importante subrayar que **estas situaciones no deben interpretarse automáticamente como fallos morales.** Pueden indicar que la práctica necesita simplificarse, que el discernimiento requiere acompañamiento o que existe una dificultad psicológica que merece atención específica. La persona que reconoce en sí alguna de estas señales no ha fracasado. Ha descubierto algo que necesita atención, y eso es ya un paso en la buena dirección.

36.3 Nueve dimensiones para revisar el mes

Las señales de las secciones anteriores pueden traducirse en un instrumento de revisión periódica, que complementa el examen mensual del capítulo 34. Se trata de mirar, una vez al mes, nueve dimensiones de la vida y hacerse una pregunta sencilla sobre cada una.

DIMENSIÓN	PREGUNTA DE EVALUACIÓN
Libertad interior	¿Puedo aceptar mejor los límites de mi control?
Responsabilidad	¿Estoy cumpliendo mis deberes con mayor fidelidad?
Caridad	¿Trato a los demás con mayor respeto y paciencia?
Humildad	¿Reconozco mis errores con menos necesidad de justificarme?
Desprendimiento	¿Puedo valorar los bienes sin absolutizarlos?
Discernimiento	¿Tomo decisiones con mayor prudencia y menos precipitación?
Servicio	¿Estoy utilizando mis capacidades para contribuir al bien?
Confianza	¿Puedo perseverar sin exigir resultados inmediatos?

DIMENSIÓN	PREGUNTA DE EVALUACIÓN
Cuidado personal	¿Reconozco mis límites y busco ayuda cuando corresponde?

Esta tabla no debe usarse como un formulario de calificación. **No es necesario observar mejoras simultáneas en todas las dimensiones.** Lo habitual es que en un mes se note algún avance en una o dos, y que otras permanezcan igual o incluso retrocedan. El examen sirve para identificar una dirección de trabajo realista: ¿en qué dimensión conviene poner la atención el mes que viene?

36.4 Mirar tendencias, no episodios

Una de las dificultades de la mujer del ejemplo era que medía su progreso por episodios. Un día tenía una conversación serena con su hija y pensaba que había avanzado mucho. Al día siguiente perdía la paciencia por algo pequeño y pensaba que seguía igual que siempre. Su percepción oscilaba con cada acontecimiento.

El crecimiento espiritual no se observa en episodios aislados, sino en **tendencias**. Un mal día no anula meses de progreso, y un buen día no demuestra una transformación consolidada. Lo que importa es la dirección general a lo largo del tiempo: si, mirando los últimos seis meses o el último año, la persona es un poco más libre, un poco más paciente, un poco más honesta, un poco más capaz de amar.

Esta manera de mirar exige paciencia, y también cierta distancia. Muchas veces, la persona misma no es la mejor juez de su propio progreso, porque está demasiado cerca. Por eso el acompañante de la mujer le preguntó por su hija: los cambios suelen verse antes desde fuera que desde dentro. Las personas que nos conocen y nos quieren pueden ser un buen espejo de lo que ha cambiado en nosotros.

Hay una tentación que acompaña con frecuencia a la pregunta "¿voy bien?", y que conviene desactivar: **la comparación con otros.** Es fácil mirar a otra persona y pensar que avanza más rápido, que reza mejor, que

está más desprendida, que sirve más. O, al revés, pensar que uno está por delante de los demás. Ambas comparaciones son igualmente dañinas.

El Evangelio de Juan contiene una escena que Jesús parece haber dejado precisamente para este problema. Después de la Resurrección, junto al lago, Jesús le anuncia a Pedro cómo será su muerte. Pedro, volviéndose, ve al discípulo amado y pregunta: *Señor, ¿y este qué?* Y Jesús le responde: *Si quiero que él se quede hasta que yo vuelva, ¿a ti qué te importa? Tú sígueme* (Jn 21,21-22). Cada uno tiene su propio camino. La pregunta no es cómo va el otro, sino si yo estoy siguiendo a Cristo en el mío.

36.5 Perseverar sin exigir perfección

La última verdad de este capítulo, y de todo el cuerpo del libro, es quizá la más sencilla y la más difícil de vivir: **no hay que exigirse la perfección inmediata.** La vida espiritual no consiste en llegar, sino en seguir caminando.

San Pablo, que había vivido una conversión espectacular y que había entregado su vida entera a Cristo, escribió hacia el final de su vida unas palabras de una honestidad conmovedora: *No es que ya lo haya conseguido o que ya sea perfecto, sino que sigo corriendo para alcanzarlo, porque yo mismo fui alcanzado por Cristo Jesús* (Flp 3,12). Si Pablo no se consideraba perfecto, nadie necesita considerarse perfecto para estar en el buen camino.

Y el libro de los Proverbios contiene una frase que debería consolar a todos los que tropiezan una y otra vez: *Siete veces cae el justo, y se levanta* (Pr 24,16). El justo no es el que nunca cae. Es el que se levanta. La medida de la vida espiritual no es la ausencia de caídas, sino la constancia en volver a empezar.

Por eso, cuando un apego que parecía superado reaparece, cuando el puño vuelve a cerrarse, cuando la persona se descubre otra vez en la mano caída, **no debe convertir cada dificultad interior en una condena de su propia vida espiritual.** Basta con reconocerlo, volver a ofrecerlo a Dios y seguir caminando. Como el caminante de nuestra parábola, que en

su casa seguía sintiendo a veces el viejo puño, y ya no se asustaba: simplemente lo miraba y esperaba a que pasara.

Volvamos a la mujer del comienzo. Al salir de aquella conversación con su acompañante, hizo algo que nunca había hecho: le preguntó a su hija qué había notado distinto en ella. Su hija se lo dijo con franqueza. Que ya no la llamaba tres veces al día para saber dónde estaba. Que le preguntaba por sus cosas sin opinar enseguida. Que el otro día, cuando le contó que iba a cambiar de trabajo, solo le dijo *confío en ti*. La mujer se emocionó. No se había dado cuenta de nada de eso. Había estado tan ocupada midiendo sus fracasos que no había visto sus frutos.

Esa noche, en su práctica diaria, en lugar de examinar sus errores, se limitó a dar gracias. Y se dio cuenta de que, aunque seguía teniendo mucho camino por delante, iba bien.

PARA LLEVARLO A LA VIDA

1. Revisa las diez señales de buen rumbo de la sección 36.1. Identifica al menos una en la que hayas visto algún movimiento en los últimos meses. Agradécelo.
2. Revisa las ocho señales de alarma de la sección 36.2. Si reconoces alguna de manera persistente, busca orientación esta semana.
3. Pregunta a una persona que te conozca bien y te quiera qué ha notado distinto en ti en el último año. Escucha sin discutir.
4. La próxima vez que caigas en un viejo patrón, repite la frase de Proverbios: *siete veces cae el justo, y se levanta*. Y levántate.

LA LÍNEA EN ESTE CAPÍTULO

LO QUE ME CORRESPONDE	LO QUE ENCOMIENDO A DIOS
Revisar periódicamente los frutos y las señales de alarma	La medida de mi progreso, que solo Él conoce del todo
Buscar orientación cuando algo se desvía	Los cambios que todavía no veo
Levantarme cada vez que caigo	La perfección que no puedo alcanzar por mí mismo

ORACIÓN

Señor, quiero saber si voy bien, y a veces no lo sé. Me fijo en mis caídas y olvido tus dones. Me comparo con otros y pierdo de vista mi propio camino. Enséñame a mirar mi vida como tú la miras: con verdad y con paciencia. Muéstrame los frutos que has hecho crecer en mí, aunque yo no los vea. Y cuando caiga, levántame. Siete veces, o setenta veces siete. No te pido ser perfecto. Te pido seguirte. Amén.

El justo no es el que nunca cae, sino el que se levanta.

LO QUE ESTE CAMINO NO ES

Un programa de rendimiento espiritual

La Parte IX ha ofrecido ritmos, exámenes, preguntas, tablas e indicadores. Es la Parte más práctica del libro, y eso la hace también la más vulnerable a una deformación concreta: convertir la vida espiritual en un **programa de rendimiento**.

El riesgo es evidente. Una persona disciplinada puede tomar los ritmos del capítulo 34, las estaciones del capítulo 35 y los indicadores del capítulo 36, y convertirlos en un sistema de seguimiento de su propio progreso. Marcar casillas, calificar meses, comparar trimestres. Medir su santidad como se mide la productividad de una empresa. Y terminar, paradójicamente, de vuelta en el puño cerrado del que todo este libro ha querido liberarla: el control del propio crecimiento.

Contra esta deformación, conviene afirmar al cerrar la última Parte:

- **Las herramientas de este libro son ayudas para mirar, no instrumentos para medir.** Sirven para ver con más claridad, no para calificar.
- **Ningún indicador garantiza la presencia de la gracia**, y la ausencia de progreso visible no prueba su ausencia.
- **Los ritmos son orientativos.** Se adaptan a la vida, se abandonan y se retoman sin culpa.

- **No hay meta que alcanzar ni nivel que superar.** Hay un camino que seguir, a la propia velocidad, con Dios.
- **El que mira demasiado sus progresos deja de mirar a Dios.** La finalidad de todo examen es volver a Él, no admirarse ni condenarse a uno mismo.

Santa Teresa del Niño Jesús, que vivió una espiritualidad de enorme profundidad sin ningún método complicado, decía que quería presentarse ante Dios *con las manos vacías*. No porque no hubiera hecho nada, sino porque no quería apoyarse en sus méritos, sino solo en la misericordia de Dios. Es, quizá, la imagen más alta de la mano abierta: la que no lleva nada que mostrar, porque ha aprendido que todo es don.

La vida espiritual no se mide. Se vive.

EPÍLOGO

La historia entera

Las manos abiertas

Pasaron muchos años. El limonero del patio se hizo tan grande que su sombra cubría media casa. El caminante envejeció. Le salieron canas, le empezaron a doler las rodillas en invierno y las manos ya no tenían la firmeza de antes. Pero seguía abriendo el taller cada mañana, y seguía colgando la llave de hierro en el clavo junto a la puerta.

El niño que había llegado con once años para mirar cómo trabajaba se había convertido en un hombre. Tenía veintiún años, unas manos tan hábiles como las de su maestro y una inquietud que el caminante reconocía muy bien, porque había sido la suya. Desde hacía meses, el joven hablaba de la ciudad junto al mar. De los talleres grandes, de las obras que allí se hacían, de todo lo que podría aprender. El caminante lo escuchaba sin decir nada.

Una tarde de otoño, el joven se le acercó con los ojos bajos.

—Me voy —dijo—. Sé que usted me necesita aquí. Sé que me lo ha enseñado todo. Pero tengo que ir.

El caminante sintió algo que conocía bien: el impulso de cerrar la mano. De decirle que no se fuera, que la ciudad era dura, que allí le robarían y lo humillarían, que nada de lo que buscaba estaba allí. Todo eso era verdad, y él lo sabía mejor que nadie. Por un instante, las palabras estuvieron a punto de salir.

Pero no salieron. Miró al muchacho y recordó al joven que había sido él mismo, saliendo por esa misma puerta con la llave apretada en el puño. Y comprendió que nadie habría podido evitarle aquel viaje. Que había tenido

que hacerlo para llegar a ser quien era. Que el muchacho tenía derecho a su propio camino, aunque ese camino lo llevara lejos, o aunque nunca volviera.

Se levantó despacio, fue hasta la pared del taller y descolgó las herramientas de su abuelo, las mismas que había encontrado oxidadas al volver y que había usado durante todos esos años. Las envolvió en un trapo limpio y se las tendió al joven.

—Llévatelas. Te van a hacer falta.

El muchacho no supo qué decir. Eran las herramientas del maestro. Quiso rechazarlas, pero el caminante insistió.

—¿Y la llave? —preguntó el joven, señalando el clavo junto a la puerta—. ¿No quiere que me lleve la llave?

El caminante sonrió.

—No. Esa se queda aquí. La puerta va a estar abierta.

A la mañana siguiente, muy temprano, el joven se marchó. El caminante salió a despedirlo al final del camino de tierra. Lo vio alejarse con la mochila a la espalda y las herramientas envueltas en el trapo, hacia las montañas, hacia el río, hacia la llanura y el desierto que él había atravesado tantos años atrás. No sabía qué le esperaba. No sabía si volvería. No podía protegerlo de nada.

Cuando el muchacho llegó a la curva del camino, se volvió para mirarlo una última vez. El caminante levantó las dos manos hacia él. No las agitaba para decir adiós. Las tenía abiertas, con las palmas hacia arriba, como quien ofrece algo, o como quien lo recibe. Como quien bendice.

El muchacho se quedó un momento mirando ese gesto. Luego siguió su camino.

El caminante permaneció allí, con las manos abiertas, hasta que ya no pudo verlo. Después volvió a su casa, entró en el taller vacío y se sentó bajo el limonero. Tenía miedo por el muchacho, y tristeza, y una extraña paz que no sabía explicar. Miró sus manos. Estaban vacías. No había en ellas ninguna llave, ninguna herramienta, ningún trabajo. Y nunca le habían parecido tan llenas.

EPÍLOGO

Toda la historia, ofrecida

Este libro comenzó en un huerto de olivos, de noche, con un hombre que tenía miedo y que, después de pedir con todas sus fuerzas que las cosas fueran de otro modo, dejó su deseo en manos del Padre. Termina con otro hombre, inventado pero no menos verdadero, que al final de una larga travesía aprende a abrir las manos sobre lo que más quiere y deja que se vaya.

Entre esas dos escenas, hemos recorrido un camino largo. Hemos examinado lo que significa entregarse a Dios y lo que no significa. Hemos abierto la mochila de los apegos. Hemos aprendido que vaciarse no es desaparecer. Hemos descubierto que lo más importante de la vida espiritual no lo hacemos nosotros, sino Dios. Hemos intentado caminar sin mapa, confiando en la Providencia sin convertirla en un oráculo. Hemos atravesado la noche del sufrimiento sin inventar explicaciones. Hemos vuelto a casa distintos. Hemos aprendido a servir sin perdernos en lo que hacemos. Y hemos buscado maneras sencillas de sostener todo esto en la vida de cada día.

Al final de este camino, conviene mirar lo que este libro ha querido decir desde la primera página. No es una técnica, ni un método, ni un programa. Es una invitación a vivir **la historia entera** en relación con Dios.

La historia entera. No solo las partes luminosas, ni solo las que comprendemos, ni solo las que nos enorgullecen. También las otras.

Lo que recibimos y lo que perdimos. Los dones que llegaron sin que los mereciéramos, y las pérdidas que no pudimos evitar. La salud y la enferme-

dad, las personas que llegaron y las que se fueron, las oportunidades aprovechadas y las que pasaron de largo.

Lo que elegimos y lo que debemos reparar. Las buenas decisiones, que también son nuestras, y los errores, que reconocemos sin quedar reducidos a ellos. Lo que hicimos bien y lo que todavía nos debemos.

Lo que comprendemos y lo que permanece oculto. Las partes de nuestra historia cuyo sentido hemos llegado a ver, y las que seguirán siendo un misterio hasta el final. Las heridas que ya sanaron y las que todavía duelen.

Lo que podemos transformar y lo que necesitamos aceptar. Lo que todavía está en nuestras manos, y lo que ya solo podemos poner en las de Dios.

Y también el final. La historia entera incluye su último capítulo: la muerte. El cristiano no está llamado a temerla como tal, sino a vivirla como la entrega definitiva en los brazos del Padre, con la esperanza de verlo cara a cara. Las manos que aprendieron a abrirse en vida son las que podrán decir, al final, *en tus manos encomiendo mi espíritu* (Lc 23,46).

Todo esto, absolutamente todo, puede ser ofrecido a Dios. **Nada de ello exige que llamemos bueno a todo lo que nos sucedió.** No hace falta justificar el mal para entregarlo. No hace falta comprender una herida para presentarla. No hace falta haber sanado del todo para ser recibido. Lo único que se pide es no renunciar a la esperanza de que Dios pueda obrar para el bien, incluso donde todavía no vemos cómo.

Cinco cosas que la entrega no hace

Antes de la síntesis final, conviene repetir una última vez, con toda claridad, lo que la entrega a Dios no promete. Porque un libro como este podría dejar en el lector la impresión de que, si sigue este camino, su vida será distinta en todos los sentidos. Y eso no sería honesto. Hay cinco cosas que la entrega no hace.

La entrega no elimina la incertidumbre. Quien se abandona en Dios sigue sin saber cómo terminará su historia. Sigue tomando decisiones sin conocer todas sus consecuencias. Sigue caminando sin mapa completo. Lo que cambia no es la incertidumbre, sino la manera de vivir en ella: con confianza en lugar de angustia.

La confianza no garantiza que desaparezca el sufrimiento. Quien confía en Dios puede seguir enfermo, seguir solo, seguir llorando a quien perdió. Los santos sufrieron, a veces mucho. La fe no es un seguro contra el dolor. Es una compañía en medio de él.

La disposición no obliga a Dios a actuar de una manera determinada. Quien abre las manos no adquiere un derecho sobre los resultados. Dios sigue siendo libre, y su respuesta puede ser distinta de la que pedimos. La disposición no es una palanca. Es una apertura.

La transformación no borra automáticamente las heridas. Quien ha sido transformado por la gracia puede seguir llevando cicatrices, como el Resucitado conservó las suyas. La vida nueva no es la vida de antes sin las marcas. Es una vida que lleva las marcas de otra manera.

El servicio no exige una productividad ininterrumpida. Quien se entrega a Dios no está obligado a hacer cada vez más. Puede descansar, puede recibir, puede decir que no, puede enfermar y envejecer sin perder su valor. Antes que instrumento, es hijo.

Ninguna de estas cinco limitaciones es una mala noticia. Al contrario: son las que hacen que la esperanza cristiana sea verdadera y no ilusoria. Una espiritualidad que prometiera eliminar la incertidumbre, el sufrimiento, la libertad de Dios, las heridas y el cansancio sería una espiritualidad de mentira, y terminaría culpando a quien no obtiene lo prometido. Este libro ha querido ser, desde la primera página, honesto en lo que promete y en lo que no.

EPÍLOGO

La síntesis final

Si todo este libro tuviera que condensarse en unas pocas líneas, serían estas.

La persona se entrega; Dios conserva la iniciativa. La entrega es una respuesta, no un comienzo. Dios actuó primero, actúa siempre y seguirá actuando. Nadie tiene que ganarse que Dios lo ame ni que obre en su vida. Pero Dios ha querido que su obra pase por nuestra libertad, y por eso nuestra entrega importa.

La persona se desprende de lo que desordena su corazón; la gracia la sostiene y la transforma. El desprendimiento no es autodestrucción, ni desprecio de la creación, ni un precio para comprar favores divinos. Es la liberación de lo que nos ata, para poder amar mejor. Y la transformación que sigue no la fabricamos nosotros. La recibimos.

La persona actúa responsablemente; los resultados que exceden su control quedan en manos de la Providencia. Esta es la línea que ha atravesado todo el libro. Hacer completo lo que nos corresponde, y soltar lo que no. Ni el puño cerrado del que quiere controlarlo todo, ni la mano caída del que renuncia a actuar. La mano abierta, que trabaja sin apretar.

La persona sirve; la caridad orienta su servicio. La entrega no termina en uno mismo. Se desborda en amor concreto a los demás. Pero ese servi-

cio nace de la comunión con Dios, no la sustituye, y no mide el valor de quien sirve por su eficacia.

Y a través de todo ello, la existencia entera puede ordenarse cada vez más a la comunión con Dios y a su mayor gloria. No porque la vida se vuelva perfecta, ni porque desaparezcan las heridas, ni porque todo salga como queríamos. Sino porque, en medio de todo eso, la persona aprende a vivir con Dios, y a dejar que Dios viva en ella.

Este es el sentido último del abandono cristiano: **no conseguir que Dios garantice nuestra versión de la historia, sino aprender a vivir toda nuestra historia en relación con Él.**

El propósito de este camino no es la vaciedad, sino la disponibilidad. No es la pasividad, sino la cooperación. No es la autosuficiencia, sino la dependencia confiada de la gracia. No es la productividad como medida del valor, sino la comunión con Dios de la que nace el servicio.

Y cuando la persona ya no puede garantizar cómo terminará su historia, todavía puede ofrecer a Cristo su respuesta presente: actuar con fidelidad, amar con caridad, buscar la verdad, aceptar sus límites y permanecer abierta a la voluntad de Dios.

Entregarlo todo a Cristo es dejar de exigir el dominio sobre la historia sin renunciar a la responsabilidad de vivirla. Es ofrecerle la totalidad de la existencia, cooperar con su gracia y confiar en que, incluso cuando no comprendemos el camino, nuestra vida puede seguir siendo orientada hacia el bien y hacia su gloria.

Al comienzo de este libro te invité a hacer algo sencillo: mirarte las manos. Te propongo que lo hagas de nuevo, ahora, al final.

No para comprobar si has cambiado. Quizá sí, quizá no, quizá un poco. Eso no importa demasiado. Míralas solo para recordar que son tuyas, que Dios te las dio, y que puedes elegir, cada día, cómo sostener con ellas tu vida.

Puedes cerrarlas, como quien teme perder. Puedes dejarlas caer, como quien ya no espera nada. O puedes abrirlas. No porque estés seguro de lo que vendrá, sino porque sabes en manos de quién está tu historia.

El hombre del huerto abrió las suyas en la cruz. Y desde entonces, todas las manos abiertas del mundo se parecen un poco a las suyas.

EPÍLOGO

Declaración de las manos abiertas

Lo que sigue no es una oración obligatoria ni una fórmula mágica. Es una declaración personal, escrita en primera persona, que recoge en forma de compromiso todo lo que este libro ha propuesto. Puedes leerla en silencio. Puedes rezarla. Puedes modificarla para que exprese mejor lo que tú quieres decir. Y, si lo deseas, puedes firmarla, ponerle fecha y guardarla en algún lugar donde puedas volver a leerla dentro de un año, para ver qué ha cambiado.

No es una promesa de perfección. Es la expresión de un deseo, y de una dirección.

Me comprometo a vivir ante Dios con verdad, sin ocultar mis apegos ni convertirlos en una medida de mi dignidad.

Reconozco que soy criatura, que he recibido la vida como don y que Dios me amó antes de que yo pudiera hacer nada. No necesito ganarme su amor. Me entrego a Él porque ya me ama.

Procuraré reconocer aquello que ocupa desordenadamente mi corazón, distinguir los bienes legítimos de su apropiación desordenada y renunciar a la necesidad de controlar aquello que no depende de mí. No despreciaré lo que Dios me ha dado. Aprenderé a amarlo sin poseerlo.

No utilizaré el desprendimiento para exigir una recompensa divina, ni interpretaré la Providencia como una garantía de que mis proyectos se realiza-

rán. Seguiré pidiendo, como un hijo pide a su Padre, sin convertir mis deseos en condiciones de mi fidelidad.

Asumiré mis responsabilidades con diligencia, buscaré la verdad, actuaré con prudencia y procuraré que mis decisiones respeten la dignidad de las personas. Haré completo lo que me corresponde, y soltaré lo que no.

Cuando tenga miedo, no dejaré que el miedo decida por mí. Cuando tenga que decidir, rezaré, pensaré, escucharé mi conciencia y pediré consejo. No convertiré las circunstancias en oráculos ni mis emociones en veredictos.

Cuando atraviese una pérdida o una dificultad, no exigiré encontrar inmediatamente una explicación espiritual. Primero me pondré a salvo y buscaré la ayuda que corresponda. No llamaré bueno al mal, ni culparé a quien sufre, ni me culparé por sufrir. Permaneceré abierto a la posibilidad de que Dios obre para el bien incluso allí donde todavía no comprendo el sentido de lo ocurrido.

Integraré mi historia sin idealizarla ni condenarla. Repararé lo que pueda reparar, aceptaré lo que no pueda cambiar y, cuando sea posible, dejaré que lo vivido se convierta en ocasión de amor. Sabré que no necesito justificar mi historia para poder entregarla.

Procuraré poner mis capacidades al servicio de la caridad, desarrollar los talentos recibidos y aceptar mis límites sin convertir la productividad en medida de mi valor. Serviré donde estoy, empezando por los que tengo cerca. Descansaré cuando lo necesite, recibiré ayuda cuando me la ofrezcan y diré que no cuando deba.

No obedeceré a nadie contra mi conciencia, aunque hable en nombre de Dios. Distinguiré entre Dios y quienes usan su nombre.

Revisaré periódicamente mi conducta, corregiré lo que deba corregirse y entregaré a Dios aquello que no puedo controlar. Cuando caiga, me levantaré. Siete veces, o setenta veces siete.

No pretenderé fabricar mi santidad ni alcanzar una perfección autónoma. Pediré la gracia necesaria para responder libremente y perseverar en el camino de Cristo.

Y procuraré vivir mi historia entera, con sus bienes, pérdidas, responsabilidades, errores, esperanzas y posibilidades, como una realidad que puedo ofrecer

a Dios, para que mi vida se ordene cada vez más a la verdad, la caridad y su mayor gloria.

Con las manos abiertas.

Firma: _____

Fecha: _____

Ad maiorem Dei gloriam.

Para la mayor gloria de Dios.

MATERIAL COMPLEMENTARIO

Apéndices

Los apéndices reúnen, en forma de consulta rápida, las herramientas, el itinerario, las oraciones, la guía de grupo, el glosario y las fuentes que el libro ha desarrollado a lo largo de sus capítulos. Están pensados para usarse una y otra vez, mucho después de haber terminado la lectura.

A

APÉNDICE

Herramientas para el camino

Las cinco herramientas de este apéndice traducen en ejercicios concretos lo que el libro ha desarrollado. Pueden fotocopiarse, copiarse en una libreta o usarse directamente sobre estas páginas. Deben utilizarse con flexibilidad, sin convertir el crecimiento espiritual en una evaluación de productividad.

A.1 La línea

Para cualquier situación que preocupe. Desarrollada en el capítulo 4.

Situación: _____

LO QUE ME CORRESPONDE	LO QUE ENCOMIENDO A DIOS

Cuatro preguntas para trazarla con honestidad:

1. ¿Qué parte de esto depende realmente de mi decisión?
2. ¿Qué parte depende de la libertad de otros o de circunstancias que no gobierno?
3. ¿Estoy evitando hacer algo que me corresponde, con el pretexto de "dejarlo en manos de Dios"?
4. ¿Estoy intentando controlar algo que no me corresponde, con el pretexto de "ser responsable"?

A.2 Ficha de examen de un apego

Para la oración o el examen semanal. Desarrollada en los capítulos 5 y 34.

1. ¿Qué situación estoy examinando?

2. ¿Qué bien, relación o resultado me cuesta soltar?

3. ¿Qué temo que suceda si no puedo controlarlo?

4. ¿Qué responsabilidad sigue correspondiéndome?

5. ¿Qué necesito entregar a Dios?

6. ¿Qué acción concreta puedo realizar?

A.3 Lista de comprobación antes de una decisión importante

Desarrollada en el capítulo 19. Marca los aspectos que hayas examinado. La lista es una ayuda para pensar, no una prueba de que una decisión sea necesariamente voluntad de Dios.

- ☐ He descrito los hechos con la mayor objetividad posible.
- ☐ He distinguido mis deseos de mis obligaciones morales.
- ☐ He examinado los riesgos y las consecuencias previsibles.
- ☐ He considerado los derechos y la dignidad de las personas implicadas.
- ☐ He identificado aquello que depende de mí y aquello que no puedo controlar.
- ☐ He evitado interpretar automáticamente las circunstancias como señales divinas.

- ☐ He buscado consejo competente cuando la complejidad lo requiere.
- ☐ Estoy dispuesto a corregir mi decisión si descubro un error.
- ☐ Puedo aceptar que el resultado sea distinto del que deseo, sin renunciar a actuar responsablemente.

A.4 Examen breve al terminar el día

Desarrollado en el capítulo 34. Estas preguntas pueden responderse mentalmente, sin escribir.

1. ¿En qué momento actué hoy con caridad y fidelidad?
2. ¿Dónde intenté controlar algo que no dependía completamente de mí?
3. ¿Qué decisión tomé por miedo y cuál tomé por responsabilidad?
4. ¿Hay algo que deba reparar o corregir?
5. ¿Qué necesito agradecer?
6. ¿Qué asunto puedo encomendar a Dios sin seguir rumiándolo esta noche?

El propósito es concluir el día con verdad, gratitud y disponibilidad para corregir lo necesario, no alcanzar una sensación obligatoria de paz.

A.5 Examen mensual de los frutos

Desarrollado en el capítulo 36. Conviene observar tendencias, no episodios aislados. No es necesario ver mejoras en todas las dimensiones a la vez.

DIMENSIÓN	PREGUNTA DE EVALUACIÓN	LO QUE OBSERVO ESTE MES
Libertad interior	¿Puedo aceptar mejor los límites de mi control?	
Responsabilidad	¿Estoy cumpliendo mis deberes con mayor fidelidad?	

DIMENSIÓN	PREGUNTA DE EVALUACIÓN	LO QUE OBSERVO ESTE MES
Caridad	¿Trato a los demás con mayor respeto y paciencia?	
Humildad	¿Reconozco mis errores con menos necesidad de justificarme?	
Desprendimiento	¿Puedo valorar los bienes sin absolutizarlos?	
Discernimiento	¿Tomo decisiones con mayor prudencia y menos precipitación?	
Servicio	¿Estoy utilizando mis capacidades para contribuir al bien?	
Confianza	¿Puedo perseverar sin exigir resultados inmediatos?	
Cuidado personal	¿Reconozco mis límites y busco ayuda cuando corresponde?	

Dirección de trabajo para el mes próximo:

_____

B

APÉNDICE

Itinerario de ocho semanas

Este itinerario propone una manera de recorrer el libro acompañando la lectura con prácticas concretas. Está pensado para quien atraviesa un momento de decisión o de crisis, o simplemente para quien quiere tomarse en serio el camino de la mano abierta durante un tiempo delimitado.

Conviene leerlo con tres advertencias:

- **No es un método oficial de espiritualidad católica**, ni una secuencia obligatoria. Es una propuesta organizativa.
- **Las etapas pueden prolongarse, combinarse o revisarse** según las circunstancias personales. Si una semana necesita convertirse en tres, no pasa nada.
- **Desde la tercera semana, se recomienda mantener la práctica diaria de los cinco movimientos** (capítulo 34.1), con la duración que la vida permita.

Semana	Tema	Lectura de apoyo	Práctica de la semana	Resultado buscado
1	Reconocimiento de la realidad	Obertura y Parte I (caps. 1-4)	Identificar las principales preocupaciones, responsabilidades y expectativas actuales. Mirar con qué mano se sostiene cada una. No intentar cambiar nada todavía.	Una descripción honesta de la situación presente.
2	Identificación de los apegos	Parte II (caps. 5-8)	Examinar una o dos áreas en las que el miedo, el control o la necesidad de reconocimiento influyen de forma significativa. Aplicar el inventario sin juicio (A.2).	Comprender un patrón concreto, no elaborar una lista ilimitada de defectos.
3	Entrega y oración	Parte III (caps. 9-12)	Incorporar la práctica diaria de los cinco movimientos. Rezar la oración del apego reconocido sobre lo identificado la semana anterior.	Una relación más sincera entre la oración y la realidad cotidiana.

SEMANA	TEMA	LECTURA DE APOYO	PRÁCTICA DE LA SEMANA	RESULTADO BUSCADO
4	Responsabilidad y acción	Parte IV (caps. 13-16)	Elegir una decisión pendiente, una reparación necesaria o un deber que requiera mayor atención, y dar un paso concreto.	Traducir la disposición interior en una respuesta concreta.
5	Discernimiento y límites	Parte V (caps. 17-20)	Examinar una situación incierta con la lista de comprobación (A.3). Trazar la línea (A.1). Establecer un límite prudente si es necesario.	Una respuesta más proporcionada, no la eliminación de toda incertidumbre.
6	Integración de la historia	Partes VI y VII (caps. 21-28)	Revisar una experiencia pasada con las cinco cajas (cap. 27). Distinguir lo reparable, lo irreversible y lo que puede redirigirse (cap. 28).	Una relación más responsable y esperanzada con la propia historia.
7	Servicio y caridad	Parte VIII (caps. 29-33)	Identificar una manera concreta de servir mejor en las responsabilidades y relaciones que ya forman parte de la vida. Revisar si algún servicio se ha vuelto propio.	Vincular la entrega interior con el bien real del prójimo.
8	Revisión y continuidad	Parte IX (caps. 34-36) y Epílogo	Hacer el examen mensual de los frutos (A.5). Decidir qué prácticas conservar. Leer, y si se desea firmar, la Declaración de las manos abiertas.	Un modo sostenible de vivir el abandono, sin convertirlo en una exigencia de perfección.

Al terminar las ocho semanas, no conviene empezar de nuevo inmediatamente. Es preferible mantener durante algunos meses los ritmos diarios, semanales y mensuales del capítulo 34, y volver al itinerario completo solo cuando una nueva etapa de la vida lo pida.

C

APÉNDICE

Oraciones del camino

Este apéndice reúne las oraciones del libro para que puedan rezarse con facilidad, en cualquier momento, sin tener que buscarlas en sus capítulos. Las seis primeras son oraciones fundamentales, que pueden acompañar la vida diaria. Las treinta y seis siguientes cierran cada capítulo y recogen su enseñanza en forma de diálogo con Dios.

Oraciones fundamentales

Oración del abandono

Señor, te ofrezco lo que deseo, lo que temo, lo que comprendo y lo que no comprendo. Ayúdame a actuar con fidelidad y enséñame a recibir aquello que no puedo controlar. Amén.

Oración de la entrega diaria

Señor Jesucristo, aquí estoy. Te entrego lo que hoy me preocupa y aquello que todavía me cuesta soltar. Dame luz para reconocer lo que debo corregir, fortaleza para cumplir lo que me corresponde y humildad para aceptar mis límites. Que no busque utilizar tu voluntad para justificar mis preferencias, sino aprender a vivir en la verdad y la caridad. Recibe mi vida y enséñame a servirte con fidelidad. Amén.

Oración del apego reconocido

Señor, reconozco que todavía me aferro a esto. No quiero ocultártelo ni justificarlo. Ayúdame a comprenderlo, a ordenar lo que deba ordenar y a entregarte aquello que no debo seguir intentando controlar. Amén.

Oración del salto de fe (San Ignacio de Loyola)

Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer. Vos me lo disteis; a Vos, Señor, lo torno. Todo es vuestro: disponed a toda vuestra voluntad. Dadme vuestro amor y gracia, que esta me basta.

Oración para la última entrega

Señor Jesús, tú conoces mi miedo al dolor, porque tú también lo sentiste en el huerto. No te pido que me ahorres toda cruz. Te pido fuerza para cargarla cuando llegue, y alivio cuando sea posible. Pero quítame el miedo a la muerte, porque tú la venciste. Dame hambre y sed de ti, y enséñame a desear el cielo para todos, también para quienes me han herido. Perdona mis pecados y purifícame como tú sabes, porque tu juicio es perfecto y tu misericordia no tiene fin. Y cuando llegue mi hora, que pueda decir contigo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Amén.

Oración por todas las almas (oración de Fátima)

Oh Jesús mío, perdona nuestros pecados, líbranos del fuego del infierno, lleva al cielo a todas las almas, especialmente a las más necesitadas de tu misericordia.

Oraciones de los capítulos

Parte I. El puño cerrado

1. Lo que creemos que es entregarse. *Señor, te he dicho muchas veces que mi vida es tuya, y lo he dicho con sinceridad. Pero hay cosas que sigo sosteniendo con , y algunas ni siquiera sé cuáles son. No te pido que me las quites. Te pido que me ayudes a verlas, a amarlas como merecen y a ponerlas en tus manos sin miedo. Que mis deseos sigan siendo deseos, y que ninguno se convierta en la condición de mi confianza en ti. Amén.*

2. El Dios que actúa primero. *Padre, me cuesta creer que me amas antes de que cambie. He querido ganarme tu favor, y me he cansado. He querido entenderte como un premio o como una fuerza, y te he perdido de vista. Hoy vengo como estoy, con lo que quiero y con lo que todavía no sé querer. Da lo que mandas, y manda lo que quieras. Amén.*

3. La trampa del contrato. *Padre, te he pedido muchas cosas, y a veces te he ofrecido mis sacrificios como quien paga por adelantado. Perdona que haya querido comprar lo que siempre me has dado gratis. Quiero seguir pidiéndote, con la confianza de un hijo, sin cláusulas ni contabilidades. Y cuando no reciba lo que pido, enséñame a seguir siendo tuyo. Amén.*

4. Las tres manos y la línea. *Señor, a veces aprieto todo con el puño, como si todo dependiera de mí. Otras veces dejo caer las manos y te culpo de mi propia pereza. Enséñame a abrirlas. Dame claridad para ver lo que me toca y valor para hacerlo. Dame humildad para soltar lo que no me toca y paz para dejarlo en tus manos. Y cuando no sepa dónde está la línea, ayúdame a buscarla contigo. Amén.*

Parte II. Lo que cargamos

5. Amar sin poseer. *Señor, todo lo que tengo me lo has dado tú, y es bueno. No quiero despreciarlo ni vivir con miedo a perderlo. Enséñame a amar cada cosa en su lugar, a cuidar lo que me confías sin dejar que me gobierne y a reconocer cuándo el miedo está decidiendo por mí. Que pueda abrir la mano sobre lo que amo, no para soltarlo, sino para que respire. Amén.*

6. El apego al control. *Señor, me cuesta confiar en lo que no puedo ver. Quiero saber, prever, asegurar. Y cuando no puedo, vigilo. Ayúdame a hacer bien lo que me toca, a prepararme sin angustia y a soltar lo que ya no está en mis manos. Que mi prudencia no se convierta en miedo, ni mi responsabilidad en una carga que no me corresponde. Tú gobiernas lo que yo no puedo gobernar. Amén.*

7. El apego al reconocimiento y a la propia imagen. *Señor, me he esforzado mucho por ser alguien ante los demás y ante mí mismo. He defendido una imagen que me protegía y que ahora me pesa. Enséñame a andar en verdad: a reconocer lo que me has dado sin apropiármelo y a aceptar lo que me falta sin hundirme. Recuérdame que soy tu hijo antes que cualquier otra cosa, y que eso nadie me lo puede quitar. Amén.*

8. Los apegos a las personas, al pasado y al futuro. *Señor, te entrego a las personas que amo, con su libertad y con sus decisiones, aunque no las entienda. Te entrego mi pasado, con lo que hice y lo que no hice, con lo que me hicieron y lo que perdí. Te entrego mi futuro, el que imagino y el que no imagino. No sé sostener todo esto sin apretarlo. Enséñame a vivir el día de hoy, que es el único que tengo, y a encontrarte en él. Amén.*

Parte III. Vaciarse sin desaparecer

9. Kénosis. *Señor Jesús, tú no consideraste tu gloria como algo a que aferrarte, y te vaciaste para servirnos. Yo me aferro a cosas mucho más pequeñas. Enséñame a abrir la mano como tú, sin perderme a mí mismo. Vacíame de lo que me ata, no de lo que soy. Y lo que suelte, llénalo tú de amor. Amén.*

10. El recipiente que elige. *Señor, soy barro en tus manos, pero tú me has hecho libre. No quiero ser un barro que se resiste ni un barro que se deja caer. Quiero ser como María: escuchar tu palabra, preguntarte lo que no entiendo, decirte que sí y ponerme en camino. Cuando me estropee en tus manos, no me deseches. Vuelve a trabajarme. Hágase en mí según tu palabra. Amén.*

11. La fricción interior. *Señor, sé lo que tengo que hacer y quiero hacerlo, pero algo en mí se resiste. Hay miedos que no nombro y apegos que me frenan. No te pido que hagas más fuerte tu gracia, porque ya es suficiente. Te pido que me ayudes a soltar lo que la frena en mí. Y cuando suelte, no te exigiré nada a cambio. Me basta con permanecer en ti, como el sarmiento en la vid. Amén.*

12. Cuando el vaciamiento se vuelve obsesión. *Señor, he querido ser perfecto y me he cansado de intentarlo. He vigilado cada deseo y he cargado culpas que tú no me pedías. Perdóname por haber querido santificarme sin ti. Hoy no te traigo progresos. Te traigo lo que soy, con lo que todavía me ata. Ten compasión de mí. Dame el pan de hoy, y la gracia del siguiente paso. Amén.*

Parte IV. Lo que solo Dios hace

13. Preparar no es producir. *Señor, he querido hacerme santo con mis propias fuerzas, y me he cansado. Otras veces he dejado de esforzarme, como si tu gracia me eximiera de responder. Enséñame a plantar y regar con fidelidad, y a dejarte a ti el crecimiento. Sana lo que está herido en mí, eleva lo que es pequeño, transfórmame a tu manera y a tu ritmo. Por tu gracia soy lo que soy. Que no sea estéril en mí. Amén.*

14. Hechos para participar en la vida de Dios. *Padre, me hiciste para ti, y mi corazón está inquieto hasta que descanse en ti. He buscado el descanso en*

tantas cosas que no podían dármelo. Hoy quiero recibirlo de ti. No quiero ser como un dios a fuerza de apoderarme de lo que no es mío. Quiero ser tu hijo, y vivir de tu vida. Haz tu morada en mí. Que arda como el hierro en el fuego, y que mi fuego caliente a los que están cerca. Abbá. Amén.

15. Lo que haces y desde dónde lo haces. *Señor, quiero servirte en mis hermanos, y lo hago, aunque no siempre por las razones más limpias. A veces busco reconocimiento, a veces control, a veces solo sentirme útil. No quiero dejar de hacer el bien por eso, pero sí quiero que tú purifiques mi corazón mientras lo hago. Que mis obras sean pocas o muchas, pero que estén llenas de amor. Y líbrame de juzgar a los demás. Amén.*

16. La santidad no es una versión mejorada de ti. *Señor, he querido ser la mejor versión de mí mismo, y te he incluido en mi plan como un recurso más. Perdóname. No quiero ser lo que yo imagino como mejor, sino lo que tú pensaste al crearme. Si me das fuerza, que la ponga a tu servicio. Si me dejas en la fragilidad, que la viva contigo. Y cuando no sienta nada, que pueda decirte como Pedro: ¿a quién iré? Tú tienes palabras de vida eterna. Amén.*

Parte V. Caminar sin mapa

17. La Providencia no es el universo conspirando a tu favor. *Padre, he querido que el mundo me obedeciera y he llamado Providencia a mis deseos. He buscado señales para no tener que decidir. Perdóname. Enséñame a confiar en ti y no en el resultado. A caminar como Abraham, sin saber adónde voy, pero sabiendo quién me llama. Y cuando el mal me alcance, recuérdame que nada podrá separarme de tu amor. Amén.*

18. Trabajar por el resultado sin pretender garantizarlo. *Señor, he trabajado como si todo dependiera de mí, y me he cansado de cargar con lo que no era mío. Te entrego los resultados que no puedo garantizar: las personas que quise ayudar y no pude, las obras que no dieron fruto, las reconciliaciones que no llegaron. Hice lo que pude. Lo demás es tuyo. Hazme fiel, no exitoso. Y que las semillas que sembré broten donde tú quieras, aunque yo no lo vea. Amén.*

19. Discernir sin convertir las circunstancias en oráculo. *Señor, no sé qué hacer, y he querido que me lo dijeras con señales para no tener que decidir. Perdóname. Dame luz en la oración, claridad en la razón, rectitud en la conciencia y humildad para pedir consejo. Si tengo que esperar, dame paciencia. Si tengo que decidir, dame valor. Y una vez decidido, dame paz para dejar en tus manos lo que venga. Amén.*

20. El miedo, la paz y las emociones. *Señor, tengo miedo, y a veces mi miedo decide por mí. Otras veces confundo el alivio de huir con tu paz. Enséñame a escuchar mis emociones sin dejarme gobernar por ellas. Dame valor para hacer lo que debo, aunque me tiemblen las manos. Y cuando haya hecho lo que me correspondía, dame tu paz, la que el mundo no puede dar. No temas, me dices. Porque tú estás conmigo. Amén.*

Parte VI. Cuando todo se rompe

21. ¿Quién soy cuando pierdo lo que creía indispensable? *Señor, he perdido algo que creía parte de mí, y ya no sé quién soy. No te pido que me expliques por qué. Te pido que no me sueltes. Recuérdame que soy tu hijo antes que cualquier otra cosa, y que eso no se ha perdido. Dame paciencia con mi propio dolor, y la humildad de pedir ayuda. Y cuando llegue la mañana, enséñame a caminar de nuevo. Amén.*

22. Permitir no es causar. *Señor, no entiendo por qué permitiste esto. No voy a fingir que lo entiendo, ni que me parece bien. Tú no me pides eso. Me pides que no deje de hablarte, aunque sea para quejarme. Aquí estoy, con mi rabia y con mi dolor. No te pido explicaciones. Te pido que estés. Y que algún día, como Job, pueda decir que te he visto, aunque no te haya entendido. Amén.*

23. Primero, ponerse a salvo. *Señor, estoy cansado, y no sé si puedo más. No te pido entender. Te pido fuerza para levantarme, comer y dar el siguiente paso. Pon en mi camino a las personas que necesito, y dame la humildad de dejarme ayudar. Tú aceptaste que otro te ayudara a cargar la cruz. Ayúdame a no cargar la mía en soledad. Y si hay una cruz que no tengo por qué llevar, dame el valor de dejarla. Amén.*

24. Del fénix a la Pascua. *Señor resucitado, tú conservaste tus heridas y por ellas te reconocieron tus amigos. Yo también tengo heridas, y a veces me avergüenzo de ellas. Enséñame a llevarlas como tú, sin esconderlas y sin dejar que me definan. No quiero levantarme solo, como quien se basta a sí mismo. Quiero que me levantes tú. No te pido volver a ser el de antes. Te pido ser nuevo en ti. Amén.*

Parte VII. Volver a casa distinto

25. El mismo lugar, otra persona. *Señor, me fui buscando una vida que creía estar en otra parte. Quizá he vuelto, o quizá sigo lejos. No sé si el lugar donde estoy es el definitivo. Pero sé que tú estás aquí. Enséñame a habitarlo con ojos nuevos, a servir donde me has puesto y a no medir mi vida por lo lejos que he llegado, sino por lo mucho que he aprendido a amar. Amén.*

26. El tesoro y la vocación. *Señor, he buscado tesoros lejos de ti y te he buscado lejos de donde estabas. Tú me esperabas en casa. Purifica mis deseos sin destruirlos. Enséñame a escuchar tu llamada y no solo mi corazón, aunque sé que tú hablas también a través de él. Y cuando encuentre el tesoro de tu Reino, dame la alegría de dejarlo todo por él. Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva. Amén.*

27. Las cinco cajas de tu historia. *Señor, tú me sondeas y me conoces. Conoces lo que recibí y lo que desperdicié, lo que elegí bien y lo que elegí mal, lo que perdí y lo que todavía me debo. No quiero contarme mi historia como si fuera perfecta, ni como si fuera un fracaso. Quiero mirarla como tú la miras. Te doy gracias por lo recibido, te pido perdón por lo que hice mal, te entrego lo que no puedo cambiar. Y te pido fuerza para lo que todavía está pendiente. Amén.*

28. Reparar, aceptar, redirigir. *Señor, hay cosas en mi historia que todavía puedo reparar. Dame valor para hacerlo. Hay cosas que ya no tienen arreglo. Dame serenidad para aceptarlas. Y hay cosas que quizá puedas convertir en algo nuevo. Dame sabiduría para verlas y libertad para elegir. Tú ya me has perdonado. Ayúdame a creerlo. Y donde abundó mi pecado, que sobreabunde tu gracia. Amén.*

Parte VIII. Manos que sirven

29. De la comunión nace la misión. *Señor, he querido hacer cosas grandes por ti, y a veces no he visto lo que tenía cerca. Enséñame a estar contigo antes de querer servirte, a escuchar antes de proponer, a preguntarte qué quieres antes de contarte lo que quiero. Habla, Señor, que tu siervo escucha. Y si me llamas a servirte en lo pequeño, en lo oculto, en lo de cada día, como en Nazaret, dame la alegría de hacerlo con un amor grande. Amén.*

30. Instrumento, pero no objeto. *Señor, quiero ser instrumento tuyo, pero no un instrumento que no piensa. Dame la humildad de saber que los frutos son tuyos, y la responsabilidad de prepararme como si dependieran de mí. Líbrame de excusar mi pereza con palabras piadosas. Enséñame a reconocer lo que no sé, a pedir ayuda y a servir con competencia y con amor. Llevo tu tesoro en una vasija de barro. Que no se rompa por mi descuido. Amén.*

31. Cuando el servicio se vuelve tuyo. *Señor, he servido con generosidad, pero a veces he olvidado para quién. Me he apropiado de lo que era tuyo y me he sentido dueño de lo que solo administraba. Enséñame la libertad de Juan el Bautista: que tú crezcas y yo disminuya, y que eso sea mi alegría. Dame humildad para compartir, ceder y reconocer a quien lo hace mejor. Y enséñame a decir que no cuando debo, para que mis manos no vuelvan a cerrarse sobre mi propio trabajo. Amén.*

32. Obediencia con los ojos abiertos. *Señor Jesús, tú eres Maestro y Señor, y te arrodillaste a lavar los pies de tus discípulos. Líbrame de confundir tu voz con la de quienes usan tu nombre para dominar. Dame una conciencia recta y el valor de escucharla. Si alguna vez me han herido en tu nombre, sana mi herida y devuélveme la confianza en ti. Y si alguna vez ejerzo autoridad sobre otros, que sea para servirlos, nunca para someterlos. Amén.*

33. Hijo antes que instrumento. *Padre, me he esforzado tanto por servirte que a veces olvidé que soy tu hijo. Creí que me amabas por lo que hacía, y me asusté cuando ya no pude hacer más. Recuérdame lo que le dijiste a Jesús en el Jordán, antes de que hiciera nada: que eres mi Padre y que me amas. Enséñame*

a descansar sin culpa, a recibir sin vergüenza y a alegrarme, no de lo que hago, sino de que mi nombre está escrito en tu corazón. Amén.

Parte IX. El camino de cada día

34. Los ritmos de la mano abierta. *Señor, he querido rezar como los santos y no he podido. Mi vida está llena de obligaciones, y apenas me queda tiempo. Pero tú no me pides lo que no puedo darte. Me pides que vuelva a ti cada día, aunque sea por dos minutos. Aquí estoy. Recibe lo poco que tengo, y haz que en ese poco crezca tu vida en mí. Amén.*

35. Las seis estaciones en la vida real. *Señor, me cuesta saber dónde estoy en este camino. A veces creo haber soltado algo y vuelvo a aferrarme. A veces creo haber entendido y vuelvo a la confusión. Ayúdame a reconocer, a discernir, a entregarte, a hacer lo que me toca, a perseverar y a mirar con gratitud lo que has hecho en mí. No quiero recorrer este camino como quien sigue una técnica, sino como quien camina contigo. Tú conoces el mapa entero. Yo solo necesito saber el siguiente paso. Amén.*

36. ¿Voy bien? *Señor, quiero saber si voy bien, y a veces no lo sé. Me fijo en mis caídas y olvido tus dones. Me comparo con otros y pierdo de vista mi propio camino. Enséñame a mirar mi vida como tú la miras: con verdad y con paciencia. Muéstrame los frutos que has hecho crecer en mí, aunque yo no los vea. Y cuando caiga, levántame. Siete veces, o setenta veces siete. No te pido ser perfecto. Te pido seguirte. Amén.*

D

APÉNDICE

Guía para grupos de lectura

Muchas de las verdades de este libro se entienden mejor cuando se escuchan en la voz de otro. Esta guía propone nueve sesiones, una por cada Parte, para parroquias, comunidades, matrimonios, grupos de amigos o equipos pastorales.

Cómo organizar las sesiones

Frecuencia y duración. Se recomienda una sesión cada una o dos semanas, de unos noventa minutos. Entre sesión y sesión, cada participante lee la Parte correspondiente.

Estructura de cada sesión:

1. **Oración inicial** (5 minutos): un momento de silencio y la oración del abandono (Apéndice C).
2. **Lectura en voz alta de la parábola** que abre la Parte (10 minutos).
3. **Ronda inicial** (15 minutos): cada participante comparte, en una o dos frases, lo que más le tocó de la lectura.
4. **Diálogo sobre las preguntas** (40 minutos).
5. **Ejercicio** (15 minutos), individual o en parejas.
6. **Oración final** (5 minutos), con una de las oraciones de los capítulos de la Parte.

Cuatro reglas para el grupo:

- **Confidencialidad.** Lo que se comparte en el grupo no sale de él.
- **Escuchar sin aconsejar.** Salvo que alguien lo pida, no se dan consejos ni soluciones. Se escucha.
- **Hablar en primera persona.** Cada uno habla de su propia experiencia, no de la de otros.
- **Libertad para callar.** Nadie está obligado a compartir lo que no quiera.

Una advertencia para quien coordina. Algunas Partes, especialmente la VI, tocan experiencias de sufrimiento profundo. Es posible que en el grupo aparezcan situaciones de duelo reciente, violencia, abuso o sufrimiento psicológico grave. Quien coordina no debe intentar resolverlas en el grupo. Conviene hablar en privado con la persona y, si es necesario, orientarla hacia ayuda profesional o hacia el acompañamiento de un sacerdote o de un acompañante espiritual competente.

Las nueve sesiones

Sesión 1. El puño cerrado (Obertura y Parte I)

- ¿Qué entendías por "entregarle la vida a Dios" antes de leer esta Parte? ¿Qué ha cambiado?
- ¿Qué es lo que no soportarías que Dios te pidiera? (Puedes compartirlo o guardarlo para ti.)
- ¿Reconoces en tu vida algún rastro de "contrato" con Dios?

Ejercicio: cada participante dibuja tres manos en una hoja (cerrada, caída, abierta) y escribe junto a cada una una situación de su vida que sostiene de esa manera.

Sesión 2. Lo que cargamos (Parte II)

- ¿Cuál de los apegos de esta Parte (control, reconocimiento, imagen, personas, pasado, futuro) te resultó más familiar?
- ¿Recuerdas una decisión que tomaste con buenos argumentos y que, sin embargo, no te dejó en paz?
- ¿Qué diferencia encuentras entre perdón, reconciliación, confianza y restablecimiento de la relación?

Ejercicio: en parejas, aplicar tres preguntas del inventario sin juicio (cap. 5; ficha A.2) a una situación concreta.

Sesión 3. Vaciarse sin desaparecer (Parte III)

- ¿Alguna vez entendiste el desprendimiento como una renuncia a lo que eres? ¿Qué pasó?
- ¿Qué rasgo de la disposición receptiva y cooperativa te resulta más difícil?
- ¿Has vivido alguna forma de escrúpulo o de perfeccionismo espiritual?

Ejercicio: leer en silencio la escena de la Anunciación (Lc 1,26-38) y compartir en cuál de los cuatro momentos de María (escuchar, preguntar, consentir, actuar) se encuentra cada uno.

Sesión 4. Lo que solo Dios hace (Parte IV)

- ¿Vives tus prácticas espirituales como medios de producción o como medios de encuentro?
- ¿Qué te sorprendió de la idea de participar en la vida divina?
- ¿En qué se parece tu vida espiritual a un proyecto de autosuperación, y en qué no?

Ejercicio: cada participante hace en silencio el ejercicio de 1 Co 13,4-7 con su propio nombre y comparte, si quiere, dónde se detuvo.

Sesión 5. Caminar sin mapa (Parte V)

- ¿Alguna vez tomaste una decisión basándote en "señales"? ¿Cómo resultó?
- ¿Qué diferencia hay entre confiar en un resultado y confiar en una persona?
- ¿Recuerdas una ocasión en que confundiste el alivio de evitar algo con la paz de Dios?

Ejercicio: cada participante aplica los seis pasos ante un temor (cap. 20) a una situación que le preocupe, y comparte el paso que le resultó más difícil.

Sesión 6. Cuando todo se rompe (Parte VI)

Esta sesión requiere un cuidado especial. Conviene recordar al inicio la regla de libertad para callar.

- ¿Has escuchado alguna vez explicaciones religiosas del sufrimiento que te hicieron daño?
- ¿Qué te dice la distinción entre lo que Dios permite y lo que Dios causa?
- ¿Qué significa para ti que el Resucitado conserve sus heridas?

Ejercicio: leer juntos el Salmo 13 en voz alta, despacio. Dejar un tiempo de silencio.

Sesión 7. Volver a casa distinto (Parte VII)

- ¿Has vuelto alguna vez a un lugar, una relación o una responsabilidad de la que habías huido? ¿Qué era distinto?
- ¿Qué intuición verdadera encuentras en historias como *El Alquimista*, y dónde se separan del Evangelio?
- ¿Qué hay en tu historia que necesitas reparar, aceptar o redirigir?

Ejercicio: cada participante elige una etapa de su vida y anota un elemento en cada una de las cinco cajas (cap. 27).

Sesión 8. Manos que sirven (Parte VIII)

- ¿Dónde está tu "porche de al lado"?
- ¿Te has vuelto indispensable en algún lugar? ¿Qué te costaría soltarlo?
- ¿Qué te dice la frase "antes de ser instrumento, eres hijo"?

Ejercicio: leer juntos Jn 13,1-17 y compartir qué significa para cada uno dejarse lavar los pies.

Sesión 9. El camino de cada día (Parte IX y Epílogo)

- ¿Qué ritmo diario, semanal o mensual te propones mantener?
- ¿Qué ha cambiado en ti desde que empezaste este libro? ¿Qué ha notado alguien cercano?
- ¿Qué te dijo la última escena de la parábola, cuando el caminante deja ir al muchacho?

Ejercicio: leer juntos, en voz alta, la Declaración de las manos abiertas. Quien quiera puede firmarla en ese momento.

Al terminar la última sesión, se sugiere una oración final en la que todos los participantes, de pie, abran las manos con las palmas hacia arriba y recen juntos la oración del abandono.

E

APÉNDICE

Glosario

Este glosario reúne los términos centrales del libro, tanto los tomados de la tradición cristiana como los propuestos por esta obra para articular sus ideas. Junto a cada término se indica el capítulo donde se desarrolla con más detalle.

Término	Significado en este libro	Capítulo
Abandono	Confianza activa en Dios que permite actuar con responsabilidad sin pretender controlar el resultado. Presupone un salto de fe. No es resignación ni fatalismo.	1-4
Abuso espiritual	Uso de la autoridad religiosa, del lenguaje de la fe o de la relación de acompañamiento para dominar, manipular o explotar a otra persona.	32
Apego desordenado	Relación con un bien legítimo que ha empezado a dominar la libertad, desplazar deberes superiores, empujar contra la conciencia o condicionar la paz.	5-8
Cinco cajas, las	Herramienta para integrar la propia historia: lo recibido, lo elegido, lo perdido, lo pendiente y lo encomendado.	27
Cooperación	Respuesta libre de la persona a la gracia. La gracia la hace posible y la sostiene, sin anularla.	4, 13
Custodia (administración)	Relación con los bienes, talentos y recursos como confiados por Dios, no poseídos. Somos administradores que cuidan, hacen fructificar y emplean lo recibido para mayor gloria de Dios.	5, 29
Desprendimiento	Proceso de dejar de tratar como absolutos los bienes creados, para amarlos de manera ordenada. No es desprecio de la creación.	5, 9

TÉRMINO	SIGNIFICADO EN ESTE LIBRO	CAPÍTULO
Discernimiento	Proceso de buscar la voluntad de Dios integrando oración, razón, conciencia formada y consejo prudente. Se aplica a elecciones entre bienes.	19
Disposición receptiva y cooperativa	Actitud libre mediante la cual la persona, sostenida por la gracia, se abre a recibir la acción de Dios y procura secundarla, sin pretender producirla ni controlar sus frutos.	10
Escrúpulo	Inquietud constante y desproporcionada sobre la rectitud de los propios actos, que ve pecado donde no lo hay. Puede requerir ayuda profesional.	12
Esperanza	Virtud teologal por la que aspiramos a la vida eterna como nuestra felicidad, confiando en las promesas de Cristo y no en nuestras fuerzas (CEC 1817). Ante la muerte, ejercerla es uno de los actos de entrega más altos. Abarca también la salvación de los demás, incluidos los enemigos. Se opone a la desesperación y a la presunción.	24
Fricción interior	Resistencia que los apegos producen en la respuesta a la gracia. No aumenta ni disminuye el poder de Dios.	11
Gracia	Favor y auxilio gratuito que Dios da para responder a su llamada. No es premio ni energía. La gracia santificante es estable; las gracias actuales son intervenciones concretas.	2, 13
Indiferencia ignaciana	Libertad interior respecto de las cosas creadas, que permite elegir lo que más conduce a Dios sin que el miedo o el apego decidan. No es apatía.	9

TÉRMINO	SIGNIFICADO EN ESTE LIBRO	CAPÍTULO
Kénosis	Vaciamiento o anonadamiento de Cristo (Flp 2,7). Aplicado a la vida espiritual humana, de manera solo analógica.	9
Línea, la	Distinción práctica entre lo que corresponde a la persona y lo que debe encomendar a Dios. No separa dos mundos: es un instrumento de discernimiento.	4
Medicina del Padre, la	Imagen de la Providencia como un padre que da a su hijo lo que necesita y no lo que pide: puede negar lo que deseamos y permitir pruebas y carencias orientadas a nuestro bien, sin ser autor del pecado de nadie.	17
Neopelagianismo	Tentación de pensar que la santidad es fruto del propio esfuerzo autónomo.	13
Penitencia voluntaria	Sacrificio elegido libremente (ayuno, renuncia, limosna, austeridad) y ofrecido por amor, también en reparación por los pecados propios y ajenos. Es legítimo si es proporcionado, temporal, respeta la salud y se discierne. No es masoquismo ni autoflagelación.	23
Providencia	Disposiciones por las que Dios conduce su creación hacia su perfección, actuando también a través de las criaturas. No es un universo que cumple deseos: da lo que necesitamos, que no siempre es lo que pedimos.	17
Purgatorio	Purificación final de quienes mueren en la gracia de Dios, pero imperfectamente purificados. Quienes la atraviesan tienen ya asegurada su salvación (CEC 1030-1031). Es obra de la misericordia de un juicio perfecto.	24

TÉRMINO	SIGNIFICADO EN ESTE LIBRO	CAPÍTULO
Quietismo	Deformación del abandono que anula la responsabilidad moral en nombre de una pasividad total ante Dios.	4, cierre de la Parte IV
Reconstrucción sin borrado	Transformación que no exige que el pasado desaparezca, sino que sea asumido de manera nueva ante Dios.	28
Reparar, aceptar, redirigir	Tres tareas distintas ante una herida o un error: corregir lo que se puede, aceptar lo irreversible y orientar hacia el bien lo que todavía es posible.	28
Salto de fe	Acto de confianza en Dios por el que la persona suelta sus seguridades sin ver el desenlace, después de haber discernido. Presupuesto de todo abandono verdadero. A veces exige quemar las naves que permitirían volver al apego. Es ciego respecto del camino, no respecto de Aquel en quien se confía, y se debe a Dios, nunca a un hombre. No es temeridad: se da con prudencia.	4, 11
Seis estaciones de la entrega, las	Reconocer, discernir, entregar, cooperar, perseverar y revisar los frutos. Describen cómo se coopera con la gracia; no son una técnica para producirla.	4, 35
Suficiencia razonable	Nivel de bienes que cubre con dignidad y prudencia las necesidades propias y de quienes dependen de uno, con espacio para un disfrute sobrio. Una vez satisfecho, lo que lo excede se reinvierte en la misión.	29
Theosis	Deificación o divinización por la gracia: participación del ser humano en la vida divina, sin dejar de ser criatura.	14

TÉRMINO	SIGNIFICADO EN ESTE LIBRO	CAPÍTULO
Tres manos, las	Puño cerrado (control), mano caída (pasividad) y mano abierta (confianza activa). Posturas ante una realidad, no tipos de personas.	Obertura, 4
Vaciamiento espiritual	Renuncia a lo que ocupa desordenadamente el corazón, para abrir espacio a la comunión con Dios. No es vaciarse de uno mismo.	9
Visión beatífica	Contemplación de Dios cara a cara, tal como es, en la que consiste la plenitud de la vida eterna (1 Co 13,12; 1 Jn 3,2; CEC 1023-1029).	14, 24

F

APÉNDICE

Para profundizar

Este apéndice reúne las principales fuentes en que se apoya el libro; las citas bíblicas se agrupan por Parte. Las citas bíblicas siguen la notación hispana habitual (libro, capítulo, versículo) y se han tomado o adaptado de las traducciones católicas en uso en el mundo hispanohablante. Las referencias al *Catecismo de la Iglesia Católica* se indican con la sigla CEC seguida del número.

Sagrada Escritura, por Parte

Parte	Pasajes principales
Obertura y Parte I	Lc 22,39-46 (Getsemaní); Mt 6,33; Rm 5,8; Rm 11,36; Jn 6,44; Hch 9,1-19; Lc 15,11-32; Flp 2,12-13; Mc 9,24; Os 6,6; Lc 18,9-14; Hb 5,7; 2 Co 12,7-10; Lc 18,1-8; Sal 13
Parte II	1 Co 4,7; Gn 1,31; 1 Tm 4,4; Jn 2,1-11; Lc 14,28-30; Mt 6,34; Mt 6,1-6; Mt 26,33; Jn 21,15-17; 1 Jn 3,1; Pr 12,1; 2 Co 7,10; Lc 12,16-21; Is 55,8-9; Sal 24,1; 1 Cr 29,14; 1 P 4,10; Jb 1,9.21; Jb 2,10; Flp 4,11-13; 1 Ts 5,18
Parte III	Flp 2,5-11; Mt 12,43-45; Jr 18,1-6; 2 Co 4,7; Lc 1,26-38; Rm 7,19; Mc 6,5-6; Jon 1,3; Hch 16,6-7; Jn 15,1-8; Mt 6,11; Lc 18,13; Hb 11,1.6; 2 Co 5,7; 2 Tm 1,12; Mt 14,22-33; 1 R 19,19-21; Mt 4,18-22; Mt 9,9; Lc 9,62; Gn 19,26; Lc 17,32; Mc 10,17-22; 1 Co 6,19-20; Lc 4,9-12; Jn 15,13
Parte IV	1 Co 3,5-9; Mt 25,14-30; 2 Co 3,18; 1 Co 13; 1 Co 15,10; 2 P 1,4; Gn 3,5; Ga 2,20; Rm 8,14-17; Jn 14,23; Flp 3,13-14; 1 Jn 4,12.20; St 2,14-26; Mt 25,31-46; Ga 5,6; Mc 12,41-44; Flp 1,15-18; Mt 7,3; 1 S 16,7; Hb 4,15; Jn 11,35; Jn 6,68
Parte V	Mt 10,29-30; Mt 6,25-34; Hb 11,8; Rm 8,18-39; Ne 4,3.11; Rm 12,18; Mt 5,23-24; Mc 4,3-8; Jb 42,7; Mt 6,8; Mt 7,9-11; Lc 11,13; St 4,3; Rm 8,26; Dt 8,3; Hb 12,5-11; Si 2,1-5; 1 P 1,6-7; Jb 19,25-26; Gn 32,27; Gn 22,1-19; Hb 11,17-19; Dn 3,17-18; Ha 3,17-18; Mt 15,21-28; Mt 8,5-13; Jn 19,25; Hch 16,22-25

PARTE	PASAJES PRINCIPALES
Parte VI	Gn 50,15-21; Jn 9,1-3; Lc 13,1-5; Libro de Job; Lc 10,30-35; Is 1,17; 1 R 19,1-8; Lc 23,26; Hch 2,24; Rm 6,1-11; 2 Co 5,17; Ap 21,4; Gn 32,23-33; Jn 20,19-29; 2 Co 4,8-10; Jn 10,10; Mt 16,24; Hb 2,14-15; 1 Co 15,55; Flp 1,21-23; Lc 23,42-46; Sal 31,6; Jn 14,2-3; 1 Co 13,12; 1 Jn 3,2; Sal 42,2-3; Sb 3,1; Mt 25,13; 1 Tm 2,4; 2 P 3,9; Ez 18,23; St 2,13; Sal 145,9; Mt 7,1; Mt 5,44; Lc 23,34; Hch 7,60; Lc 9,23; Lc 14,27; Mt 4,2; Mt 6,16-18; Col 1,24; Rm 12,1; Sal 51,19; 1 Co 13,3
Parte VII	Lc 15,11-32; Gn 12,1; Ex 16,3; Rt 1,16; Mt 13,44-46; Jr 20,7-9; Qo 3,4; Jr 31,15; Lc 19,1-10; Sal 139; Is 43,18-19; Rm 5,20
Parte VIII	Mt 22,37-39; Mc 3,14; 1 Co 12,12-27; 1 S 3,1-10; Lc 2,51; 1 P 3,15; Jn 15,5; 1 Co 4,2; Lc 10,38-42; Ex 18,13-23; Jn 1,35-37; Jn 3,30; Mc 1,35-38; Lc 5,16; Mt 7,15-20; 1 Jn 4,1; Hch 5,29; Jn 13,1-17; Mc 10,42-45; Lc 10,17-20; Gn 2,2-3; Mc 6,31; Sal 127,2; Lc 8,1-3; Mc 14,3-9; Mt 3,17; Gn 2,8-16; Mt 11,19; Lc 16,13; Col 3,5; 1 Tm 5,8; 1 Tm 6,6-10.17; Qo 3,13; Pr 30,8-9; 2 Co 9,7-8
Parte IX y Epílogo	Mt 7,16; Ga 5,22-23; Jn 21,20-22; Flp 3,12; Pr 24,16

Catecismo de la Iglesia Católica

- **CEC 153-165**: la fe como gracia y como acto humano; su relación con la razón, su certeza y la oscuridad en que todavía se vive.
- **CEC 302-314**: la Providencia divina y el problema del mal. En particular, CEC 306-308 (Dios actúa a través de las criaturas), CEC 310 (la creación en estado de vía), CEC 311 (Dios no es causa del mal moral), CEC 312 (Dios puede sacar bien del mal, sin que el mal se convierta en bien) y CEC 314 (solo al final conoceremos plenamente los caminos de la Providencia).
- **CEC 460**: la divinización por la gracia en los Padres de la Iglesia.
- **CEC 618**: Cristo asocia a su sacrificio redentor a sus discípulos, que toman su cruz y lo siguen.

- **CEC 1010-1014 y 1020-1032**: el sentido cristiano de la muerte, el juicio particular, el cielo y la visión beatífica, y la purificación final o purgatorio. CEC 1037 y 1058: Dios no predestina a nadie a la condenación, y la Iglesia ruega para que nadie se pierda.
- **CEC 1265**: el bautismo y la participación en la naturaleza divina.
- **CEC 1434-1439 y 2043**: las formas de la penitencia (ayuno, oración y limosna) y los tiempos y días penitenciales.
- **CEC 1459**: la absolución y la reparación del daño causado por el pecado.
- **CEC 1733**: la libertad crece en la medida en que se hace el bien.
- **CEC 1776-1785**: la conciencia moral, su dignidad y su formación.
- **CEC 1808**: la fortaleza, que hace capaz de vencer el temor, incluso a la muerte, y de hacer frente a las pruebas.
- **CEC 1809**: la templanza, que modera la atracción de los placeres y procura el equilibrio en el uso de los bienes creados.
- **CEC 1817-1821**: la esperanza, virtud teologal; en ella la Iglesia implora la salvación de todos los hombres.
- **CEC 1993-2001**: la gracia, la iniciativa divina y la cooperación humana.
- **CEC 2016 y 2090-2092**: la gracia de la perseverancia final y los pecados contra la esperanza: la desesperación y la presunción.
- **CEC 2279**: los cuidados paliativos y el alivio del sufrimiento de los moribundos.
- **CEC 2283**: la esperanza y la oración por la salvación de quienes se han quitado la vida.
- **CEC 2288-2290**: el cuidado razonable de la vida y la salud, y la condena de la temeridad que pone en peligro la propia seguridad o la ajena.

- **CEC 2383**: la legitimidad de la separación de los esposos en ciertos casos.
- **CEC 2402-2406 y 2446-2447**: el destino universal de los bienes, el deber hacia los pobres y las obras de misericordia.
- **CEC 2473**: el martirio, supremo testimonio de la fe.

Documentos del Magisterio

- León XIII, encíclica Rerum novarum (1891), sobre la cuestión social y el uso de los bienes.
- Concilio Vaticano II, constitución dogmática *Lumen gentium*, 11, 31 y 40.
- Concilio Vaticano II, constitución pastoral *Gaudium et spes*, 22 y 69.
- Concilio Vaticano II, constitución dogmática *Dei Verbum*, 25.
- San Juan Pablo II, carta apostólica *Salvifici doloris* (1984), sobre el sentido cristiano del sufrimiento.
- Francisco, exhortación apostólica *Gaudete et exsultate* (2018), sobre la llamada a la santidad en el mundo actual.
- Francisco, carta apostólica en forma de *motu proprio Vos estis lux mundi* (2019), sobre la denuncia de abusos en la Iglesia.

Padres, santos y maestros espirituales

- San Clemente de Roma, *Carta a los Corintios*.
- San Ireneo de Lyon, *Contra las herejías*.
- San Atanasio de Alejandría, *Sobre la Encarnación del Verbo*.
- San Gregorio de Nisa, *Vida de Moisés*.
- San Agustín, *Confesiones*.
- San Francisco de Asís, *Cántico de las criaturas*.
- Santo Tomás de Aquino, *Suma teológica*.

- Santa Catalina de Génova, *Tratado del purgatorio*.
- San Ignacio de Loyola, *Ejercicios espirituales*.
- Santa Teresa de Jesús, *Libro de la vida*, *Moradas del castillo interior* y el poema *Vivo sin vivir en mí*.
- San Juan de la Cruz, *Subida del Monte Carmelo* y *Noche oscura*.
- Santa Teresa del Niño Jesús, *Historia de un alma*.
- San Carlos de Foucauld, escritos sobre la espiritualidad de Nazaret.
- Santa Teresa de Calcuta, *Ven, sé mi luz* (cartas personales publicadas tras su muerte).

Otras obras citadas

- Paulo Coelho, *El Alquimista* (1988).
- Jorge Luis Borges, "Historia de los dos que soñaron", en *Historia universal de la infamia*.
- T. S. Eliot, *Cuatro cuartetos*.
- Henri J. M. Nouwen, *El sanador herido*.

Nota final sobre el alcance

Este libro es una síntesis de espiritualidad católica. No pretende establecer una doctrina nueva ni atribuir carácter oficial a las expresiones que emplea.

Algunas de sus formulaciones son descriptivas y propias de esta obra: *la disposición receptiva y cooperativa*, *la línea*, *las tres manos*, *las seis estaciones de la entrega*, *las cinco cajas*, *la fricción interior*, *la reconstrucción sin borrado*. Su finalidad es articular con claridad verdades antiguas de la fe, no sustituirlas. Deben leerse siempre dentro de la enseñanza de la Iglesia sobre la gracia, la libertad, la santificación, la Providencia y la caridad, y

nunca convertirse en mecanismos que determinen o garanticen la acción de Dios.

Los casos y personajes que ilustran los capítulos son composiciones elaboradas a partir de situaciones frecuentes en la vida de muchas personas. No corresponden a individuos concretos. La parábola del caminante es una ficción original.

Este libro no sustituye el acompañamiento espiritual, la vida sacramental ni la comunidad cristiana. Tampoco sustituye la ayuda médica, psicológica, jurídica o social cuando esta es necesaria. Ante situaciones de peligro, violencia, abuso o sufrimiento psicológico grave, lo primero es buscar protección y ayuda profesional.

La tesis que unifica toda la obra permanece sencilla, y conviene repetirla una última vez: **la iniciativa pertenece a Dios; la respuesta humana es real; la santificación es obra de la gracia; la caridad debe expresarse en las obras; y la vida cristiana está orientada a la comunión con Dios.**

Todo lo demás es comentario. Y camino.

Ad maiorem Dei gloriam.


EL ATELIER MX
HISTORIAS QUE IMPORTAN

La plenitud de la vida cristiana no llega cuando Dios se ajusta a nuestros planes, sino cuando aprendemos a vivir nuestra historia entera en Él.

MANOS ABIERTAS

Entregarle a Dios lo que no controlas, hacer lo que te corresponde y volver a casa transformado

MARIO GARZA LIVAS

EL ATELIER MX
HISTORIAS QUE IMPORTAN